

JOSÉ LUIS MUÑOZ

LA  
PÉRDIDA  
DEL  
PARAÍSO

-II-

EL FUERTE NAVIDAD



*La trilogía  
del Descubrimiento de América*

En enero de 1493 Colón vuelve a España para anunciar su descubrimiento a los Reyes Católicos y deja a 39 de sus hombres en el Fuerte Navidad, en la isla de la Hispaniola, la actual República Dominicana y Haití.

Pronto los desmanes hacen mella entre la primera población española del Nuevo Mundo provocando una situación de anarquía. Mientras un cúmulo de enfermedades azota a los nuevos colonos, las fratricidas luchas por el poder, la ambición desenfrenada por obtener oro y la lascivia hacia las mujeres taínas se encargarán de tensar más las relaciones entre los indígenas y los recién llegados. Marín de Urtubia, que vive una intensa historia de amor con la indígena Canayma, debe tomar una decisión que hará cambiar su vida de forma drástica y abocarlo a un camino sin retorno. Él será el privilegiado testigo de lo que realmente sucedió en esos días tormentosos en la primera colonia del Nuevo Mundo. Con *El fuerte Navidad* prosigue la trilogía *La pérdida del paraíso*, una gran novela de aventuras sobre un acontecimiento épico.



José Luis Muñoz

# El fuerte Navidad

La pérdida del paraíso - 2

ePub r1.0

Titivillus 28.03.16

---

más libros en [epubgratis.org](http://epubgratis.org)

---

José Luis Muñoz, 2002  
Retoque de cubierta: Titivillus  
Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

*Para Gloria*

## Capítulo 1

Lo despertó un ruido cercano. No supo qué era hasta abrir los ojos y girarse. Marín de Urtubia no había conciliado el sueño hasta muy tarde, tras echarse en la hamaca con el estómago más vacío que lleno y una sed pavorosa que no sabía dónde saciar: el vino se había terminado y el agua cristalina debía buscarse en el lejano río, tras un par de horas de marcha abriéndose paso por una jungla cerril. El ronquido lo despertó cuando se multiplicó como un eco y lo expulsó de su feliz sueño. Regresaba a España en loor de multitudes, lo hacía de la mano de la bella princesa taina Galiana, que le entregaba en exclusiva su cuerpo y su corazón, y se sentaba, durante los parabienes reales, a la diestra del Almirante. Olía a jabón, a lavanda, su rostro lucía tan delicado como el de una dama, tras rasurarse la hirsuta barba que durante tantos meses había sepultado sus rasgos en una selva de oro, y era objeto de admiración y envidia de los gentilhombres, nobles y milites que se habían congregado para el triunfal recibimiento de los que regresaban del Nuevo Mundo. Todos miraban, sin disimulo, a la beldad desnuda que a su vera caminaba con la gracia despreocupada que sólo poseen los animales, liberados de toda vergüenza. Era, sin duda, un hermoso sueño que, al despertar, le dolió en el corazón, porque ni perfumes olió ni luz de antorchas había. Abrir los ojos lo devolvió con crudeza a la realidad, la del que pisa tierra, suda mugre y come a bocados las viandas con las manos, que era lo que llevaban haciendo durante semanas.

El habitáculo comunal que los albergaba era una sala grande y vacía erigida con los maderos más podridos de la fenecida *Santa María*, cuyo único lujo era la techumbre de hoja de palma seca que no acababa de cuajar y dejaba vislumbrar entre los resquicios la belleza natural del cielo, estrellas y trozos de luna que brillaban como espejos partidos. Allí dentro, en la oscura lobrete, entre los vahídos, ronquidos y espasmos de las abandonadas tripulaciones de la *Santa María* y la *Niña* que habitaban el Fuerte Navidad, el de Leizarán tomaba conciencia de la mísera condición humana y de lo fuera de lugar que estaba dormir bajo techado y con muro cerrado en un lugar feraz que invitaba al hombre a compartir vivienda y cama con la naturaleza. Se incorporó sudando en la hamaca, comprobando lo húmedo que estaba su lecho de algodón trenzado, y no tardó su vista, ayudada por la luz plateada de la luna plena, a habituarse al redil y a sus dimensiones. Allí, a su lado, estaba el inoportuno barrigón que con sus ronquidos lo había despertado, un torpe marino de la *Niña* llamado Juan Quadrado y, a fuer de sinceros, el apellido le iba al cuerpo; otros ruidos, soeces y repugnantes, le llegaban a los oídos al mismo tiempo que el hedor insufrible que la cerrazón y la escasa ventilación del lugar, con ventanucos medio abiertos y de tan modestas dimensiones, le invadía las fosas nasales, atufándolo. La realidad no olía al perfume que olía su sueño, ni había a su alrededor mas beldad desnuda que la que en las cabezas de los durmientes pudiera pasearse. El redil —pues ése era el nombre que aplicársele podía a tan insalubre como infecto dormitorio comunal— apestaba a carne sucia que había renegado del agua, a humores dudosos frutos de excitaciones nocturnas, a comida fermentada que era abandonada en el suelo, a llagas supurantes de pequeñas pústulas y rozaduras que nunca terminaban de cerrar por la sofocante humedad del ambiente. Habían pasado días, que a todos les parecían meses, desde la partida de Colón con sus naves en el tornaviaje, y las primeras inquinas y roces entre los allí almacenados como meras bestias ya se habían producido: los de la *Niña* contra los de la *Santa María*, o, a juzgar por su procedencia, los andaluces avispados y siempre alegres y fulleros contra los recios y serios hombres del norte.

Marín de Urtubia se hallaba envuelto en sudor, pese a que estaba desnudo sobre la hamaca, sin más vestido que un trapo tosco y sucio que le tapaba mal que bien sus vergüenzas. Trastabillando puso pie a tierra, sorteó las hamacas de sus durmientes compañeros, adivinando tras las angulosas siluetas de sus cabezas los nombres de cada uno de ellos —pues se decía, para sí mismo, que lejos de la civilización convenía ejercitar el intelecto lo más posible, aunque

sólo fuera en tan sencillos menesteres— y buscó ansioso la puerta, guiado por el hilo de aire fresco que entraba por debajo de la desajustada hoja de madera. Ésta crujió ruidosamente, pero sin embargo no despertó a nadie más del sueño que embargaba a las dos tripulaciones, y así que estuvo en la plaza de armas de la fortaleza, junto al mástil por el que todas las mañanas, en inútil rito, se izaban y deslizaban banderas y estandartes a ritmo del tambor, se dejó caer contra el palo desnudo y aspiró con profundas bocanadas el aire de la noche que, si no fresco, al menos era limpio. Oyó, entonces, un suave trotar de pequeñas cuatro patas, y olió, antes de ver su delgada y negra silueta, a su fiel perro *Pan*, que ni ladraba, ni movía el rabo, ni se atrevía a lamerle la pierna para expresarle su afecto.

—¡Alto! ¿Quién va?

Las piernas, entumecidas por la humedad, lo habían llevado a las cercanías de la cancela, que se cerraba a cal y canto por las noches por orden de Diego de Arana y que convertía el fuerte Navidad en un reducto artificial, amenazado en donde treinta y nueve hombres, algunos por voluntad propia, otros por capricho del destino, buscaban refugio de una naturaleza que, pese a su belleza, les resultaba hostil en sus portentos. ¡Cuántas plantas, árboles, hierbajos ponzoñosos, culebras, arañas monstruosas, insectos venenosos, repugnantes sapos se escondían tras esa floresta visualmente virginal, engañosamente mansa!

Lo vio él antes que el centinela lo descubriese y, al oírlo, supo quién era: el maldito jugador de fortuna cuya ambición sin límites lo había llevado a preferir la incierta aventura de permanecer en la isla ante la posibilidad de una vuelta y ser encadenado de nuevo con argollas en la prisión de Sevilla.

—Marín de Urtubia —se identificó con recia voz, cuando sólo era una silueta que resaltaba en la negrura de la noche.

—¡Maldito vasco! —la exclamación le salió del alma al centinela mientras alzaba de nuevo la pica con la que, durante unos instantes, había amenazado al intruso—. Me habéis dado un susto de muerte. ¿Qué hacéis a estas horas, insomne?

—¿Pues quién creáis que era?

—No lo sé. Una peligrosa fiera, quizá.

—Si no las hay por aquí.

—¿No las hay? En esta selva hay de todo. ¿Qué conocemos de ella? Nada. Os confieso que de noche, en soledad, me dan miedo hasta sus árboles.

El de Leizarán estaba ya tan cerca que podía describir con sus acertadas expresiones literarias, que tan buenos rendimientos le habían dado en el viaje de ida a esas islas, al inquieto centinela.

—Os veo excitado.

—La guardia se me hace interminable y juro que he visto de todo esta noche.

—El vino se acabó, amigo.

—¿No me creéis? Unos malditos tainos pasaron muy cerca del fuerte hará dos horas, y ellos sí estaban borrachos, a juzgar por cómo gritaban.

—¿No serían tainos?

—Esas fieras, de momento, sólo habitan en mi mente. Tan aburrido estaba que tentaciones tuve de abrir la cancela e iniciar su persecución.

—Si nada les hacemos, nada hemos de temer de ellos.

—No soy amigo de esa teoría, sino de esta otra: si les hacemos, seguro que nada nos harán. No hay nada que despierte tanta tranquilidad como un muerto.

—Debéis imbuiros de la política conciliadora de Diego de Arana.

—Menos manda en tierra de lo que mandaba en el mar, el chupaculos del genovés. Pero no sólo vi tainos.

—¿Que más prodigios visteis?

—Insectos con luces.

—Loco estáis.

—¿Loco? Quedaos aquí mientras yo ocupo vuestra hamaca y veréis esos prodigios. Parecen faros que vuelan por la noche, fuegos fatuos de algún cementerio. Eso creí al principio y os juro que me entró un temblor en todo el cuerpo.

—El sueño os vence y os hace ver visiones.

Habían subido a lo alto, por una estrecha escalera y desde el privilegiado puesto de observación que ofrecía la modesta y reducida atalaya de vigilancia, se veía la sombra de la floresta oscura y abigarrada que se extendía ante ellos, el monstruo que todas las noches respiraba con el intranquilo estertor de las muchas y raras bestias que albergaba, y el silente y calmo mar de plata que besaba la media luna de arena con amorosa cadencia.

—Vuelvo a la hamaca. Buena guardia tengáis.

—Hacedla vos y veréis lo buena que es.

Ya en la plaza de armas, de vuelta al redil, el frío tacto de una hoja de acero en el cuello hizo detenerse en seco a Marín. El perro, que caminaba a su lado, no demostró ninguna inquietud.

—Sois mío.

Juan de la Plaza emergió de la oscuridad y enfundó el cuchillo tras acariciar unos instantes con su filo la garganta del vasco.

—No estabais en guardia. Os habría degollado como a un pollino.

—De nadie de aquí para dentro hemos de temer.

—No lo digáis muy alto. ¿Creéis que podemos confiar en todos? Pues estáis bien equivocado.

—¿Lo decís por vos?

—¿Qué hacéis merodeando a estas horas de la noche?

—Insomnio se llama. Bueno, mejor huida del hedor insufrible de allá dentro, del calor de hervidero. Olía mejor el establo de mi casa paterna; mejor la boñiga de vaca que el aliento de humanidad.

—¿Tenemos que estar nosotros con semejante chusma, metidos como sardinas en un tonel? ¿Vos, un poeta? ¿Yo, un soldado?

—Basta de ironías.

—Me imagino que podré contar con vos en los momentos adecuados. El de Leizarán buscó bajo las espesas cejas los huidizos ojos del extremeño.

—Cuando me nombren jefe militar de la plaza —prosiguió.

—¿Y quién os va a nombrar? ¿Diego de Arana, al que detestáis? ¿No os duelen ya las llagas de la espalda?

Una sonrisa, que no lo era, alteró la cara del exmilitar extremeño mientras la mirada de sus ojos se volvía más metálica, adquiría la acerada amenaza del cuchillo que pendía al costado envainado.

—Apostad algo en contra que no será así. Pero ¿qué?, si nada tenéis, puto pobre de solemnidad. Os juro, mi buen amigo, que habré de dar con el oro que ostentan esos malditos indios, que el tal Cuacanagari se volverá más dicharachero conmigo que un mercader sevillano vendiéndome pobre paño. Mas cuento con vos para todo ello, pese a vuestro descreimiento. Yo, el reflejo; vos, la reflexión. Complementándonos. Y volvamos a la pocilga, por poco tiempo, a escuchar cómo esa bandada de guarros sueñan con estar con la puta más espléndida mientras se consuelan en el culo de Diego Bermúdez.

—¿Siguen sometiéndolo?

—No albergo la menor duda al respecto.

Le pasó el brazo por el hombro y lo llevó hasta la puerta. Viniendo del exterior, se les hizo más terrible sumirse en aquel cálido y pútrido averno, tan entrañable y protector, sin embargo, como el seno maternal.

—Por poco tiempo, Marín, por poco tiempo, que vos y yo nos merecemos mejores aposentos.



## Capítulo 2

La fruta extraña rezumaba un jugo espeso y dulzón que penetraba en el ambiente como el pudridero de un cementerio. Pedro Gutiérrez, el administrador real, la tomó con precaución, la examinó y la dejó caer asqueado en el plato de loza mientras un gusano blancuzco salía de su interior y huía por la mesa con toda la rapidez que la rítmica contracción de sus anillos le permitía.

—El *mamey* —dijo el segoviano Rodrigo de Escobedo, frunciendo la nariz ante el olor penetrante que exhalaba el medio descompuesto vegetal.

—Ya eso llaman la reina de las frutas... —terminó el corolario de tristes pensamientos Diego de Arana, con voz cansada, mientras se acariciaba la tonsura que el escaso pelo de su cabeza abría en su coronilla.

—¿Echáis muchas cosas de menos, señor administrador, en estas tierras perdidas y huérfanas de la mano de Dios Nuestro Señor?

La estancia estaba medio en penumbra. Las celosías del ventanuco permanecían cerradas a cal y canto y una tosca redcilla de paño blanco la bloqueaba para impedir la invasión de los insectos al interior del aposento. Los tres hombres, las tres autoridades civiles del Fuerte Navidad, sus tres poderes, se hallaban reunidos en el habitáculo del gobernador de la isla, cuyo territorio de momento se circunscribía escasamente a lo que se veía de playa desde lo alto del recinto amurallado y el pasillo de arena que los separaba de la tupida floresta.

—¿Qué echo de menos? —El toledano, administrador real de los exiguos bienes que albergaba la fortaleza, se tiró suavemente de su desordenada barba, cuyos pelos, como varas, se revolvían en su piel y le entraban de nuevo en la carne, formando círculos ponzoñosos en su cuello—. Las estaciones; el frío cortante de la meseta; las heladas de primeras horas de la mañana; la nieve, que ya debe de estar acumulada en los cipreses de mi finca; los venados que trotaban con sus altas cornamentas... Y, en lugar de todo ello, el calor más sofocante, el aburrimiento más espantoso.

—Y vestidos de esta guisa —remachó el notario Rodrigo de Escobedo, sin poder apartar la vista del fruto acuoso que se descomponía y sudaba todos sus humores en el plato.

De mutuo acuerdo, los tres caballeros —investidos de autoridad por orden del virrey Cristóbal Colón— habían establecido que uno de los rasgos que los distinguirían del progresivo aspecto de deterioro y desaseo que iban adquiriendo sus subordinados en su lenta, pero decidida senda hacia el asilvestramiento, iban a ser los vestidos, los oscuros y serios trajes de paño negro castellano, gastados, sudados, pero que, pese a todos los pesares, seguían confiriéndoles un aspecto de dignidad y solemnidad y los hacían en todo diferentes de los demás, aunque para ello tuvieran que pagar la estoica penitencia de guerrear en todo momento contra el sofocante calor de los trópicos e ir permanentemente bañados en sudor. Si el ir vestido era síntoma de civilización, las tres autoridades eran sin duda las personas más civilizadas que habitaban en aquella isla, pues las abotonaduras les cerraban las camisas hasta el cuello.

Durante aquellos primeros días de enero, desde que la *Niña* enfiló proa hacia su incierto tornaviaje y se reunió con la esquiva *Pinta* en alta mar, dejando a los treinta y nueve hombres como náufragos en tierra con los restos de la *Santa María*, la vida en el fuerte se había convertido en una especie de pesada rutina que progresivamente iba hundiendo la moral de los hombres y convirtiendo la fortificación en lo que realmente era: un barco varado en la arena que se desguazaba a sí mismo con el crujir y el astillado de sus maderas que no terminaban de exudar la humedad salina del mar que las había invadido. Dos eran las principales obsesiones, o temores, que ocupaban la prematuramente encanecida y calva cabeza de Diego de Arana, el hidalgo natural de Córdoba, en cuanto se vio fuera de la sombra protectora del genovés: en primer lugar, la vigilancia exterior, para lo que consideró sagradas las guardias que reforzaban

la defensa del foso y la empalizada, que él mismo supervisaba por sorpresa a intempestivas horas de la noche, cuando el calor insoportable lo hacía ir de un lado a otro del incómodo lecho que se había hecho fabricar en su aposento, aprovechando las artes del tonelero (consideraba las hamacas arte de bestias); y en segundo lugar, la desconfianza disimulada hacia los suyos. Para lo primero estableció que las dos culebrinas rescatadas del pecio de la *Santa María*, cuyo esqueleto se mantenía lejano en medio de la bahía como monumento a su infortunio, permanecieran en lugar visible, en lo alto del muro de madera, junto a la entrada principal que se abría puntualmente en cuanto el sol salía y se cerraba cuando se ponía, aunque los tainos ignorasen los efectos mortíferos de las dos pequeñas piezas de artillería que nunca se habían disparado. Para lo segundo, la desconfianza que le causaba su propia gente, se rodeó siempre de dos marineros de la *Niña*, fornidos y armados, que velaban por su seguridad durmiendo en las puertas de su aposento como adiestrados podencos. Sus escasas dotes de comunicación, de las que había hecho gala cuando ejerció de mediocre contra maestre en la nao *Santa María*, no habían mejorado en su nuevo cometido como gobernador de la ínsula; los días lo hacían más torpe, más cobarde y pusilánime. Paseando entre sus hombres, siempre bajo la mirada protectora de sus esbirros armados, asistiendo en medio del retumbar del tambor a la izada de estandartes que todas las mañanas se producía ante la estupefacción y el silencio respetuosos de los desnudos y emplumados súbditos que el monarca Cuacanagari enviaba a comerciar con los castellanos, la soledad de Diego de Arana se hacía patética. No se atrevía a impartir órdenes perentorias a aquel puñado de hombres desarrapados y carentes de toda disciplina, de los que se maravillaba que todavía hicieran sus guardias, ni tenía voz de mando suficiente para hacerlo, Dios no le había dotado con esa virtud. Un escalofrío de miedo le recorría la espalda cada vez que se cruzaba a solas con ellos —lo que procuraba que sucediera las menos de las veces posibles—, un miedo similar al aura de temor que muy a su pesar exhalan algunos hombres al cruzarse con simples perros por los que sienten un miedo cerval y que provoca que las fieras se enerven precisamente al percibirla.

Mientras humeaba la atmósfera de su aposento con el tizón de una hoja de tabaco que le servía para aromatizarlo de los insanos olores de los cuerpos humanos encerrados en él, el gobernador de la Hispaniola carraspeó unos instantes, aclarando la voz, mientras buscaba de forma angustiosa la aquiescencia de don Pedro Gutiérrez y el notario Rodrigo de Escobedo. Con ellos, con los que formaba piña y solía sincerarse y expresar sus temores, compartió en alta voz una de sus decisiones que desde hacía varios días le daba vueltas en la cabeza.

—¿Qué opináis de los hombres?

—¿Qué queréis decir? —El enjuto Pedro Gutiérrez, el administrador real, se rascaba furioso la herida infectada en el cuello que le había causado uno de sus pelos rebeldes.

—Me pregunto si podemos confiar en ellos.

Esta vez fue el notario de Segovia quien entró en liza. Tenía los pies desnudos y metidos en una jofaina con agua caliente, en donde trataba de ahogar y achicharrar a los muchos parásitos que por ellos transitaban y le atormentaban. Hondo malhumor le había causado la decisión de Colón de dejarlo en tierra cuando una hermosa esposa y un par de hijos adolescentes lo esperaban al otro lado del mar Tenebroso. Apresó a una de esas bestias, lo que parecía una costra de sangre y no era otra cosa que el caparazón negro de un insecto incrustado en su pierna, que chupaba de ella con cruel voracidad, y lo aplastó con tanta furia y repugnancia entre sus dedos que su propia sangre le salpicó la rodilla.

—Como se confía a los zorros un gallinero —dijo con crudeza.

—¿Cuánto tiempo aguantarán ociosos?

—Ociosos, ociosos, ése es el mal —repuso Rodrigo de Escobedo, mientras peinaba con sus delgados dedos la cuidada barba que poblaba su rostro—. Ten a un hombre ocupado, ten a un hombre cansado y ahíto, y nada has de temer; mas tenlo brazo sobre brazo e ideará mil y una

artimañas y todas, sin duda, malas.

—Disciplina. Eso es lo que necesitan los haraganes. Disciplina.

—No tenemos un ejército, señor gobernador.

—Mas podríamos formarlo.

—Decidme cómo. Esos patanes ignorantes ni siquiera son buenos en el uso de las armas. No me los imagino marciales, ni desfilando, ni obedeciendo órdenes.

—En bestias pueden convertirse. ¿Y los arcabuces?

—A buen recaudo.

—No sé si mi observación puede resultaros inoportuna, señor gobernador, pero creo que es responsabilidad vuestra hacer de ellos disciplinados.

El tizón de tabaco se apagó entre los dedos de Diego de Arana, e infructuosos resultaron sus esfuerzos por resucitarlo. Cada aspiración de la ocre hierba seca le producía un profundo mareo, hasta que desistió y lo arrojó al suelo con una mezcla de furia y desprecio.

—Un capitán necesito —y, aunque lo dijo para sí mismo, fue oído por todos.

### Capítulo 3

Las ahumadas de tabaco atemperaban el aire corrupto del redil. La luz se filtraba por los ventanucos semiabiertos y formaba haces de oro sobre el suelo de arena blanca. Una treintena de hamacas se balanceaban en la estancia, aventando la putridez del ambiente y, a su alrededor, como los tábanos con el ganado, docenas de gruesos y pesados insectos aleteaban y se posaban sobre los cuerpos desnudos y sudorosos, hincaban sus aguijones en sus pieles hirsutas endurecidas por el sol, importunaban con el constante fragor de sus alas y élitros frotados contra sus patas, instrumentos de una orquesta diminuta pero ensordecedora. La selva y sus moradores habían empezado a invadir el recinto sacrílego edificado a sus orillas y tomaban venganza, en un abierto desafío, de aquel puñado de hombres llegados de muy lejos, ajenos a ella. No veían los castellanos a los insectos como bocados exquisitos, como los percibían los tainos, sino como insufribles incordios: volaban, trepaban por las paredes, comían de ellas y excavaban túneles que las iban descomponiendo con lentitud pero inexorablemente, y ya se habían adueñado del suelo, en donde eran una alfombra con miles de patas. Los insectos limpiaban las inmundicias que aquel ejército de desordenados dejaba tras de sí, las mondas hediondas de frutos, los pellejos de aves capturadas y asadas, sus huesos, los esputos, los goterones secos de semen. El fuerte se descomponía, nada más nacer, como la más infecta pocilga, y la podredumbre del ambiente comenzaba a apoderarse de sus cabezas desalentadas tras la partida del barco y la incertidumbre del retorno. Aunque flotaba, sin explicitarlo, un pacto de silencio que evitaba hacer referencia al abandono en que estaban todos sumidos en su interior; creían que aquella estancia en la isla perdida del mar Tenebroso podía durar toda su vida y que sus huesos iban a ser enterrados en esas hermosas y ajenas playas.

Juan de Jerez arrastraba el muñón recubierto de costras en que se había convertido su pie amputado tras ser pasto de las implacables niguas. Las vendas amarillentas que lo apresaban ocultaban el único dedo que sobrevivía, un dedo gordo huérfano y monstruosamente dilatado, bañado en pus, que le proporcionaba periódico dolor y lo apartaba de sus compañeros como si de un apestado se tratara. El mal tenía por bien librarlo de las engorrosas guardias y de cualquier esfuerzo físico.

—Lejos de aquí, pútrido, no me vayas a pasar tus gusanos —y el cuchillo de Juan de la Plaza se movía amenazador trazando una aura metálica alrededor de su cuerpo, como una frontera invisible, para disuadirlo de que se acercara.

—Galeno, me duele.

La mirada extraviada de Juan Sánchez lo desconcertó. Un ojo miró su cara, otro, su pie. Su boca, enmarcada por cerrada barba, compuso un mohín de disgusto mientras se pinzaba con los dedos la nariz y vertía su desprecio sobre el infortunado.

—¿Y qué quieres que haga, desgraciado? ¿Cortarte el pie? ¿Cortarte la pierna?

Y Juan de Jerez se detenía con la esperanza de que así fuera, de que tras los dedos que alimentaron los peces del mar lograra encontrar alivio si el serrucho carnívoro del galeno la emprendía con su tobillo y le libraba de su pie, al que odiaba como a su peor enemigo.

—¡Cortémosle la pierna y sequémosla!

—Sí, hagamos un pernil de ella.

—Mas yo no comeré de tan repugnante vianda. Náuseas me da el pensarlo. ¡Puaff!

Todas las mañanas, un grupo de entre cuatro o cinco hombres salía del fuerte Navidad con el mandato de hacerse con carne fresca y frutos. Armados con ballestas, lanzas y cuchillos y arrastrando sacos, se internaban por la floresta más tupida y aguardaban apostados en escondidos lugares a que algún infortunado pájaro aleteara por su lado o alguna carnosa bestia se dejara aflechar. En sus diarias partidas de caza eran observados por los impertérritos tainos, que no podían menos que sonreír ante la torpeza como cazadores de esos dioses que cada vez lo eran menos a sus ojos.

El azar había puesto aquel día en el camino de la partida de caza un enorme manatí. Andaba el animal nadando por un río y no se asustó de los castellanos, lo cual fue su perdición. Uno de ellos lo lanceó, atravesando su cuerpo adiposo por el centro, y tomando luego el extremo de la lanza lo acercaron a la orilla. Más penoso fue sacarlo del agua y cargarlo sobre los hombros, por lo que decidieron utilizar la misma lanza que lo había matado como forma de transporte.

—¿Qué diantre miran? ¿Qué consiguen acechándonos? —preguntaba irritado Juan de Medina, mirando a los indios que silenciosamente seguían sus pasos, emprendiéndola a golpes de espada contra las plantas que lo emboscaban.

—Vigilan su jardín —dijo Marín de Urtubia.

—Me hartan sus sonrisas. ¡Tan felices son! ¿O se ríen de nosotros?

Juan de Medina se acercó a un grupo de ellos. Eran tres, pero al verlo venir, quedó sólo uno, pues los otros dos huyeron despavoridos. Era un taino pequeño, de frente despejada por el arte de un cuclillo que había rapado esa parte de su cabeza, y pelo tan largo por la espalda que le llegaba hasta la cintura. Flexionó las rodillas, como presa pronta a huir, mientras apretaba con fuerza el arco que era tan alto como su cuerpo.

—¿Te ríes, mono del demonio? ¿Te ríes de mí? —Y el castellano acarició su vientre con el acero desenfundado de su espada.

Marín se acercó, conciliador.

—Es inofensivo. Le dobláis en tamaño. No es de muy valiente atemorizarlo.

—¿Por qué se ríe? —gritó—. ¿Tienes una hermanita para mí, demonio de enano?

El tono del castellano borró de un plumazo la sonrisa del rostro del indio. Ambos se miraron fijamente, tensos, mientras ahora el que reía era Juan de Medina, una risa silenciosa que desnudaba dientes amarillentos devorados por la caries.

Algo se movió entre los árboles y el taino, separándose unos pasos del castellano, oteó por las alturas. La rama de un extraño y alto árbol, ahogado por las lianas y parasitado por infinidad de pequeñas plantas que surgían de sus ramas y tronco, se cimbrió mientras el pequeño cazador tensaba su largo arco e introducía una flecha. Los dos castellanos esperaron expectantes el desarrollo de los acontecimientos. Y entonces la flecha partió, con un imperceptible siseo, se abrió paso entre las ramas y dio de lleno en el blanco: un mono de piel grisácea y nariz prominente se vino al suelo con el dardo en el pecho. Y cuando el taino tomó su presa y la ofreció al castellano, éste no supo qué hacer.

—Tómalo, es su regalo —lo apremió Marín.

—¿Un mono?

—Seguro que es bueno si ellos lo comen.

Juan de Medina lo tomó por sus largos brazos y lo introdujo en el saco, y tan pronto como lo cerró, el taino desapareció engullido por la selva.

—Es su hospitalidad.

El grupo de cazadores castellanos regresó al fuerte con el mono y el pesado manatí.

—¿Y esto?

Juan Quadrado, el orondo y roncadador marinero de la *Niña*, arrogado de funciones de cocinero infame a falta de otro mejor, sacó el mono del saco y lo agitó como un espantajo mientras el fuego crepitaba sobre los cuerpos desplumados de unas garzas, cazadas en días anteriores.

—Un mono.

—No soy idiota. Lo sé. Lo vais a comer vos. Parece un niño —exclamó con repugnancia.

—Si le cortáis la cabeza y lo desolláis, parecerá un conejo.

—Con brazos.

—Lo comeré yo —intervino Marín de Urtubia.

—Para vos será, vasco del demonio.

Aprendió Marín de Urtubia aquella noche que todas las carnes, una vez uno se desprendía de

absurdas aprensiones, sabían por un igual, que no había carnes buenas o malas, sino tiernas o duras, y la de aquel mono, descabezado, abierto en canal y vaciado de sus entrañas, no era peor que la de un conejo, un perro o un gato.

—Está bueno —declaró Marín, tumbándose con su trozo de carne chorreando sangre y cenizas en un cómodo lugar de la plaza, próximo al fuego del cocinero.

—Si Marín dice que un mono es bueno —dijo Juan de la Plaza—, es que es así.

Y acto seguido el extremeño se personó ante Juan Quadrado, el cocinero de la *Niña*, a exigirle un brazo del infortunado simio.

Fue durante aquella noche, extraordinariamente cálida, que el chillido espantado del marinero de la *Niña* Antón Calabrés puso en vilo a toda la compañía. Alguien encendió una tea e iluminó el redil. Todos pudieron ver horrorizados cómo el tal Calabrés saltaba de su hamaca y no paraba de gritar mientras con las manos se deshacía de enormes escarabajos negros que cubrían su cuerpo tras invadir su hamaca.

—¿Qué demonios es esto?

—Los hay a cientos.

—Cayeron del techo.

No picaban, como las chinches, pero eran más repugnantes que los que se dedicaban a chupar la sangre de los castellanos. Los había a cientos, cubrían el suelo, y debían de haberse reproducido por las altas temperaturas reinantes. Tenían el caparazón duro y brillante y crujían entre los dedos, así como bajo las plantas de los pies, los que conseguían atrapar, pues los más huían despavoridos a refugiarse en las paredes o salían por debajo de la puerta al exterior.

—Putos bichos.

—Durmamos fuera.

Y así lo hicieron aquella noche. Prefirieron sufrir las picaduras de los mosquitos a sentir sobre sus caras y bocas las repugnantes patas de las *cucarachas*.

## Capítulo 4

Fiel a la promesa que le había hecho al Almirante —pues carecía de lámpara y espacio en el sórdido barracón para los literarios menesteres en horas nocturnas—, todas las mañanas Marín de Urtubia mojaba su afilada pluma de guacamayo de un rojo sanguíneo en el preciado tarro de tinta y se afanaba en narrar lo que acontecía entre las cuatro paredes del Fuerte Navidad. No se limitaba a la crónica veraz de los escasos incidentes que tenían lugar, sino que intercalaba, a veces, según el grado de lucidez, sus propios pensamientos o comentarios a las cosas que sucedían.

Solía encontrar la inspiración para su trabajo literario muy de mañana, cuando el sol se desparezaba, tras el cansancio de la luna, y el cielo perdía la negrura nocturna para recuperar la blancura del alba. Sin más arma que la pluma, y con el rollo de pergamino bajo el brazo, se encaminaba hacia la playa, saludando al aturdido centinela, y buscaba la orilla del mar para sentir, en sus descalzos pies, la tibia caricia de sus aguas, oír el rumor de las conchas que bailaban en sus eternos vaivenes y recuperar la inspiración.

Su vida era un ordenado rito y sabía que de él dependía en gran medida el equilibrio de su persona. Empezaba el día con un baño, se desnudaba por completo sin reparos, se metía sin miedo en el agua, bogaba con suavidad al principio, se alejaba luego con fuertes brazadas de la orilla y se daba la vuelta, cuando llegaba al centro de la bahía y el agua más oscura y fría delataba ya su considerable profundidad, a contemplar la costa y el exuberante vergel que la enmarcaba. A aquellas horas, la espesa bruma todavía no se había disipado y flotaba desgajada en jirones por entre los altos árboles, jugueteando con sus retorcidas ramas, y el conjunto era un paisaje fantasmal que parecía salido de la mente de un autor de libros de caballerías.

Reinaba un silencio placentero que sólo rompía él con sus brazadas, ya de regreso. Entraba, cuando ya alcanzaba la arena y lograba incorporarse y salir del agua caminando, el primer rayo de sol por entre la tupida floresta, el brazo de oro de algún dios que comenzaba a pintar de vivos colores lo que hasta aquel momento era un pálido lienzo: los verdes se volvían intensos, el mar se descomponía en múltiples azules, la blancura de la arena adquiría su virtud cegadora. Y, al mismo tiempo, los animales rompían su sueño con los primeros bostezos que llenaban la selva de extraños ruidos, la turbamulta que día a día seguía fascinándolo, el hervor de vitalidad que se ocultaba emboscado tras ese verde lujurioso de vegetación que envolvía la totalidad de la isla sin dejar ni un breve espacio a salvo.

Alguien estuvo observándolo, sin ser advertido, mientras tomaba sus ropas y cubría con ellas la desnudez. Una mirada absorta entre el ramaje, unos ojos rasgados que lo escudriñaban tras el parapeto vegetal, tan inmóvil y confundido en él como el lagarto en una roca. Y Marín de Urtubia, como un presentimiento, sintió esa mirada aun sin verla y giró bruscamente el rostro hacia donde intuía la presencia. Fue entonces cuando el extraño, sabiéndose observado a su vez, emprendió la huida sin mover una sola rama, y aun así el de Leizarán, como cuando salía a cazar en los húmedos valles del norte el jabalí, el corzo o el lobo, inició tan rápida como inútil persecución en pos de quien lo espiaba.

Se internó un buen rato en la selva, saltando descalzo por entre las raíces sobresalientes de los árboles, pues no había tenido tiempo de calzarse, y desistió de más búsqueda cuando advirtió lo absurdo de su empresa y el mimetismo que con el entorno debía de tener el perseguido, sin duda un indígena que quería curiosar. No había huellas en el suelo, ni ramas tronchadas, como si aquel ser se hubiera internado en la selva volando como un pájaro y, como ellos, estuviera encaramado en una de las ramas altas de los espigados árboles mirando cómo él pasaba de largo por debajo.

—¡Eh, amigo! —gritó, sin obtener respuesta.

Volvió con cierto pesar. Quienquiera fuera, indio taino sin duda, había sentido temor de él. Suspiró apesadumbrado mientras regresaba a la carrera a donde había dejado el rollo de

pergamino y la pluma de guacamayo. Se sentó entonces, recostando la espalda en una de las hermosas palmeras que crecían junto al mar, de las que había mil variedades en la isla, y garabateó las primeras palabras de la mañana con letra pulcra que resultara inteligible a todos, la letra de calígrafo adquirida en sus muchos años de vagar por monasterios y transcribir textos sagrados.

*Fuerte Navidad, 15 de enero de 1493*

*Hace más de una semana que inició su tornaviaje el Sr. Colón y nada parece haber cambiado entre los habitantes del fuerte Navidad como no sea que, agotadas las provisiones y el vino, a diario partidas de caza deben internarse por la selva a proveerse de alimentos. Mas estos bosques que Dios ha dado con tanta generosidad a los salvajes habitantes de estas islas son generosos en extremo en frutos y también en carnes si quien las come echa a un lado prejuicios y no se acobarda ante sabores desconocidos.*

*Don Diego de Arana, en su obsesión por mantener una cierta disciplina que mantenga cohesionados a los hombres a su cargo, dobla las guardias, pero la marinería, justo es decirlo en honor de la verdad, está más hecha a la alta mar que al dique seco, y el permanecer casi todo el día en el cerrado e infecto barracón invadido por animales pequeños y repugnantes los solivianta, y razón tienen para estarlo. Si no fuera por los peligros que acechan y que nos obligan a ser prudentes, aunque ninguna señal de hostilidad hayamos recibido de nuestros vecinos tainos, más sano sería dormir al raso, sin más paredes que los árboles frondosos que protegen del viento, más cama que la blanda arena que se mantiene cálida por la noche, ni más techo que el cielo.*

*Los por nosotros llamados indios continúan llegando a nuestro fuerte con curiosidad de niños a vernos, a tocarnos, en cuanto nos dejamos, a intercambiar sus cosas por las nuestras, por lo que cabe decir que el comercio debe de ser una actividad humana tan antigua como la propia guerra. Acuden chiquillos, hombres algo ancianos —algo, pues no vi nunca verdaderos ancianos de cabellos encanecidos o sin cabellos, ni flacidez de músculos, ni piel de pergamino pegada al hueso, que es lo que físicamente degrada a la vejez—, más escasas mujeres que, sin ser especialmente hermosas, llaman nuestra atención por la ausencia que hay de ellas y su mucha necesidad.*

*Hacer hincapié quisiera en una plaga de extraños insectos negros que han salido como enjambres y nos acechan por las noches, pues son animales nocturnos, aunque nos resguardemos en las hamacas, y cuya proliferación ha causado alarma últimamente. Hay quienes aventuran que salen del suelo, mas yo no los vi, o dicen que se crían en grutas de las paredes, que han carcomido las nobles maderas de la Santa María con la voracidad que un ratón emplea para devorar un queso. Yo creo que sencillamente se han criado en el techo, que nacen entre las hojas de palma seca, y se dejan caer a montones sobre nuestros cuerpos no bien conciliamos el sueño. No son peligrosos, no hay constancia de que hayan picado o chupado la sangre a ninguno de nosotros, mas es tal la repugnancia que despiertan que uno preferiría vérselas con una gran sierpe que con semejantes bichos de tantas patas y que suelen escaparse cuando se les intenta dar caza. Cucarachas es su nombre, y éste resulta en extremo gentil para el repugnante bicho que designa.*

Se había hecho de día y el sol empezaba a calentar. Garzas esbeltas, de plumaje blanco, recorrían la orilla de la playa hundiendo su pico en la arena y sacando de ella su invisible alimento. Marín de Urtubia dio fin a su proceso de escritura mientras se incorporaba, secaba la tinta del pergamino con un soplo y cuidaba que la pluma no se despuntase. De regreso al fuerte, despacio, con las botas en la mano, pues le agradaba sentir bajo sus plantas la arena que se mezclaba con la tierra roja a medida que se separaba de la playa, aún volvió un par de veces la cabeza hacia atrás, por si descubría a su invisible espía, para seguir su camino triste y decepcionado.

—Mi buen amigo Camani —dijo, en alta voz—. ¿Por qué no sales? ¿Dónde te encuentras?

Entró en el recinto, cruzando el foso, cuando en la plaza de armas, formados sin demasiada marcialidad, los pobladores castellanos del fuerte Navidad contemplaban en silencio cómo se izaban los estandartes reales al ritmo del tambor. Se calzó entonces, tomando asiento en un alargado banco, hasta que hubo acabado la ceremonia.



—¿De dónde venís, granuja?

La mano recia de Juan de la Plaza se asentó en su hombro mientras el extremeño tomaba asiento a su lado.

—De darme un baño. Vos haríais bien en hacer lo mismo.

—Me encanta mi hedor. ¿No os citaréis con una de esas salvajes? ¿Y esto? ¿Qué es? —y señaló con el dedo el pergamino enrollado—. ¿Alguno de vuestros insoportables poemas?

—Prometí escribir la crónica de lo que sucediese y entregarla al Almirante no bien regrese.

La mirada que recibió de Juan de la Plaza lo llenó de inquietud. El extremeño pronunció luego unas palabras misteriosas que lo intranquilizaron aún más:

—¿Una crónica para alguien que no la leerá?

—¿Por qué?

—¿Creéis que va a volver? ¿Creéis, tan siquiera, que va a encontrar el camino de regreso? Yo no me hago ilusiones de volver a pisar calles empedradas, de dormir en lechos abrazado a rotundas caderas ni comer morcillas y chorizos con alubias.

—Bien lo halló al guiarnos hasta aquí.

—Era fácil, iba perdido y cualquier tierra con la que diera, fuera la que buscara o no, la daba por buena y de ese modo lo que iba a ser un fracaso se convirtió en éxito. Más difícil le será acertar con el punto de partida. Llegar a alguna parte llegará, si no se hunde, mas ¿quién dice que sea a Castilla?

Y luego, tras un silencio:

—¿Y lo contaréis absolutamente todo en esa crónica que estáis escribiendo? Yo, si queréis, puedo anticiparos los acontecimientos.

—No os entiendo, Juan de la Plaza.

En ese preciso instante, pasaba por delante de ellos Diego de Arana seguido por sus fieles esbirros, y les sonrió con estudiada deferencia el gobernador de la Hispaniola, embutido en un traje de paño negro que debía de hervir sus carnes por dentro.

—Escribid vos la historia, que yo me encargaré de protagonizarla.

## Capítulo 5

Juan Vecano, uno de los custodios personales de Diego de Arana, entró en el barracón que servía de alojamiento a los marineros de la *Santa María* y la *Niña* en el Fuerte Navidad. No pudo evitar fruncir la nariz mientras su vista tardaba en habituarse a la penumbra reinante y luego, despacio, fue pasando entre las hamacas que se balanceaban indolentemente a impulsos de los que descansaban en ellas. El humo del tabaco y de los leños aromatizaban un ambiente pútrido. Para paliar la gran humedad que se derivaba de tantas jornadas de lluvia, los castellanos prendían, debajo de sus lechos aéreos de algodón trenzado, que los salvaguardaban de las inmundicias e insectos del suelo, pequeños fuegos con los que se calentaban, a imagen y semejanza de los que habían visto en los poblados tainos.

—¡Salve, chupaculos del gobernador!

—¡Mirad su cara de cerdo! Debe de alimentarlo con papillas para pagarle los servicios prestados.

—¿Qué andáis buscando a estas horas?

No respondió a ninguna de las afrentas, hizo oídos sordos a cada una de ellas, que se disolvieron en el rumor continuo de las conversaciones cruzadas y los chillidos de los guacamayos, docenas de ellos que, sobre sus soportes, se adherían al caos generalizado con las palabras soeces que les habían enseñado sus adiestradores. Nadie limpiaba el recinto, ni tan siquiera eran capaces de arrojar a la plaza de armas las inmundicias de todo tipo que generaban y ya formaban una capa considerable que cubría la arena primigenia, un humus en el que hervían toda clase de insectos. Tanto Juan Vecano como su tocayo Sancho de Rama eran objeto del desprecio de aquella marinería varada en tierra. No los había escogido Diego de Arana para su escolta personal por otro motivo que por su brutal aspecto físico y por las dimensiones de su cuerpo. La naturaleza se había mostrado espléndida con ellos en cuanto a la fortaleza que les había otorgado, mas todo lo que tenían de fuertes lo tenían también de feos. Eran monstruosos, como Polifemos; si el uno tenía la frente abombada, el otro, cóncava; si uno era extremadamente peludo y tenía una barba tan cerrada que apenas dejaba vislumbrar otra cosa que los ojos y la nariz rojiza que emergía de entre la fronda oscura, el otro había sido agraciado precisamente con el don contrario, la ausencia total de cabello, incluso en la cabeza, que llamaba poderosamente la atención por la inexistencia de cejas. Despreciados por sus propios compañeros de viaje, por los marineros de la *Niña*, eran sencillamente odiados por los de la *Santa María*, que veían como una afrenta que su antiguo contraamaestre se hubiera fijado en semejantes portentos de la naturaleza y no hubiera escogido a uno de ellos.

—Juan de la Plaza —llamó, deteniéndose ante su hamaca.

El extremeño no se movió, ni abrió los ojos. Permaneció en su lecho aéreo haciendo ver que dormía.

—Juan de la Plaza, debéis seguirme. El gobernador quiere veros.

Entonces sí, abrió los ojos y puso un pie en tierra mientras con el cuerpo detenía el balanceo natural de la hamaca.

—Cuidado con lo que quieren de vos, extremeño.

—Interceded por nosotros.

—Habladle a ese cura del hambre de mujer que estamos pasando.

—O que construya un barco para regresar.

Ya en el exterior, Juan de la Plaza, que caminaba indolentemente un par de pasos detrás del gigante hirsuto, optó por colocarse sobre el torso su sucio jubón, pues consideraba que no era del todo decente presentarse ante la autoridad del fuerte con el pecho desnudo.

—Esperad aquí. Se detuvieron ante la puerta cerrada del aposento de Diego de Arana. Para construirlo habían utilizado casi todos los elementos que se habían recuperado del camarote de Cristóbal Colón, incluidos los hermosos ventanales emplomados y la gruesa puerta, que se

habían salvado del desastre.

Permaneció en espera el excapitán durante un tiempo que se le hizo eterno hasta que la puerta se abrió y salió del interior el galeno Juan Sánchez, que saludó con una afable sonrisa al extremeño aunque sin conseguir fijar ninguno de sus ojos en su rostro.

—Podéis pasar. Don Diego de Arana quiere hablaros.

Así lo hizo. Reinaba casi más calor en el aposento del gobernador que en el resto de los habitáculos de la fortificación. La ventana estaba cerrada a cal y canto, pues el antiguo contraamaestre de la *Santa María* era ciertamente aprensivo ante la presencia de los gruesos insectos del trópico. No le vio la cara, pues la penumbra se lo impidió, distinguió sólo su triste y algo rechoncha figura sentada tras la mesa que a Cristóbal Colón le había servido para desplegar sus mapas durante el viaje de ida. Permaneció de pie, a la espera, en actitud marcial, las piernas juntas, los brazos pegados al cuerpo, la barbilla alta.

—Os he mandado llamar para haceros una proposición —la voz de Diego de Arana sonaba floja y distante, como si le estuviera costando un gran esfuerzo lo que estaba diciendo y le faltara la sangre en el corazón—. La situación de la moral entre los hombres, según mis informes y lo que yo mismo he ido viendo durante todos estos días, empeora. La desidia está dando sus frutos en la forma en cómo se pierden todas las costumbres que al hombre hacen civilizado y lo separa de las bestias. El estado de higiene del barracón en donde estáis alojado es deplorable.

Se hizo un silencio. Sólo una mosca, pesada, lo rompió revoloteando por la estancia y yendo a posarse, finalmente, sobre la mesa ante el profundo desagrado del hombre que hablaba.

—Necesito un hombre con autoridad suficiente y cierto carisma personal para que se haga cargo de la situación y eleve la moral, en estos momentos tan degradada, de la gente. Alguien con ciertas dotes de mando y una experiencia militar. No lo advertió, seguramente, el gobernador, pero en la cara de Juan de la Plaza se dibujó, bajo su hirsuta barba, una sonrisa que no era enteramente de satisfacción.

—Tengo entendido que fuisteis capitán.

—Serví en los tercios durante cinco años, señor gobernador. Llegué al grado de capitán.

—Pues bien, es mi deseo que recuperéis vuestro antiguo cargo y que os encarguéis de esa masa informe en que se han convertido las tripulaciones de los dos barcos y hagáis de ellos una tropa disciplinada.

No hubo respuesta, sólo silencio.

—Naturalmente se os recompensará económicamente por ello, ya he hablado de este asunto con el administrador real Pedro Gutiérrez para estipular la suma que recibiréis, y tendréis aposento aparte acorde con vuestro nuevo estatus. ¿Qué decís?

—Que agradezco al gobernador su confianza puesta en mí y confío en no defraudarlo.

—¿Aceptáis?

—Acepto.

Cuando Juan de la Plaza tomaba el pomo de la puerta para retirarse, la voz de Diego de Arana lo detuvo.

—Espero que no me guardéis rencor por situaciones pasadas, capitán Juan de la Plaza. No fue mi brazo el que lo hizo, sino las órdenes que debía obedecer.

—No hay rencor en mí, señor gobernador.

Al día siguiente, en un acto público en la plaza de armas, mientras se izaban como todas las mañanas los estandartes reales, Juan de la Plaza fue nombrado públicamente capitán del fuerte Navidad por el gobernador Diego de Arana. El extremeño, para tan solemne ocasión, había bruñido con celo la armadura y se había colocado sobre la testa el engorroso capacete y, recién nombrado como capitán por boca del propio gobernador y bajo redoble de tambor, se dirigió a los suyos y con voz tronante les dijo:

—No hay marinos en el Fuerte Navidad, puesto que ya no hay barcos a los que servir. Hay

soldados y eso me propongo hacer de todos vosotros, profesionales en el arte de la pelea, hombres duros en el combate aunque de momento el enemigo sea nebuloso. Que quede claro. Y, ahora, ¡a formar! —gritó—. Quiero una formación recta, hombro con hombro, espaldas erguidas, rodillas metidas, prietos los estómagos, los brazos pegados al cuerpo y la barbilla alta, con la vista al cielo.

Y repasó con ojo militar las filas de hombres sucios, desarrapados y descalzos que, más mal que bien, se alineaban uno detrás de otro bajo un sol torrencial y lo hacían sin chistar, renegando para sus adentros.

## Capítulo 6

—¿Recordáis lo que os dije?

Marín de Urtubia y Juan de la Plaza estaban en el nuevo aposento de este último, primera dádiva derivada de su nueva situación. Era un cobertizo, originalmente pensado para almacén, que el flamante capitán ordenó presto a los marineros de la *Niña* vaciaran y adecentasen. En dos días Domingo Vizcaíno, el tonelero, le hizo una cama con la resistente madera de un árbol llamado *caoba*, y sobre ella yacía precisamente el extremeño mientras le decía a su amigo:

—Me habéis dicho muchas cosas últimamente.

—Claro. Os predije, entre otras, que no iba a tardar en estar aquí, y ya me veis.

—No recuerdo más.

—Mi buen amigo —Juan de la Plaza se incorporó de la cama, se acercó al vasco y lo tomó por el brazo—, veo que sois de los que se hacen de rogar. Os necesito. Quiero un lugarteniente, de confianza, inteligente y fiero.

—Tenéis donde elegir. Tanto Juan de Medina como Jacomel Rico beben los vientos por vos.

—He dicho inteligentes y de confianza. Medina es rastrero, y a Jacomel lo ciega el deseo de oro.

—Nos ciega a todos.

—Medina es un buen perro fiel, pero no podría confiar en sus consejos. ¿He de arrodillarme para suplicaros que aceptéis? Podéis compartir conmigo mi aposento, hay espacio suficiente para otra cama. El tonelero os la hará en un periquete. ¿O acaso queréis seguir durmiendo con la chusma hedionda, entre esos insectos repugnantes llamados *cucarachas*?

—¿Lugarteniente?

—Eso he dicho. Hablaré con el gobernador para que dé el pláacet.

—¿Lo dará?

—Dadlo por sentado.

—Ello supone ser vuestro esbirro.

—Fea palabra utilizáis, literato. Yo estaré por encima de vos, pero también tendréis mando, os lo aseguro.

—No me ciega el mando.

—¿No os ciega el mando? ¿No os ciega el poder? Extraño hombre sois, amigo, hecho de distinta materia. ¿A quién no le ciega el poder? Y tendréis más oro del que los demás tendrán.

—¿Oro? No veo yo oro por estas tierras. Eran ésos deseos del Almirante que la realidad pone en su sitio.

—Lo hay, y lo conseguiré. No conocemos ni la décima parte de la isla. Voy a convencer a Diego de Arana para que me autorice a emprender acciones contra Cuacanagari. Ese cacique seboso tiene oro en sus despensas, luce oro sobre su orondo cuerpo y seguro que dispone de un ejército de mineros.

—Estáis loco. ¿Enfrentaros a los tainos? No es eso lo que dijo Colón. Son pacíficos, extremeño, pero nos superan tanto en número que finalmente son una amenaza.

—No sufráis. No hablo de una guerra. Hablo de presionarlo, ¿me entendéis?, de sobornarlo, si es preciso.

Anduvo sopesando durante el resto del día la tentadora proposición que le había hecho el extremeño de hacerlo su segundo en el mando, se retiró a la hamaca y aquella noche, reflexionando sobre sus pros y contras, la pasó en vela. ¿Sabía lo que quería realmente? Ciertamente, su proceder era extraño. Se preguntaba por qué había decidido quedarse en esas tierras alejadas de todo el mundo civilizado cuando el Almirante se había ofrecido a llevarlo consigo. En la balanza había pesado más la fascinación por la aventura que el sentido común. Había dejado partir a la hermosa Galiana que, con suerte, acabaría como amante de algún noble encaprichado por su belleza o como vulgar manceba en algún prostíbulo de Sevilla. Si había emprendido un camino difícil, y embarcar en la *Santa María* para dejar los grilletos de la

prisión de Sevilla lo era, resultaba absurdo volverse atrás sin culminar una aventura que lo tenía seducido pese a los muchos peligros que entrañaba. Pesaba en su decisión su sueño infantil con el paraíso perdido que parecía encontrarse en aquellas tierras. Las selvas que los rodeaban, lo exterior a la burda y tosca fortaleza que tan absurdamente habían edificado los castellanos en ese trozo de playa, eran tan fascinantes para sus ojos como el cuerpo de la más bella mujer: montes como pechos lujuriosos y valles como vientres que lo atraían irremediamente. Todo el entorno hablaba de una libertad sin límites, del regreso del hombre a su estado más natural, lejos de su civilización de calles empedradas, vestidos abotonados hasta el cuello, lenguaje culto y represión de los sentidos. ¿No estaba luchando contra su propia civilización si tan fascinado se hallaba por ese mundo ajeno? Curiosamente nada echaba en falta ahora de su vida de antaño, borrada de su mente la imagen de su amada Leonor, que le había deparado más sufrimientos que placeres. ¿Era su mundo más cómodo? ¿Había más comodidad que dormir a la intemperie o en una modesta choza porque la benignidad del clima lo permitía? ¿Era más civilizado quemar en la plaza pública a un hereje que devorarlo? ¿No estaba hecho el cuerpo para los placeres de la carne? ¿No era el placer un designio divino?

El alba lo sorprendió despierto. Salió a la plaza de armas como todos, al redoble del tambor, y formó marcialmente entre los desarrapados marineros que la voluntad de Juan de la Plaza trataba de convertir en soldados.

El extremeño se hallaba muy imbuido por su cargo y había conseguido adecentar su camisa, que parecía que la hubiera frotado con yeso de tan blanca que relucía, y se paseaba entre las filas de sus hombres cerrando la mano sobre la empuñadura de la espada que llevaba prendida al cinto. Golpeaba con el puño cerrado los estómagos que veía flácidos, pisoteaba con sus botas los pies que no permanecían cerrados y metía hacia adentro, a patadas, las rodillas dobladas. Había olvidado, desde que ostentaba el mando, su relación de complicidad con Jacomel Rico y Juan de Medina: ellos eran unos más entre la treintena larga de hombres.

—Izad los estandartes, Marín de Urtubia.

Obedeció el vasco. Salió de la formación y tiró de las cuerdas hasta que las dos banderas flamearon en la punta de los mástiles.

—Jacomel Rico y Juan de Medina se encargarán hoy de la limpieza de la infecta barraca. Lo quiero todo limpio, en orden. Y vos, Marín de Urtubia, haréis la segunda guardia.

Castigaba a los suyos para que nadie advirtiera deferencias; era uno de los principios con los que actuaba. Limpiar la porquería de los demás era una faena indigna, humillante; hacer la segunda guardia suponía soportar las más altas temperaturas de la mañana. Fue el vasco hasta la entrada de la fortificación y tomó la pica y el capacete del centinela Fernando Mendes, marino de la *Niña* que se había hecho cargo de la guardia nocturna y tenía en el fuerte a su hermano, y abrió la puerta de par en par y se situó fuera, sobre el tablón de dura madera que salvaba el foso. A las dos horas, el sol le castigaba ferozmente el cuerpo y bajo el peso del capacete su pelo chorreaba sudor. Andaba unos pasos, cada cierto tiempo, arriba y abajo, atrás y adelante, con la pica sobre el hombro que comenzaba a ulcerarlo. ¿Era el modo que tenía Juan de la Plaza de convencerlo de lo cómodo que sería para él aceptar el cargo de lugarteniente?

A mediodía vio salir a algunos tainos de la selva. Lo hacían a diario, acudían atraídos por la curiosidad, entraban en el fuerte y se establecían en la plaza de armas a comerciar con sus iguanas, que transportaban atadas por las patas en largos juncos, sus collares de colores y grandes hojas secas del tabaco, a las que tan adictos eran los castellanos, pero nunca oro. Pasaron ante él con cierto temor, sobre todo los arrapiezos que sin duda creían que el casco que llevaba encajado en la cabeza formaba parte de ella, que su torso era metálico. Los contó. Cinco varones, dos niños y dos mujeres que le sonrieron, que, sin ser bellas, le parecieron después de tanta y desesperante abstinencia que enloquecía a todos. No iban completamente

desnudas, sino que llevaban pequeños trozos de algodón que cubrían sus vergüenzas, las *naguas*, lo que indicaba que seguramente eran mujeres casadas. Contó el tiempo que estuvieron dentro y los imaginó, como siempre, acucillados en la arena, junto a los estandartes, extendiendo su mercancía ante el desprecio de los castellanos que, de comprar algo, las comprarían sólo a ellas. Contó, por distracción, el número de palmeras que destacaban sobre otro tipo de árboles, tan esbeltas y gráciles, de tantas formas, de tan historiados troncos, grises, verdes, dorados; intercambió algunas palabras con un grupo de marineros de la *Niña* que salían a cazar con sus picas y ballestas, y los envidió. Le hastiaba ser centinela, prisionero de esa puerta que debía guardar.

Estuvo mucho tiempo bajo el sol, aplastado por él, quemado, torturado y, pese a todas las actividades mentales que recreaba, pese a los pasos que daba en uno u otro sentido para abreviar el tiempo, éste no terminaba de discurrir. Marcharon los indios, contentos al parecer, liberados de sus iguanas y sin las hojas de tabaco —hasta allí le llegaba el aroma de las ahumadas—, envueltos con alguna manta, con collares de baratijas colgados del cuello ellas, y aún pasó mucho tiempo hasta que vio a los marinos de la *Niña* volver de nuevo a la fortificación tras una partida infructuosa de caza: nada traían, salvo rasguños en las piernas y en los brazos, algunos de ellos en la cara.

El relevo le vino cuando estaba próximo a desmayarse. El sol era más benigno, pero la sed le removía el estómago. Intuyó de quién se trataba por lo lento que venía y por su visible cojera: Juan de Jerez, el de los pies devorados por las niguas, que, pese a su dolencia, no había sido rebajado de servicios por el implacable Juan de la Plaza.

—¡Bienaventurado seáis!

Y con celeridad se desprendió del incordiante capacete, le pasó la enorme pica, voló hacia el interior de la fortaleza a remojarse la cara, a abreviar en el depósito de agua que recogía la que caía de la lluvia.

Aquella noche, tras la frugal cena de carne asada de iguana y plátanos, Marín de Urtubia fue a hablar con Juan de la Plaza.

—Entrad, entrad.

Estaba el capitán tumbado en su lecho sobre el que había mandado colocar un colchón confeccionado con tela y relleno de hojas secas de palma que trataban de emular la blandura de los de lana.

—Estuve meditando lo que me dijisteis ayer.

—¿Y?

—Acepto el cargo.

Una sonrisa franca se dibujó en el rostro del extremeño. Se levantó de la cama, se fundió con él en un abrazo y le ofreció un vaso de vino.

—Mas ¿no se había terminado? —dijo, con extrañeza el vasco mojando los labios en él.

—No para todos. Quedaos aquí conmigo. Hoy dormiréis en el suelo, pero mañana mandaré que os hagan una cama y la dispongan en esa esquina. Hay sitio para ambos.

Marín de Urtubia permaneció despierto un buen rato echado en el suelo, sin conseguir conciliar el sueño, mientras la bujía encendida se consumía sobre un taburete salvado de entre los restos de la *Santa María*. Decididamente no estaba contento consigo mismo y se sentía humillado en su honor. Había aceptado finalmente el ofrecimiento de Juan de la Plaza sin más móvil que la comodidad, para eludir futuras ingratas tareas y evitar dormir en un establo como los animales. Así de simple había sido comprarlo. Mas no sería un lugarteniente sumiso, que no confiara el extremeño en ello.

Cuando despertó a la mañana siguiente y salió al exterior, a punto estuvo de pisar una iguana. Los tainos, que bajaban a diario al fuerte para entablar negocios con los castellanos, las llevaban con ellos. Las daban por trozos de telas de colores, por cuentas, por algún espejo,

éstos muy valorados porque podían verse las caras por primera vez en ellos y estallaban en inocentes risotadas cuando esto sucedía. Pronto el fuerte Navidad se pobló de tantas iguanas que no daban abasto para comerlas. Andaban sueltos los tan horribles como inofensivos animales por la plaza de armas, se metían en el dormitorio de la tropa, las pisaban los marinos cuando descendían medio dormidos de las hamacas, hasta intentaban entrar en las cámaras del gobernador, del capitán, el veedor y el galeno. Pronto tuvieron la certeza de que aquellos animales, docenas de ellos ya tenían, se habían ido reproduciendo de forma silenciosa, pero, acostumbrados a su presencia, no los molestaban, es más, les servían para limpiar la superpoblación de insectos que padecían, al parecer el único bocado que satisfacía a tan enormes reptiles.

Marín escribió sobre tan extraños como comunes animales que literalmente los envolvían, despensas de carne que ejercían sobre el vasco una extraña fascinación por su aspecto, a los que venía observando con detenimiento.

*Maravillanme las iguanas, pese a su aspecto poco tranquilizador. Son el ejemplo de que las apariencias engañan. Tienen cara de lagarto o dragón, pero son mucho mayores que los de Castilla, porque la cabeza es más grande que el puño o mano cerrada de un hombre, y tienen un pescuezo corto, cuerpo que hace tres palmos en muchos casos, una lengua larga y repulsiva, una cola de cuatro palmos cuando no aparece cortada, pues es común que se pelee con sus congéneres. Parecen animales muy antiguos, sobre todo por sus espinazos, que son unas crestas dentadas, muy duras, y los enormes papos que les cuelgan desde la barba al pecho. No son animales feroces, a pesar de sus dientes afilados como agujas y de las largas uñas de sus pies, sino más bien mansos, pero parecen conscientes del asco que despierta su presencia. ¿Es pez o es carne? Pues no sabría decirlo por su sabor. La mala fortuna hace que su carne, sabrosísima, parezca la del pollo y que desollado el bicho, que parece flaco, se vuelva gordo y cunda con mucha manteca. Se come hervido, como si fuera pez, o asado, como si fuera carne, pues no se sabe bien lo que es, y hasta he visto que se comen sus huevos, como los de las gallinas, que se echan en agua hirviendo para que cuajen, y hasta comen sus hígados, que son negros, espesos y de buena digestión. Las tienen los tainos en sus cabañas, atadas a perchas, como en Castilla tenemos a los pollos y los conejos, y apenas comen otra cosa que no sea cazabe e insectos, y casi no beben y se pasan mucho tiempo al sol, sin alterarse. Las matan descalabrándolas contra las rocas tras cogerlas por la larga cola, y es entonces cuando se las oye, en ese postrer momento, porque durante su aburrida vida ni gritan, ni lloran, ni gimen. Escribo iguana, pero tengo dudas de que realmente sea así. He oído a los tainos referirse a ellas y aún hoy ando en dudas. La i del inicio apenas la pronuncian, luego viene una u que a mí me parece gu; lo más claro son las tres letras postreras, ana, que ésas sí que las tengo claras.*

Los días transcurrían en el fuerte sin incidencias, aunque la moral de los castellanos comenzara a resentirse ante la falta de objetivos. Se preguntaban, los más de ellos, qué estaban haciendo en esas tierras mientras esperaban el regreso del Almirante, cuál era su destino, y algunos, en voz baja, aventuraban con hacerse con el oro y las mujeres de los tainos, sus riquezas más visibles, y se preguntaban a qué esperaba el gobernador para darles las órdenes pertinentes en ese sentido.

—¿Cómo va la disciplina? ¿Conseguiréis hacer de ellos una milicia?

Juan de la Plaza había comunicado a Diego de Arana su particular nombramiento de Marín de Urtubia como lugarteniente, algo a lo que no opuso objeción. Consideraba el antiguo contraamaestre de la *Santa María*, nombrado a su pesar gobernador de la Hispaniola, que el vasco era el más adecuado para actuar como el contrapeso perfecto a la natural virulencia del extremeño, que era capaz de poner un poco de sentido común a la inflexibilidad de sus dotes de mando.

—Puedo matarlos a golpes, a instrucción, a guardias, señor gobernador, pero hay que



recompensarlos de alguna manera.

—¿Qué decís?

—No han cobrado ninguna soldada desde que partieron de Castilla. Apenas han catado mujer. ¿Qué puede estimularlos?

—¿Qué estáis insinuando?

—Si queréis tenerlos apaciguados, mejor haríais en contentarlos en sus demandas.

Existía entre los castellanos una violencia larvada, exacerbada por las pobres condiciones en que vivían. En poco se diferenciaban sus condiciones de hacinamiento de la de los cerdos en cualquier porqueriza, incluso aventajaban en suciedad a los irracionales, y, como ellos, las trifulcas estaban a flor de piel y las peleas a puño degeneraban en luchas a cuchillo. Existía una clara rivalidad entre los dos grupos de hombres que formaban la guarnición. Los del norte, los tripulantes de la *Santa María*, detestaban a los del sur, los tripulantes de la *Niña*, y estos últimos razonaban su odio en que por culpa de la desidia de sus contrarios se hundiera la nao y como consecuencia de ello viniera la condena de permanecer en aquella isla. La situación de rivalidad se agravó más, si cabe, desde el momento en que Juan de la Plaza fue nombrado capitán y empleara las prerrogativas del mando para ensañarse, repartiendo los peores destinos, con los antiguos tripulantes de la carabela *Niña* tras unos primeros días que parecía ser ecuánime: ellos hacían las peores guardias del día, limpiaban sistemáticamente las letrinas y las inmundicias del barracón, y eran enviados con los pesados toneles sobre sus hombros a buscar agua dulce al lejano río.

Por ello a nadie le extrañó que Pedro de Lepe sostuviera una violenta trifulca con Gil Pérez, marinero de la *Niña*. Sabiéndose protegido por su capitán, le dio una orden infamante que Gil Pérez no cumplió, y este hecho degeneró en un intercambio de golpes que se saldó luego en una acometida a cuchillo en la plaza de armas. Se formó a su alrededor un corro de espectadores que los azuzaban a que se dieran golpes mortíferos, pues pronto se vio que los dos contendientes eran los paladines de los dos grupos en liza.

Sólo la intervención decisiva de Marín de Urtubia impidió que la lucha de aquellos dos hombres degenerara en una batalla campal que a todos afectara. Alertado por el bullicio, el vasco salió de su cámara espada en mano e irrumpió en el círculo en donde se dirimía el combate. Ante el caso omiso que ambos contendientes hicieran de sus gritos para que detuvieran los ataques, optó por desarmarlos personalmente con su acero. De un golpe certero, el puñal de Pedro de Lepe fue partido y de él brotaron sinfín de chispas. Con Gil Pérez sólo tuvo que apoyar la punta de su espada en el pecho para que se abriera su mano y cayera el arma que empuñaba al suelo. Éste era el síntoma de una rivalidad larvada entre los marineros de la *Santa María*, mayoritarios y del norte de España, y los de la *Niña*, en minoría y del sur de España. Y así se lo hizo saber el del Leizarán a Juan de la Plaza, que fingía no haberse enterado del combate:

—Que los castiguen a ambos —fue su decisión salomónica, tras escucharlo, mientras se lanzaba el agua de la jofaina sobre la cara y se enjuagaba la boca luego con ella.

—Es una situación que se puede repetir de nuevo —advirtió el vasco.

—Lo lleva la condición humana, literato. Somos esclavos de nuestros instintos, y la sed de sangre es uno de ellos. Si no pueden matar a esos indios pordioseros, lógico es que lo hagan entre ellos. El pusilánime de nuestro gobernador debería darnos licencia para hacerlo. Pero no lo hará. No quiere conflictos, aunque su inoperancia acabe con todos nosotros.

No había «rollos» en la Hispaniola, las columnas en donde eran sujetos los reos y el verdugo aplicaba en Castilla los castigos corporales. Pedro de Lepe y Gil Pérez fueron cargados de cadenas y amarrados en la plaza de armas al mástil de las enseñas. Durante todo el día que permanecieron castigados, bajo un sol de fuego que ulceró sus pieles y secó sus gargantas, nadie les dio de comer ni de beber y no recibieron más alimentos que las corrompidas y agusanadas frutas que sus compañeros les lanzaban con saña a modo de proyectiles,

acertándoles de lleno en los rostros, tal como solía hacer el populacho con los reos aprisionados en las picotas de Castilla, piezas de madera en las que el condenado introducía cabeza y manos y quedaba inmovilizado a merced del verdugo.

—Ni oséis intervenir —le advirtió Juan de la Plaza a Marín cuando éste trataba de evitar semejante escarnio—. Con algo tiene que divertirse la soldadesca.

## Capítulo 7

Pidió Marín a Juan de la Plaza permiso para capitanear un grupo de caza a fin de obtener carne fresca y recolectar frutos, pues si seguían consumiendo las exiguas provisiones que dejó la *Santa María*, muchas de las cuales se habían echado a perder, podían llegar a enfermar todos de escorbuto. Estaban hartos de la carne de la iguana y en los alrededores del Fuerte Navidad, como se había visto, la caza no abundaba, por lo que era intención del vasco adentrarse en la selva y explorar rincones de la isla todavía no hollados. Había, en su petición, una parte de orden práctico, de servicio a la comunidad, que era la excusa para partir, y otra de índole personal: los estrechos límites del fuerte Navidad le ahogaban y ansiaba respirar aire libre, dormir al raso durante los días que durara la expedición.

—No os entiendo, amigo. ¿No estáis cómodo aquí? ¿No os place el grado que os he dado?

—No se trata de eso. Os agradezco de corazón vuestro nombramiento, pero necesito acción, moverme. No soporto la inoperancia.

—¿Cuántos hombres os harán falta?

—Con cuatro me basto.

—Elegidlos vos mismo.

Decidió Marín ser ecuánime y eligió dos miembros de cada una de las tripulaciones. Jacomel Rico y Juan de Medina de la *Santa María*, por conocerlos, a los que hubo de convencer limando sus reticencias, pues no era del agrado de ambos dejar la cómoda rutina de sus vidas en el fuerte para aventurarse por una selva ignota e inhóspita; y Juan Reynal y Antón Calabrés, tripulantes de la *Niña*.

—Reynal, Reynal —repitió el vasco, con cierta inquietud, tras saber el apellido de quien a ciegas había escogido—. ¿No tendréis como pariente a un gentilhomme de Sevilla?

Nada tenía que ver aquel Juan Reynal con el que despachó en duelo y fue causante de su estadía en prisión. Era el presente un antiguo pescador de las marismas andaluzas, que subsistía más como cazador furtivo de avutardas que de los frutos del mar, un tipo lerdo de inteligencia mermada y peor higiene que se rascaba con frecuencia cabellos y barbas en busca de piojos, pero que le iba a ser de gran utilidad por su experiencia como cazador de aves. La aclaración tranquilizó a Marín.

Partió el grupo con la intención de estar tres o cuatro días ausentes, durante los que explorarían la costa norte de la isla Hispaniola, siguiendo siempre el litoral y sin adentrarse demasiado en la jungla. Salieron armados con espadas, picas y arcabuces y sin ningún tipo de víveres, pues Marín planeaba alimentarse con los animales que fueran capturando, y sí con sacos en donde transportarlos.

—Os conmino que seáis prudente y no perdáis ni un solo hombre —le dijo Juan de la Plaza antes de dejarlo marchar—. Somos tan pocos aquí, que cada uno de nosotros vale su peso en oro. No hay sustitutos, por desgracia. No voy a hacer levas entre los tainos.

Caminaron media jornada por un paraje abrupto y lleno de riscos cortados a pico sobre el mar, pues la intención de Marín era no perderlo nunca de vista. Escalaron, no sin esfuerzo ni riesgo, paredes de roca que les lastimaban brazos y piernas pero les permitían, de vez en cuando, meterse en alguna oquedad en donde podían descansar; luego, en el último tercio de la escalada, se toparon con un bosque de arbustos bajos que les sirvió de adecuado asidero y mitigaron el vértigo que sentían cada vez que miraban el lejano mar que rompía un centenar de metros más abajo de donde estaban, hasta que coronaron la cima.

—¿Qué sentido tiene todo este esfuerzo? —se preguntó en voz alta e irritado Juan de Medina, contemplando sus rodillas y nudillos desollados.

La vista desde aquel promontorio era espectacular, igual a los nidos de águilas que solían abundar en la meseta y eran coronados por escarpados castillos que servían como torres vigías. Se divisaba claramente el fuerte Navidad y desde la altura se les antojaba de una fragilidad

espantosa: una gran roca, lanzada desde lo alto, parecía capaz de pulverizarlo. Se intuía también, en un calvero de la selva, la ubicación del poblado de Cuacanagari, de cuyo centro salía un penacho de humo delatando presencia humana tras aquel gran cerco de vegetación. Y se distinguía el río al que acudían para llenar los toneles, el Yuna, una cascada que era una cinta de plata cruzando la esmeralda de un monte cercano, y lejanos valles con praderías, *sabanas*, que era el nombre que daban los tainos a las vegas, cerros y orillas de ríos carentes de árboles, y selvas, llamadas *arcabucos*, que no parecían tener fin.

—Habrá que bajar —rezongó Jacomel Rico.

Pero el descenso fue mucho más fácil que el ascenso, por un sistema de colinas suaves y escalonadas que los llevaron de nuevo al nivel del mar.

—Ni rastro de caza —bramó Juan de Medina.

—No desesperemos. La hallaremos. ¿Qué os parece, Reynal?

—Que debemos aventurarnos en el interior si queremos hacernos con alguna pieza.

—¿Acaso no estáis hambrientos?

En las proximidades del río, cuando ya desesperaban de no hallar caza, descubrieron un par de *hutías* de considerable tamaño. Eran esa especie de ratas grandes, o conejos, de pelo ralo y duro de color gris, muy preciados por los tainos por su exquisita carne, que solían cazar con sus pequeños perros domésticos que no ladraban; su carne ya habían tenido la oportunidad de probarla los castellanos durante los días que transitaron de una isla a otra. Se acercaron, sin hacer ruido, emboscados tras la hierba alta que crecía en torno al curso del río, y al unísono se levantaron ambos cazadores y arrojaron sus lanzas contra las pequeñas bestias. Acertaron de pleno. Una murió en el acto, con el corazón quebrado; la otra fue rematada golpeando su cabeza contra una roca. Y como tenían hambre, las despellejaron en un santiamén y pusieron a asar las carnes en un fuego que en seguida prendieron. No dejaron ni los huesos.

Juan Reynal los precedió desde aquel momento. Se abrieron paso por la selva cuando la tarde caía y el sol declinante pintaba el cielo de color violeta. Caminaban en silencio, abriéndose paso por entre los árboles que cada vez juntaban más sus troncos y hacían más angosto su paso, cruzaron luego un humedal con suma precaución, pues había charcas y revoloteaban toda clase de insectos a su vera, entraron luego en un laberinto de árboles espigados y de vegetación frondosa, parasitados por multitud de plantas y hierbajos, que impedían el paso de la luz del sol, y entonces el marino de Palos, que iba en cabeza, les hizo a todos un gesto para que se detuvieran y guardaran silencio. Así estuvieron un rato, sin atreverse a respirar, pegados a los troncos, fundidos en su vegetación, las ballestas tensas, las flechas prestas, mientras a un centenar de pasos la maleza se abría por el caminar de un ser vivo. Apuntaron todos a una y dispararon, y las cuatro flechas dieron de lleno en el blanco. Corrieron, cuchillo en mano, a rematar la pieza que, por el ruido que había hecho y las ramas que al caer había tronchado, se les antojaba grande, pero se detuvieron en seco sorprendidos por lo que descubrieron: lo que creían una pieza de caza no era otra cosa que un indígena taino; el desventurado había sido alcanzado por tres dardos en el pecho y uno en el cuello.

—¡Dios mío, está muerto! —exclamó Marín de Urtubia aproximándose al caído y colocando la mano bajo su nariz para comprobar que había dejado de respirar.

Cuando se agachó sobre su cuerpo, el corazón le dio un vuelco, pues creyó ver en sus facciones las del intérprete Camani. ¿En dónde te ocultabas, mi buen amigo? ¿Qué te hizo huir imprevisiblemente? Dio gracias a Dios al ver que no se trataba de él.

—Empieza bien nuestra cacería —espetó Jacomel Rico—. ¿Quién le dijo a ese estúpido que tenía que ponerse delante de nuestros dardos?

—Si fuéramos caribes sería una jugosa presa —rió Juan de Medina.

—¿Y si hay más?

—¿Qué haremos? ¿Matarlos?

—No vamos a matar a nadie si no somos atacados. Éste ha sido un incidente lamentable. Vayámonos de aquí —dijo Marín.

Y se alejaron del lugar y volvieron por distinto camino al mar, y en una playa buscaron refugio, con el estómago vacío, para pasar la noche, resguardados por el techo que les ofrecían las numerosas palmeras inclinadas que a la vera de la arena crecían.

—¿Y nuestra cena, señor lugarteniente?

—Buscad por la playa, seguro que hay moluscos suficientes para llenar bien vuestros estómagos.

En ello emplearon su tiempo hasta que cayó la noche, en capturar toda clase de conchas y sorber lo que ocultaban, en apresar a cuanto cangrejo correteaba por la arena y aplastar su caparazón con el mango de las espadas y sorber su carne blanda y los jugos espesos que los bañaban.

Marín de Urtubia hizo la primera guardia. No encendió fuego, pues no quería delatar su presencia a los compañeros del infortunado taino cazado por ellos. Su imagen de muerte se alternaba constantemente con el cuadro que la luna formaba sobre aquella playa.

Era extremadamente fácil morir y matar en aquellas tierras sin dar razón de ello a nadie. No había leyes ni castigos en esa arcadia en la que, sin embargo, la muerte parecía acechar tras el tronco de cada árbol de la selva infinita. Se sintió frustrado por el fracaso de esa primera jornada, pero se juró que el incidente no empañaría el éxito de las venideras.

A la mañana siguiente, no bien salió el sol, Marín y su grupo bordearon aquella costa en la que habían obtenido refugio por la noche. Se hallaban entumecidos, por la humedad que habían tenido que soportar en lugar tan próximo al mar, pero con los primeros pasos ésta desapareció y la agilidad volvió a sus miembros. El sol se había detenido en la mitad del cielo y cegaba con su luz los ojos de los castellanos. Andaban hundiendo los pies en la arena, chapoteando en el agua tibia, persiguiendo a los cangrejos y a los pequeños peces que se acercaban a la costa y casi salían del agua.

—¡Mirad! —el que chillaba, asombrado, era Juan de Medina. Señalaba la rama de un árbol y no daba crédito a sus ojos.

Repararon los demás en lo que su brazo apuntaba: un pez rojo, con cresta dentada en su dorso, no más grande que una mano, posado sobre la rama de un árbol muy próxima al mar que les parecía devolver la mirada de extrañeza con que lo observaban. Un pez enloquecido que había huido del mar. Un pez que quizá se había tomado él mismo por pájaro.

—¿Cómo llegó allí?

—¿No estaremos borrachos? Un pez que sale fuera del agua...

—Y no se muere.

—Comámoslo.

Mas Marín detuvo la mano de Juan de Medina, que quería apresarlo.

—Dejad vivir a este portento de la naturaleza. Nos traerá suerte.

Siguieron andando por el litoral hasta alcanzar una resguardada bahía cuya hermosura los dejó impávidos. Ni el ser más vulgar podía permanecer insensible, hasta el tosco Reynal, con su pobre inteligencia y su aún menor sentido de la belleza, se quedó prendado de tal prodigio. La naturaleza se mostraba espléndida como la más hermosa dama, tan seductora, lujuriosa y, al mismo tiempo, tierna, de suaves colores, de armónicos trazos, como pintada en el bello lienzo de un extraordinario artista. Árboles, tan numerosos, de tantas especies, de tantos colores, con tantas aves sobre sus ramas, que crecían en la misma agua del mar, que salían como descomunales plantas acuáticas que desde sus profundidades buscaran el cielo. Y el cielo estaba allí, sobre aquellos bosques, sobre las arenas blancas y las aguas turquesas de fondos transparentes. El jardín del Edén seguía deparándoles agradables sorpresas en cuanto bajaban la guardia y se dejaban seducir por él.

Cazaron un animal marino al que ya conocían, un *manatí*, del que apreciaban su sabor, aunque al matarlo, alanceándolo cuando el animal con inocencia se acercaba a la orilla, lo hicieron con cierta prevención. ¿Acaso no era como una sirena?, ¿no era su piel de una tersura femenina y en su torso emergían pequeños pechos cónicos semejantes a los de las mujeres? Mas ciertamente su cara no era la de ninguna mujer, sino la de una bestia ridícula, que estuvo retorciéndose en mil y una muecas antes de rendirse a su destino y sufrir el golpe certero de una cuchillada en su cuello. Besó la arena la bestia y la empapó de sangre mientras exhalaba agónicos chillidos que parecían humanos.

—¡Hacedlo callar, maldita sea! —rogó Marín con el corazón encogido.

Y Juan Reynal se hizo cargo de ello, le hundió una y otra vez el cuchillo en la garganta, lo clavó tanto que su mano desapareció en la enorme herida que abrió, lo sostuvo dentro, empapándose el codo de sangre, hasta que la bestia dejó de manotear y de gritar. Y entonces lo desollaron con rapidez, encendieron fuego y, puesto que estaban hambrientos, la devoraron por entero, sin esperar que se asara del todo, bebieron su grasa y su sangre, se hartaron con su gran corazón e hígado, devoraron su carne hasta el mismísimo tuétano de los huesos y, tras el banquete, con el estómago pesado, todos se sintieron algo caníbales.

Cuando se cazaba un manatí se celebraba como una fiesta porque su carne era de las más exquisitas y tiernas de las que había por allí. Los apreciaban los castellanos porque eran verdaderas despensas de carne por su generoso tamaño y los criaban los tainos, atados con cuerdas, en las riberas de los ríos, alimentándolos con hierba, considerándolos un regalo de *bagua*, el mar. Había algunos ejemplares tan grandes que tenían catorce o quince pies de largo por ocho palmos de grueso. Los manatíes eran abundantes en aguas dulces, sobre todo en las del río Ozama, aunque de vez en cuando desembocaban en las saladas. Sobre qué era exactamente, había fuertes controversias. ¿Carne o pescado? En comiéndola todos llegaban a la conclusión de que, por lo sabrosos y rojos que resultaban sus filetes, el manatí estaba más próximo a la ternera que al marrajo. Pero cuando lo pescaban, arponeándolo, sin gran dificultad, porque la bestia, mansa y medio tonta, se prestaba a ello, tenían la sensación de habérselas con un pez.

—Pez es —decía Juan Reynal mientras mascaba su carne.

—Pues a carne saben sus filetes —discrepaba Antón Calabrés.

—¿Y los atunes? ¿No saben a carne y, sin embargo, son peces? —dijo Jacomel Rico.

—¿Y qué me decís de sus pechos? ¿Tienen tetas los peces? —apuntó Juan de Medina, con una risotada, rebanando uno de ellos con el cuchillo.

—Puede que sea un híbrido, un cruce contra natura de pez y vaca.

—Sin patas, porque no tiene patas.

—Sí las tiene, mas parecen aletas.

—¿Y dónde están las orejas?

—Los agujeros que tiene junto a la cabeza.

Del manatí se aprovechaba todo una vez se desollaba, por lo que se referían muchas veces a él como al cerdo de las Indias. De su piel secada al sol se podían hacer cintos o calzado; de su manteca, imprescindible aceite en donde freír los huevos de tortuga, por ejemplo; y sus sesos, secados y luego machacados hasta ser convertidos en un fino polvo, servían para paliar el mal de piedra que padecían algunos castellanos, información ésta que confiaron chamanes tainos al galeno y que éste se encargó de anotar en unos pliegos que tenía en donde reseñaba toda clase de noticias para un posterior aprovechamiento e industria si alguien, algún día, los sacaba de allí.

—Quien nos viera podría tomarnos por caribes.

—Pero ¿realmente existen esas bestias? No vimos ninguno. Fruto son de la mente de los cobardes tainos.

—¿Los caribes? No los vimos, cierto, pero sí las consecuencias de ellos —alertó el vasco—. Feroces cicatrices y relatos horribles de sus tropelías.

—Y quién os dice, literato, que no son más que inventos de esos indios para atemorizarnos.

—¿A vos os atemorizan?

—¿Y a vos no?

—Poco importa que coman a los muertos, ¿que más mal pueden hacerles además de matarlos?

—No los matan, amigos —dijo Marín de Urtubia fijando sus ojos en sus compañeros—. Los que directamente mueren en combate son los más afortunados. Los que peor lo pasan son los prisioneros, que son devorados en vida por semejantes bestias hijos del diablo; los infantes, que son engordados y sacrificados como vulgar ganado; las mujeres, a las que previamente violan y preñan para arrancarles a sus hijos de las entrañas y devorarlos o sacrificarlos antes de que nazcan, por ser más tiernos. Tarde o temprano deberemos vérnoslas con esas bestias y espero que Dios esté de nuestro lado.

El relato de los espantos que provocaban los caribes dejó sin habla a todos e instintivamente los hizo más recelosos. Reynal espía la floresta próxima, Jacomel Rico miró hacia la lontananza, en el mar, por si descubría alguna canoa sospechosa; sólo Juan de Medina se permitió bromear a continuación:

—Prefiero ser apresado por las amazonas, aunque me aguarde parecido fin. Morir gozando de sus cuerpos, que es muerte maravillosa.

—Las amazonas harían de vos un vulgar semental que cuando ya no sirviera sería sacrificado. ¿Habéis oído hablar de los zánganos de una colmena? Pues parecido fin os esperaría.

—Pero nadie me quitaría ya lo bailado, vasco. Tengo simiente para cientos de ellas, puedo satisfacerlas mil y una noches y, mientras queden saciadas de placer y colmadas por mi néctar, me dejarían seguir viviendo.

—En muy alta estima os tenéis.

—¿Queréis probar? ¿Decid? ¿Queréis probar?

—¡Puto bujarrón!

—¡Bajad el tono! —ordenó Marín de Urtubia frunciendo el ceño—. Que lo que empieza como broma suele acabar en pendencia.

La noche los sorprendió en aquella hermosa bahía. La marea se llevó los huesos del manatí y sus pobres pellejos mar adentro y oyeron, con claridad, en el silencio, el hervidero en el agua que les indicaba el festín que los peces se daban con los despojos. Marín estableció guardias nocturnas y que el fuego se mantuviera abierto toda la noche, lo que fue motivo de discusión.

—¿El fuego no es una forma de alertar a los caribes de nuestra presencia? —apuntó Reynal, estremecido todavía por el relato de Marín de Urtubia.

—¡Seréis cagón! Como todos los putos marineros de la *Niña*. ¡Niñacos! Y como niños, asustadizos. Un disparo de nuestro arcabuz es más que suficiente para alejarlos.

Cuando despertaron a Marín para que hiciera su turno, se paseó éste por la playa con la pica al hombro, arriba y abajo, pisoteando la arena, metiendo de vez en cuando los pies en el agua cuando le vencía el sueño.

La noche le hacía pensar y sus pensamientos lo conducían rápidamente a un lecho de Sevilla. Podía reproducir el aroma de su cuerpo, un perfume tibio que escapaba de sus húmedas axilas, que bañaba sus pechos. Pensó en Leonor, a quien ya creía olvidada y sepultada en su corazón, y su figura le vino a traición en la duermevela de la guardia, tan real como si estuviera con ella, y estuvo tan en celo pensando en los más mínimos detalles de ese encuentro rápido y furtivo que su turno de guardia se hizo breve. Pensó si no se había equivocado al elegir vivir en el Nuevo Mundo en vez de regresar al antiguo. Desconfiaba de las riquezas, que hasta ahora no había visto, y desconfiaba, sobre todo, de los castellanos, cuya ambición desmedida no compartía. ¿Qué le quedaban? Hermosas mujeres, diosas desnudas y promiscuas que se daban, con una

entrega que ninguna mujer decente osaría, y sin embargo tan dulces, inocentes y sencillas que era injusto calificar de otro modo lo que no era más que obsequio a los dioses barbados, carnales ofrendas.

La luna cruzaba la bahía e iluminaba el paisaje, lo hacía irreal en su mansedumbre y en su absoluto silencio, sólo roto por el rumor del mar, que removía las conchas de la playa, una y otra vez, una melodía parecida aunque siempre distinta.

Creyó ver una figura femenina andando por la playa. Primero lo achacó a su deseo, que le hacía ver visiones. Pero, no obstante, la siguió, no fuera real. Aquella figura menuda se ocultó rápidamente en la selva en cuanto se vio seguida. Ya él, la huida de aquel fantasma le azuzó el corazón, lo hizo correr en pos de él. Se internó en la floresta, sin rumbo fijo, a oscuras, jadeando por la emoción y el deseo, persiguiendo a ese ser incorpóreo del que hasta podía olfatear su denso olor a hembra que dejaba como rastro por entre las hojas que abría a su paso, hasta que, arrepentido de su proceder, volvió precipitadamente a la playa, con el corazón encogido, temiendo que en su imperdonable ausencia los indios tainos o caribes hubieran caído sobre sus dormidos compañeros y los hubieran matado.

La hoguera crepitaba, aunque sólo un leve rescoldo, y los cuatro hombres dormían, unos junto a otros, las manos aferradas a las empuñaduras de las espadas, no obstante, el arcabuz en los brazos de Juan de Medina, con tanta pasión ese abrazo como si el arma de fuego fuera una mujer.

Respiró aliviado mientras se recostaba contra el tronco de un árbol y le vencía el sueño al mismo tiempo que nacía el alba.

Continuó la partida su exploración por aquel litoral tan virgen que ni señales tenía de la presencia de los tainos. Recorrieron cuan larga era la primera bahía y asomaron sus asombradas cabezas a una nueva, no sabrían si decir si más hermosa que la anterior, al menos de aguas más calmas.

Fue Reynal el que tuvo la vista precisa para descubrirlos. En lo alto de un cerro escarpado, una verdadera torre vigía, anidaban seis míseras cabañas que estratégicamente se confundían con los árboles entre los que se alzaban. Hizo Marín un gesto a todos de que guardasen silencio mientras trepaban por el agreste camino. Ya en el último tramo, cuando estaban a un paso de las cabañas, olfateaban el humo que salía de su centro, podían contar el número de modestas cañas que habían empleado en su construcción, desenvainaron las espadas como prevención.

Los indígenas los vieron demasiado tarde como para plantear la huida y, a juzgar por sus caras de verdadero espanto, nadie les había hablado de la presencia de los castellanos en aquella isla. Quedáronse todos petrificados, con la mirada perdida en sus rostros barbados, mientras se hincaban de hinojos y temblaban con azoramiento sin quitar los ojos de las hojas refulgentes de acero que los reproducían empequeñecidos. Por su aspecto se diría que eran pescadores. Es más, dos pequeñas embarcaciones, distantes a un tiro de piedra, se divisaban desde lo alto del pequeño poblado varadas en una pequeña cala sólo visible desde la altura. Trozos de pescado humeaban entre los rescoldos de un fuego, el fruto, sin duda, de la última captura.

Apenas eran una docena los habitantes de aquel poblado, que estaba más cerca de una familia que de una tribu: dos hombres mayores, con aspecto de patriarcas, de rostros de pergamino en cuya superficie se mezclaban arrugas y tatuajes rituales, cuatro mancebos, dos niños y dos mujeres jóvenes, ornados todos con extraños collares hechos de enormes insectos que les llamaron poderosamente la atención.

—Hagámonos con las mujeres —propuso Reynal, con malévolo brillo en los ojos.

—Cojamos ambas y cabalguémoslas sin piedad —fue más rotundo Juan de Medina.

Los castellanos parecían lobos feroces a punto de hundir los colmillos sobre las pieles cobrizas y desnudas de las dos muchachas.

—No haréis nada de eso —prohibió con determinación Marín de Urtubia.



—Vamos, literato. ¿A quién importa? Están en celo y son suficientes como para hartarnos de placer.

Fue el torpe Reynal el más osado. Cogió a una de ellas, la más niña, por la muñeca y la arrastró, sin encontrar resistencia, por el suelo, desollándole las rodillas, mientras su otra mano, cual zarpa, palpaba lo que iba a tomar. No se ponía de pie la mujer, cuyo rostro reflejaba el espanto, creyendo que el barbado castellano iba a devorarla, y un gemido general se extendió entre el resto del poblado.

—Os lo advertí.

El golpe de Marín lo aturdió y lo cogió por sorpresa. El vasco estrelló con violencia la empuñadura de su espada contra su cara y el cazador furtivo soltó su presa al mismo tiempo que se acariciaba el rostro cárdeno y perdía el equilibrio. La fealdad de su rostro se acrecentó, si ello era posible, por la brutalidad de la herida en la frente y la nariz, de la que faltaba la piel y estaba anegada en oscura sangre.

—Y al siguiente —dijo, feroz, el de Leizarán— lo atravesaré de parte a parte.

Por gestos, intentando tranquilizarlos, pidió disculpas Marín al jefe de la aldea mientras le devolvía intacta a la muchacha prendida. Se dio cuenta entonces de su feraz hermosura, de lo grácil de sus miembros y la suavidad de su cuerpo mostrado en todo su esplendor sin tapujos. Esas muchachas de sensual belleza, que en cueros trotaban por las selvas de la Hispaniola, iban a ser siempre un problema para la disciplina de los castellanos, un recordatorio de sus deseos no saciados, un acicate para saciarlos al momento, una droga de carne más dulce que el vino y el tabaco juntos. Había golpeado a Reynal por su grosería, pero debería haberse golpeado a sí mismo a continuación, pues también había deseado enroscarse entre los delicados brazos de la muchacha y sucumbir a la lujuria de su vientre. Nadie estaba libre de esa ponzoña que destilaban esas gentes, un veneno más efectivo para ellos que el que podían utilizar los caribes, ante el que algunos luchaban por domeñar la bestia que llevaban dentro mientras otros la liberaban con toda su violencia. Por ello, al soltarle la muñeca y recibir a cambio la más dulce de las sonrisas, una avalancha de pensamientos contradictorios lo asaltó. Ninguna mujer sonreía así en Castilla, ni siquiera las meretrices, previo pago, conseguían componer expresión tan dulce en su rostro. Ésta era la hermosura de la inocencia incontaminada. Quiso saber su nombre, pero no lo obtuvo por mucho que se lo preguntó, a ella y a quien, tal como la mecía entre sus brazos, parecía su padre. Y los tainos agradecieron con pobres presentes a los castellanos, con el pescado ahumado y pleno de espinas que cocinaban, un potaje basado en *frijoles* hervidos, legumbres parecidas a las alubias, sólo que eran más pequeñas y de un color oscuro, frutos de espeso licor producto de la maduración, a los que hicieron los honores mientras se sentaban entre ellos y envainaban las espadas.

Aquella muchacha, a la que los castellanos miraban de forma torpe, pese a las advertencias de Marín de Urtubia, debía de ser una niña a juzgar por el tamaño de los pequeños pechos que se apuntaban en su torso, que cabrían en el hueco de una mano, y sus escasas caderas incapaces de albergar un infante; tenía un cuerpo menudo, pero su rostro era bello, su expresión dulce: una de esas caras simpáticas que estaban en permanente risa.

Los agasajaron los tainos de esa pequeña comunidad, que no los dejaban partir y les daban constantes muestras de hospitalidad, con presentes que se les antojaron sumamente desagradables a los castellanos y éstos rehusaron tomar ante la risa de sus anfitriones. ¿Cómo hincar el diente en aquellos enormes sapos medio crudos que los indígenas devoraban con un enorme grado de satisfacción? ¿Cómo no exteriorizar la náusea cuando les ofrecieron, sobre hojas, enormes arañas, tan grandes como puños, ligeramente asadas, o los puñados de larvas blancuzcas vivas que se introducían en la boca y tragaban con gran apetito? No se ofendieron los tainos ante las caras de repugnancia que mostraban los castellanos, sino que se rieron de ellos alegremente, mientras daban cuenta de una gran variedad de insectos y reptiles que

ninguno de los hombres barbudos osaría meterse en la boca aunque los acuciara la más desesperada hambre.

—Son repugnantes sus comidas —espetó Jacomel Rico reprimiendo una arcada que le sacudía el estómago ante tan insólito espectáculo.

—Quizá ellos pensarían lo mismo de las nuestras si las vieran —aventuró Marín de Urtubia.

La mujer-niña le ofreció al vasco, envuelto en una enorme hoja, un preciado regalo recién sacado de la lumbre que más parecía carne que pescado, a eso olía, y ante el que Marín demostró entusiasmo después del rechazo de todos y cada uno de los repulsivos bocados que le habían ofrecido. Abrió la hoja el de Leizarán, para ver lo que era, y se topó con una extraña carne blanca de un animal que parecía pequeño, a juzgar por los cuartos que allí había.

—¿Qué es?

Se lo preguntó a la pequeña taina mientras se metía un trozo de esa carne en la boca y lo pasaba a sus compañeros.

—*Guabiniquinax* —dijo la muchacha.

—¡Qué nombre tan largo para animal tan pequeño!

Más tarde supo que dichos animales, con cara de hurón y cuerpo de liebre, eran cazados por los indios en los manglares: agitaban las ramas de los árboles, en donde buscaban refugio, hasta que caían al agua y los capturaban.

Y después obsequiaron a los castellanos con tortillas de *macao*, un fruto seco parecido a las castañas con el que, una vez molido y amasado, se hacía una especie de pan que sustituía al común de maíz.

Estuvieron hasta cerca del anochecer en el exterior de aquel poblado perdido, tratando de comprender las extrañas palabras que brotaban de sus bocas y comunicándose con ellos por el universal lenguaje de los gestos. Volvió a acordarse Marín de la valiosa presencia de Camani y se lamentó en voz baja de haberlo perdido, quizá para siempre.

Se pasaron entre ellos los tizones del tabaco y fumando se atemperaron los ánimos. A Marín le maravillaban las propiedades balsámicas de aquel humo espeso que entraba en su garganta y que, observando a los tainos, trataba de escupir por la nariz, aunque no siempre con fortuna. Se hallaba en el paraíso hablando con ellos sin ser comprendido y escuchando sus palabras extrañas que trataba de identificar con las que había ido escuchando durante los periplos por aquellas islas. Y llegó un momento en el que se produjo un extraño prodigio que lo estremeció de pies a cabeza: entendía las palabras de quien parecía el cacique y a él se dirigía de forma insistente, y el taino, a su vez, parecía entender las suyas. Encontráronse ambos, entonces, enfrascados en animada conversación; hablaba el vasco de lo sorprendidos que habían quedado al llegar a estas tierras y ver los hermosos paisajes de playas y selvas que las cubrían, la abundancia de desconocidos frutos que pendían de sus árboles, la gran cantidad de peces que poblaban sus aguas y sus gentiles gentes; respondió el taino lo maravillados que estaban ellos de ver a los dioses, de los que les habían hablado los *areitos*, aparecer tal como habían sido descritos en esas tradiciones orales y del profundo pavor que en un principio les habían inspirado, mas luego pudo comprobar que entre los dioses los había malos y crueles, pero también justos y buenos, y les preguntó de dónde venían y cómo lo habían hecho. Cuando Marín le dijo quede muy lejos y con barcos enormes movidos por el viento, el asombro del cacique taino fue grande.

Anochece y fue entonces cuando Marín y sus hombres se percataron de que los extraños collares de oscuros escarabajos que adornaban los cuellos de aquellos indígenas refulgían con extraña intensidad, hasta el punto que despedían luz propia. Preguntó, asombrado, al cacique de aquella pequeña comunidad, por aquel portento y éste le explicó cómo los tainos, en sus expediciones nocturnas, y para no perderse los unos de los otros, empleaban los dichos *cocuyos* —el hermoso nombre de aquellos insectos— como collares, y éstos resplandecían en

la oscuridad. Otros se los ceñían a la frente por la noche y era como si llevaran una linterna en la cabeza que les iba alumbrando el camino y les impedía que dieran algún traspíe.

Debían marchar, pero ciertamente no tenían ningunas ganas de ello. Notó Marín, tras de sí, una presencia agradable, el soplo de un ángel en forma de cálido aliento en su cuello, la caricia de unas manos en sus magullados hombros quemados por el sol de ir sin camisa y el perfil afilado de pechos pequeños y duros que contra su espalda se aplastaban. Supo quién era y dejó actuar a la muchacha, sin volverse, imaginándola, mientras aspiraba la última bocanada del tizón de tabaco y entonaba, en su estado de ebriedad, las estrofas de una vieja canción vasca. Miró a quien parecía padre de aquella criatura que le proporcionaba tan dulce caricia y leyó en sus ojos que se la entregaba. Luchó contra su deseo, bravamente, se obligó a no volverse, a no mirarla, pues sabía que de hacerlo la envolvería en su abrazo y la llevaría al interior de una de las cabañas a hacerla suya. Si había prohibido a los suyos tomarla a la fuerza, no iba él a hacerlo mismo, aunque ella consintiera y su propio padre la diera. Era difícil comprender esas costumbres, valorar esas entregas generosas y no tacharlas de simple promiscuidad. ¿Qué había más valioso entre aquellas simples cabañas y aquellas pobres gentes que esa pequeña joya de carne de proporciones exquisitas que seguramente no había conocido aún varón? Se volvió lentamente, pero para saber su nombre. Se negó a mirar su cuerpo desnudo y fijó su mirada en sus ojos.

—Tu nombre —repitió, una y otra vez, mientras la señalaba con el dedo índice y apartaba los cabellos de un negro azabache que ocultaban sus ojos.

—Guanima —dijo, finalmente, abriendo sus oscuros labios y desnudando sus dientes perfectos. El deseo, de tan fuerte, le dolió. Se imaginó besando esa linda boca y abrazando su cuerpo mientras sus ojos quedaban fijos en aquella sarta de collares luminosos que embellecían sus pechos, que los iluminaban con su extraño fulgor.

—Podéis dormir en nuestro poblado —les dijo el cacique, e insistió en ello.

Aceptaron la hospitalidad de aquel reducido grupo de pescadores tainos y ocuparon una de las cabañas para pasar la noche. Estaban cansados, por la caminata, y en seguida les cogió el sueño. Fue en uno de esos viajes de la mente cuando Marín de Urtubia fue despertado suavemente. Abrió los párpados y vio encima de él unos ojos de inocente mirada que lo acechaban y sintió una respiración anhelante.

—Guanima —dijo sorprendido, incorporándose.

Con un gesto perentorio la muchacha le pidió silencio mientras lo tomaba de la mano y tiraba de él hacia el exterior. La luna brillaba entre los árboles y el rumor constante de las olas llegaba a sus oídos con tanta nitidez como si el mar estuviera a un paso de ellos. Sin soltarlo de la mano, lo llevó a una cabaña aparte, la suya.

—No sé qué quieres, pequeña.

Le sorprendió ver muchas luces que volaban en el interior de la choza, que iban de un lado a otro desparramando una extraña claridad. Esas diminutas lámparas móviles alumbraban de un modo asombroso y rompían la penumbra de la estancia otorgando al entorno una aura mágica e irreal. Se restregó los ojos incrédulo, creyendo que aquella visión estaba integrada dentro de un sueño del que todavía no había despertado. Tardó en percatarse de que se trataba de los insectos luminosos de que estaban hechos los collares de aquellas gentes, equivalentes a las luciérnagas que iluminaban los árboles de los campos castellanos por la noche, pero aquéllos irradiaban una luz mucho más potente. Un puñado de esos extraños y mágicos escarabajos de caparazones centelleantes, metidos en un frasco, eran suficientes para alumbrarle por la noche mientras garabateaba en los pergaminos la crónica del Nuevo Mundo, sustituyendo los candiles de aceite de coco.

—*Cocuyo* —dijo ella, viendo la cara de perplejidad del vasco.

Los había visto en otras ocasiones. Los tainos los utilizaban como linternas cuando salían de

caza por la noche, los prendían en sus pies, los colocaban sobre sus frentes y eran su habitual lámpara con que iluminaban sus hogares. Su uso le pareció a Marín de Urtubia de una gran sabiduría y, además, económico y seguro. Los cocuyos no podían quemar, en ningún descuido, las viviendas, ni había que estar pendientes de que se consumieran. Pidió un buen puñado de ellos a Guanima y ella se los dio generosamente sin pedir otras cosa a cambio que un espejuelo. En ella se vio el rostro por primera vez en su vida a la luz de los cocuyos y mostró casi el mismo asombro que él ante el descubrimiento de tan extrañas lámparas vivientes. Luego la muchacha se tendió sobre la estera de palma del suelo, separó los muslos y con gestos lo invitó a que se pusiera encima.

La tentación del tierno cuerpo que se daba con tanta facilidad era poderosa. La rechazó, intentando no desairarla, combatiendo su deseo lúbrico con la cabeza, mas ésta se resistía con tanto ahínco como su cuerpo. Se acuclilló a su lado, la tomó del brazo con una mano y puso la otra sobre sus cabellos en lo que era una caricia compensatoria. Guanima estaba doblemente tensa, creyendo que el extraño, hermoso y fuerte hombre de barba rubia, al que su padre la había ofrecido para que engendrara un semidiós en su vientre, iba a poseerla y convertirla en mujer. Lo miraba fijamente a la cara y el sudor cubría por completo su cuerpo menudo, iluminado por los cocuyos que revoloteaban, mientras Marín creía oír, en el silencio, los palpitos de su corazón que agitaban sus pequeños pechos.

—No lo haré, pese a lo mucho que me apetece, por lo muy bonita que eres. Ofrece tu virginidad a un muchacho de tu aldea que te quiera y acepte compartir contigo el resto de tus días —le dijo, aun sabiendo que la muchacha no iba a entender el significado de sus palabras. Y se inclinó sobre ella para besarla en la cara.

Se levantó del suelo y regresó con los suyos, sin volverse una sola vez hacia ella. No se sentía con valor para ver la expresión de decepción y tristeza de la muchacha por no haber sido capaz de conseguir seducir al dios blanco.

## Capítulo 8

A la mañana siguiente, con el sol, emprendieron desde ese modesto poblado de pescadores el camino de regreso al Fuerte Navidad, lo que les llevó dos días enteros. Durante el trayecto cazaron aves en las selvas próximas a las playas, se hicieron con abundante pesca y provisión de cangrejos y valvas, que se maceraron en la saca que llevaban, mezclando sangre de animales calientes con el agua salada de los pescados, al que se sumó el fortísimo hedor de la rápida corrupción, y gran cantidad de frutos que habían ido recolectando de cuanto árbol veían. Y durante esos dos días de regreso, siguiendo el mismo camino de la ida, Marín intentó tomar nota mental de todos y cada uno de los parajes que atravesaban, para dibujarlos en un pergamino en cuanto llegara y bautizarlos con nombres como hacía el señor Colón.

Avistaron una recóndita playa durante la última jornada y, acercándose a ella, descubrieron gran cantidad de tortugas, de las más grandes que habían visto, que excavaban profundos agujeros en la arena para desovar.

Bajaron al trote la colina en busca del exquisito manjar. Las voltearon, haciendo servir para ello cuatro brazos, pues eran pesadas como toneles, y una vez que las tuvieron panza arriba las abrieron en canal con los cuchillos, liberando de sus entrañas la exquisita carga que contenían: centenares de huevos que cogían con las manos y con los que llenaban los sacos que llevaban y, mientras lo hacían, un enjambre de alcatraces revoloteaba sobre sus cabezas y algunos de ellos descendían en picado para intentar picotear en las entrañas vacías de las tortugas. Cuando descubrieron, recortada sobre la arena, la silueta del Fuerte Navidad, no todos tuvieron la misma reacción. Marín no compartió la alegría de los cuatro hombres por volver a casa. ¿De qué casa se trataba? ¿De infectos maderos que los cercaban como ganado? Su casa, si alguna había tenido, era una pobre choza azotada por los vientos y las lluvias en su valle de Leizarán natal, de la que para bien suyo lo sacó el padre Jacinto, un sacerdote culto que vio en los ojos del niño lo que era brillo de inteligencia, la curiosidad por conocer mundo. Su casa, en una época de su vida en la que iba para monje, fue luego el convento del Cister de Palencia, en donde fue recluido y adiestrado en los latines, en los estudios de la Biblia y, dada su afición a la lectura, al cuidado de una biblioteca en donde no todos los libros eran santos y podían leerse, debajo de las letras góticas de perfecta caligrafía de los libros sagrados, textos amorosos de poetas romanos cuya impronta, pese a las muchas y furiosas rascaduras, no había desaparecido del pergamino. Y de Palencia, un poco más al sur, al monasterio de San Millán de Suso, el cenobio fundado por el pastor ermitaño Emilio en un hermosísimo castañar, en lo alto de una loma, retirado del mundo, en donde, durante años, hasta ser casi un mozo, se había encargado de la ingrata tarea de transportar los pesadísimos cantorales devorados por las ratas, que hasta cien kilos llegaban a pesar, de la biblioteca al coro para abrirlos sobre los facistoles. Su casa —empezaba a ser consciente de ello— era precisamente lo que estaba fuera de ese vulgar reducto de civilización en el que se refugiaban, como en el vientre materno, los castellanos sin atreverse a nacer. Ese vínculo podrido que los unía a su distante mundo, que algunos temían no volver a ver más, era un recinto forzado entre las selvas y arenas que cubrían esas maravillosas excrecencias que emergían en ese mar lejano, en donde se respiraba un perfume salvaje y la vida brotaba sin barreras de ningún tipo.

—¡Bien venido a casa, Marín! Juro que os echaba de menos —fue el cálido recibimiento que le dispensó Juan de la Plaza, fundiéndose en un abrazo—. No oléis mejor que yo, vasco del demonio.

—Lamento no poder decir lo mismo. Habría estado más jornadas fuera —dijo el de Leizarán, en un alarde de sinceridad que debió de parecerle cruel al otro.

Hicieron entrega del preciado tesoro de los huevos al orondo cocinero Juan Quadrado y también de la carne de las tortugas y de todo lo que llevaban en los sacos: la pestilente caza y el pescado de días pasados, para que hiciera de ello algo comestible. Los citados huevos,

redondos como pelotas, eran un sabroso alimento y, al abrirlos, todo era yema. Aquella noche los castellanos se dieron un buen festín que se basó en sopa hecha con la carne de la tortuga, que era deliciosa, y los huevos que tomaban tras escalfarlos ligeramente en el agua hirviendo de un barreño. Mas faltaba el pan, las grandes hogazas castellanas, con que mojar la yema.

Se retiró luego el de Leizarán a la cámara de Juan de la Plaza.

El tonelero, en su ausencia, le había hecho otra cama y alguien le había confeccionado un colchón con hojas de palma seca en vez de lana en su interior. Se sacó las botas de los pies llagados, se desprendió del sudado jubón, se tendió en la rústica cama y miró al techo mientras Juan de la Plaza intentaba sonsacarle algo de esos días de ausencia.

—He explorado el litoral de la isla, hermosas bahías, apenas hemos tropezado con tainos, excepto los de un pequeño poblado de pescadores, hemos cazado, pescado, hemos visto, en la distancia, cadenas de montañas, valles feraces... Y esto —y sacó de su jubón, con cuidado, como si se tratara de un valioso tesoro, el puñado de cocuyos que le había entregado Guanima, la muchacha taina del poblado de pescadores.

—¿Qué me mostráis? —preguntó Juan de la Plaza, sin demostrar demasiado aprecio por aquellos escarabajos que permanecían inmóviles en la palma del vasco y la alumbraban.

—¿No os parecen maravillosas estas lámparas naturales? Con ellos se alumbran los tainos.

—¿Y oro? ¿Habéis visto oro? ¿Habéis ascendido por el curso de algún río? ¿La cima de alguna montaña? ¿Algún maldito taino os ha dado alguna pista de en donde puedan encontrarse los yacimientos?

—Os soy sincero: no lo he preguntado.

—¿No tiene importancia para vos el oro, loco poeta? ¿Pues qué diantre os importa? No os entiendo, maldito seáis en vuestra extrañeza.

Miró Marín de Urtubia fijamente al excitado Juan de la Plaza, que se paseaba como enloquecido por la estancia. No pudo ver sus ojos, ni sus facciones, pues la luz de la lámpara no daba para mucho, pero las intuyó crispadas.

—¿Oro? ¿Qué queréis comprar con vuestro maldito oro? ¿Mujeres? Se dan gratis. ¿Comida? Se coge de los árboles, se caza en abundancia. ¿Construiros un gran palacio? ¿De qué? ¿De madera que la carcoma devora? ¿Comprar la isla? Ya es vuestra. ¿De qué os sirve el maldito oro que lo compra todo en nuestro mundo y no compra absolutamente nada en éste?

Entonces sí, el extremeño se detuvo ante la cama, se inclinó tanto sobre él que pudo oler su aliento a vino, sintió luego sus fuertes manos que lo aferraban por los hombros y lo sacudían.

—¿Estáis loco, Marín? ¿De qué habláis? ¿No vais a volver nunca al otro lado? ¿Vais a quedaros eternamente aquí? ¿Vais a pudriros, a sepultaros en esta tierra infecta colmada de gusanos? Estamos de paso, amigo, y hay que tomarlo todo, sin despreciar nada.

—Creía, Juan de la Plaza, que eso vos y yo ya lo teníamos plenamente asumido cuando optamos por quedarnos, que éste era un viaje sin retorno. Nos quedamos voluntariamente, ¿recordáis? No creo que salgamos de esta isla.

—¡Estáis completamente loco!

Se retiró aquella noche a escribir, y lo hizo alumbrándose con los cocuyos, regalo de la muchacha taina, que guardaba en los bolsillos de su camisa como una joya. Colocó un par de ellos sobre el pergamino extendido y rezó para que no levantaran el vuelo y se perdieran en la noche. Quizá estaban aturdidos por el viaje porque apenas se movieron, o estaban moribundos, pero la luz que irradiaban era fantástica, se dijo Marín, maravillado por ese extraño fenómeno animal.

*La Hispaniola, 10 de febrero de 1493*

*Son los insectos, por lo general, repugnantes y nos espantan por lo distinto a nosotros que llegan a ser. Hay en esta isla de Haití o Hispaniola exceso de ellos y entran en las cámaras aunque las tengas cerradas a cal y canto, precisamente para evitarlos. Los insectos te invaden, son pesados, ruidosos,*

*una verdadera maldición en este paraíso olvidado, pero los primitivos pobladores de estas tierras los aprovechan de muy diversas maneras, como a continuación explicaré.*

*Comen estas gentes algunos manjares que a nosotros nos causarían repugnancia, mas creo que todo es cuestión de cultura. ¿Qué pensarían los tainos en viendo a un castellano devorando una morcilla en un figón?*

*Quizá lo que más repugne sea el ver cómo son capaces de devorar sapos. Y no comen sólo sus ancas, que las de rana son exquisito manjar bien cocinadas, sino el cuerpo entero. Haylos, en razón de sus abundantes lluvias, de muchos colores y tamaños, y saben los tainos cuáles se deben comer y cuáles dejar escapar, pues algunos supuran por la piel letal veneno. Yo los he visto comer sapos, tras asarlos levemente, y debo confesar que me vinieron retortijones en la tripa ante semejante espectáculo. Comen también serpientes, y ahí debo decir que no es suyo mal gusto, pues yo las he probado y si me vendaran los ojos no sabría distinguir su sabor del pollo. Pero lo que me parece ya muy degenerado, propio de gente atrasada y hasta diabólica, es la gran afición que tienen devorando insectos. Cuando cogen la miel, que la hay en abundancia, no desprecian las abejas que la guardan, las capturan también y las devoran y, milagrosamente, no les pican, o si les pican nada les hace su veneno. Y de entre los insectos les gustan mucho las hormigas, unas especies grandes y rojas, muy guerreras, que abundan entre las hojas caídas, y unas enormes arañas peludas, grandes como manos, espantosas a la vista, que no dudan en asar y saborear hasta sus peludas patas como si se tratara del más exquisito cangrejo.*

*Parécenos todas estas costumbres culinarias cosas de salvajes, pero creo que todos, y yo me incluyo, obraríamos de igual forma si el hambre nos apretara y no hubiera otra cosa que llevarnos a la boca: no haríamos ascos a nada, y seguro que si nos libráramos de los prejuicios y de la repugnancia que nos produce a la vista, hasta disfrutaríamos comiéndolos. Hay otro insecto muy especial sobre el que querría extenderme por lo muy maravillado que me tiene. Cocuyo se llama y es un escarabajo tan grande como la cabeza del dedo pulgar, que tiene dos alas duras con las que vuela, y sería bicho vulgar y repugnante si no fuera porque tiene en sus ojos candelas que brillan más que las luciérnagas. Son por esta razón animales muy apreciados por los tainos, y tengo constancia de que los dejan sueltos y en gran número en sus cabañas porque por las noches, mientras vuelan o están posados en las paredes, lo iluminan todo a su alrededor. Hice prueba con ellos, los metí en un frasco, y daban tanta luz como una lámpara de aceite, tan potente que podía verme perfectamente mientras escribía. Es más, debo confesar que en estos momentos, mientras escribo, es de noche y son dos grandes cocuyos los que iluminan el pergamino.*

Lo de los cocuyos fue una gran idea, hasta el punto de que los adoptaron los habitantes del Fuerte Navidad, que los tenían sueltos, volando por la estancia, entre las hamacas, para no tropezarse entre ellos cuando debían levantarse por la noche, y además con ellos se ahorraron el tener encendido un candil, con el peligro que entrañaba su fuego, que siempre es traicionero e imprevisible y puede causar gran desgracia por su descontrol una vez que prende.

Marín miró la lámpara que alumbraba la estancia mientras enrollaba el pergamino, guardaba la pluma y los domesticados cocuyos, regalo de la muchacha taina, emprendían el vuelo. A la luz humeante de su llama se había congregado una multitud de insectos nocturnos que entraban por la ventana cuyos batientes no ajustaban. Mariposas con extrañas figuras dibujadas en las alas, se diría que calaveras, repugnantes moscas de cuerpo verde como la esmeralda, gusanos blancuzcos, escolopendras, toda una variada gama de pequeños y repugnantes animales a los que debía habituarse. Examinó luego la cama, antes de entrar en ella: dos grandes cucarachas salieron corriendo, pero les dio caza con la bota y las aplastó sin piedad contra el suelo. Y luego, se echó a dormir pensando que aquella cámara sucia, maloliente, cuyas paredes se estaban pudriendo por la erosión de gusanos y termitas que la horadaban, no era mucho más comfortable que la celda de la prisión de Sevilla en la que permaneció cerrado un par de años en compañía de ratas antes de pasar a la carabela *Santa María*. Maldijo, mientras trataba de conciliar el sueño, el día en que matara a duelo a su rival, a aquel Gaspar de Reynal cuyo rostro ya no veía, envuelto en una nebulosa, por una amada de la que apenas ya recordaba su nombre

y para la que él, con toda seguridad, estaba ya muerto en su corazón y borrado de su mente. Había temido no poder olvidarla nunca, vivir siempre bajo el peso de un amor truncado, pero el tiempo y el espacio habían cauterizado la herida.

No volverían a Castilla, pensó mientras un viento que se había desatado agitaba las contraventanas y amenazaba con apagar la llama del candil. Nadie iba a sacarlos de aquella isla perdida. Y aquel pensamiento lo acompañó, desasosegándolo, hasta que la modorra producida por el excesivo calor le rindió finalmente en el sueño.

El mismo temor que agitaba el sueño de Marín de Urtubia planeaba sobre las cabezas de los marineros varados en tierra firme del Fuerte Navidad. A veces, sobre todo por las noches, un oscuro terror hacia la incertidumbre de su futuro sacudía las treinta y pico almas de los que habían quedado en el Fuerte Navidad, como precursores de una futura colonización, y los mantenía en vela.

—¿Sabéis qué creo? Que el Almirante nos tendió una trampa, que embarrancó y naufragó a propósito la *Santa María* para hacernos quedar.

—Yo os aseguro que fue el vino el causante de tal desgracia.

—Tuvo la excusa para dejarnos. ¿Por qué no pudimos embarcar todos entre la *Niña* y la *Pinta*?

—Pero ¿dónde estaba la *Pinta*?

—Se reunió en alta mar. ¿No pudo decir el Almirante que pasara a recogerlos? No, no lo hizo. Nos dejó aquí en tierra.

—Qué mejor excusa para un próximo viaje que el de volver para llevarnos.

—Si es que llega a pisar tierra cristiana, amigo.

—Si se pierde, si naufraga, si sus católicas majestades, hartos del loco, deciden no hacerle caso, moriremos todos en estas tierras olvidadas de Dios. A esos temores no era ajeno Marín de Urtubia. Se dividía su pensamiento, constantemente, entre la belleza y sensualidad de unas tierras que lo seducían en su sencilla naturalidad, y el miedo a no ser, en definitiva, aceptado en ese paraíso al que había llegado con una cultura tan diferente, con formas de pensar distintas, hasta con opuestos gustos en cosas tan cotidianas y simples como la comida. Soñaba con platos de lentejas, con corderos asados y con buen vino, y la boca se le hacía agua con olores y sabores tan lejanos en el tiempo y el espacio como los paisajes y las calles empedradas de los pueblos que había dejado atrás. La angustia por no poder ver, quizá, más aquello era una rémora para gozar del paraíso presente.



## Capítulo 9

El galeno Juan Sánchez estaba acostumbrado a dejar caer la mirada sobre las miserias humanas: el ojo bueno sobre la herida, la pústula, el bubón infecto de pus; el malo, el muerto y desviado, hacia la cara, causando profunda inquietud en el paciente. Pero esta vez la inquietud planeó con más fuerza sobre el médico que sobre el doliente.

Quien se presentó aquella mañana para ser reconocido, casi clandestinamente, con voz baja, huyendo de toda publicidad, era un marino de la *Niña*, de nombre Juan Romero, hispalense, joven y bien formado, uno de esos muchachotes sanos y saludables que son el gozo de libertinas y meretrices por lo tierno de sus miembros y el entusiasmo que emplean en la degustación de nuevos placeres. Por gestos, mirando hacia el suelo, trató de explicarle su mal y era tal su vergüenza que Juan Sánchez no tardó en intuir la causa: mal de mujeres. ¿Mas cuáles, si las escasas tainas que visitaban el fuerte marchaban antes de que el sol se pusiera? Lo hizo pasar a su estancia, con gesto grave, encendió la lámpara, la aproximó a su rostro e hizo un gesto de desagrado mientras examinaba el lamentable aspecto que ofrecían las profundidades de sus ojos. No había ni una brizna de salud en las pupilas amarillentas de aquel joven que, por edad y fortaleza, debería hallarse en la plenitud de la vida. Asomaban a sus ojos los estragos de ocultas podredumbres que debían de minar su cuerpo por dentro. La sabiduría, que en este caso nacía de los muchos años de experiencia, le hacía imaginar, con escaso margen de error, el desencadenante del mal.

—Bájate el calzón, muchacho. —Y la lámpara se situaba entonces en aquella parte del cuerpo de la que son tan celosos los varones.

Contra todo pronóstico, la apostura del mozo se volvía en aquella delicada parte de su anatomía aberrante fealdad. El miembro, deforme, enrojecido, como si hubiera sido vapuleado sin cesar, aparecía carcomido por una infinidad de manchas sospechosas, de un blanco fúnebre, que lo devoraban en toda su extensión como voraces niguas; el prepucio aparecía hinchado; el glande era una bola de fuego de superficie rugosa del que supuraba amargo pus. Ninguna mujer en su sano juicio, pese a la natural apostura del mozo, se dejaría cabalgar por semejante miembro. Lo echó hacia atrás al galeno el hedor de aquella parte tan humana y viril del marinero y, a pesar de su avezada experiencia en el tratamiento de enfermedades de los prostíbulos, el aspecto de aquélla, su fundada gravedad, lo trastocó durante unos instantes.

—¡Dios mío, hijo! ¿Dónde la has metido?

El joven sólo acertó a tartamudear mientras trataba de cubrir lo que con gran vergüenza descubría, algo que el galeno impidió con enérgico gesto y, ante lo ininteligible de su respuesta y la insistencia y curiosidad de Juan Sánchez, acertó a dar confusa explicación de lo sucedido.

—Una india, señor. Holgué con ella, en la selva, con este resultado.

La mirada con el ojo sano que le dirigió el galeno confirmó la desconfianza sobre la veracidad de la respuesta. Aquel chiquillo no podía engañarlo. Había visto los horribles resultados que las pasiones de la carne liberadas de forma desordenada y con alevosa promiscuidad causaban en los hombres, pero lo monstruoso e inmundado que tenía ante sus ojos sólo podía ser fruto de desahogar instintos desviados y contra natura. ¿Hombre o animal?

—Lávate con agua de mar y tú mismo, cuando veas medianamente limpio esa vergüenza que anida entre tus piernas, revienta las bubas y límpiate a continuación de su pus. Mañana quiero verte de nuevo. Ni que decir tiene que no debes usarlo más que para orinar. Dios, muchacho, hace justicia y te castiga por tu pecado. Espero que tomes debida cuenta de ello.

Era costumbre que comieran en los aposentos del gobernador de la Hispaniola las virtuales autoridades del fuerte, reacias a mezclarse con la chusma, y su condumio solía ser menos repugnante que el de la tropa: el cocinero Juan Quadrado se esmeraba, al menos, en eliminar la gusanada de los platos. Había aquel día *batatas* asadas, unos frutos carnosos que, tras desprenderlos de sus pieles terrosas, eran de sabor dulce, tan exquisito como los apreciados

mazapanes, y servían como excelente acompañamiento de carnes.

Fue el toledano Pedro Gutiérrez, el administrador real, quien, ante la asistencia del galeno, lo invitó a compartir mesa con Diego de Arana y el notario. Al gobernador no le era simpático Juan Sánchez por lo que sabía de él y las condiciones en las que se decía se embarcó para ese Nuevo Mundo —una doncella abandonada y embarazada que podría ser su hija, una esposa encerrada por locura por prescripción suya a buen seguro para gozar de la joven sin trabas—, pero aceptó su compañía cuando el prohombre de Toledo le comunicó que quien velaba por la salud de sus hombres tenía una urgente confesión que hacerle.

—¿Y debemos aguantarlo mientras comemos? —protestó el gobernador.

Quien conocía las interioridades y el exterior de los cuerpos humanos no era un dechado de delicadeza a la hora de ponerse a la mesa. Lejos de los modos del notario, del administrador real y del propio Diego de Arana, se comportaba como un auténtico cerdo, comía como un verdadero glotón, eructaba casi tanto como comía y solía terminar con la barba apelmazada por la grasa de la carne que su dentadura partía y sus labios chupeteaban. Se imaginaban, mientras lo contemplaban con cierto horror cómo saltaba para coger los alimentos de la mesa, lo peligroso que habría sido naufragar y compartir chalupa con él en la inmensidad del océano.

—Envidio vuestro buen apetito —dijo Diego de Arana, controlando una arcada—. Yo, con este calor, estoy sumido en profunda desgana.

—Un buen apetito es el mejor síntoma de salud. Si hay pasión porque entre, también la habrá porque salga, lo que quiere decir que el organismo funciona correctamente.

Y, como no hablaba de lo que tenía que hablar, el gobernador decidió sonsacarle directamente:

—¿Qué es lo que tenéis que decirme?

—¿No le habéis comentado nada, señor Pedro Gutiérrez?

—He preferido que lo hagáis vos.

Se chupó los dedos con unción saboreando en ellos el gusto de aquella pieza de caza medio corrompida que el fuego del cocinero Juan Quadrado había conseguido hacer comestible. Miró, con sus ojos extraviados, a los contertulios mientras pedía, más bien imploraba, un vaso de vino.

—Se acabó el vino, galeno, y no veo cómo podemos fabricarlo si no hallamos uva.

—Pues sin vino la carne no sabe igual —se lamentó para, a continuación, hablar de lo que lo había llevado a esa mesa—. Un marino de la *Niña*, un buen mozo, por cierto, joven, puede que apenas sobrepase los dieciocho años, ha recurrido a mí por grave dolencia. Durante mi currículo he tenido infinidad de varones afectados por el mal de los burdeles que tantos y repugnantes estragos causa en el miembro del que deberíamos sentirnos todos tan orgullosos. Tratamos alegremente a las putas sin calibrar luego las consecuencias que se derivan del breve goce. Somos así de inconscientes y pecamos aunque ello lleve aparejado ya con el pecado el castigo. Lo que he visto en ese muchacho, el calibre de sus heridas venales, el hedor de sus pústulas, me hace sospechar de cómo ha adquirido esa contagiosa dolencia el mancebo.

—¿Indias? —se adelantó Diego de Arana, acariciándose la tonsura frailuna de su coronilla que se acrecentaba a ojos vista según pasaban los días—. ¿Ha contraído el venéreo mal a consecuencia de yacer con alguna de esas promiscuas criaturas? Mas no aquí, en el fuerte. He oído hablar de algunos torpes encuentros fuera de la empalizada.

—Eso dice, en su descargo. Y bien pudiera ser así. Los hombres entran y salen del fuerte y la carne es muy débil ante la piel desnuda de estas muchachas. Mas yo no opino lo mismo —dijo, maliciosamente.

—Explicaos —inquirió Diego de Arana con cierta impaciencia.

—Seré breve. En el desempeño de mis funciones en Simancas, seis años antes de pasar por Valladolid y embarcarme en esta expedición, estuve relacionado con el Santo Oficio. Los herejes y los judíos sucumbían fácilmente a los justos tormentos que les infligían y yo, con mis

conocimientos del cuerpo humano, era el encargado de resucitarlos para la confesión y preservarlos para el ajusticiamiento. En mi defensa diré que ninguna de las personas a mi cargo encomendadas murió antes de cuando tenía que morir.

—¿Qué relación tiene eso con lo que nos ocupa ahora?

—Un buen número de despreciables bujarrones pasaron por mis manos. Estaban infectados, gobernador, olían a podredumbre allí donde el demonio los había tentado, sus miembros habían sido castigados por un azote mucho mayor y dañino que el que se apodera de los hombres frequentadores de mujerzuelas. Sé distinguir el aspecto que tienen los chancros, las úlceras, las purulentas llagas y las bubas que se forman precisamente allí donde el placer se desmanda. Ese marino de la *Niña* no hundió su miembro en *mons veneris* femenino sino que, en mi opinión, su afección es el resultado de una conducta sodomita.

—Es repugnante —exclamó el notario Rodrigo de Escobedo.

—Es más que eso —dijo el gobernador con voz grave mientras se acariciaba el mentón bajo la barba—. Es execrable. No podemos consentir que el vicio contra natura se apodere de nuestros hombres. El nombre de ese muchacho, galeno.

—Si me permitís una indicación, señor gobernador, el muchacho es inocente, o más inocente que otro u otros. El verdadero culpable, contra el que se debería actuar, es el que consintió ser sodomizado. A él es a quien deberíamos atrapar y castigar: al somético paciente.

—¿Alguna sospecha?

—Me llegaron rumores, mientras iba en la *Santa María*, de la afición que algunos marinos tenían con un varón al que tomaban como si fuera mujer. Mas no sé quién es, ni quisiera lanzar a tontas y a locas una calumnia de esa enjundia. El delito es muy grave. Aquella misma tarde Diego de Arana mandó llamar a Juan de la Plaza. Lo puso en antecedentes de lo que el galeno había descubierto y le encargó para que el bujarrón, o los bujarrones, fueran pronto descubiertos y separados del resto antes de que estuvieran todos infectados y corrompidos.

—¿Tenéis idea de quién pudiera ser?

—No —mintió—. Pero os lo traeré. Aunque, si es así, ¿qué haréis con él?

—Ya veré. Ése es asunto mío.

—Tened en cuenta, gobernador, que semejante vicio está muy extendido entre los salvajes que nos rodean. He sido testigo, en mis visitas a la aldea del cacique Cuacanagari, de cómo los hombres se aparean entre sí ante el consentimiento de sus mujeres porque de esa forma obtienen placer y la semilla derramada no da ningún fruto. Es más, he oído de semejantes bestias que obtienen más placer así del que puedan obtener naturalmente con sus mujeres.

—Capitán De la Plaza, no quiero oír más aberraciones. Quiero al culpable preso, cogido con las manos en la masa, que del escarmiento ya me encargaré yo. En cuanto a lo que hagan esos salvajes, no están bajo mi responsabilidad. No voy a darles clases de buenas costumbres ni aleccionarlos en la fe cristiana. De eso se encargará el Almirante cuando retorne con los clérigos, de enderezar sus torpezas.

Lo que sucedió al cabo de tres días parecía tener relación con la conversación, más bien delación, que Juan Sánchez había tenido con el gobernador. No eran novedosas las múltiples tensiones que se habían ido produciendo en el fuerte Navidad como consecuencia del hacinamiento a que se veían obligados sus habitantes y a las banderías que naturalmente se habían establecido, que el capitán Juan de la Plaza, con su actitud provocadora, no había hecho otra cosa que exacerbar. La noticia de que uno de los marinos de la *Niña* había enfermado de forma grave, por tomar al bujarrón de la *Santa María*, encendió los ánimos de sus compañeros de nave. En pequeños círculos, en voz baja, hablaban entre ellos de aquel llamativo y repugnante mal del que era causante el afeminado marinero de la naufragada nao. Se confabularon para darle merecido escarmiento.

—Los de la *Santa María* son los que tienen al bujarrón —les dijo Pedro Tegero.

—Y a él se ayuntan los puercos degenerados.

—Por ellos, por estar borrachos, nos hemos quedado en este pútrido lugar. ¿Por qué tuvieron que echarnos de la carabela? ¿No eran ellos los que habían embarrancado? —se quejó el gigantesco Andrés de Huelva.

—Estarían holgando con su puto.

—A ese puto le ajustaremos las cuentas antes de que nos infecte a todos —terminó maese Pedro Tegero, de la *Niña*—. ¿Quién nos dice que ese sucio no nos contagia su enfermedad con respirar nosotros el aire que él expele?

¿Qué parte hubo de terror a un posible contagio y qué parte de desaire de amantes despechados en aquella reacción?

Aquella mañana, antes de que saliera el sol, el maese Pedro Tegero, de la *Niña*, anduvo despierto en su hamaca, atisbando el lugar que ocupaba el tantas veces requerido Diego Bermúdez. Seguramente anidaba rencor en su corazón porque dos semanas antes el bujarrón se había mostrado reacio a sus requerimientos, porque olía a estiércol, y aquel desprecio del puto lo llenó de sorda rabia. Se presentó la ocasión que andaba buscando desde hacía días: de puntillas, bajando de la hamaca, el lascivo Alonso Chocero se deslizó hacia donde dormía Diego Bermúdez. Oyó el rumor de una breve discusión y luego, a continuación, el gemido de un torpe placer. Despertó Tegero a algunos de sus compinches y en voz baja les dijo:

—Vamos a escarmentar a ese asqueroso puto de la *Santa María*. Lo cogemos en plena coyunda.

La escena se desarrolló como en una partida de caza. Los rodearon a ambos en silencio y cayeron todos a una de improviso, armados con palos, gritando. Llovieron los golpes sobre las espaldas de los dos hombres con brutal contundencia, tanto que los bastones se truncaron. Alonso Chocero descabalgó y huyó despavorido, y los cuatro marinos de la *Niña* se ensañaron con el desprotegido Diego Bermúdez baldándole las costillas mientras todos los durmientes se despertaban y se añadían como espectadores al público castigo.

—¡Lo cogimos! —declaró Pedro Tegero, eufórico, agarrando al bujarrón por la cabellera y arrastrándolo hacia el exterior mientras sus compinches trataban, sin éxito, de empalarlo.

De nada sirvieron los llantos y los gritos implorando piedad del desnudo Diego Bermúdez. Los chacales tenían cogida a su presa y no iban a soltarla. Los golpes, en la plaza de armas, arreciaron con mucha mayor virulencia: patadas, puñetazos y rodillazos, mientras era arrastrado de los cabellos ante la impávida mirada de las iguanas del fuerte Navidad y del ejército de vistosos guacamayos.

El sordo clamor que generaron levantó de golpe a Marín de Urtubia y lo apeó de un dulce sueño.

—¿Qué es ese griterío?

No obtuvo ninguna respuesta de su compañero de habitación. Juan de la Plaza se limitó a removerse en su lecho, lanzar un gruñido y girar la cara en dirección contraria a la lámpara que había encendido el vasco.

Salió el de Leizarán a medio vestir, anudándose el jubón y ciñéndose la espada a la cintura, y bajó corriendo hacia la plaza de armas. Reinaba fuerte alboroto en ella; los hombres, con las legañas del sueño y el sudor espeso pegado a sus cuerpos, vociferaban con una ferocidad extrema mientras alguien sacaba a empellones del redil, mal llamado dormitorio, a un hombre desnudo que inútilmente se cubría sus vergüenzas.

—¿Qué ha sucedido?

—El bujarrón ese de Diego Bermúdez se las tenía con Alonso Chocero. Los hemos descubierto en pleno acto de sodomía.

Los acontecimientos se precipitaron. El maese Pedro Tegero, de la *Niña*, descargó con todas sus fuerzas el puño sobre el rostro del desventurado Bermúdez, ya cubierto de sangre, y ésa fue

la señal para que los treinta y tantos hombres restantes, todos a una, la emprendieran a golpes y a patadas con él. Los gritos de dolor de la víctima, que descubría sus partes para cubrirse la cabeza, fueron ahogados por los de la turba. En pocos momentos cayeron sobre él tan certeros golpes que lo derribaron al suelo y, una vez tendido, hicieron blanco en su cuerpo las patadas. Con gritos de júbilo, todos, y más los que alguna vez habían gozado furtivamente de sus favores —ésos fueron especialmente beligerantes y crueles, sobre todo quien había sido el último en gozarlo, el sarnoso Alonso Chocero, o quizá violarlo—, se aprestaban a castigar al sodomita hasta perder el aliento. Golpeaban con una saña inaudita tratando de matar en aquella víctima sus miedos, sus vergüenzas y todas las frustraciones. Lo odiaban con ferocidad quienes habían usado de él y temían quedar infectados de terrible dolencia. Cuando su rostro, a consecuencia de los golpes, no era más que una gran mancha de sangre en donde crujían todos los huesos y cartílagos, y su cuerpo un cúmulo de morados y vértebras descoyuntadas, lo cogió con violencia por el cuello Juan Reynal, el cazador de las marismas, uno de los que más se había distinguido en aplicarle su castigo, lo puso en pie y, agarrándolo con fuerza por el cuello, lo condujo entre gritos de júbilo hacia el mástil en donde ondeaban las enseñas de la fortificación.

—¡Colguémoslo!

—¡A la horca con el sodomita!

—Pero antes hay que arrancarle lo que de nada le sirve. No merece llevarlo el que no es varón. Hasta ese momento Marín de Urtubia había permanecido quieto, congelado el movimiento, asistiendo atónito a aquella desorbitada demostración de barbarie de sus hombres contra uno de los suyos. Tentación tuvo de volver al lecho por si todo resultaba una terrible pesadilla que seguía a su sugerente sueño. Había asistido, inmóvil ante el horror, a la brutal paliza, había contemplado estupefacto la alegría bestial de aquellos hombres, con los que había compartido viaje y estancia, cuando comprobaban que hacían blanco en su víctima y se refocilaban del dolor que causaban. ¿Lo atenazaba su propia cobardía o el horror que le producía ver todo aquello? Lo milagroso era que, después de tantos cientos de golpes en el cuerpo, Diego Bermúdez aún se resistiese a morir, aún se tuviera en pie, aunque desmadejado entre los fuertes brazos de Juan Reynal, que lo sostenía y se tiznaba su jubón con su sangre.

—Podemos pasar todos por su culo antes de matarlo —gritó el gigante Andrés de Huelva.

Y entonces Marín de Urtubia se rebeló. Iban a matarlo, iban a culminar su linchamiento y aquel cuerpo ensangrentado iba a colgar y a patalear junto a los estandartes y a perseguirlo en sus pesadillas por no haber hecho un solo movimiento por evitarlo. No era amigo de Diego, es más, lo despreciaba profundamente por ser bujarrón y puta complaciente y, en cierto modo, pensaba que se había buscado lo que al fin encontraba; pero le sublevó la cobardía de aquella muerte que estaba a punto de culminarse y la brutalidad de los suyos, en nada inferior a la de los peores salvajes.

Juan Reynal pasaba el lazo de una cuerda por el cuello de la piltrafa ensangrentada, que sostenía entre los brazos y con su propio cuerpo, mientras un rugido lo vitoreaba a que lo ajusticiara en medio de una borrachera de sangre.

—¡Basta!

Se plantó, espada en mano, y apoyó su filo en el cuello del cazador furtivo de las marismas. La hoja, afilada, le hizo un corte cerca de la yugular de la que en seguida empezó a manar sangre, pero el enloquecido verdugo proseguía anudando con fuerza la soga al cuello de la víctima, sin valorar el peligro, sin verlo, determinado a culminar su acto de violencia.

—Vas a morir, Reynal, como no lo sueltes. ¿Me oyes?

Dudó que pudiera oírlo. Estaba sordo, ciego, mudo, tenía tanta sangre sobre su cuerpo como la del maltrecho Diego, respiraba de forma entrecortada, tan excitado como si tuviera entre sus brazos a una mujer presta a entregarse. Marín de Urtubia retiró raudo la hoja de su cuello y empleó la empuñadura con todas sus fuerzas. El golpe, en medio de la mandíbula, lo hizo

retroceder dos pasos y soltar la cuerda. Entonces, en su aturdimiento, despertó y reparó en él.  
—¿Estáis loco, puto vasco? ¿A quién estáis defendiendo? ¿A un bujarrón de mierda? ¿Holgabais con él, chupaculos, como holgabais con aquel indio?

Juan Reynal hacía referencia a Camani. La respuesta fue un golpe todavía mayor en la cabeza, esta vez con la hoja de la espada plana que estuvo un buen rato temblando en el aire. El andaluz se derrumbó en la arena de la plaza de armas en medio de un silencio impresionante y quedó tendido sin sentido, como muerto. El de Leizarán se abrió paso, a empujones, entre la chusma que, de repente, se había calmado, tomó por la cintura al tembloroso Diego y, cubriéndolo con un sayo, se dirigió a los presentes con voz tronante:

—Que nadie crea que no existe la ley en la Hispaniola, que cualquiera puede hacer justicia. Este hombre tendrá su juicio. Y vosotros... —se detuvo un instante mirando sus caras—, el mío. Ni el más incivilizado salvaje habría actuado así contra uno de los suyos. Putos perros, peores que él sois.

Diego, con un gruñido ininteligible —los golpes habían fracturado todos sus dientes—, quiso darle las gracias. Marín, sin contemplaciones, lo arrastró tomándolo del brazo y llamó a voces al galeno.

—¡Dios mío! —exclamó un Juan Sánchez legañoso que, al levantarse bruscamente de su lecho, se había orinado en las calzas.

—Recomponed lo que podáis de él. Y luego, encerradlo vos mismo en la mazmorra.

—Os habéis tomado demasiadas molestias por tan poco hombre —fue el único comentario de Juan de la Plaza cuando Marín de Urtubia, todavía alterado, le contó lo que había sucedido—. Un esfuerzo inútil. De nada va a servir que lo hayáis salvado *in extremis*.

Diego de Arana fue informado por el capitán de lo sucedido y el gobernador llamó a consultas a Rodrigo de Escobedo, a Pedro Gutiérrez y al galeno. Nunca había estado tan concurrido el aposento del gobernador de la isla como en esa ocasión. Los hizo sentar a todos, alrededor de la mesa del Almirante que para sí reservaba, y los emplazó, pues tenía serias dudas, a que dirimieran lo que debían hacer con tan escandaloso asunto.

—Parece que fueron providenciales mis palabras del otro día —abrió el turno Juan Sánchez, mirando con el ojo bueno al gobernador y al resto con el malo—. Ahora que, por fin, el mal está localizado, habría que extirparlo para prevenir una infección generalizada.

Nuestros propios hombres —siguió el notario Rodrigo de Escobedo— iban a tomarse la justicia por su mano, lo que nos habría ahorrado un tiempo precioso.

—El pueblo tiene un instinto primario de justicia, pero hay que reconocer que resulta muy práctico —apuntó Pedro Gutiérrez.

—¿Quién los detuvo? —la pregunta la hacía el gobernador directamente al extremeño.

—El vasco, señor. Marín de Urtubia, el soldado poeta —contestó, no sin cierta ironía.

—Vuestro lugarteniente.

—Un hombre valeroso, cierto, y valor había que tener para sacar de aquel gentío furioso a ese desgraciado con vida.

—Por cierto, galeno, ¿cómo está?

—¿Cómo está? Sobrevive de milagro, gobernador. Cuando lo visité era una pulpa madura envuelta en sangre, ni rastro de rostro, todo el cuerpo un cardenal. Ni el Santo Oficio le habría tratado con tanto rigor. ¿Cuántos huesos tiene rotos? Acabaríamos antes enumerando los que tiene intactos.

—¿Y qué opina Pedro Gutiérrez?

El prócer toledano se acarició su oscura barba y luego juntó ambas manos, como si rezara.

—No me parece adecuado dejar la justicia al pueblo. Matarlo de ese modo habría sido algo bárbaro. Admiro, en consecuencia, el valor y la rectitud del lugarteniente Marín de Urtubia, que cumplió con su obligación aun con riesgo de su vida.

—Nadie pone en duda su valor.

—Pero, una vez dicho esto, se debería hacer un juicio justo y ejemplar del tal. El somético, más si es paciente, es un ser abominable, nefando y despreciable. Los bujarrones, gobernador, corrompen a los sanos por el hedor de su desviación. Merece, sin duda, que ese mal llamado hombre, vergüenza del género, sea quemado como se haría si estuviéramos en Castilla.

Si, como parece, Diego Bermúdez es bujarrón, si ha consentido en yacer con varones de este fuerte, si, como nos dijo el galeno, pueden sobrevenir infamantes e incurables enfermedades fruto de su torpe lascivia, hágase justicia con él, por mantener la moral, por sentar un precedente, por reafirmación de la autoridad del gobernador.

—¿Y vos? ¿Cuál es vuestro parecer, Juan de la Plaza?

—Hay individuos que no merecen convivir entre nosotros. Hay conductas oprobiosas que no pueden merecer perdón. El crimen es grave, y el castigo debe ajustarse a la magnitud del delito. El pueblo ya habría hecho justicia. Pero quizá este lamentable hecho nos ofrezca la ocasión de hablar de otro asunto que nos lleva al que queremos juzgar.

—Espero que no sea una digresión.

—Este tipo de conductas no habría tenido lugar de tener cada uno de los castellanos sus apetitos calmados. El deseo es ciego, gobernador, y cuando no se sacia puede torcerse. Dé órdenes precisas, negocie con el cacique Cuacanagari la distribución de sus muchas mujeres que tiene libres, y los ánimos se aplacarán. El deseo está matando lentamente a nuestros hombres. No pueden más, señor gobernador, no podemos pedirles más contención como no los castremos.

—No es esta tribuna para otro asunto que el que nos tiene aquí reunidos —cortó Diego de Arana, acariciándose la tonsura—. Advierto, señores, unanimidad, mas debo ser yo quien tome la decisión. Se hará pronto juicio, mas debo calibrar la pena. La sodomía no es cosa de uno, sino de dos. Y no creo que fueran dos, sino más, los que cayeron en tan aberrantes prácticas.

—Pero de uso común entre los tainos —advirtió Juan de la Plaza.

—Señor gobernador —dijo Pedro Gutiérrez con su voz cavernosa mientras con la diestra afilaba su puntiaguda barba—, nadie alberga ninguna duda de que existen más culpables, que tan culpables son casi como el que consiente, pero debemos ser prácticos y no estamos en condición de diezmar a nuestros hombres. Reducido es nuestro número como para que lo rebajemos con un castigo general, no dudo que justo, pero que claramente nos perjudicaría. Tenemos una cabeza visible, y es contra la que se ha descargado toda la ira.

Las dudas morales que albergaba el gobernador Diego de Arana daban la razón a los muchos que lo acusaban de pusilánime. Como hombre envuelto en la nebulosa de tomar una decisión, el antiguo contraamaestre de la *Santa Manase* sentía confuso y molesto y la angustia de la incertidumbre aceleraba el pulso de su corazón, lo hacía sudar copiosamente dentro de su hábito negro.

—No descarto una pena de destierro —dijo, finalmente, causando un profundo malestar en sus contertulios por la benignidad del castigo.

Aquella tarde fue Diego de Arana a visitar al preso. Lo habían encerrado en una angosta mazmorra, cargado de cadenas, bajo la custodia personal de Marín de Urtubia, que no se separaba de él, pues no se fiaba por completo de los dos hombres que había designado para garantizar su vida.

—Me han hablado de vuestro inútil valor —fueron las palabras que le dirigiera mientras el vasco abría la puerta de la celda y deshacía la oscuridad con el resplandor de una tea.

Reinaba en aquella pequeña estancia, sin ventilación ni luz, una auténtica tumba para vivos que el bujarrón tenía el dudoso honor de inaugurar, el olor denso del miedo, los miasmas de la corrupción, el ceño abrupto de una muerte premonitoria. No se movió el encogido bulto que ocupaba una esquina, mas pudo oír su agónica respiración tras la mortaja de vendas que

envolvían su rostro, detrás de las que era arduo descubrir los ojos y en ellos la vida. Contemplando en qué estado lo habían dejado, la crueldad dibujada en su cuerpo, Diego de Arana no pudo por menos que estremecerse y sentir un inmenso pavor. Salió de allí, mudo, sin decir palabra, se alejó con frío en el cogote y sudor en el cuerpo, mirando a derecha y a izquierda a sus hombres, imaginando en sus rostros, en los ademanes de sus manos, la gestualidad de los asesinos.

Aquella noche hubo tormenta y los truenos no dejaron de retumbar por los alrededores de la fortificación. Luego cayó una densa lluvia que acompañó a un viento huracanado que combó los árboles y convirtió sus ramas en las cuerdas de extrañas guitarras. A la mañana siguiente, los vestigios de la tormenta habían desaparecido y lo único que quedaba de ella era el frescor del ambiente.

Tras muchas dudas, tras luchar contra lo que le dictaba el corazón y lo que le decía el cerebro, el gobernador Diego de Arana dispuso que el juicio fuera público. Los redobles del tambor convocaron al mediodía a todos en la plaza de armas. Aguardaron los castellanos, impávidos bajo el tórrido sol, en posición marcial, formando un cuadrado perfecto alrededor de donde debía sentarse el tribunal, y abrieron un pasillo por donde pudiera entrar el reo. Marín de Urtubia fue el encargado de ir a buscarlo y conducirlo, y más que conducirlo, arrastrarlo y aguantarlo. El apaleado bujarrón se mantuvo tambaleante de pie, a pocos pasos de la mesa instalada en las proximidades del mástil, tras la que se sentaban, a petición propia, el toledano Pedro Gutiérrez, en su calidad de acusador, Rodrigo de Escobedo, como defensor, y Diego de Arana como juez. Se oyeron los testimonios, numerosos, que incriminaban al reo del vergonzoso delito que se le imputaba. Habló luego maese Pedro Tegero, relatando cómo lo sorprendió en pleno acto nefando, lo hizo luego Juan Reynal, que lucía en su mandíbula el rastro del formidable golpe que había recibido por parte de Marín de Urtubia, hubo testimonios que hablaron de sus sórdidas actividades durante el viaje, de la depravación del sujeto. Todos lo habían visto facilitando el acto nefando, mas ninguno parecía haber disfrutado de él. Uno a uno, sus compañeros de nave, de habitáculo, se desentendían y lanzaban las piedras de acusaciones irrefutables en lo que era una lapidación en toda regla. Tibio fue el discurso de Rodrigo de Escobedo, hablando de cierto estado de necesidad que agobiaba a hombres condenados a tan larga travesía y encerrados luego en tan breve recinto, y pidió piedad cristiana para él, pues consideró que ya había sido de sobras castigado y difícilmente le quedarían ganas de volver a cometer el acto nefando si lograba sobrevivir a las múltiples heridas que le habían quebrado el cuerpo. Pero Pedro Gutiérrez estuvo seco y cortante y acabó diciendo que, si la Hispaniola quería ser un reflejo de lo que todos habían dejado al otro lado del mar Océano, debían actuar en consecuencia y condenar con el mismo rigor, pues lo contrario podía dar lugar a indisciplina, relajación de las costumbres y una vuelta al perverso paganismo. Cuando le llegó el turno de hablar al acusado, se hizo un silencio espantoso: los muchos intentos que hizo por abrir la boca y vocalizar una triste palabra quedaron frustrados por la ausencia de dientes y la paralización de su lengua. Una baba sanguinolenta y unos quejidos, más movimientos vehementes de cabeza que otra cosa, acogidos con risotadas de burlas, fue todo lo que fue capaz de expresar aquel horrible espantajo de vendajes y miembros descoyuntados.

Repicó el tambor de nuevo, con solemnidad, y se hizo silencio mientras Diego de Arana, puesto en pie, dictaba sentencia tratando de que no le temblara la voz.

—Como gobernador de la isla de la Hispaniola, en nombre de la corona de Castilla, y en uso de las atribuciones que me fueron conferidas para su gobernación y administración de justicia por el almirante don Cristóbal Colón, acuerdo dictar sentencia de muerte contra el reo Diego Bermúdez y que ésta se aplique de inmediato. Que sea colgado hasta que deje de respirar.

Marín de Urtubia permaneció impávido, escuchando la sentencia, mientras Juan Reynal,



voluntario verdugo, con sonrisa de hiena, tomaba al reo por indicación de Juan de la Plaza y lo conducía hacia el mástil de los estandartes. Se repetía, ante sus ojos y sin posibilidad de enmienda, lo que había conseguido evitar dos días antes y cobraba fuerza la sensación de la inutilidad del riesgo que había corrido. Recorrió con la mirada los rostros de los castellanos y sintió repugnancia de ellos. Las mismas miradas de insana curiosidad, de morboso placer, de comunión con el dolor, que albergaban los rostros de los asistentes a los actos de fe del Santo Oficio, el mismo regusto por la muerte como supremo espectáculo final.

El bulto de sangre y vendajes fue conducido hacia el improvisado patíbulo. La soga, prendida del mástil, ajustada a su cuello, Y Juan Reynal, con la ayuda del gigante Andrés de Huelva, mirando burlonamente a Marín, izaron el cuerpo, sujetaron la cuerda una vez quedó en vilo y se distanciaron para ver el espectáculo.

Morir de ese modo era una muerte ingrata, sucia, se dijo Marín de Urtubia. Mejor la espada o el hacha del verdugo sobre el cuello en el rollo, la tradicional columna de castigos sobre la que el reo debía colocar su cabeza, que ese nudo que asfixiaba lentamente y abría todos los esfínteres. Había una leyenda que hablaba del último placer del ahorcado, de un placer solitario que hacía brotar de tierra extrañas flores, las mandrágoras, regadas con la simiente del que se iba. El cuerpo se movió, pataleó, los brazos, pese a estar quebrados, quisieron en vano tomar la cuerda que lo ahogaba, los gemidos se hicieron cada vez más imperceptibles, las piernas se agitaron lo indecible en el vacío, en un último gesto de desesperación y rabia, hasta que finalmente todo él quedó inmóvil, balanceándose suavemente, dibujando su sombra de ahorcado sobre la arena de la plaza de armas y todos marcharon en silencio.

Durante tres días, para recordatorio de todos, el cuerpo del infeliz anduvo balanceándose hasta que el hedor de sus tripas descomponiéndose se hizo tan insufrible y el espectáculo de los gusanos trepanando su carne muerta fue tan espantoso que el galeno aconsejó bajarlo y darle sepultura.

—Apruebo los ajusticiamientos —fueron sus palabras—, pero detesto esa macabra exhibición que consiste en no dar sepultura a los muertos. Me inclino a respetar más a un muerto, que nada malo podrá ya hacer, que a un vivo.

Se tomó Marín de Urtubia, y el propio Diego Bermúdez, a título póstumo, su cumplida venganza. Llamó el lugarteniente al voluntario verdugo y lo encargó de descender el ahorcado y enterrarlo alejado del fuerte.

—¿Estáis loco? —casi chilló.

—¿Cuántos latigazos queréis recibir, Reynal?

Sin poder reprimir las náuseas que tan molesto trabajo le provocaban, lo descolgó y, con él a rastras, esparciendo a su alrededor el olor a muerte, recorrió el fuerte y pasó por debajo de la cancela. Días tardó en desprenderse de ese olor a cadáver corrupto que lo anegaba como un perfume y hacía que los antiguos marineros de la *Santa María* rehuyeran con visible repugnancia al verdugo y sepulturero.

El ajusticiamiento de Diego Bermúdez, a medida que pasaron los días, causó una herida en el Fuerte Navidad. Con su muerte, algo se había roto entre los habitantes castellanos de la Hispaniola. Tras ese estallido rabioso, que lo había llevado hasta el patíbulo, un complejo de cainismo empezaba a embargar a unos cuantos, principalmente a los que habían compartido con él viaje en la nao *Santa María* tomaban conciencia de que su muerte bien pudiera derivarse de un deseo de venganza de los marinos de la *Niña*, su primera batalla ganada. Ese sentimiento de culpabilidad dio paso a una violenta rabia que se desahogaba fundamentalmente contra Juan Reynal, a quien los de la *Santa María* se dirigían despectivamente, hacían objeto de sus pullas y le lanzaban toda clase de invectivas.

—Aún conserváis larvas en la barba —le dijo Jacomel Rico.

—Hedéis tanto como Alonso Chocero, por mucha agua que os echéis encima —siguió Juan de

Medina.

—Empezad a cavar vuestra propia sepultura —amenazó el jugador.

—¿Qué os pasa a los de la *Santa María*? —replicó con insolencia, sabiéndose protegido por Andrés de Huelva—. ¿Andáis desolados por la pérdida del bujarrón?

La muerte de Diego Bermúdez había enfriado considerablemente las relaciones entre Juan de la Plaza y su lugarteniente. Una mudez perpetua parecía haberse adueñado del vasco poeta, que ni miraba ni saludaba a su compañero de habitación.

—Estáis irritado conmigo, y sospecho a qué es debido. ¿Todo esto por un puto bujarrón? Fue juzgado, literato, y justamente condenado. Y su condena va a servir, por gracia y tesón del que os habla, para conseguir algún tipo de desahogo con verdaderas mujeres. ¿No es un buen cambio?

Marín de Urtubia le lanzó una mirada de desprecio.

—¿De qué absurdo estáis hablando? ¿De un burdel?

—Tiempo al tiempo, amigo, si no me creéis.

Pidió audiencia Juan de la Plaza a Diego de Arana, y lo recibió el gobernador en sus aposentos. El antiguo contraamaestre la *Santa María* estaba más demacrado de lo habitual, con el pelo y la barba enmarañados, como si hubiera guerreado con ellos en el transcurso de una pesadilla nocturna, y recibió al capitán sin poder disimular el disgusto que ello le producía.

—¿Qué queréis?

—Con el debido respeto, señor —el belicoso extremeño había aprendido con prontitud de las fuentes de la diplomacia desde que recibiera su cargo militar—, debo deciros que el ajusticiamiento de Diego Bermúdez, pese a que fue ejemplar, no ha solucionado la queja de mis hombres.

—¿La queja de vuestros hombres? —repitió con burla y cierto deje de amargura.

—Que como no se hagan con prontitud con algunas mujeres, el fuerte Navidad será el reinado de la sodomía y no uno, sino cien Diegos Bermúdez pueden surgir. Y sólo veo dos modos de conseguirlas: o por la fuerza, o parlamentando.

—Podéis desechar forzarlas. No quiero conflictos con nuestros vecinos tainos. Son superiores en número y Dios sabe el tiempo que tendremos que convivir con ellos hasta que retorne el Almirante.

—Pues habrá que parlamentar y tenerlas como mancebas.

—No estoy seguro de su conveniencia.

—Señor gobernador, no podéis condenar a vuestros hombres a una castidad perpetua. No son monjes y no lo aguantarían, se rebelarían. El trato carnal con mujeres los apaciguará, será su mejor medicina.

—Habrá que discutirlo con más detenimiento. No es una medida que pueda tomar de forma unilateral. Convendrá hablarlo con mis consejeros públicos. Venid esta tarde, antes de que se oculte el sol.

Fue puntual el capitán Juan de la Plaza. El cielo se teñía de carmesí y sobre la selva se cernía el manto espeso y cálido de la noche, matando todos los vientos, cuando se dejó caer por la estancia del gobernador. Y ahí estaban todas las autoridades del Fuerte Navidad, el consejo de sabios al que el pusilánime Diego de Arana recurría cada vez que debía tomar una decisión. Los miró con altivez a todos el extremeño, y los encontró ridículos envueltos en sus serias vestimentas con las que a toda costa querían diferenciarse de los semidesnudos castellanos que ocupaban las hamacas del dormitorio comunal. ¿A quién querían impresionar esa cohorte de hidalgos destronados perdidos en lo más profundo del trópico? ¡Cuán patéticos resultaban tratando de mantener unas normas obsoletas!

Estamos aquí, señores, para discutir una propuesta del capitán De la Plaza y juzgar de su idoneidad. Habla, no sin cierta razón, de los deseos humanos de la gente de este fuerte, de sus

apetencias de carne femenina que no pueden satisfacer, que una larga abstinencia pueda degenerar en forzamientos de muchachas indígenas que pueden generar un mayor conflicto, por lo que me ha propuesto parlamentar con el cacique Cuacanagari y obtener de él la cesión de algunas de sus muchachas a cambio de bienes, para el solaz de la tropa. Me gustaría oír vuestras opiniones.

Fue Rodrigo de Escobedo, el notario de Segovia, el primero en tomar la palabra para oponerse tajantemente a la medida y lo hizo con verbo encendido:

—Desde que salimos de Castilla, la misma cantinela me sacude los oídos, como si no hubiera otras cosas en que pensar. ¿Mujeres? ¿A eso se reduce el fin de esta expedición? ¿No hay cosas más importantes en que ocupar nuestras mentes que no pasen por contentar los deseos lúbricos de la soldadesca? —escupió, casi con desprecio—. ¿Y el oro? ¿Nos hemos olvidado del oro y de que esta expedición es, sobre todo, económica? ¿Qué estamos haciendo para averiguar dónde están sus fuentes? ¿Hemos progresado, con esos salvajes, para que nos den algún tipo de información? No son las mujeres lo que más me preocupa, sino nuestra seguridad y el conseguir los fines de la expedición, que cuando el Almirante regrese de nuevo a estas tierras nuestro poder esté consolidado y haya oro suficiente como para justificar tanto sufrimiento. Replicó Juan de la Plaza, irritado, pese a que el gobernador no le había dado la palabra:

—No se puede pretender someter a abstinencia sexual a hombres jóvenes durante dos meses, señor notario, sin que éstos se vuelvan locos. Y me pregunto, ¿qué preferís? ¿La sana alegría de Muchachas dispuestas a abrir sus piernas a los fogosos deseos de mis hombres o ver cómo los treinta y tantos hombres del fuerte caen en la sodomía? Es un problema muy serio que puede acabar en un conflicto y hasta en una rebelión si no se pone pronta solución. Y, en cuanto al oro, en eso coincido totalmente con vos. ¿Qué hemos hecho en todo este período sino estar dormidos esperando que los tainos nos traigan oro al fuerte, una espera inútil por lo que se ha visto?

—El galeno tendrá algo que decir.

—Señor gobernador, mis palabras quizá os escandalicen, pero juro que no es mi intención, no hay en ellas ningún juicio moral, sino que hablo estrictamente de lo que me temo pueda degenerar en un serio conflicto, en enfermedad, en epidemia. Fui embarcado en esta expedición para cuidar de la salud de sus miembros, y a ello dedico mis desvelos. Hace unos días, ya os lo dije, examiné un caso grave de infección venérea que, lejos de remitir, empeora. El muchacho castigado por sus prácticas sodomitas se debate entre fuerte fiebre, mas me temo que no será el único y no podremos atajar el conflicto a menos que colguemos a todos y cada uno de nuestros hombres. El hombre es tan procaz que puede satisfacerse hasta con las bestias. Nada podemos hacer en la lucha contra la naturaleza humana, sino encauzarla de no castrarlos a todos. Mejor será hacer lo que propone el capitán, aunque moralmente sea deleznable. Las mancebías siempre han existido y nadie se ha rasgado las vestiduras por lo que es inevitable y connatural a la condición humana, gobernador. No es nada descabellado lo que propone el capitán Juan de la Plaza. Una docena de mujeres pueden calmar los ardores y evitar males mayores. Si no hay santas esposas en estas tierras, habrá que conformarse con esas salvajes que, por lo que he oído, son en extremo solícitas.

—Estamos hablando de traer rameritas —puntualizó Pedro Gutiérrez—. Estamos hablando de convertir el fuerte en un burdel. ¿Esto va a aplacar los ánimos o, por el contrario, va a hacer brotar la semilla del desorden y la indisciplina?

Se hizo el silencio mientras todos se miraron. Habían dicho lo que tenían que decir y ahora esperaban la decisión del gobernador. Éste se tomó su tiempo, el que tardó en liar entre sus dedos las hojas de tabaco, que diariamente traían los tainos del cacique Cuacanagari a la fortaleza para cambiar por paños y cuentas, y prender el tizón con la llama de la lámpara.

—Agradezco todas vuestras opiniones. En efecto, como dice Rodrigo de Escobedo, habrá que buscar el oro y poner todo nuestro empeño en ello, mas siendo sibilinos, más que los ignorantes indígenas, y aplicándonos en sonsacarles la información precisa. Y Juan de la Plaza queda comisionado para negociar con el cacique Cuacanagari la entrega de un mínimo de seis muchachas para satisfacer a la tropa.

Eludió mirar al notario de Segovia y al prohombre toledano mientras la estancia se llenaba de humo. Se alzaron todos de sus asientos en silencio y fueron abandonando la cámara en riguroso orden. Juan de la Plaza fue el último de ellos.

—Me repugna la idea, capitán, pero la veo necesaria —le dijo Diego de Arana—. Espero que Dios sea comprensivo conmigo y no me pida cuentas por haber favorecido el pecado de la carne en este territorio.

Aquella noche el gobernador, antes de apagar su lámpara y dormir, ahuyentó de sí una cascada de pensamientos lúbricos que parecía lanzarle el príncipe del averno como prueba. Cientos de tainas hermosas y desnudas pasaban por su cámara, tentándolo con cuerpos relucientes como el oro.

## Capítulo 10

El grupo de tainos se hallaba comerciando en la plaza de armas, lo que era una estampa habitual en el paisaje del Fuerte Navidad, que sólo se vio alterado cuando pendió, durante tres días y tres noches, el cadáver de Diego Bermúdez: aquel cuerpo que se balanceaba, envuelto en el sudario de vendas que velaba sus facciones como si fuera un fantasma y podía ser visto desde las lindes de la selva, les causó gran espanto, aunque no supieran bien de quién se trataba, y durante unos días los ausentó de los dominios de los hombres barbados. Llevaron la noticia, excitados, a su cacique, al que le costó dar crédito que los semidioses hubieran matado a uno de los suyos y lo hubieran hecho por ese extraño procedimiento de colgar el cuerpo, como si se tratara de un fruto, del gran árbol central, el *cemí*, que tenían en su fuerte los castellanos y solían ornar con extrañas telas.

Los indios que bajaban a comerciar nunca eran los mismos, se turnaban. Venían de la aldea de Cuacanagari, sobre todo, pero también de las de Caonabó, Behechio o Guarionex, o de otras más lejanas, y acudían a intercambiar sus pobres pertenencias por las cuentas de los castellanos. Mas los castellanos estaban ya hartos de sus insignificantes baratijas; buscaban el oro, que no lo traían, ni siquiera encima, como solían hacer antes. Desde que un marino de la *Niña* arrancó con brutalidad el collar de ese refulgente metal del cuello de una taina y le abrió una profunda herida, el oro había dejado de ornar sus cuerpos.

Aquella tarde todos los indígenas eran varones, cuando lo habitual era que entre ellos hubiera siempre alguna mujer, pero éstas habían comenzado a ausentarse cuando los castellanos, enloquecidos por su larga abstinencia, comenzaron a toquetearlas delante de sus maridos y corriera entre las aldeas cercanas rumores de que indias que iban solas por la selva habían sido víctimas forzadas de la lubricidad de los castellanos. Pero no todas eran violadas. Había tainas que, atraídas por el apetito descomunal de los hombres barbados, se apostaban en la selva, por las proximidades del fuerte, y aceptaban holgar de buen grado con los castellanos que, sabedores de su presencia, iban a su encuentro periódicamente. Se dejaban tomar por uno, dos y hasta tres de aquellos hombres y regresaban exhaustas a su aldea con la simiente de los semidioses en su vientre, dispuestas a engendrar mestizos que tuvieran su fuerza, su inteligencia y sus rasgos.

A los tainos que en el suelo de la plaza de armas extendían sobre mantas de algodón sus pertenencias se dirigió con ademán desabrido el capitán para comunicarles que al día siguiente una embajada iría a parlamentar con su cacique. Habló con gestos, más que con palabras, pero tuvo la sensación de que aquellos salvajes no comprendían otra cosa que la palabra Cuacanagari, pues cuando pronunciaba su nombre asentían con la cabeza.

—Vuestro maldito intérprete nos hizo un flaco favor huyendo —reprochó el extremeño al vasco—. Estos ignorantes no entienden mis palabras.

—Ni vos las suyas.

—¿Soy yo quien debo aprender su torpe lenguaje? Me desconcertáis, amigo literato. ¿Acaso los romanos aprendieron la lengua de los bárbaros?

Había reanudado Marín de Urtubia la crónica de los acontecimientos, últimamente olvidada porque la gravedad de los mismos no le había dado el suficiente respiro como para sentarse ante el pergamino y escribir domeñando la pasión. Había dudado, por un momento, incluir la ejecución de Diego Bermúdez en ellos, pero consideró que censurar tan abominable acto habría sido una traición a la verdad, y relató con toda su crueldad los hechos que llevaron a su ajusticiamiento, mas no pudo ser objetivo al hablar de ellos.

¿Podía describir fríamente aquella muerte sin verter también lo que pensaba de ella? Hizo más, trazó una analogía sobre su civilización, la de los cristianos, y la de aquellos atrasados paganos que iban a ser sometidos. ¿En qué eran diferentes de ellos sino en su fortaleza y en que Dios, más generoso, había puesto la naturaleza a su servicio, y no al revés? Los tainos empalaban

cruelmente a los ladrones, les daban muerte lenta; los castellanos colgaban a los bujarrones, tras martirizarlos, quemaban en plazas públicas a los herejes. ¿En qué se diferenciaban de ellos sino en que se creían que tenían razón y Dios estaba detrás de sus decisiones?

Estaba con la pluma suspendida sobre el rollo de pergamino, goteando tinta sobre él, cuando la puerta del aposento se abrió con brusquedad y entró Juan de la Plaza. Tenía algo importante que decirle, lo veía en su rostro, aunque lo demoraba quizá para darle más énfasis.

—A veces presumo que Dios oye a este pecador —le dijo, con torva sonrisa.

—Tengo mis dudas. El día que Dios os escuche, mi fe en Él puede derrumbarse.

—¡Irónico blasfemo! Venid conmigo y os lo demostraré, vasco insolente.

Guardó la pluma y enrolló, tras secar con el aliento, el pergamino. Se ciñó talabarte y espada y salió tras él. Atardecía y los tainos que todos los días acudían al fuerte habían marchado, todos menos uno. Había un indio, desmadejado, según vio de lejos, atado con cuerdas al mástil de los estandartes y le dio un vuelco al corazón. Aceleró el paso. Sus sospechas se confirmaron. El rostro le era familiar, aunque alguien lo había golpeado con saña y de una ceja partida brotaba un hilo de sangre que surcaba su mejilla y moría en su barbilla.

—¡Camani! —exclamó, sin poder disimular una alegría que corría pareja con la cólera.

Y el antiguo intérprete de los castellanos alzó su abatida cabeza y fijó en él sus ojos.

—¿Qué demonios habéis hecho con él? ¡Soltadlo! —gritó, volviéndose hacia Juan de la Plaza.

—¿Me dais órdenes?

—¡Soltadlo! —¿No queréis saber cómo ha llegado hasta aquí? Como una alimaña, arrastrándose por entre la maleza. Fue visto por el centinela y apresado por una partida. ¿Qué estaba haciendo? Nada bueno, si se escondía. Preguntadle por sus intenciones.

—Os pido que lo liberéis. Yo me haré cargo de su custodia y responderé por él.

Tras un momento de duda, Juan de la Plaza asintió:

—Accedo a vuestra petición; sois mi amigo. Este salvaje os pertenece y nos será de gran utilidad si conseguís que no se escape de nuevo. Me servirá para entenderme con Cuacanagari cuando vayamos a verlo. Adelante, cortadle las ataduras. Vuestro es.

Tomó un cuchillo Marín y segó con preciso tajo la cuerda que lo aprisionaba y restauró el riego de sangre a sus muñecas. Se fundieron en un sentido abrazo. Marín lo llevó luego aparte, lejos de oídos indiscretos.

—¿Tienes hambre?

Negó con la cabeza.

—¿Olvidaste mi lengua? —le preguntó mientras limpiaba con un paño húmedo la sangre que pintaba su rostro.

—No la olvidé —dijo, hablando con lentitud—. Mas los tuyos me han tratado con crueldad en cuanto me han visto, me han cazado como a un mono, me han golpeado.

—Lo sé. ¿Qué ha sido de tu vida en todos estos días? ¿Qué razón te llevó a huir?

Guardó silencio.

—Temía no volver a verte nunca más. ¿No deseas hablar? ¿Te ofendí en algo para que marcharas sin decirme nada?

—No me sentía bien con los tuyos. Me despreciaban. Llegó un momento en que lo que más deseaba era regresar a mi isla, a Guanahaní. Quería estar otra vez con los míos, sentirme arropado por ellos, dormir en las hamacas de las chozas, amar a mis Mujeres. Por eso huí y no te dije nada porque no quería herirte. Anduve vagando por la isla, en solitario, tratando de hacerme con una canoa para volver a Guanahaní. Un día tomé una que estaba varada, me hice a la mar, remé hacia donde creía que estaba mi isla, pero la corriente me llevó de nuevo hasta el punto de partida. Otro día me hice con otra canoa, salí a la mar, pero ésta, enfurecida, la tumbó y penosamente pude llegar nadando hasta la costa. Cuando tomé la tercera, cayó sobre mí la ira de sus dueños, que me apresaron y me retuvieron como esclavo. Hice las faenas más

penosas para ellos, sin recibir nada a cambio. Eran de mi raza, hablaban mi lengua, pero tampoco eran míos y me sentía extraño. Entonces decidí buscarte y anduve durante muchas jornadas por las playas, tratando de hallar el fuerte. Mas no me atreví a acercarme cuando lo descubrí. Tenía miedo de vuestra reacción. Temía que los castellanos, furiosos por mi desertión, me mataran, y permanecí varios días escondido entre la maleza, a poca distancia, observando vuestras idas y venidas. Vi cómo matabais a uno de los vuestros, tras martirizarlo, cómo era enterrado luego fuera de vuestro poblado, y tuve miedo de que si me descubráis hicierais lo mismo conmigo. Te estuve espiando, te seguí cuando salías del fuerte y te dirigías a la bahía para bañarte, pero no tuve valor para presentarme; tenía miedo. Un día me viste, pero no creo que supieras que era yo, me perseguiste por el interior de la selva, pero no diste conmigo. Pasaste por debajo del árbol al que me había encaramado. No quería ser descubierto; pero lo deseaba. Finalmente unos castellanos me dieron caza, me apalearon y me condujeron hasta aquí.

—Bien venido seas, amigo. Te garantizo que nadie te ha de hacer mal de ahora en adelante. Quedas bajo mi protección.

Camani acompañó a la mañana siguiente a Marín en su jornada de caza. Iba armado el vasco con pica, ballesta y flechas, y ambos se abrían paso con dificultad por un terreno enlodado. Llevaban ya algún tiempo sin ver ningún animal, aunque sí los oían por las alturas de los árboles, los ruidosos macacos que los seguían saltando de copa en copa como una ruidosa y ridícula comitiva, cuando Camani cogió del brazo a Marín. Creyó el vasco que el intérprete taino había descubierto un animal, pero no fue así. El indígena señalaba una planta escuálida, no más alta que un humano, plagada de muchas hojas, anchas y agudas en sus puntas, que parecían pequeñas lanzas y estaban rodeadas de pequeñas flores coloradas como si fueran coral. Era asombroso el parecido que aquella planta tenía con las armas arrojadas, no con las largas picas de los castellanos, pero sí con algunas lanzas cortas de pueblos africanos. Pero más sorprendente fue la explicación que dio Camani sobre su uso medicinal.

—*Perebenuc* es su nombre, y sirve para curar heridas. Se arrancan las hojas, se aplastan entre las manos y el líquido se pone en un trozo de algodón contra la herida. Pronto cura.

Le asombró a Marín lo inteligente que resultaba en aquellas latitudes la naturaleza, que adecuaba la forma de la planta a su propia finalidad: una planta con forma de lanza que curaba las heridas que infligían aquellas armas arrojadas. Retuvo su forma y se juró no olvidarla por si en un futuro necesitaba de su auxilio. Pero no menos asombro le produjo el siguiente descubrimiento botánico del que le hizo partícipe el bien hallado intérprete taino.

Señaló Camani unos árboles bajos y chaparros, no mucho más altos que un hombre, de frondosas copas y cargados de frutas de buen aroma y vistoso color rojo, que tentaban a comerlas. Marín hizo el gesto de cogerlas, pero Camani lo detuvo en el acto, agarrándolo del brazo cuando sus dedos ya acariciaban la corteza.

—Muerte —dijo—. Veneno con el que los caribes untan sus flechas.

Y terminó mostrándole, en estado natural, unos extraños árboles que Marín había visto en las proximidades de los poblados tainos, como si fueran cultivados por ellos, los llamados del *cacao*, o *cacaguate*, los que más predicamento tenían entre ellos por el brebaje que sacaban moliendo sus nueces y mezclándolas con agua, por el aceite que destilaban de sus frutos prensados y por la costumbre que tenían de utilizarlos, una vez secados al sol, como moneda de cambio. Eran árboles hermosos y grandes que destacaban sobre los otros por la gran amplitud de sus copas, un aspecto que estaba de acorde con su valor.

Qué duda cabía que en aquella naturaleza, salvaje y sabia a la vez, eran vecinas la muerte y la vida.

—¿Vendrás con nosotros mañana, a parlamentar con Cuacanagari?  
Asintió el taino.

Hacía tiempo que los castellanos no se acercaban a la aldea en la que gobernaba el cacique Cuacanagari. Existía una soterrada animadversión de los semidioses hacia el reyezuelo que era correspondida con creces por el indígena. No se fió de él Cristóbal Colón, no se fiaba, tampoco, su sucesor en la gobernación, Diego de Arana. Por ello, la comitiva que de mañana partió del Fuerte Navidad, con las tenues luces del alba y los primeros cantos de las aves, fue revestida de cierta solemnidad para impresionar al cacique. Iban Juan de la Plaza y Marín de Urtubia embutidos en sus pesadas corazas, con las cabezas sumidas en los incómodos capacetes, las espadas pendiendo del cinto, y los seguían cuatro marinos de la *Niña*, Gil Pérez, Antón Calabrés, Alonso de Palos y Juan Reynal, armados con picas y cargados con cofres de presentes: baratijas, telas, espejuelos, pequeños puñales, éstos sacados del fuerte sin el consentimiento del gobernador. ¿A qué se debía tanta pompa si marchaban en son de paz? Trataban de impresionar a los indígenas, pues no iban con ánimo de negociar sino de imponer.

Con aquel peso, con los primeros calores de la mañana, el camino entre la espesura se les hizo difícil. Discurría la angosta senda, que con precisión seguían los pies descalzos del intérprete Camani, siempre una docena de pasos adelantado al resto de la comitiva, entre una selva cerrada cuyo rumor constante, que crecía a medida que el sol se hacía más visible e implacable, los enervaba.

—Detengámonos. No puedo más —rezongó Reynal, derrumbándose abatido sobre un tronco cercenado.

—¡Niñas de la *Niña*! —le gritó Juan de la Plaza, levantándolo de un empujón y encarándose furioso con él—: ¿Me habéis visto desfallecer? ¿Verdad que no? Pues seguid, descastados, hasta que os lo ordene vuestro capitán.

La senda iniciaba una ligera pendiente. El murmullo de la selva decrecía, hasta casi desaparecer. Camani volvió sobre sus pasos, se aproximó a Marín de Urtubia, le hizo un gesto imperceptible, sin abrir los labios, sin decir palabra, pero fue comprendido por el vasco.

—¿Qué os dice ese diablo?

—Nos acechan los hombres de Cuacanagari.

—Anuncié mi visita. Será mejor que desenvainemos —dijo, llevándose la mano a la espada.

—No lo creo conveniente.

—¿Por qué?

—Unos dioses nunca pueden tener miedo.

—¿Creéis que seguimos siendo sus dioses con tantas debilidades humanas? ¿Dioses que adoran el oro y las mujeres? ¡Ja!

Si los seguían, no se hacían notar. Si los seguían, debían hacerlo como los monos, volando por las copas de los árboles bajo cuya sombra pasaban, emboscándose detrás de los gruesos troncos, andando a cuatro patas, como los animales. La senda se hizo más ancha. La mano del hombre había desbrozado los márgenes, en donde nacían los campos de labranzas o *conucos*, que ése era el nombre que utilizaban los indios, en los que cultivaban maíz, yuca, árboles frutales, plantas de algodón, con cuyos frutos tejían sus *naguas* las mujeres casadas para cubrirse sus vergüenzas y trenzaban las hamacas, y el tabaco, del que comían sus espíritus. Y no tardaron en desembocar los seis castellanos y su guía taino en el poblado, a los pies de un alto monte considerado sagrado por ellos.

Al entrar en la aldea, salió a recibirlos una jauría de pequeños perros mudos, a imagen de *Pan*, el fiel can que habían dejado en el fuerte. La mayor parte de ellos eran de un solo color, pero los había también de pieles manchadas, de colores bermejos, mas todos feos, con orejas tiesas y pequeño tamaño. Olisquearon sus piernas, con curiosidad, sin miedo.

Los esperaban. O los mercaderes, que el día anterior habían estado en el fuerte Navidad y a quien Juan de la Plaza anunciara sus intenciones de ir a parlamentar, habían dado el aviso, o los espías que los seguían por la selva habían llevado la noticia de su presencia antes de que



llegaran. Y los esperaban fuera de sus pobres chozas, a la puerta de ellas, hombres, mujeres y niños, en la más absoluta desnudez, mirándolos con una mezcla de curiosidad y veneración, debatiéndose entre ambas. Una mujer rozó la de Marín de Urtubia, un chiquillo tocó la coraza de Juan de la Plaza, un joven guerrero puso su palma sobre la pica que portaba Reynal, más todos las retiraban prestos, como si se quemaran con el contacto de esos dioses, la misma reacción que hubieran tenido de tocar un pez relámpago.

—Mirad a vuestro alrededor, amigo, al alcance de la mano, tanta piel exuberante, tanta carne prieta, dispuesta a abrirse gozosa ante vuestros embates —clamó, exultante, Juan de la Plaza mirando a las muchachas del poblado.

—No os conviene delirar, amigo. La mayor parte deben de estar casadas y las demás comprometidas.

—¿Casadas? Habláis de ellas como si fueran como nosotros.

Les llamó la atención a los castellanos cómo los arrapiezos daban patadas a esferas redondas hechas de muchas hojas prensadas y atadas con *bejucos*, para que no se desprendieran unas de otras, que llamaban *batey*. Era, al parecer, un juego habitual entre los nativos de aquella isla que agradaba a grandes y pequeños y consistía en retener el mayor tiempo posible aquella esfera vegetal entre las piernas, evitando que el contrario la tomara.

—Botan como las pelotas de viento.

—Siendo macizas.

—¿No os tienta pegar una patada a una de ellas?

Formaban el poblado un centenar largo de chozas. En Haití las viviendas no se llamaban *bohíos*, como en la isla de Cuba, sino *eracras*. Eran, casi todas, de plantas circulares, con paredes de buenos maderos arrancados del *yaguagüit*, árbol de hermosas flores, rosadas o lilas, que crecían a manojos, como el hinojo, y tenía un gran predicamento entre los tainos por la fortaleza de su madera; se sujetaban los maderos, unos con otros, con bejucos, una buena atadura, la mejor, porque eran flexibles y no se pudrían y, sobre esta pared iba la varazón, que se asentaba fuertemente al gran tronco central que, clavado en el suelo, mantenía estable la cabaña; sobre esa estructura, culminándola, ya iban las hojas de palma seca que propiamente conformaban el tejado.

Existía en el poblado taino, del mismo modo que existía en el Fuerte Navidad, su plaza de armas, en donde ardía el fuego que no se apagaba nunca, por cuya vida velaban ininterrumpidamente jóvenes guerreros, y allí estaba también la residencia de Cuacanagari. Se detuvieron entonces mientras Camani acudía a parlamentar con un taino que, a juzgar por su presencia y los adornos de oro que cubrían cuello y muñecas, debía de tratarse de alguien importante, un lugarteniente. Hablaron los dos indígenas rápidamente, gesticularon; el del poblado pareció mostrar enojo mientras Camani, cogiéndolo por el brazo, parecía rogarle algo.

—¿Qué sucede?

—Al parecer, Cuacanagari está enfermo, pero nos recibirá.

Pasó algún tiempo sin que no ocurriera otra cosa que el cerco de curiosos se fuera estrechando. Los marinos de la *Niña* miraban aquellos rostros inocentes buscando, en vano, un asomo de amenaza. Se impacientó Juan de la Plaza por la espera.

—¿Qué se ha creído ese espantajo? ¡Hacernos esperar! Entremos.

Pero el sentido común de Marín lo frenó:

—Es una representación, mi capitán. No quiere ser menos que nuestro gobernador. Y si somos sus huéspedes, debemos aceptarlo.

La *eracra* o *bohío* de Cuacanagari era a dos aguas, como muchas casas de Castilla, para diferenciarse de las de sus subditos, y mucho más grande, luenga, con muchos postes en su interior que aguantaban la techumbre. Las paredes exteriores eran de madera, sin trabajar, de *caobán*, quizá el árbol de aquella isla que diera mejor y más hermosa madera, colorada, y sus

paredes interiores de caña pulida. Cubrían el suelo esterillas de bejucos trenzados que no dejaban ver la tierra de debajo e impedían a los insectos acceder dentro. Dos guerreros, armados con lanzas, guardaban su entrada en un reducido zaguán y miraban imperterritos a los impacientes castellanos que renegaban en voz alta.

El cortinaje que velaba la entrada de la choza de Cuacanagari se agitó y volvió a salir su edecán. Hizo un gesto a Camani y el interprete taino lo tradujo a los castellanos: Cuacanagari os recibe. Pero no a todos.

Pasaron a su interior, con el capacete bajo el brazo, Juan de la Plaza seguido de Marín y Camani. El aposento del cacique era amplio. Una alfombra confeccionada con hojas de palma seca cubría su suelo y, sentado sobre ella, entre dos mujeres de exquisita belleza, se encontraba Cuacanagari, con su penacho de plumas de tres colores coronando su cabeza y su cuerpo adiposo, tan distinto de los de sus subditos. No pestañeó, no movió los ojos, ni siquiera se dignó mirar a los castellanos mientras éstos se sentaban frente a él y Camani permanecía en pie. El edecán lió hojas secas de tabaco, las prendió, encendió el tizón y lo pasó a Cuacanagari. El señor de Cibao aspiró con fuerza y pasó el tabaco enrollado a Juan de la Plaza y éste, a su vez, a Marín. Pronto la estancia se aromatizó con el agradable perfume sedante de la hierba que quemaba. Quiso luego darles de beber Cuacanagari, en deferencia a sus visitantes, tras haber aspirado el humo del tabaco, un espeso brebaje blancuzco preparado con las nueces prensadas del precioso árbol del cacao, un puré espeso coloreado de rojo con *bija*, que con desgana tomaron los castellanos procurando no hacer visibles sus muecas de desagrado pues, a simple vista, les parecía que estaban bebiendo sangre humana, aunque el sabor era muy distinto, de un gran amargor, mas no desagradable.

Fue Cuacanagari el primero en hablar. Preguntó a qué debía la visita. Camani lo tradujo con celeridad y envió a su vez la respuesta, tras escuchar a Juan de la Plaza. Lo miró con cierta perplejidad el señor de la Casa de Oro, que era el título que recibía el monarca de Cibao. ¿Mujeres? ¿Eran mujeres lo que buscaban los castellanos, pedirle mujeres para que dejaran en paz a sus esposas? Cuacanagari contestó irritado y Camani filtró y suavizó como pudo la respuesta:

—El rey está muy molesto por la actitud de algunos castellanos. Los castellanos fuerzan a las esposas, a las hijas, toman en grupos a las muchachas de la aldea y eso irrita a sus subditos. Hace cuatro jornadas, un grupo de hombres barbados forzó a una muchacha y la dejó malherida, desangrándose, en la selva.

—Miente con excesiva facilidad. Son esas yeguas en celo las que provocan en la selva a mi gente con sus desnudeces.

A medida que transcurría la entrevista, el semblante de Juan de la Plaza se tornaba más hosco...

—Empiezo a cansarme de sus impertinencias —le dijo a Marín—. ¿El rey? ¿De qué es rey? ¿Cómo puede ir de poderoso semejante patán al que puedo descabezar con un solo movimiento de mi brazo?

—Conteneos, capitán. ¿Queréis que hable yo?

—Hacedlo. Yo estoy harto de tanta insolencia.

Adujo Marín de Urtubia, en defensa de sus propuestas, que si el señor de la Casa de Oro cedía algunas de sus mujeres no comprometidas a los castellanos, éstos dejarían de importunar a esposas e hijas.

—¿Cuántas? —preguntó directamente Cuacanagari.

Marín buscó la respuesta en Juan de la Plaza.

—Ocho.

—Ocho —dijo Camani a Cuacanagari.

Se produjo un largo silencio, como si el rey taino meditara la respuesta. Miraba hacia el vacío mientras ambas mujeres lo miraban a él con profunda devoción y Marín, a su vez, se deleitaba

con su belleza. ¿De quiénes se trataba? ¿De su esposa y su hija, dada la juventud de una de ellas? ¿De sus dos amantes?

—¿A cambio de qué?

Juan de la Plaza se revolvió desasosegado. ¿Qué iban a darle? ¿Cuentecillas, telas? ¿Qué estaban autorizados a ofrecerle? Deberían haber hablado antes con el gobernador. ¿Autorizaría cambiar cada mujer por hachas y cuchillos? ¿No era arriesgado hacerlo?

—¡Reynal! —llamó.

Y el marino de la *Niña* entró en la cabaña y descargó ante el monarca el cofre, que abrieron a continuación. Extendieron en el suelo de la cabaña pañuelos, sartas de piedras, collares, monedas, bonetes, que Cuacanagari fue manoseando sin decidirse. Fruncía el ceño el reyezuelo, no muy conforme, mientras tocaba las telas y pasaba las cuentas entre sus dedos, mas mostró interés por los pequeños y cortantes puñales que entre todo aquello bridaban. Tomó uno y pasó suavemente el dedo por su punta primero, por su filo después, hasta que un goterón de sangre rotó de su yema lo que, lejos de irritarlo, le produjo ruidosa alegría. Mas luego se dirigió a Camani y le soltó un chorro de palabras ininteligibles.

—Quiere más. Os dará bellas mujeres. Pero quiere más puñales.

—Que entren los demás cofres —ordenó De la Plaza a Reynal.

Vertieron ante sus ojos el contenido de los otros cofres, pero la cara de Cuacanagari no mostró ningún entusiasmo mientras una densa humareda de tabaco difuminaba su rostro. Se hizo otro largo silencio al final del cual Cuacanagari los sorprendió con una nueva petición.

—La protección de los castellanos ante las incursiones caribes.

Iba a asentir el extremeño, pero Marín lo detuvo:

—Primero habría que hablar con Diego de Arana.

El capitán le lanzó una mirada de furia.

—¿Creéis que no tengo poder para negociar? Os equivocáis, poeta. —Y volviéndose hacia Camani—: Decidle que sí, que caeremos con todas nuestras armas, que cortaremos en pedazos a los caribes, que los atravesaremos con nuestras picas, que les abriremos las entrañas con los arcabuces. Decidle que su gente puede estar tranquila.

La aceptación por parte del capitán de los castellanos causó visible satisfacción a Cuacanagari, que ordenó obsequiar a sus huéspedes con un brebaje blancuzco y espeso hecho con la fermentación de los cereales y que era como una cerveza.

—¿Por qué no le preguntáis por los yacimientos de oro?

Así lo hizo Juan de la Plaza, enervado por los efectos que el alcohol de aquel extraño brebaje operaba en su cerebro, pero a su pregunta el rey de Cibao encogió los hombros, contestó con vaguedades, señaló a un lado y a otro, finalmente dijo, según la traducción de Camani, que el oro era ya muy escaso, que los yacimientos se habían agotado, que las incursiones de los caribes los habían diezmado. Y Juan de la Plaza recibió la respuesta con sonrisa de hiena mientras por lo bajo, para que lo oyera Marín, decía:

—Se cree el miserable salvaje que somos tontos, que me trago su sarta de estupideces. Cuando lo haya desollado va a decirme dónde se encuentra ese maldito oro.

Lo que más agradaba a Cuacanagari, con diferencia, de aquellos pobres presentes que los castellanos habían extendido sobre la alfombra eran los cuchillos. Juguetecía con ellos y, no contento con ello, llamó a su edecán y le cortó suavemente en el brazo. No lo apartó el agraviado, sino que sonrió mientras trataba de taponarse la herida.

—Pregúntale que, aunque estén agotados, queremos saber dónde se encuentran los yacimientos de oro.

—Otro día —contestó el taino, y señalando su espada le preguntó qué deseaba a cambio de ella.

De ello trataba la historia de la humanidad y por ello se movía el hombre en cualquiera de las

latitudes, de ambicionar lo que no tenía y de despreciar lo que ya poseía, de despreciar lo que ambicionaba en cuanto ya era suyo y ambicionar lo de más allá, y de allí las pendencias, las guerras. Con el mismo ahínco que los barbados castellanos ambicionaban el oro, el señor de la Casa de Oro mostraba su fascinación por las armas cortantes y brillantes de ese durísimo metal que fatalmente habían probado algunos de sus guerreros cuando Colón y los suyos desembarcaron en sus playas.

—Tu mujer y tu hija —contestó, sin pestañear, el extremeño.

La mirada de Cuacanagari se congeló en el rostro del capitán del fuerte Navidad cuando Camani le hubo traducido las palabras y sus labios temblaron de furia. Pero insistió.

—¿Qué puede hacer la espada?

—Dile que la espada lo hará más poderoso cacique. Una espada corta de un solo tajo manos, cabezas. Tiene poder. ¿Queréis verlo?

De la Plaza la desenvainó y se puso en pie. Miró a su alrededor buscando algo que cortar. Se reprimió, pues lo que más deseaba era sajar de un tajo el cuello de su anfitrión, pero se dirigió al edecán:

—¿Quieres que le corte el brazo? —preguntó mirando a Cuacanagari.

Camani lo tradujo. Marín le reprochó vivamente su atroz proposición:

—¿Estáis loco? ¿Qué pretendéis?

—El loco es él. Está obsesionado con el poder mortífero de nuestras armas. Le voy a demostrar que no anda desencaminado.

—¿No estaréis pensando en darle vuestra espada?

—No estoy loco, amigo.

El edecán temblaba de espanto mientras Cuacanagari rumiaba la respuesta. Movié la cabeza. Camani se volvió al extremeño y le comunicó su asentimiento.

—¡No lo hagáis! —gritó Marín.

La espada de Juan de la Plaza se alzó, cruzó el aire con un silbido y sajó uno de los pilares que aguantaba la choza. Durante unos instantes, una lluvia de astillas y serrín envolvió la atmósfera de la cabaña mientras toda su estructura se tambaleaba. Mas no hubo ira, por la afrenta, sino admiración.

—Tu mujer y tu hija —volvió a insistir Juan de la Plaza, desafiante.

Siguió otro silencio. El edecán corrió a refugiarse al fondo de la cabaña, todavía tembloroso, mientras las dos mujeres que rodeaban a Cuacanagari se mantenían inmóviles, con los ojos bajos. Entonces Cuacanagari estalló en una risotada mientras movía de izquierda a derecha su gran cabeza coronada de regio plumaje.

—Mi mujer y mi hija valen por todas las espadas de los castellanos.

Cuacanagari les ofreció como regalo de despedida, en bandeja vegetal que se fueron pasando de unos a otros, pequeños trozos de carne asada que creyeron, al comerla, que se trataba de hutía, mas no era, como Camani hubo de aclarar, sino *quemí*, una bestezuela bastante mayor en tamaño.

Marcharon del poblado con la promesa de Cuacanagari de que a la mañana siguiente enviaría al fuerte a las ocho mujeres prometidas como contrapartida a la media docena de cuchillos que se quedaba. Salieron de la aldea cuando empezaba a anochecer y fueron acompañados por un ruidoso comité de despedida que los abandonó cuando ya alcanzaban la playa.

—¿Puedo fiarme de que ese salvaje, que se ha quedado con todo lo que llevábamos en los cofres, cumpla su palabra?

Camani, que lo oyó, se indignó.

—¿Qué le ocurre a tu mono desnudo? —preguntó Juan de la Plaza, inquiriendo por la causa de su enfado.

—Un cacique siempre cumple lo que dice, que por eso es cacique y lo respeta su pueblo. Si un

cacique no tiene palabra, deja de serlo.

—¿Un cacique? Un cacique es como un rey, de su misma calaña. Dice una cosa y hace otra. La historia de los pueblos está trufada por las traiciones de sus amos —sentenció el extremeño.

Siempre se había mostrado Marín de Urtubia disconforme con el desprecio con que su compañero y amigo trataba a los tainos, y opinaba que ese aire de hiriente superioridad que exhibía ante ellos no podía ser nunca buena cosa.

En la soledad de la cámara, armado con su pluma y pergamino, untándola en la ya escasa tinta, escribió sobre el gran número de plantas que coincidían con las de Castilla y que los tainos cultivaban en sus heredades según había apreciado aquel día en su visita a la aldea: melones, pepinos, hierbabuena, berenjenas, frijoles, apio, zaboras, culantro, cogombros, lechugas, rábanos, berros, perejil, cebollas, coles, nabos, zanahorias, remolachas, cardos, acelgas, que Marín fue anotando escrupulosamente en su *Crónica del Nuevo Mundo*, plantas tales que, con las que se pudiesen traer de la Península y adaptarse a esas tierras, podrían alimentar a todos los habitantes de la isla, presentes y futuros. Llamábale la atención el que dichas plantas creciesen en aquellas tierras tan distantes sin que nadie de al otro lado del mar las hubiere llevado. ¿Podían volar las simientes a través de aquel inmenso océano?

*No son estas gentes tan salvajes e incultas como nos imaginábamos. Ni mucho menos. Tienen artes de agricultura y plantas en sus huertos, verduras que se asemejan mucho a las nuestras más otras muchas muy distintas en formas y sabores que, sin embargo, a medida que uno se acostumbra a su extraño sabor, acaban siendo exquisitas. Tienen también animales domésticos, gran variedad de ellos, aparte de esos extraños perros que no hablan. El cotí, por ejemplo, es lo más semejante a un gazapo, y lo tienen en recintos cerrados, para que no escapen, y lo alimentan con hierbas, y los niños juegan con ellos, pues son animales limpios y cariñosos, hasta que adquieren el tamaño suficiente como para que sean sacrificados y comidos, siendo su carne tan exquisita como la del conejo, mejor que la del quémí o la hutía. ¿Y qué decir de la gran variedad de plantas curativas de las que disponen?*

*Buscamos, en estas tierras, el oro y nos cegamos en él. Pero ¿acaso no hay cosas más valiosas que el oro?, me pregunto cada vez que me interno por sus selvas y mi vista se pierde, convulsa, en la gran variedad de árboles y plantas. Aquí hay las mejores maderas del mundo, las más recias, las que harían barcos de cascos que ningún cañonazo podrían hundir por su dureza de hierro; la más extraordinaria botica de medicamentos que pende de miles de árboles; también los más espeluznantes venenos capaces de matar a un hombre en lo que dura el chasquido de un dedo. ¿No es eso más valioso que el oro? Árboles como la corbana, la cuya, la caoba, el brasil, el caobán, la ceiba, el mangle, las ciguas; frutas como el macao, el cutipris, el chuare, el pauxi, el mamón, el cimiiruco, la yaguaraha, el hicomas, la managua, el mamey, el anón, el guayabo, la azuba, la guiabara, el copey, en cuyas hojas se puede escribir, el gagüey, el guanábano, la guazuma, la guama, los hicacos, la yaruma, la macagua, la xagua, de cuya fruta se saca una especie de tinta, el guaonax, y así, hasta el infinito. El mismo cacao, que estos indios toman como bebida triturada y cuyo sabor, aunque amargo, no acaba de desagradarme, tiene importantes propiedades curativas: estriñe el vientre, detiene la molesta menstruación de las féminas, pero también resulta altamente dañino: priva al rostro de su color natural, corta la digestión, provoca cansancio agudo, causa desmayos y sofocación en mujeres, altera el ritmo del corazón. ¿No fue Dios quien puso estas islas en nuestro camino y a estas gentes simples y felices a nuestro cuidado? ¿Qué debemos hacer?, me pregunto. ¿Preservar el paraíso, haciendo ver que no lo hemos visto, dejar que la naturaleza siga dictando sus sabias leyes, o imponer nuestra forma de vida, nuestra cultura, por la fuerza o la persuasión? Un error de cálculo del Almirante, pues es evidente que estas tierras no son las Indias que andamos buscando, ni vamos a encontrar, por mucho que nos esforcemos, ciudades con tejados de oro ni ejércitos poderosos a las órdenes del Gran Kan, ha propiciado quizá un descubrimiento más importante que el de la nueva ruta de las especias objeto de la expedición. Un providencial error nos ha llevado a estas costas y nos ha descubierto un universo bien distinto del mundo conocido. Dios, durante todos estos años, lo ha mantenido así, pero Dios también lo ha puesto en nuestro camino.*

*¿Qué debemos hacer? Creo, hablando con el corazón y el cerebro, que deberíamos aprender tanto de estos indios como ellos están por aprender de nosotros. Que unos y otros cosas positivas tenemos. Que en el respeto de nuestras culturas y personas está el secreto de una pacífica convivencia. Y lo creo firmemente. Así como opino que no es agradable a los ojos de Dios el desprecio que muchos castellanos sienten por ellos y ellas, especialmente por ellas, con las que, por otra parte, obtienen tal satisfacción carnal que se contradice con la repugnancia que dicen sentir.*

Poco se durmió aquella noche y mucho se madrugó, estremecidos todos por el ansia de ver aparecer las prometidas mujeres que apagarían su celo. Estuvieron fantaseando sobre ellas, balanceándose sobre los fuegos que había bajo las hamacas, pintándolas con vivos colores, atribuyéndoles las más sensuales formas, adornándolas con las más excitantes artes amatorias, y alardeaban entre ellos de las veces que entrarían en sus cuerpos, de lo capaces que serían, como las abejas con las flores, de ir de una a otra con apetito insaciable.

—Por las muchas veces que debe de estar haciéndolo vuestra mujer.

—Por las veces que yo lo hice con vuestra madre.

—Pero ¿qué esperáis hacer con vuestra exigua lanza?

—Más juego tiene que la vuestra, que al mostrarla las pondrá a todas en fuga.

—Habláis, habláis, pero seguro que quien más alardea de lengua más corta la tiene.

—El puto vasco debería estar aquí con nosotros para endulzarnos la espera con sus encendidas descripciones.

Los castellanos aguardaban expectantes el tributo carnal que les tenía que llegar. Reinaba una insólita ebullición en el fuerte Navidad desde que Juan de la Plaza hizo correr la voz de los logros conseguidos en su negociación con Cuacanagari. Consideraban a su capitán como su salvador. No más tributos estériles a Onán, no más tentaciones sodomíticas. Por fin iban a sentirse hombres y abrazar una carne joven que los desahogara de tantos y tantos fantasmas, que les enfriara un deseo que les quemaba las entrañas y transformaba cada oquedad en un sexo femenino. Fue día de asueto. No hubo instrucción. Juan de la Plaza se mostró especialmente generoso con los suyos. Algunos de ellos se asearon en el mar, se despiojaron los cabellos y las barbas, los recortaron con cuchillos, como si fueran a contraer matrimonio. Los centinelas miraban una y otra vez hacia la selva, esperando descubrir el esperado tributo de las indias. Se las imaginaban de mil maneras distintas, fantaseaban con ellas mentalmente, fueron su único tema de conversación no bien se levantaron y comieron la primera vianda.

Pero no todo habían sido parabienes por la decisión unilateral que había tomado Juan de la Plaza. Cuando el extremeño informó al gobernador de los acuerdos con Cuacanagari, Diego de Arana se mostró primero irritado y luego preocupado.

—¿Defenderlos si los atacan los caribes? —repitió.

—Es una forma de ganarnos su respeto. Si ven que no les tenemos miedo a esos caníbales, el temor que les inspiraremos a ellos será doble.

—Os habéis excedido en vuestras funciones, capitán De la Plaza. No es mi deseo interferir y arriesgar nuestros hombres en las trifulcas internas de estos salvajes. Atacaremos a los caribes si ellos nos atacan a nosotros, los repeleremos, pero no es mi intención salir a salvar a los tainos si ellos son incapaces de velar por sí mismos.

Intervino el segoviano Rodrigo de Escobedo, que estaba en la estancia, emboscado en la sombra:

—Querido gobernador, permítaseme la discrepancia. Si los tainos de la Hispaniola son finalmente nuestros subditos, es nuestro deber defenderlos. Defenderlos, gobernador, no es más que una manera de extender nuestro poder sobre ellos, como señores feudales con sus vasallos. Hagamos de su necesidad que tienen de nosotros para defenderlos nuestra fuerza.

Momentos antes, en ausencia del capitán De la Plaza, notario y gobernador habían tenido una agria discusión. Su motivo: las tainas.

—Son rameras, gobernador. ¿Vamos a pasar como introductores de la prostitución en estas

tierras? Mi conciencia cristiana se indigna.

—Prefiero la indignación de vuestra conciencia que la rebelión de toda la guarnición. Todos sabemos que ese tipo de mujeres son un mal, pero necesario desde que el hombre está en la tierra.

—No quisiera ser agorero, señor gobernador, pero estoy convencido de que introducir a esas salvajes desnudas en el fuerte Navidad sólo puede ser motivo de luchas, indisciplina y relajación.

Hubo un momento, cuando transcurrió casi toda la mañana y nadie apareció surgiendo de la cercana selva, que cundió el desánimo y, tras él, la ira.

—Nos engañaron.

—Se rieron en nuestras narices de nuestra hambre de mujer.

—Habrá que ir y cogerlas.

De la Plaza se mostraba inquieto mientras barruntaba para sus adentros que si sufría semejante afrenta, la de que Cuacanagari lo dejara desairado delante de los suyos, lavaría el engaño con la sangre de su gaznate. Pero el cacique de los tainos cumplió, aunque lo hizo a su manera. Las mujeres finalmente llegaron, escoltadas por varios indios, que sin duda cuidaban de que no escaparan, y las condujeron al redil castellano en donde iban a ser sacrificadas. Eran mujeres, no cabía duda, pero qué lejos estaban de las bellezas que todos habían imaginado. ¿A quién enviaba Cuacanagari para el desfogue de los dioses barbados? A una muchacha con una fea cicatriz en la cara, a una tuerta, o que tenía la piel desagradablemente manchada, o el vientre monstruosamente abombado, y, las que no, viejas, pues eso debían considerarse las muchachas que se acercaban a la treintena de años cuyos pechos secos colgaban patéticos acercándose a su vientre. Si no tuvieran tanta hambre de hembra, deseo ciego, aquello lo habrían tomado por un escarnio, pero no fue así: aquellas féminas cumplían elementalmente los requisitos para ofrecer desahogo a la tropa. Fue Juan de la Plaza el encargado de recibir las e inspeccionarlas, pasó ante ellas furioso, clavando sus ojos en sus cuerpos y en sus caras, decepcionado con el resultado, mas halló una que era muy distinta de todas ellas, una joven hermosísima, cuyo bello cuerpo estaba a la altura de sus delicados rasgos, una fruta jugosa, sin duda, que en seguida decidió reservarse para su uso exclusivo. ¿Una deferencia de Cuacanagari? ¿Un olvido? Aquella muchacha, ni por su juventud extrema —una púber de catorce años de facciones delicadas y muy tímida— ni por su belleza, cuadraba en aquel conjunto de desechos femeninos. La tomó del brazo, suavemente, y la apartó del grupo y, al hacerlo, se dio cuenta de por qué razón el cacique taino había colado aquella beldad en conjunto tan feo: era coja. Una pierna, hermosa, por cierto, perfectamente torneada, de suave muslo, era más corta que su pareja, y al andar su cojera era ostentosa, pero pensó De la Plaza que en la cama aquella cojera no iba a importunarle lo más mínimo ni iba a apagar el deseo que ya, desde ese momento, sentía por ella. Notó temblar su mano entre la suya, sus dedos menudos sudaban abrazados por los suyos grandes, y apartó los ojos tímidamente cuando el extremeño la devoró con la mirada.

—¡Gozad, amigos, hasta reventar! —fue la orden que dio, la mejor que oyeran, la que más presto cumplieran.

Ciertamente no importaba que una cojeara, que la otra tuviera un pecho más salido que el otro, o las pálidas manchas en los muslos, o el profundo corte en la cara de otra que afeaba sus facciones: no iban a casarse con ellas. Los tainos marcharon, tras cumplir con su cometido de entregar a las mujeres, mientras los castellanos se arremolinaban alrededor de ellas como fieras hambrientas de carne, gritaban alborozados, se empujaban, las toqueteaban y empezaban a disputar entre ellos por las urgencias de yacer. No parecían llegar a un acuerdo de quiénes debían ser los primeros y en qué orden pasarían por ellas, y comenzaron las disputas.

Juan de la Plaza desenvainó su espada y les advirtió que, si no existía un mínimo de orden, las

indias volverían al poblado.

—¡Malditos estúpidos! —les gritó, enarbolando el acero—. No desbaratéis con trifulcas lo que tanto ha costado.

Se hizo el silencio. Recapitaron. Y siete de ellos tomaron a otras tantas mujeres y entraron con ellas en el redil, seguidos por los impacientes restantes que no querían perderse el espectáculo.

—Y tú, ven conmigo.

La coja siguió a Juan de la Plaza en silencio, cabizbaja, temerosa y muda. El capitán la arrastraba tenazmente, aprisionando su delicada muñeca, hundiendo los dedos en su carne, mientras envainaba su espada.

—Dejaré para vos —dijo, sin detenerse, al cruzarse con Marín de Urtubia—. No miréis sus piernas, mirad sus pechos.

Abrió los ventanales de su cámara, pues deseaba verla mientras la amaba. La tocó con suavidad, sospechando que era virgen. Al miedo por el extraño se unía el miedo al varón que aquella muchacha no había conocido. Se desnudó el hombre, mas no consiguió que la esfinge lo mirara, ni siquiera cuando hizo gala de su virilidad encendida. La tocó y besó de pie, ciñó con sus brazos sus suaves caderas, hundió su mano entre sus muslos, de allí pasó a sus nalgas y la apretó tanto que sintió el tacto rugoso de sus pezones sobre su pecho hirsuto mientras le humedecía el vientre con su deseo.

—Animalito —dijo, cayendo en la ternura, mientras la tumbaba en su catre y abría sus piernas que ofrecían débil resistencia—. Te dolerá la primera, la segunda, la tercera vez, pero luego me suplicarás que te cubra día y noche.

En apasionado ayuntamiento lo descubrió Marín de Urtubia. Entró el vasco en la cámara y sorprendió al capitán desnudo, encima de la muchacha. Se volvió el extremeño, al oírlo, descubriendo el color cetrino de las carnes que cubría, sus pechos que palpitaban, no de gozo sino de miedo.

—Poeta —dijo, con dejo enturbiado por el deseo, sin salir de aquel cuerpo—, volved más tarde y os haré sitio —y terminó su frase con una risotada, volviendo a lo que hacía, ajeno a su presencia.

Marín de Urtubia vagó, hasta bien entrada la tarde, por el recinto fortificado con un extraño dolor en el bajo vientre que le hacía comprender lo parejo que era a todos los hombres, hasta a los que despreciaba, por su turbia animalidad. El hombre siempre era hombre, hasta el que hacía voto de castidad en el convento y soñaba por las noches con la novicia de blancos hábitos rezaba ante el altar. Ardía el fuerte de exacerbada lujuria por los cuatro costados, como si hubiera sido asaltado por un ejército de vestales. El ambiente olía a carne de ramera tomada una y otra vez y a la incontinencia de los deseos de hombres violentamente castos que, en un instante, dejaban de serlo y se desquitaban de su existencia monacal. El sexo se palpaba en el oscuro redil en donde dormía la tropa; se oían quejidos, gritos, exabruptos, el roce de los cuerpos, el metódico vaivén del coito, el rugido del orgasmo; se olía a sudor de bajo vientre, a elixir de macho. La oscuridad se iluminaba por las docenas de cocuyos, descendientes de los que trajeran, a medida que andaba el vasco, emborrachado por el ambiente de promiscuidad que lo envolvía todo. Allí, en el fondo, las mujeres recibían con docilidad a los varones; ni se movían, ni se quejaban siquiera cuando violentamente eran abrazadas, vapuleadas, manoseadas y penetradas. Unos gozaban y otros gozaban en la espera contemplándolos. Le recordó aquel cuadro el infausto día de licencia, aunque allí no pareciera haber más violencia que la que propiciaba los ayuntamientos ni más sangre que la de alguna virgen que había dejado de serlo en brazos de muchos hombres y cuyo llanto había sido apagado a fuerza de besos en los labios. Llegó su turno. Se desnudó y tomó un cuerpo muchas veces tomado, besó unos pechos muchas veces besados, que se le antojaron calientes y blandos, y gozó en donde



otros habían gozado anteriormente. Fue lo suyo un acto mecánico, una reacción al estímulo de esa carne abierta, al aroma salubre del sexo pero, sobre todo, a sus fantasías. No vio a quien amaba, no tenía cara ese cuerpo, ni nombre, ni dignidad, sólo la quietud de una esclava sumisa dispuesta a proporcionar placer pasivamente puesto que el cacique así lo había dispuesto. Y cuando salió, a medio vestir, a la plaza de armas, el suave aire de la atardecida pareció limpiarle por dentro y por fuera, lo sacó de la resaca. Durante unos instantes, en aquella atmósfera espesa iluminada por el irreal resplandor de los cocuyos, había revivido sus muchas visitas a casas de mancebía cuando se vaciaba en los cuerpos vulgares de las rameras imaginando que lo hacía en el de la hermosa Leonor.

Se ayuntaron los castellanos con las tainas toda la tarde, toda la noche, hasta el alba, pues los hombres barbados no parecían saciarse nunca de ellas, y algunos las aleccionaron en las artes amatorias de las putas sevillanas para conseguir de ellas más refinados placeres, ya que en todo eran sus esclavas y sus cuerpos les pertenecían. El Fuerte Navidad, un enorme burdel en el paraíso, perdió aquel día, a caballo de un gemido común, su ya maltrecha disciplina.

—¿Es eso lo que pretendíais? —preguntó Pedro Gutiérrez al gobernador durante la cena—. ¿Sucias orgías? —Y volviéndose al médico—: He entrado en el dormitorio común y he visto a los hombres que fornicaban como cerdos con esas bestias. ¿Será más benigno el racimo de enfermedades venéreas que se incuben esta noche, galeno?

Cerró la ventana el gobernador, aunque la atmósfera era asfixiante, para no oír el griterío que le llegaba del exterior.

—Dejemos que se emborrachen, con la primera, con la segunda o la tercera copa. Luego vendrá la resaca y, tras ella, el hartazgo.

Cuando tras mucho deambular, Marín de Urtubia regresó a la cámara que compartía con Juan de la Plaza, éste roncaba a pierna suelta, con las vergüenzas expuestas, y la taina estaba hecha un ovillo a sus pies, despierta, asustada, ciñéndose las rodillas con los brazos, la misma postura que adoptaba su perro *Pan* cuando le permitía acceder a su lecho. No se movió cuando lo vio entrar, cerró rápidamente los ojos, simulando dormir, y contuvo la respiración mientras la mano del vasco se deslizaba por sus cabellos y llegaba a su nuca.

—Duerme tranquila, que no voy a tomarte. Mas dime tu nombre.

Y como no le contestara, pues hacía ver que dormía profundamente, presionó con los dedos en su cuello hasta que la forzó a abrir los ojos.

—Maravillosa mirada —comentó, impresionado por el dibujo de sus rasgados ojos y la negrura de sus pupilas—. Pero quiero tu nombre, tu nombre —insistió.

—Canayma —contestó finalmente.

Corrió la cortina que dividía la cámara en dos y buscó el alivio del sueño en su vacía cama, repitiéndolo. Ella tenía nombre.

## Capítulo 11

Si alguien creía que les iba a sobrevenir el hartazgo a los castellanos, estaba equivocado. Como en el vicio de aspirar el humo de las hojas del tabaco, al que todos, sin excepción, se habían habituado hasta unos límites de, digámoslo, esclavitud y dependencia de esas grandes y hermosas hojas aromáticas, algo parecido les ocurrió con las tainas traídas al fuerte para calmar sus pulsiones humanas. Se comportaron con ellas como monstruos con estómago sin fondo, que, en llenándolo, lo hacían más grande y necesitado y aquellas mujeres, como lúcidamente apuntó Pedro Gutiérrez, comenzaron a socavar con sus artes la disciplina del fuerte. Tanta promiscuidad hubo, y tanto trasiego de cuerpos de unos brazos a otros, que las pependencias se sucedían casi a diario y se comportaban como perros en disputa por un mismo bocado. Aquellos marineros llegados de ultramar, rudos y primarios, sin más horizonte que paraísos de carne y oro, se convirtieron en una tropa difícil de gobernar.

Se hallaba Pedro Gutiérrez, que no era ajeno al vicio de fumar, reunido con el gobernador, en su cámara, mientras de afuera llegaba el murmullo de la tropa indisciplinada que se comportaba como si estuviera borracha.

—Siento que se cumplan mis más negros presagios.

—No hacerlo habría sido peor —dijo con contundencia Diego de Arana, reacio en dar su brazo a torcer y asumir que quizá se hubiera equivocado.

—¿Peor? Uno de esos indeseables, un tal Juan de Medina, de la *Santa María*, se dirigió a mí amenazador. Iba como borracho, mas no de vino, pues no haylo. Escupió sobre mi bota, con un desdén increíble.

—Se han perdido las formas y el respeto —confirmó el notario Rodrigo de Escobedo—. Para mí que necesitan un buen escarmiento. ¿Sigue siendo el capitán De la Plaza hombre de confianza?

—Precisamente lo hice llamar. Debe de estar al llegar.

—¿No fue suya la iniciativa de traer a las tainas?

—¡Basta, señores! —zanjó con acento enojado Diego de Arana, con voz aguda—. La responsabilidad es mía.

Guardaron silencio cuando alguien golpeó con los nudillos la puerta de la cámara. Diego de Arana le mandó pasar. Y el capitán extremeño hizo su entrada en la estancia, emperifollado, aseado, con el correaje reluciente y la bruñida espada balanceándose en su vaina. Se decía que en todo ello tenían que ver los cuidados de la cojita que calentaba su lecho y era mujer hacendosa.

—¿Me habéis mandado llamar, gobernador?

Permaneció de pie, siendo centro de todas las miradas de los allí presentes. Por su actitud altanera costaba imaginar quién estaba a las órdenes de quién.

—Capitán, os he mandado llamar porque creo que ha llegado el momento de actuar, de inspeccionar territorios buscando yacimientos de oro y, además, algo de actividad hará bien a la tropa. En estos dos meses que llevamos en el fuerte nos hemos comportado de una forma dubitativa, dando tumbos. También nos ha servido para comprobar que nuestros vecinos indígenas son gente pacífica. Ahora creo que debemos fijarnos una meta, y alcanzarla: la explotación de las Indias, la reseña de sus recursos.

—Señor gobernador, permitidme decir, en lo que respecta al oro, lo reacios que han sido siempre estos indígenas a informar sobre sus fuentes. Han venido haciéndolo desde que pisamos tierra por primera vez en Guanahaní, contestando siempre con vaguedades. ¿Qué os hace suponer un cambio de actitud en ellos? ¿Os fiáis de Cuacanagari?

—Cuacanagari es una serpiente —puntualizó Rodrigo de Escobedo, sin dudar un instante.

—Si no dais nada a cambio, ¿qué podéis esperar? Las apariencias de estas bestias engañan: parecen desinteresados, y son precisamente lo contrario.

—El problema —señaló Diego de Arana, mesándose la barba— es que nada podemos darles de

lo que ya les hemos dado. No estoy dispuesto, bajo ningún concepto, a entregarles armas a cambio de oro.

—Tenemos hachas de sobra, gobernador —dijo el capitán De la Plaza, interviniendo en la conversación.

—Son los tales indios adoradores del diablo, señores. ¿Qué son si no esos *cemís*, las burdas esculturas de madera o barro por las que sienten tanta devoción? Representaciones de Satanás, sin duda —dijo Pedro Gutiérrez.

El antiguo contraamaestre de la *Santa María* movió la cabeza con determinación.

—Ni hachas ni cuchillos. No me fío de ellos. Poniendo el acero en sus manos podemos cavarnos nuestra tumba.

—¿No os fiáis en absoluto de Cuacanagari? —le preguntó directamente el notario de Segovia.

Fue el extremeño quien respondió por él:

—El mayor respeto, señores, es el que se obtiene por la fuerza, el que se sustenta en el miedo. Déjeme, señor gobernador, intentar convencer a ese reyezuelo de lo conveniente que será que nos informe de todo lo que sepa. Deje este asunto en mis manos.

Diego de Arana calló un segundo mientras recorría, buscando respuesta, el rostro de los presentes.

—Sin violencia.

—Sin violencia, señor gobernador.

Fue una ardua labor encontrar voluntarios para ir al poblado e intentar dar con los yacimientos auríferos, y no porque el oro no les entusiasmara a todos, sino porque los castellanos preferían holgar dulcemente con sus rameras a aventurarse por las selvas. Estaban borrachos, sin necesidad de vino, y yacían abrazados a los cuerpos sudorosos de las exhaustas indias. El redil olía a carne macerada, a humo de tabaco, al polvo del plumaje de los chillones guacamayos que, contagiados de la promiscuidad del entorno, se habían reproducido como conejos, cuando el capitán de la fortaleza se aventuró en él. Reinaba una profunda oscuridad agrisada por el humo, avanzó a tientas, esquivando hamacas que se balanceaban bajo el peso de hombre y mujer íntimamente abrazados. La pestilencia, en aquel lugar cerrado, era tal que se cubrió la nariz y, cuando empezó a hablar, nadie pareció escucharlo. Fue subiendo el tono de su voz, hasta convertir su parlamento en un grito y, como ni así le prestaran atención, desenvainó la espada y la emprendió contra el cordaje de la hamaca que más a mano tenía. Se derrumbó ésta en el suelo, con estrépito, rompieron su abrazo los amantes tan bruscamente interrumpidos, gritó ella de horror mientras él lo hacía de rabia.

—¡Fuera! —gritó, golpeando con la hoja plana de la espada al caído, enmudeciéndolo en el acto—. Todos fuera, en la plaza de armas. Todos formando en el exterior. ¡Malditos haraganes! ¿No tenéis otra cosa en la mente?

Se armó un revuelo considerable mientras los que estaban tumbados se alzaban, los que estaban alzados corrían hacia la salida y las mancebas, aterradas, se refugiaban en el fondo de la estancia.

—Y vosotras quietas, rameras —les dijo, con tono amenazador, mientras las señalaba con la espada—. Bien haríais en vestiros y adecentar vuestro aspecto...

Tenía a toda la tropa formada fuera, menos alguna baja notable: el muchacho de las purgaciones, cuya enfermedad, de forma alarmante, había ido a más y se había quedado en su hamaca, balanceándose indolentemente, abrasado por las fiebres, y el apestado Juan de Jerez, el de los pies devorados por las niguas, cuya cojera ya lo eximía definitivamente de todo servicio.

—Os traje mujeres para haceros hombres, para dominarlas, pero veo, machos descastados, que ellas os dominan a vosotros, que os sumen en la más completa apatía. ¿Qué diantre sois? ¿Soldados o vegetales? ¿Así me dais las gracias por los favores que os he hecho? Banda de

desalmados y haraganes. Esas piernas, más rectas. Ese estómago, metido para dentro. Y vos, ¿acaso sois jorobado? ¿Aún no sabéis alinearos? ¿Habéis olvidado todo lo que os enseñé, miserables?

Revisó su tropa con aires de general ante una batalla. Mas, por mucho que se esforzaba, le resultaba imposible imaginar que esos hombres, degenerados físicamente por la falta de ejercicio y la entrega a toda clase de excesos, fueran idóneos para el combate.

—Vamos a ir a parlamentar con Cuacanagari y los suyos, con las bestezuelas que os han prestado sus mujeres, para que nos digan dónde está el oro —dijo, paseándose entre ellos con el ceño fruncido, golpeando con la empuñadura de su espada a quien no veía suficientemente rígido—. Preciso de seis voluntarios. —Y se puso frente a ellos, tras circunvalarlos.

No salió nadie. Todos, de común acuerdo, miraban el suelo, esquivaban su aguijeña mirada.

—Siento una enorme decepción por vosotros. Está bien. Os escogeré yo. Juan de Medina, Jacomel Rico, Juan Reynal, Diego Lorenzo, García Alonso y vos. ¿Cómo os llamáis? —y señaló a un imberbe mancebo que apenas sobresaldría del suelo seis palmos.

—Rodrigo Monge, capitán —dijo, con voz meliflua.

—Pertrechaos de picas, espadas, corazas y capacetes. Os quiero fuera del fuerte en el tiempo en que vaya a mi cámara y vuelva. El resto, haraganes del demonio, dejad de una vez a las indias y ordenad vuestra porqueriza, que da asco. No me extraña que sea un nido de cucarachas. Hasta me extraña que ellas estén cómodas entre tanta basura.

*Cucarachas.* Extraña y larga palabra para designar a tan repugnantes insectos amantes de la suciedad y el desorden cuyo nombre les había confiado Camani. Irían en los barcos, en el tornaviaje, anidarían en maderas podridas, sobrevivirían a la travesía y bajarían en el puerto de Sevilla y de allí se extenderían por todo el Viejo Mundo. La primera invasión, fruto del Descubrimiento, llevarían a cabo los más repugnantes insectos de aquella isla.

Juan de la Plaza fue en busca de Marín y de Camani. Los halló a ambos en el zaguán de su cámara, y ello le hizo fruncir el entrecejo. ¿Qué hacía aquel indio del demonio en las proximidades de su aposento? ¿Quién le había dado permiso a violar su intimidad?

—Quedamos que no quería ver a ningún taino en mi cámara. Vos sois mi invitado, Marín, pero no vuestro esclavo.

—¿Y Canayma? ¿Tiene ella derecho a permanecer?

—¿Canayma? —repitió Juan de la Plaza sin saber a qué o a quién se refería.

—La muchacha coja. Veo que ni siquiera sabéis su nombre.

—No lo preciso. Ella es mi amante.

—Y Camani no es mi esclavo.

—Ah, claro, perdonad: vuestro amigo. El amigo salvaje del buen poeta y samaritano.

La taina, que estaba tumbada en el lecho cuando entró su hombre, se alzó respetuosa en cuanto lo vio entrar. Juan de la Plaza, con una sonrisa, le pasó el brazo por las caderas y la mordisqueó suavemente en el cuello. El aroma de su piel le encendía el deseo.

—Tierna piel, tierna carne la de la cojita —murmuró, mientras modelaba sus senos con las manos y, volviéndose a Marín—: ¿La catasteis en mi ausencia, bribón?

—No soy de éstos. ¿Cómo voy a osar arrebatáros la amante? Prefiero reprimir mi deseo que hozar en las carnes de las indias que no me pertenecen.

—No os hablo de las otras, sino de ésta. Sabéis que tenéis mi permiso. Pero no es la debilidad de la carne lo que me trae aquí. —Soltó a la mujer tras propinarle una azotaina en las nalgas y se encaró con Marín y Camani—: Os necesito a ambos. Vos, como lugarteniente; tú, como intérprete, para ir a parlamentar con Cuacanagari.

—¿Más mujeres?

—Oro, amigo. Voy a sacar el oro de las tripas de ese indio seboso.

En el exterior, bajo el sol abrasador, formaban los hombres que para la expedición había

escogido Juan de la Plaza. Llevaban un rato esperando, sudando bajo el peso de los capacetes, dentro de las incómodas corazas, apoyándose en sus enormes picas clavadas en el suelo. Dio el capitán la orden de partida y lo hicieron con enorme desgana. Iban en cabeza el extremeño y Marín de Urtubia, caminaba diez pasos por delante Camani, el resto se balanceaba con paso inseguro por la senda que conducía al poblado taino.

—¿Y cómo pensáis convencer a Cuacanagari para que desvele su secreto?

—Soy hombre de recursos. ¿Cómo lo convencí para que nos entregara a las mujeres? Si es necesario, le presionaré.

—¿Mano de hierro y guante de terciopelo?

—Sois agudo, Marín. Exactamente eso.

Arribaron a la aldea al mediodía, mas esta vez no despertaron tanta expectación como en ocasiones anteriores.

—Fijaos en las hembras. Más apetitosas que las que nos dio. Un zorro tramposo, ese reyezuelo de las bestias.

—Es más hermosa vuestra amante.

—¿Os gusta, bribón? ¿Una coja? ¿No os estaréis enamorando de ella?

—Ni soy tan loco ni tan lerdo.

Cuacanagari los recibió en su cabaña. Se había ceñido a su gruesa cintura el cuchillo que le regalara Juan de la Plaza. Entraron en su aposento el extremeño y el vasco y se sentaron en cuclillas frente a él mientras el edecán liaba hojas de tabaco, las prendía y se las pasaba, y Camani permanecía en un costado, de pie.

—Dile que queremos buscar oro —le dijo Juan de la Plaza a Camani.

Lo tradujo.

—Que queremos saber dónde se encuentra.

Cuacanagari frunció el ceño mientras escuchaba detenidamente lo que Camani le decía.

—Ya no hay oro —les dijo Camani como respuesta a los castellanos.

—Mientes, rata —rugió, entre dientes.

Lo miró Camani por si había de traducirlo.

—Dile que le recompensaremos si nos dice dónde está el oro.

—¿Con qué? —fue la rápida respuesta de Cuacanagari.

¿Con qué? ¿Con qué? ¿Con qué?

—Mi espada, ¿te gusta? Será tuya si me dices dónde está el oro. ¿Quieres ver lo que puedo hacer? Di, ¿lo quieres?

Camani traducía apresuradamente lo que el extremeño decía mientras éste se levantaba, desenvainaba su acero y buscaba algo que cortar para demostrar el poderío mortífero de su acero. Salió afuera, enloquecido, seguido por Cuacanagari, Camani y Marín.

—¿Os habéis vuelto loco? ¿No estaréis hablando en serio?

No lo escuchó Juan de la Plaza. Miró a su alrededor. Un pequeño taino colgado del pecho de su madre, un mono atado a un palo, un guacamayo sobre una percha. No era gran cosa para hacer una demostración. Alzó la espada y descargó un golpe terrible sobre el mono: no gimió, no se dio cuenta de su muerte, se limitó a abrirse por el medio y caerse, cada una de sus partes, a los lados.

Limpió el acero mientras se volvía hacia el asombrado Cuacanagari. Lo había convencido. Sabía leer en las caras de los hombres y en aquel rostro, inflado por el yantar excesivo y la ingestión de cerveza, leía la fascinación por el espectacular acto de destrucción de que había sido testigo. Alargó el brazo para tomar su espada, mas el extremeño la devolvió a su funda.

—Primero el oro, luego la espada.

Escuchó Cuacanagari la traducción de Camani. Meditó un rato, habló con su edecán, miró una y otra vez las dos partes del mono que ya comenzaba a ser pasto de toda clase de insectos. Llamó

a un par de sus subditos, les dio instrucciones.

—Ellos nos guiarán al yacimiento de oro —explicó Camani.

Los siguieron. No había senda, la abrían ellos en su caminar monte arriba. Cruzaron una selva espesa, agobiante, de raíces retorcidas y ramaje ensortijado y bajo que les arañaba el rostro y el cuello. Las espinas se clavaban en la piel, la sangre brotaba de los múltiples arañazos y los insectos acudían a la llamada. Jadearon por lo empinado de la marcha. Lamentaron sus pesados capacetes bajo los que la cabeza se fundía, la incomodidad de sus corazas que bañaban sus cuerpos en sudor. Luego la vegetación se hizo escasa y apareció un torrente fragoroso que descendía a saltos por la montaña. Ya no lo dejaron. Hubieron de cruzar un empinado barranco, y finalmente llegaron a su destino, con la respiración jadeante y las piernas temblando.

Cerca de aquella cima sagrada, que permanecía envuelta en una niebla espesa, los indios mostraron el lecho del río. Agua y piedras. Los castellanos se miraron entre sí, furiosos, volvieron luego sus miradas a sus guías tainos. No veían nada. Hasta que un rayo de sol rompió la niebla y el oro refulgió bajo el agua.

No entendían los tainos el loco afán que los castellanos sentían hacia su oro, más teniendo en cuenta que para ellos valían más las almendras de la fruta del cacao, que utilizaban como común moneda, que las pepitas del refulgente metal. Pero ahí estaban los castellanos, alborozados, con la mirada enloquecida, chapoteando, hundiendo las manos en el río, abrazándose unos a otros. Experimentaban, en su ambición, la misma emoción que los había sacudido cuando la tierra de Guanahaní les confirmara la culminación de su viaje. Por el oro se habían embarcado, el oro fue el banderín de enganche que utilizara el Almirante para unir tropa tan diversa y por fin el oro, tras tantos meses de búsqueda, brillaba con su prístina pureza en lo alto de aquella montaña.

La noticia de que habían hallado por fin un yacimiento aurífero sacudió de excitación a los españoles y les hizo olvidar a sus rameras tainas. El destello del oro refulgía más que el de la carne bañada por el sudor del placer. Oro, oro, oro, se repetían, como si por fin hubieran encontrado la fuente de la felicidad en el frío metal. Los que no lo habían visto rodearon a los que lo habían visto y les preguntaron, más bien los asaetearon a preguntas, sobre su color, su brillo, la cantidad, la localización exacta. Querían el mapa del tesoro. No durmieron aquella noche, no dejaron dormir a los cansados y sudorosos expedicionarios, que hubieron de contar una y otra vez los pormenores de su marcha, que, inconscientemente, echando mano de la fantasía que dominaba sus mentes, exageraron el yacimiento hasta convertirlo en mina del rey Salomón.

Ya se hacían repartos, ya se jugaba a los dados, no sobre hipotéticos tesoros sitios en la calenturienta imaginación de los castellanos, sino sobre algo tangible a sólo media jornada del fuerte. Y, en un rincón, las mujeres tainas, antes tan solicitadas, miraban con ojos de asombro el revuelo que agitaba a los castellanos y se preguntaban qué extraordinario hallazgo había sido capaz de castrar su hambre desmesurada de hembra hasta el punto de olvidarse de ellas.

—Habrás que repartirlo en partes iguales.

—Que cada cual se quede con lo que saque.

—¿Y por qué no los tainos?

—Eso estaría bien. Para ellos el sudor, para nosotros, el oro.

—Pero un diezmo deberá ser para el Almirante.

—¿Dónde está el Almirante? ¿Por qué él, que nada ha hecho?

—Sí. Aquí no hay Almirante que valga.

—Pero habrá que pensar en el regreso.

—¿El regreso?

—En Castilla, con el oro que recoja, abriré un figón.

El marino Alonso Chocero, el sarnoso, del que huían cuando alargaba su mano enferma, había

metido, sin quererlo, el dedo en la llaga. El oro sería algo, en efecto, en cuanto hubiera un regreso factible. La salvaje alegría se atemperó con un pensamiento pesimista. Regresarían si Colón se acordaba de ellos. ¿Quién les aseguraba que así fuera? ¿Quién les aseguraba, siquiera, que hubiera llegado a buen puerto y no se hubiera perdido o naufragado en el tornaviaje?

Más fría y cerebral fue la reacción de Diego de Arana y su consejo de hombres ilustres en cuanto recibió de boca de Juan de la Plaza la gozosa nueva. No acabó de creerse el gobernador el relato pormenorizado del extremeño hasta que Marín, presente a su lado, lo corroboró.

—¿Un yacimiento de oro? ¿Y en la montaña? ¿A qué distancia?

—Media jornada.

Hasta el gélido veedor mostró su avaricioso entusiasmo y achacó el descubrimiento del refulgente metal a la voluntad de Dios. Él, sin duda, deseaba premiarlos y devolverlos a su tierra ricos.

—Si dispusiéramos de acémilas —se lamentó en voz alta Diego de Arana, levantándose de su recio sillón y paseando por la estancia—. ¿Cómo es que estos tainos no tienen animales de carga?

—Podrían ser ellos mismos, gobernador.

—¿Qué decís?

—Que podrían ser los tainos los que extrajeran el oro y lo bajaran hasta el fuerte.

—No me place la idea, capitán. Además, ¿cómo íbamos a conseguirlo? Nadie debe guardarse una sola pepita que se extraiga, se han de bajar todas al fuerte y almacenar en una cámara vigilada día y noche. El oro será de la comunidad, de Castilla, y aquí quedará almacenado, en un cuarto bajo guardia, hasta que regrese Cristóbal Colón en nuestro rescate.

—No opina lo mismo la gente, señor gobernador. Están locos de alegría porque creen que el oro se repartirá entre ellos.

—Pues debéis sacarlos de su engaño, Juan de la Plaza. El oro que se saque será para la corona de Castilla y la décima parte para Cristóbal Colón, tal como quedó estipulado en las Capitulaciones de Santa Fe. Es la ley, y no podemos saltárnosla.

Se volvió, en su devenir por la estancia, a Pedro Gutiérrez y a Rodrigo de Escobedo. Tropezó con sus expresiones adustas que mostraban bien a las claras su desacuerdo con lo que acababan de oír de sus labios, aunque no se atrevieran a manifestarlo.

Y todos fueron observados de forma acuciante por el vasco literato, Marín de Urtubia. Bajo el manto de protección que le proporcionaba la semipenumbra, observó a aquellos cuatro hombres tan distintos que se apasionaban por el bello e imperecedero metal. Si Diego de Arana representaba la legalidad y el orden, decidido a mantenerlo por propia supervivencia y de la comunidad, en los ojos de Pedro Gutiérrez y Rodrigo de Escobedo se manifestaban una ambición ilimitada. El pusilánime gobernador actuaba como si su capitán, de vuelta a Castilla o perdido para siempre en mares ignotos, aún diera las órdenes y lo observara. En toda aquella representación el extremeño, el que se decía su amigo, era quien más claro lo tenía todo y parecía dispuesto a doblar voluntades en la consecución de sus fines. Mas todos, Dios mío, qué equivocados estaban y qué inocentes demostraban ser en su pasión desmedida por el metal dorado. Su valor, sin duda, era relativo. Si en Castilla podían comprarse con sus pepitas fincas, figones y favores de todo tipo, de nada iba a servir en esas paupérrimas Indias que nada tenían sino la belleza natural de sus paisajes y sus gentes. El oro, para valer lo que los ojos ambiciosos de los hombres encerrados en aquella cámara venían a decir, y los que blasfemaban en su redil a unos cuantos pasos de donde se encontraban, debía cruzar el mar Océano.

Juan de la Plaza salió del aposento de Diego de Arana sin decir nada. Ya en el exterior, mientras se dirigía a su cámara, habló con Marín, le hizo sus confidencias:

—Cree el mamarracho que el oro es suyo y lo ha de administrar a su conveniencia. ¿Para qué hemos hecho este maldito viaje de pesadilla? Decidme. ¿Para qué? ¿Para entregar el oro al

gran ausente? ¿Doblabamos el espinazo y sacaremos cada pepita pensando que una de cada diez es para el genovés del demonio y las nueve restantes para los reyes?

—Nuestros reyes, capitán. Olvidáis que somos adelantados de los que vendrán.

—¿Los que vendrán? Si vos mismo os hartáis de repetir que nadie vendrá.

—Pues si nadie vendrá a buscaros, ¿por qué os angustiáis por el vil metal?

—¿Vil metal? Se nota que estáis loco, Marín. Cerebro podrido de artista. ¿No os estremece su brillo? ¿No os seduce su dureza? ¿No os apasiona la idea de inalterable que acompaña al oro, que sobrevivirá a vos y a cuantos descendientes tengáis?

No cenaron en el comedor comunal al que solían acudir todas las noches a hablar con sus hombres. Se encerraron en su cámara. Y mientras Marín de Urtubia se sacaba sus botas, se acariciaba sus pies doloridos y buscaba el reposo del lecho, su amigo yacía con la taina coja al otro lado de la cortina. El literato estuvo oyendo sus quejidos de placer durante un rato, los movimientos convulsos de sus cuerpos, la violencia con que el extremeño descargaba su deseo entre las piernas de la muchacha.

—Si somos amigos, deberíamos compartirlo todo, Marín.

Alzó los ojos el vasco. Juan de la Plaza había descorrido la cortina y estaba desnudo, a los pies de su cama, la virilidad aplacada, el cuerpo sudado, oliendo a ella, y detrás de él la criatura que le servía de desfogue, quieta y muda, empequeñecida ante la corpulencia del capitán.

—Tómala. No es justo que yo la goce y vos miréis y escuchéis. A lo mejor hasta os hace cambiar las peregrinas ideas que tenéis en la cabeza.

No se negó al ofrecimiento el literato. La había deseado desde el primer momento en que la vio, y, cuando la imaginaba en sueños, la veía sin el defecto, con las dos piernas sanas y hermosas. Aquella criatura de carne que temblaba mientras la tomaba por los brazos y tiraba de ella era más hermosa y apasionante que la mayor pepita de oro. Borró de su vista al extremeño, para centrarse en ella, en sus ojos, en su mirada insondable y pura, en sus labios oscuros y anchos y, con el dedo, lentamente, siguió el perfil achatado de su rostro, la curva de su cuello húmedo en donde se había concentrado un lago de sudor voluptuoso, el relieve abrupto de sus alzados senos, la plenitud de su vientre. Y tuvo un pensamiento blasfemo mientras se fundía en su carne: Dios la ponía en su camino para que fuera amada por él del mismo modo que había puesto, por azar, aquellas tierras perdidas en la ruta de los castellanos.



## Capítulo 12

Con el alba partió del fuerte un grupo formado por diez hombres, cinco tripulantes de cada barco como ejemplo de equidad, los más jóvenes y fuertes de entre ellos, los más audaces, quienes más apasionados se mostraron ante el descubrimiento del oro, capaces de matar por él. Omitió decirles Juan de la Plaza, su comandante, que nada de lo que sacaran sería para ellos. ¿Con qué ánimos iban a cruzar la densa selva y subir al empinado monte si no? Iban pertrechados con un recipiente para guardar las pepitas y el polvo de oro que recogiesen. Demasiado optimismo. ¿Acaso aquel río llevaba oro, en vez de agua?

—El agua tiene un brillo cegador —fantaseaba Juan de Medina.

—A poco que escarbes en su lecho, tropiezas con el oro —siguió Juan Reynal.

—Seremos ricos.

—Si conseguimos regresar alguna vez —puntualizó el más pesimista.

Volverían de noche, por ello partían muy de mañana, al salir el sol, con el estómago medio en ascuas, ligera pitanza en él: una pieza de caza, un palomo de carne fermentada que exudaba podredumbre por todos sus poros, un vaso de agua, torta de harina de maíz que el cocinero, el barrigudo Juan Quadrado, elaboraba tal como había visto hacer a los indios, cocida con su propio sudor. Y es que comían ya como los nativos, apreciaban sus mismas inmundicias, salvo los insectos, que les parecían demasiado repugnantes como para hacer como los tainos, que los devoraban como plato exquisito; aspiraban el humo del tabaco con parecido entusiasmo, amaban a sus mujeres y ahora buscaban su oro. ¿Qué costumbre, en cambio, habían adquirido los llamados indios de los castellanos? Ni juraban, ni jugaban, ni reñían entre ellos, se limitaban a observarlos a temerosa distancia mientras las dudas sobre su divinidad se hacían cada vez más patentes desde que vieron balancearse el cadáver de Diego Bermúdez del mástil de la *Santa María*.

—Tomad el mando, amigo, en mi ausencia. Mantened a raya a estos haraganes. Que hagan algo. Que cavén zanjas y luego las rellenen, que talen árboles, que corran por la playa para que exuden sus borracheras. Activos, Marín, siempre activos.

Juan de la Plaza se despidió con un abrazo de su amigo Marín en la puerta del fuerte, y volvió el vasco a su interior, en compañía de Camani y del fiel perro *Pan* que correteaba entre sus pies.

—¿Por qué os ciega tanto nuestro oro? Primero fueron las mujeres. ¿No tenéis ni lo uno ni lo otro en vuestra tierra?

—Por supuesto. Tenemos hermosísimas mujeres, aunque muchas de ellas son inalcanzables, hay que cumplir tal cantidad de complicados ritos para acceder a ellas que si te lo contara te parecería ridículo.

—No lo entiendo. ¿No se dan ellas en cuanto aman a un hombre?

—Ni tan fácil, ni tan rápido. Mientras más desean a un hombre, más esquivas se muestran con él, más difícil se lo ponen, más obstáculos barran su camino. No está bien visto que una mujer decente diga a un hombre que lo ama aunque así sea, ni el hombre aceptaría como correcta esa efusión de amor. Se han de merecer el uno al otro. Es el nuestro un mundo complejo a tus ojos, que estás acostumbrado a la simplicidad del vuestro. Vivimos encorsetados entre normas sociales mientras vosotros os dejáis llevar por las leyes de la naturaleza.

Hablaba Marín largo y tendido, empleando un sinfín de palabras cuyo significado se le escapaba al taino que, no obstante, daba muestras de entenderlo todo.

—En cuanto al oro, las arcas del reino están agotadas por las muchas guerras y las minas que en un tiempo hubo, hace cientos de años que quedaron yermas. Muchos de los que aquí están han venido confiando en que la estela del brillo del oro les haga olvidar la miseria de sus vidas. No hay entre vosotros pobres, que, más o menos, todo es de todos, mas sí entre nosotros, que hay quien nada en la abundancia y otros que nada tienen que llevarse al estómago, que hay quien tiene campos y castillos y otros que sólo tienen una simple cueva en donde morir.

—¿Y los que tienen comida son capaces de dejar morir a los hambrientos?

—Por supuesto.

—¿Por qué? ¿Qué hacen con toda esa comida? ¿Se la comen toda ellos?

—No, pero son capaces de tirarla antes de entregarla a un necesitado.

—¿Y cómo pueden ser dueños de tierras? El hombre pasa, pero la tierra queda. Sólo los dioses son los dueños de la tierra, de las selvas, del mar. ¿Cómo un hombre puede ser dueño de todo eso? No lo entiendo. Si siempre ha existido, si el hombre nace y muere y la selva sigue, y los ríos, y las montañas —movía la cabeza Camani con consternación a medida que intentaba, sin éxito, ponerse en el lugar del hombre blanco—. ¿Aquí uno de vuestros hombres, tú, por ejemplo, sería dueño de la selva que nos rodea, de la playa, de *bagua*, de los peces, de la caza, del oro, de todo el oro?

—Podría serlo. ¿No son vuestros caciques los dueños de las tierras que circundan las aldeas?

—No. Los caciques dirigen a sus hombres, distribuyen el trabajo en la aldea, hacen justicia, preparan a todo el pueblo para la guerra, pero no tienen más que a sus mujeres, su cabaña, sus hijos. No selvas, no mar, no playas. —Calló y, tras un instante de silencio le hizo una pregunta sincera al vasco—: ¿Y cuáles son vuestras intenciones? ¿Quedaros en la isla? ¿Haceros dueños del oro, las selvas, las playas y nuestras mujeres?

—¿Por qué no? Vosotros llegasteis en un determinado momento y habéis estado disfrutando de este paraíso durante muchos años. Ahora quizá nos toque a nosotros. Vosotros mismos decís que no sois dueños de nada. No os habéis de irritar si tomamos algunas cosas. ¿No ambicionas tú nada de lo nuestro?

Se quedó un rato callado el intérprete mientras pasaban por delante del barracón donde dormía la tropa. Las iguanas, sueltas y mansas, tomaban el sol en el zaguán, mientras los guacamayos se desperezaban abriendo en abanico el multicolor plumaje de sus cabezas. Dos marineros de la *Niña* los observaban indolentes, sentados en un banco, mientras fumaban tabaco. El aire que soplaba les traía el perfume del mar y la selva en íntima mezclanza.

—La caña que escupe fuego —dijo por fin Camani, tras mucho meditar.

—¿El arcabuz? ¿Lo ves? Tú también tienes tus ambiciones. Nosotros enloquecemos por el oro y por vuestras hermosas muchachas; vosotros, por las armas de fuego.

—No entiendo cómo mata a distancia. No entiendo por qué hace ruido de trueno.

—La pólvora, amigo. La pólvora explota, dentro del tubo, y ello provoca que la bala de hierro salga disparada y se clave en el cuerpo del enemigo.

—¿Bala? ¿Bala es como un cuchillo?

—¿Un cuchillo? No, mucho más pequeño. La punta de un cuchillo, quizá. Pero infinitamente más mortífero.

—La lanza que escupe fuego es vuestra magia.

—Y los barcos que cruzan el océano, y las casas de piedra, y las mujeres vestidas hasta el cuello, y las calles empedradas, y las campanas de las iglesias, y los clavicordios... Mi mundo, si lo vieras, te fascinaría al primer momento, por lo distinto que es a estas selvas salvajes, por sus selvas domesticadas que llamamos jardines, pero estoy seguro de que en cuanto llevaras unos meses en él echarías en falta el tuyo. Yo he hecho la opción. En nuestro Viejo Mundo, Camani, existe tan poca belleza que unos aprendices de dioses creadores, llamados artistas, se encargan de recrear lo que ya no existe, hacen cosas tan absurdas como pintar paisajes y componer melodías. Ese oficio, el de artista, huelga aquí. Vosotros ya tenéis maravillosos paisajes, que no hacen falta que los plasmen en un lienzo, y el cantar de los pájaros es vuestra música.

Habían llegado ante la cámara en su paseo. El perro *Pan* lamía afectuosamente las botas polvorientas de Marín de Urtubia mientras un par de iguanas se deslizaban huyendo de las sombras que empezaban a invadir el zaguán, buscando los rayos del sol.

—Me retiro a mi cámara. Me vence el cansancio.

Camani le clavó su mirada y rió de forma franca. Era muy joven, cuatro o cinco años menor que él, se dijo Marín escudriñándolo y comprobando la tersura de su piel, sobre todo en el rostro, libre de la más mínima arruga. ¿Cuántos años tendría? No llegaba a los veinte, seguro, lo que en aquellas selvas ya era edad de madurez, pero resultaba inútil preguntarle los años que tenía; los tainos no medían la edad de las personas con la precisión matemática de los castellanos, no había para ellos más que cuatro edades generales: niños, adolescentes, adultos y ancianos.

—¿Por qué no dices la verdad?

—Yo no miento —respondió el del Leizarán, sorprendido por su insolencia.

—¿Por qué dices que te retiras a tu cámara? No es tu cámara lo que busca tu cuerpo, sino la muchacha que os espera dentro de ella.

—¿Me lees el pensamiento?

—Miro tu cara y me doy cuenta de ello. Tus ojos dicen la verdad, aunque tu boca mienta.

No cabía el disimulo con Camani. ¿Para qué? No le avergonzaba al vasco que se exteriorizara su deseo, no rechazaba la pasión que le hizo acelerar el paso por el polvoriento recinto con entusiasmo de adolescente, atraído por el dulce manjar que le esperaba detrás de la puerta. Dejó atrás al indio y enfiló decidido el camino que le llevaba a la cámara sorteando a las perezosas iguanas, que no se movieron de su soleada parcela. La sangre le golpeaba las sienes y una extraña sequedad atenazaba su garganta, pese a saber que en aquel juego tenía todos los triunfos en la mano y no iba a sufrir la afrenta del rechazo. Eso le daba cierta tranquilidad, pero también lo frustraba, como cuando se perdía por las campas de su tierra natal y luchaba por la conquista de la cima de un monte; entonces, lo que más valoraba era que la entrega se diera tras la lucha, que el esfuerzo, subiendo entre breñas, fuera recompensado luego con la visión maravillosa de valles hondos y verdes bañados por la niebla fantasmagórica de las primeras horas del sol y la música del silencio.

No habría lucha, ni juego amoroso, ni coqueteo, afortunadamente. Forzó la puerta y la vio, y ella se alteró al verlo. Nada hacía. Como un animal doméstico, permanecía encerrada entre aquellas paredes a disposición de quien quisiera tomarla. Juan de la Plaza le había confeccionado un burdo sayo que cubría su desnudez, como un simple saco, y aun así, tapada de pies a cabeza por la horrible prenda talar que le llegaba hasta las pantorrillas y velaba la pierna deforme, estaba hermosa. Canayma alzó sus rasgados ojos al verlo entrar, y sonrió adivinando el motivo de su visita.

Marín cerró la puerta, atravesó la cámara, no dejó de mirarla mientras se sentaba en el jergón y la deseó con una viveza extraordinaria, tanta que le provocaba dolor. Hizo un gesto con el dedo para que se acercara y ella, dócilmente, cruzó la habitación y se detuvo a los pies de la cama, juntando las manos encima de su regazo.

—¿Por qué eres tan extraordinariamente hermosa? ¿Te echaron por coja los desalmados de tu tribu? Me gusta hasta tu pierna deforme, hasta tu pie torcido —dijo, abrazando su muslo.

Lo escuchaba, sin comprender la mayor parte de las palabras, la hermosa Canayma. Seguía con sus ojos rasgados, tan negros como su propio cabello, el movimiento de los labios del castellano, tratando de descifrar el significado de aquellas palabras colmadas de sonidos rudos que pronunciaba la boca bordeada por el bigote y la barba cerrada y preguntándose por qué jadeaba el hombre antes de echarse sobre ella, con sólo mirarla. Le fascinaba el sonido de la voz de aquellos hombres extraños, los semidioses barbados, bronca, tan distinta del dulzor y la musicalidad de la de los suyos, que era aguda, como un silbido o susurro; le gustaba el vello que cubría sus torsos y confería un aspecto feroz a sus caras, que le provocaba una mezcla de fascinación y miedo al mismo tiempo; y sus grandes manos callosas de piel curtida, tan distintas en tamaño y fuerza de las de los hombres de su poblado, que cuando acariciaban amenazaban con truncar la cabeza, el cuello o el seno que tomaban entre ellas; y sobre todo la brutalidad con que solían tomar posesión de su cuerpo, enloquecidos por el deseo, como animales

hambrientos. Se sabía de ambos hombres y no podía decir con cuál de ellos se sentía mejor, cuál le proporcionaba mayor placer una vez superado el miedo que la paralizó durante sus primeras entregas. Cuacanagari la había enviado allí para servirlos y no era tan terrible hacerlo. Subió Marín su sayo hasta descubrir totalmente la pierna desaparecida. Ella contuvo la respiración mientras la mano del hombre la acariciaba, trepaba por la rodilla, como una enorme araña de carne, lo hacía luego por el muslo, se detenía en una profunda cicatriz, un desgarró, que era el que producía la cojera y había torcido, a consecuencia de su mal andar, el pie.

—Caribe —dijo ella en susurros, como si pidiera perdón por su deformidad.

—¿Quisieron comerte? No les culpo —repuso, mordiéndola también, suavemente, dejando un rastro húmedo sobre la antigua herida.

Terminó de sacarle el vestido por la cabeza y, tomándola por la cintura, la sentó sobre su vientre desnudo. La muchacha gimió de dolor mientras él, lentamente, entraba en ella. Luego Canayma, en sus brazos, se movió instintivamente mientras las manos del castellano acariciaban los sedosos cabellos de negrura de azabache que se deslizaban por su espalda.

Marín no salió de la cámara ni para comer. No podía separarse de ella. Canayma lo alimentaba y a la pasión intensa de la carne sobrevenía la ternura, una vez atemperado el deseo. Besaba su oscura piel, tan suave como la de un recién nacido, perfumada de naturaleza, tomaba sus manos entre las suyas, admirándose de lo pequeñas que eran, y recorría beso a beso cada centímetro de su cuerpo bañado por la tibia humedad del placer, mas no consiguió poner su boca sobre sus labios: cada intento se saldó con un fracaso. Lo rechazaba ella con risas, extrañada de su afán, moviendo su cabeza de derecha a izquierda, hurtando sus labios a la boca del castellano cuya barba le hacía cosquillas.

—Si Dios es justo, esto no puede ser pecado —gimió el del Leizarán, tras uno de sus muchos éxtasis.

A media tarde, Canayma quedó dormida entre sus brazos, como colofón a una de sus apasionadas entregas, rendida por el cansancio. Respetó su sueño. Se deleitó, entonces, en admirarla mientras la cabeza de la muchacha y su larga melena sedosa reposaban sobre su pecho, y la besó en el cuello, en las mejillas, con ósculos tan dulces, tan amoroso, que no recordaba haber dado nunca a nadie.

—No puedo enamorarme de la puta de mi amigo —se dijo en voz baja mientras se dormía sin liberar del todo su cuerpo de tan dulce cárcel.

Los despertó la brusca entrada de Juan de la Plaza en la estancia. Llegaba el extremeño eufórico de la expedición, como borracho, e irrumpió en la cámara haciendo ruido, sin ninguna consideración. Reparó, con sorpresa, en los abrazados amantes y estalló en una risotada.

—Veo que habéis tomado con gran entusiasmo la invitación que os hice. He aquí por qué no os interesa el oro: ¡porque os satisface más mi manceba! Despertad, amigo. Hay oro en cantidades por estas montañas. Oro maravilloso. En polvo, como arenilla, y en pepitas. Mirad, literato soñador. —Extrajo del blusón una pepita considerable y la pasó a la mano del adormilado vasco, que apartaba de sí el cuerpo que tantas veces había tomado—. Vamos a ser todos ricos. ¿Lo oís?

—¿No es esta pepita de la corona?

—¿Corona? Tengo bula, amigo. Yo soy aquí la corona. Sobre mí cadáver habrán de pasar. Esta joya es mía, mas no lo digáis a nadie. ¿Entendido?

Tocó el vasco el oro y sintió por él una inmensa indiferencia. ¿Por ese metal morían y mataban los hombres? ¿Ése era el oro que desencadenaba las guerras y por el que suspiraban las mujeres de su mundo ansiando tenerlo alrededor de sus cuellos, pendiendo de los lóbulos de sus orejas, cercando sus dedos? Era vulgar, no brillaba, estaba sucio, a años luz de la joya que el orfebre puliría convirtiéndolo en aro, pendiente, collar. Se lo devolvió con indiferencia.

—¿Os quedáis igual? No os entiendo, amigo, por mucho que lo intento. Y ahora devolvedme a

mi manceba —dijo el extremeño mientras bostezaba y se desnudaba—. Quiero gozar de su cuerpo un rato hasta que caiga dormido.

La furia hizo crispár los puños a Marín cuando Juan de la Plaza la tomó del brazo y la sacó de su cama. Canayma, adormilada, despertaba bajo sus torpes besos y toqueteos, pero no se resistía, lo seguía desnuda, por la cámara, con una dócil sonrisa en el rostro que le hería al vasco más que el brutal deseo que tenía de ella el extremeño. Reprimió, rechinando los dientes, la natural reacción de golpear a su rival, echar mano a la espada, atravesarlo con ella de parte a parte. Mas, ¿qué derecho tenía sobre aquella que pasaba de sus brazos a los suyos como si nada? La taina era de su amigo y él era un pobre infeliz, sin ápice de dignidad, que se limitaba a devorar las sobras que generosamente le dejaba. Luego, sus gemidos de placer, los de él, pero más los de ella, le dolieron como cien mil dagas atravesándole el pecho aunque no viera a los amantes: su lecho quedaba en penumbras y la luz de la lámpara, consumido el aceite, languidecía proyectando dos sombras que se abrazaban con violencia en una pared cubierta por lagartos que daban buena cuenta de los numerosos insectos que infestaban la cámara. Se levantó y corrió la cortina con furia para no ver el baile convulso de sus sombras. De los tres, era él el único que sufría, y eso lo llenó de ira. ¿Por qué se esforzaba en ver algo más que a una simple puta en ese cuerpo que se daba al otro con la misma facilidad y entusiasmo que lo había hecho anteriormente con él? Supo lo que era el demonio de los celos cuando su corazón, galopando, pidió matar a ambos, pero hizo lo más sensato que podía hacer: cazar su ropa en penumbras, vestirse, tantear las paredes de la ya oscura cámara y salir al exterior, a respirar un aire más fresco que el corrupto y detenido de allí dentro.

Llovía densamente, como solía hacerlo todas las noches, para saciar la sed de toda aquella vegetación que al crepúsculo era mimada por el agua y de día por el sol, y el suelo era un espeso barrizal en el que saltaban sapos enormes, bocado exquisito para los indios o veneno letal, según la coloración de su piel. Dejó que la lluvia corriera por su cuerpo, que le empapara la camisa, se adentrara en su pelo y su barba, y sólo así se calmó la ira que lo embargaba mientras el perro *Pan*, tendido en el zaguán, lo observaba sin decir nada. Esperó en vano, en la puerta, que ella saliera. Luego, dejando pasar un gran espacio de tiempo, volvió a entrar.

Reinaba el silencio después de la batalla; los amantes habían terminado sus escarceos amorosos y el único rumor era el ronquido espasmódico de él contrapunteado por la suave respiración de ella. En la oscuridad reinante, atisbando a través de las cortinas, distinguió las sombras entrelazadas de sus cuerpos. Ese abrazo, fuera de la pasión, le dolió más aún que las ruidosas efusiones amatorias de hacía un instante. Volvió a su cama como un perro apaleado, rabioso y triste al mismo tiempo. Se dijo que no debía enamorarse, se lo dijo una y otra vez, a un corazón que ya no le obedecía y buscó el consuelo en las palabras, en la redacción de las crónicas de las Indias que debían llegar a manos del Almirante, en las que con precisión narraba lo que acontecía, así como sus impresiones personales y hacía relación de algunas artes e inventos curiosos de aquellos llamados salvajes que, sin embargo, no lo eran tanto a juzgar por su conocimiento de la naturaleza y el provecho que sabían sacar de su entorno. Nuevamente en pie, encendió la lámpara de aceite, afiló la punta de su pluma de guacamayo y aplanó con las manos el rollo de pergamino para poder escribir sobre la tablilla que salvó del naufragio de la *Santa María*, sobre la que había escrito también el *Diario de a bordo* que debía llevar el Almirante consigo a sus majestades católicas en el tornaviaje, bajo la mirada silenciosa de *Pan*, su perro custodio que solía echarse a los pies de su cama. La cortina entreabierta y la luz temblorosa le ofrecieron el doloroso cuadro de los dos cuerpos unidos: el delicado y breve de ella, el rudo y musculoso de él, que la protegía con sus brazos colmados de cicatrices de mil combates. Apartó la vista, decidido a no mirarlos más, y se puso a escribir, aquella vez, sobre la raza de hombres que habitaba la isla, su estructura social, su forma de gobierno. No se dio cuenta y derivó hacia las tainas, lo hermosas que eran en su desnudez, lo cautivadoras que

resultaban en su naturalidad. Se detuvo furioso cuando se aprestaba, sin darse cuenta, a escribir sobre Canayma, a la que oía respirar tan próxima a él, al otro lado del cortinaje que partía la cámara en dos. Quiso rascar lo ya escrito, los sentimientos que, sin pedirle permiso, habían invadido el texto de las crónicas, pero comprobó con sorpresa lo rápidamente que habían secado las letras, lo reacias que eran a huir del pergamino. Rememoró entonces su paso por diversas diócesis, al servicio de cardenales, caligrafiando los caracteres de los gigantescos libros de cánticos del coro, su vagabundeo por los soportales de las ciudades de Castilla caligrafiando cartas de iletrados que le confiaban amores y negocios a él, un extraño, por unos cuantos doblones. Debía de hacer frío en aquellos momentos en aquellos campos de Soria, en los pinares cubiertos con carámbanos, en la mies seca que alfombraba las llanuras burgalesas. Veía mujeres vestidas hasta el cuello, con los cabellos cubiertos bajo las tocas y la mirada siempre huyendo de la del hombre y las comparaba con las desnudeces de aquellas indígenas y su franca sonrisa. Escribió y soñó, y sólo así, concentrado en lo que narraba, pudo sustraerse a su dolor, cauterizarlo.

Cabeceó sobre el pergamino, vencido por el sueño, y terminó cayendo rendido sobre su colchón de palma. La luz del nuevo día lo sorprendió tumbado encima de su pluma, húmedo de su tinta, con el texto arrugado bajo su trasero. Renegó de sí mismo mientras Juan de la Plaza, en pie antes de que él se levantara, empleaba la jofaina de agua en la que flotaban cuantos insectos habían caído por la noche, para orinar. Gimió y el de Leizarán lo vio estremecerse, de espaldas a él.

—¿Qué os sucede?

—Orino sangre, literato, desde que llegué a esta isla —dijo, mostrándole el contenido rojizo del recipiente antes de abrir el ventanuco y arrojarlo al exterior—. No temáis, no es por ella —y señaló a la durmiente que seguía en brazos del sueño, hecha un ovillo—. El riñón, Marín. El riñón que me martiriza y fabrica piedras para obturar mis orines y torturarme. ¿No sabrá vuestro indio algún remedio para ello? —Le preguntaré.

Por grupos, los castellanos seguían ascendiendo a diario al yacimiento para extraer pepitas más imaginarias que reales. Ni era tan abundante el oro como supusieron en un principio, ni tan fácil dar con él. El oro, su polvo, se escondía bajo la arena del lecho del río, y había que separarlo con sumo cuidado, cuando lo tomaban en rudimentarias cestas tejidas por los tainos, y que éstos generosamente les habían dado, para no perderlo, y aguzar mucho la vista para deslindar lo que era simple arena del dorado metal.

Mientras no supieron que el oro que sacaban no era suyo, sino de la corona y del gran ausente, trabajaron con ahínco los castellanos, creyendo que el metal que iba al cofre común sería repartido en partes iguales, pero cuando Juan de la Plaza deliberadamente comunicó a sus hombres que nada de lo que extrajeran iría a sus bolsillos, un amago de revuelta se extendió entre ellos. Se sublevaban, iracundos, contra una decisión que veían a todas luces injusta, una afrenta, un insulto. No estaban dispuestos a sacrificarse y dejarse la piel bajo el sol para que se llenaran las arcas de la corona y del mercenario genovés.

—No es justo —gritaron.

—Que vengan ellos a sacarlo.

—¿Quién va a vigilarnos?

—Yo os vigilaré, amigos, contra mi voluntad. Obedeced mis órdenes, y no habrá problemas

—les dijo su capitán, espada en mano.

—Ya hay problemas.

—Intentaré negociar con Diego de Arana, pero sólo podré hacerlo si sois obedientes. ¿Acaso creéis que yo lo apruebo? ¿Que no sé lo injusto que es? Pero debo cumplir las órdenes y os pido que no me obliguéis a emplearme contra vosotros. Seré implacable.

Juan de la Plaza y Marín vigilaban a los extractores del precioso metal. Subía este último, a

instancias del primero, a regañadientes. No se fiaban de sus hombres. No les quitaban los ojos de encima, revisaban sus bolsillos, los castigaban con penas corporales cuando descubrían pepitas o polvo entre sus ropas, por lo que decidieron, para mejor controlarlos, que trabajaran desnudos en el lecho del río, y así lo hicieron los castellanos, a regañadientes, renegando, maldiciendo a los Reyes Católicos, al ausente Almirante, al gobernador, al presente Juan de la Plaza, mientras se afanaban, las espaldas al sol, los brazos en el agua encharcada, hundidos en el barrizal hasta media pierna, tan carentes de ropas como los tainos, tal como su madre los echó al mundo, en lucha perpetua con las sanguijuelas que les subían por las piernas y no caían de ellas hasta que quedaban negras, colmadas de sangre.

—¿Qué diantre somos, sino esclavos? —se lamentaban.

—Sólo falta que el látigo acaricie nuestras espaldas.

—Y nos pongan grilletes en los pies.

—No fuimos contratados para trabajos forzados. ¡Maldición!

Pasaban los días y el ambiente se tensaba. El oro que tocaban y no podían tomar para ellos les producía una terrible frustración y quemazón en los dedos. Renegaban de lo que hacían, excavaban a desgana, dejaban perder el oro en polvo.

—Si no es para mí, que no sea tampoco para la corona ni para Colón.

Había quienes, en un descuido, se escondían las pepitas en la boca, mas dándose cuenta de sus artimañas, Marín de Urtubia, feroz y celoso vigilante de que las órdenes se cumplieran, les hacía beber agua. Ni eso les detenía en su clandestino afán de hacerse con el oro. Se las tragaban, las que encontraban de pequeño tamaño, esperaban al día siguiente para separarlas de las deposiciones, limpiarlas de la inmundicia y guardarlas. Por mucho que los vigilaran, por mucho que estuvieran con el ojo atento oteando a la media docena de excavadores, el oro, indefectiblemente, pasaba a sus bolsillos.

—¿Y por qué demonios tenemos que escondernos? Es nuestro oro. Ni que fuéramos ladrones.

—No oséis desafiar.

—Estoy cansado de trabajar como un estúpido. Repito, es nuestro oro.

—¿Nos embarcaron, entonces, con falsas promesas?

—¡Y nos abandonaron!

Ni siquiera las amenazas surtían efecto cuando los ánimos se caldeaban. Llegar hasta la cima de la montaña, de donde manaba el yacimiento, costaba un gran esfuerzo; quebrarse la espalda, cogiendo lo que no iba a ser suyo, resultaba ya un escarnio.

Aquella mañana había sido especialmente dura; el sol no había dejado de centellear ni un solo instante en el cielo, las nubes se habían mostrado reacias, el viento ausente. Hacía tanto calor que Marín, sentado sobre una roca, podía ver cómo el agua del río se evaporaba, formaba una pequeña bruma que ascendía perpendicular hacia arriba. Miró a sus hombres: sudorosos, encorvados, con las espaldas llagadas por el sol, que se mantenían dentro del río renegando y blasfemando mientras buscaban el oro.

Un griterío lo sacó de su ensimismamiento. Alzó los ojos. Dos hombres disputaban, al parecer, por la posesión de una pepita. Daban gritos, se empujaban, llegaban a las manos chapoteando en el río mientras el resto se detenía a contemplarlos. El vasco se levantó y se acercó.

Uno de los contendientes era Juan Reynal; el otro, Alonso Chocero. Dos paladines de las tripulaciones de ambos barcos trabados en sorda lucha. Chocero, grueso y torpe, trastabilló sobre sus piernas y cayó de espaldas contra el lecho del río mientras Reynal, armado con una piedra, la estrellaba con fuerza contra su cabeza y, como su rival se resistiera a soltar lo que con tanto ahínco guardaba en su mano cerrada, anduvo dándole de cantazos hasta partirle la nariz y teñirle la cara de sangre.

—¡Basta! ¡Dame la pepita!

Era una pepita de oro tan grande y hermosa que nadie podría tragársela sin ahogarse, y Reynal

no estaba dispuesto a deshacerse de ella. Cerraba su diestra sobre la irregular pepita de oro puro, sin soltar con la siniestra el pedrusco ensangrentado, pensando en todo lo que podría comprarse cuando volviera a su tierra con ella: un hermoso barco de pesca, con tripulación incluida, casarse con la mujer, que dejó en ascuas al embarcarse en la expedición por ser un muerto de hambre.

—Reynal, entrégame el oro.

No obedeció el andaluz, sino que se mostró desafiante y, enloquecido por la ira, contestó de forma abrupta al vasco, creyendo que el resto lo secundaría. Quizá era una prueba de fuego, un ensayo de una posterior revuelta. Insistió Marín en que abriera la mano y le entregara la pepita de oro, sin éxito.

—Cogedla, si osáis. Luchad por ella, como yo he luchado.

Y una risa convulsa, la de los demás buscadores, acompañó a su bravata.

Cuando Marín de Urtubia quiso coger su mano, Reynal se echó a un lado y le golpeó con fuerza con la piedra en la sien. Brotó la sangre de la cabeza y el vasco a punto estuvo de derrumbarse sobre el lecho del río. Volvió a él, con la mano extendida, y esquivó a tiempo la piedra lanzada por el andaluz, que le pasó rozando el hombro y se lo desolló.

—¡Maldita sea! ¡Obedeced!

Se había estrechado el círculo en el lecho del río aurífero y las caras de los espectadores del combate denotaban que se estaba poniendo en juego su liderazgo. Todos dejaron los cestos en la orilla para rodear a los contendientes, todos menos Juan de la Plaza, su capitán, quien debía velar por el orden y que, conscientemente, decidió mantenerse al margen y observar lo que tenía lugar sin levantarse del suelo. Quería saber si el vasco era capaz de salir del atolladero solo, sin su ayuda, ponerlo a prueba en medio de aquella jauría de hombres furiosos dispuestos a todo por hacerse con el oro, ver si era capaz de recuperar la autoridad que se tambaleaba a cada nuevo golpe y afrenta que recibía.

Su tercer intento por hacerse con la pepita, tan celosamente guardada por Reynal, se saldó con un profundo corte en la falange de los dedos de su mano derecha. El cazador de avutardas de las marismas, el zafio marinero de la *Niña*, esgrimía un cuchillo en la mano mientras reía de forma salvaje por la humillación que estaba infligiendo a Marín de Urtubia. Pudo matarlo, pero el andaluz se limitó a intentar amedrentarlo dirigiendo la punta del acero a su corazón.

—Sobre mi cadáver tendrás el oro —fue su ultimátum.

No usó más armas Marín que sus puños, las manos de campesino que le servían también para escribir. Un golpe en el desnudo estómago, que cogió de sorpresa al andaluz y le hizo perder por unos instantes la respiración, un segundo golpe en la nariz, partiéndosela con terrible crujido, el tercero en la cabeza, haciendo blanco en la sien, que lo lanzó directamente al lecho del río, y luego se hizo con el cuchillo y la pepita de oro, venciendo la resistencia de sus dedos.

Lo arrastró fuera del agua, por los hombros, y lo inmovilizó con cuerdas de bejuco, sujetando sus muñecas a la espalda, mientras a empellones lo tumbaba en tierra, y allí permaneció Reynal, embarrado y humillado su cuerpo desnudo, la cara hundida en el lodazal mientras Alonso Chocero salía del curso del río tambaleándose y el resto volvía al trabajo.

—Admiro vuestra pericia y valor, mi amigo, y lo bien dotado que estáis para la lucha —le alabó Juan de la Plaza, acercándose.

—Hice lo que deberíais haber hecho vos.

—Intervenir habría sido humillaros. Sabía que erais capaz de resolver solo este asunto.

Juan de la Plaza se hizo cargo del rebelde tras patearlo y golpearlo con brutalidad.

—Reynal —le gritó—, vuestra desobediencia os va a salir cara. Vuestro latrocinio será vuestra condena. Os habéis rebelado contra un superior, y eso se paga muy caro en cualquier ejército.

Ni su inmovilidad, ni el dolor de los golpes, pareció amilanar la insolencia del andaluz.

—¿Ladrón? ¿Quién habla? El rey de los ladrones. El chupaculos de Diego de Arana. En vez de



colgarlo, por los latigazos que os dio, os arrastráis entre sus piernas, como un soez lacayo. Capitán de la mierda. Ja.

—Callad la boca. —Y, para hacerlo efectivo, le rompió los labios con un fuerte guantazo que lo tiró de nuevo al suelo—. No sabéis bien en qué lío os estáis metiendo, maldito insolente.

Como todos los días, descendieron del yacimiento antes de que oscureciera. Se cruzaron con algunos tainos, cuando pasaron por las cercanías de la aldea, que se preguntaban qué delito había cometido quien entre ellos bajaba atado y magullado con tanta saña. Si eran dioses, o semidioses, se preguntaban por qué peleaban entre ellos, cómo es que no existía armonía. Aquella sangre que manchaba el rostro de Juan Reynal, su mirada enloquecida, sus gestos de rabia, mientras era arrastrado como una bestia por la floresta, hacía a los castellanos tan vulnerables como eran ellos.

—¿Qué haréis con él? —preguntó Marín.

—Presentarlo al gobernador —respondió el extremeño.

—¿No os excedéis?

—Es un ladrón y un rebelde.

—Como todos.

—Sí, pero él os desafió e intentó mataros.

—No lo hizo. Pudo hacerlo, pero no lo hizo. Yo lo perdono.

—¡Vos lo perdonáis! Perfecta caridad cristiana que os honra, Marín de Urtubia, os hace santo. Pero es el gobernador quien debe juzgar.

—Si lo soltáis y calláis, nada ha pasado.

—Claro que ha pasado. Si lo soltamos damos pie a que, en otra ocasión, la cuchillada sea más certera, a que nos salten al cuello y nos degüellen. ¿No creéis en el escarmiento?

—Prefiero el perdón.

—Porque realmente nunca habéis sido militar, poeta.

—Podéis evitar un gran mal. Francamente, no os entiendo. Os decís comprensivo con ellos y los tratáis peor que a las bestias.

—Os ha lastimado, ha intentado mataros, se ha reído de vos. ¿No os apetece colgarlo?

—Ya ha recibido mi castigo. No lo pongáis en manos de Diego de Arana. Evitad que trascienda.

—¿También vos me reprocháis la fidelidad al gobernador?

—¿Buscáis su castigo? Él es como todos, como nosotros. ¿Acaso no guardáis una pepita vos sin permiso del gobernador? No seáis hipócrita, Juan de la Plaza. Nadie se va a enterar de que falte más o menos oro.

—Os dije que os callarais. Vos y yo no somos como el resto. Ha sido él, con su insolencia, quien se lo ha buscado.

Juan de la Plaza llevó a presencia de Diego de Arana al ladrón, en cuanto entraron en el fuerte, y le explicó las circunstancias de su detención. Estaba el gobernador de cháchara con Rodrigo de Escobedo cuando la piltrafa humana maloliente, cubierta de sangre y barro, de Juan Reynal irrumpió a empujones en su cámara.

—¿Qué pretendéis? —preguntó confuso y molesto el antiguo contraamaestre de la *Santa María*.

—Juzgarlo.

—Lleváoslo de aquí —dijo el gobernador con voz imperiosa—. Encerradlo y derrengadlo a latigazos. Y luego volved, que he de hablaros.

Fue encerrado en la pequeña tumba sin ventilación en donde pasara sus últimas horas Diego Bermúdez antes de ser ajusticiado. Toda una premonición para quien había tenido una parte muy activa en su muerte. Y, al poco rato, tras comprobar que lo cargaban de cadenas y golpearlo de nuevo, Juan de la Plaza se encaró con los compañeros del encerrado que le inquirían por su suerte.

—¿Qué será de él, capitán?

—Debería olvidar la afrenta.

—Seguro que fue el mucho sol, que enloqueció su lengua.

—Dadle una docena de buenos latigazos y veréis cómo ya no reincide.

Le sorprendieron al extremeño las numerosas muestras de solidaridad que recibía Juan Reynal de los compadres de su barco e incluso de la *Santa María*. Se dirigió a ellos con tono conciliador:

—Nada tenéis que temer por él. Un día en el calabozo y luego fuera. Pediré al gobernador que sea clemente con él.

Cuando entró en la cámara de Diego de Arana, las autoridades dirimían con encendidos argumentos qué hacer con Juan Reynal.

—Es un ladrón, y debe castigársele por serlo —dijo Rodrigo de Escobedo en cuanto se recabó su opinión.

—Mas es difícil juzgar su acto —Pedro Gutiérrez, que había sido llamado a consejo, expresó una opinión conciliadora—. Ese andaluz es la punta visible de un descontento. Es evidente la frustración de los hombres, que no ven recompensado su esfuerzo de ningún modo. No han recibido soldada desde que salieron de Palos de Moguer, ahora les negamos el oro que ellos mismos recogen con esfuerzo.

—Ese oro no es suyo, ni nuestro. Es de la corona.

—Pero podríamos mirar hacia otro lado, gobernador. La corona está lejos, por lo menos a treinta días. Nuestros hombres, enfadados y furiosos, están a menos de treinta pasos.

—Treinta latigazos para saldar su cuenta de indisciplina y latrocinio.

—Los latigazos, señor gobernador —exclamó Juan de la Plaza— no eliminan a un enemigo, lo hacen.

—¿De qué sois, pues, partidario, capitán?

—El castigo debe ser muy duro, tan duro que de ahí en adelante lo piensen más de una vez antes de robar oro y rebelarse. No hacerlo será alimentar el vivero de futuras insurrecciones.

—Aprecio vuestra fidelidad y rectitud, Juan de la Plaza —dijo Diego de Arana—. Reflexionaremos. Será juzgado y se le aplicará una pena de acorde a su delito.

—Una condena ejemplar, gobernador, o el fuerte Navidad será un nido de indisciplina —insistió el capitán extremeño.

—Mas no podemos diezmar a nuestros hombres. Tenemos recursos humanos limitados. Cada nueva baja es un drama para nosotros.

—A veces es necesario sacrificar a un hombre para salvar al resto. Lo aprendí durante mi carrera militar.

No pudo conciliar el sueño aquella noche Diego de Arana, y se dirimía su cerebro en un mar de confusiones. No hacía ni quince días que había mandado a uno de sus hombres a la muerte por ser sorprendido en el acto nefando y ahora debía decidir, a la mañana siguiente, la suerte de otro de sus subditos. Definitivamente, el arte de gobernar se le hacía grande y pesado, el poder era más un veneno que una bendición en aquellas tierras alejadas de toda civilización. Entre el fatigoso duermevela en que se convirtió aquella noche tormentosa —soplaba el viento, rugían los truenos, se estremecían las hojas de las palmeras por el vendaval con inquietante música—, veía el rostro severo y cruel de Juan de la Plaza y escuchaba el dramático consejo que le daba: «A veces es necesario sacrificar a un hombre para salvar al resto». Si se tuviera que definir el estado de ánimo del gobernador en aquella tierra que se le había otorgado para su gobernación, sólo una palabra podía hacerlo: miedo. Miedo a que sólo treinta y nueve hombres, mejor dicho, treinta y ocho, tras el ajusticiamiento de Diego Bermúdez, no fueran capaces de sobrevivir en un territorio ignoto y perdido mientras esperaban la llegada del Almirante, del que ni siquiera sabían si había conseguido arribar a buen puerto o bien había

naufragado, y esta última posibilidad la desechaba vehementemente, pues significaba que se verían condenados un día u otro a perecer ante la abrumadora superioridad de los indígenas tainos o de los caribes, si los terribles caníbales llegaban en una de sus periódicas incursiones a la playa en donde se asentaba el fuerte Navidad en busca de carne fresca. El otro temor, no menor, era a sus propios hombres. La distancia de la metrópoli, la lejanía de toda civilización, podía hacer crecer en ellos una cierta idea de impunidad. Hoy robaban, desafiando sus órdenes, pero nadie podía asegurarle que en el día de mañana, si no veían castigada con rigor esa falta, pasaran a delitos mayores. Cobraba entonces fuerza la recomendación de su capitán. Sólo el respeto a las leyes, haciendo rígida la disciplina, podría mantener unido al grupo, no corromperlo.

Se celebró juicio público en la plaza principal del Fuerte Navidad, a la mañana siguiente, hacia el mediodía. Asistieron casi todos los castellanos en silencio, con algunas justificadas excepciones: no estaba Juan de Jerez, cuyo otro pie se veía afectado por la invasión de niguas y se arrastraba por la fortificación con el aspecto de una inmensa iguana, ni el joven Juan Romero, el enfermo de bubas, aquejado por altas fiebres que lo tenían desde hacía días postrado en su hamaca y hacían temer lo peor. Juan de la Plaza y sus allegados incondicionales, Jacomel Rico y Juan de Medina, condujeron al reo a presencia del tribunal. Habían aseado al desafiante Juan Reynal a fuerza de cubos de agua fría, para limpiar su piel del barro y la sangre, lo habían vestido con camisa y calzón limpio, mas no lo habían liberado de las pesadas cadenas que arrastraba por el suelo y dificultaban su marcha.

—Ya no reís, Reynal —le dijo Jacomel Rico.

—¿Y vuestra insolencia? ¡Lástima que no podréis ahorcaros vos mismo! —se burló Juan de Medina.

Tras una mesa, sacada ex profeso a la plaza de armas, junto al viejo mástil de la *Santa María* del que pendían los húmedos y ya desbaratados estandartes verdes con las iniciales bordadas de los Reyes Católicos, tomó asiento el tribunal de nuevo. Las mismas caras del anterior, la misma distribución de cargos: Pedro Gutiérrez como acusador, Diego de Arana como juez, sólo una variante: el propio reo defendiéndose.

Leyó el acta de acusaciones el gobernador, tras lo que invitó a Juan Reynal a defenderse. Mostró en un principio el marino de la *Niña* arrepentimiento, para salvar su vida, e intentó justificar su acción en que todos los presentes creían tener derecho a una recompensa después de todas las penalidades que habían pasado y lo lejos que se encontraban de su patria.

—Mas sabíais que el oro pertenecía a la corona —le dijo Pedro Gutiérrez.

Asintió bajando la cabeza.

—Que estabais tomando lo que no era vuestro.

Dio un nuevo cabezazo, ya no se sabía si de asentimiento o de rabia.

—Y no obedecisteis a vuestro superior Marín de Urtubia cuando os lo recriminó y os exigió su devolución, es más, lo amenazasteis con vuestro cuchillo.

—Nunca quise matarlo —se defendió.

—Os jactasteis de vuestra desobediencia.

—No era mi intención rebelarme, ni desobedecer las órdenes del señor gobernador. Seguramente actué en un momento de ofuscación. Me arrepiento de lo que hice —gimió, mirando al tribunal—. No debería haberlo hecho, y pido perdón y clemencia a este tribunal.

—Está bien. Eso es todo.

Marín asistía al juicio en silencio. No salió en defensa del harinero, ni siquiera para corroborar que nunca quiso matarlo y que, a fin de cuentas, el oro se recuperó. En su fuero interno no sentía piedad por el reo, sino desprecio. Reynal había sido el voluntario verdugo de Diego Bermúdez y el destino quería que probara su propia medicina. No se sintió culpable por lo que la suerte le deparara.

Diego de Arana tenía la vida de aquel hombre en sus labios. Lo que él dijera se cumpliría. Ése era el poder, decidir sobre la vida y la muerte de las personas, ser dueño de sus destinos sin mancharse las ropas de sangre, pues el trabajo sucio lo harían otros. Se hizo un prolongado silencio durante el cual los treinta y tantos supervivientes de la Hispaniola esperaron firmes la sentencia, conteniendo la respiración, con un oscuro sentimiento de que se los juzgaba a ellos. Todos los ojos, menos los del reo, estaban fijos en el gobernador, y éste, en su infierno interior, dirimía cuales iban a ser sus palabras, si optaba por la clemencia, como su corazón le dictaba, o escogía el camino del recto castigo, como la razón le aconsejaba. ¿Qué haría en su lugar el Almirante?

Se alzó y procuró que no le temblara la voz mientras fijaba sus ojos, no en el reo, sino en el mástil que se erguía detrás de él. No podía soportar su mirada enloquecida, en la que la angustia planeaba con fuerza.

—Agradezco, en lo que valen, las muestras de arrepentimiento del acusado. —Tragó saliva, mientras trataba de ordenar sus palabras, tomar, en el último instante, una decisión—. Pero un delito tan grave de robo e insubordinación no debe quedar sin castigo, aunque nos duela el hacerlo. Juan Reynal, en virtud del poder que me ha sido conferido como gobernador de esta tierra de la Hispaniola, en nombre de sus muy católicas majestades, os condeno a morir en la horca. Que se cumpla de inmediato la sentencia y que Dios se apiade de vuestra alma.

—Me horroriza mandar a la muerte a gente sin confesión —murmuró Pedro Gutiérrez, afilando su barba.

—Deberíamos haber traído clérigos con nos.

—Y a mí me horroriza que sólo quedemos treinta y siete.

Había que cumplir una sentencia para la que no se encontraban voluntarios. Los de la *Niña* cerraban los puños con rabia y los de la *Santa María* miraban hacia otro lado. Esta vez no se trataba de hacer justicia con un bujarrón, que a fin de cuentas era un monstruo desviado de la normal conducta humana, sino de alguien próximo que había actuado como todos ellos tenían ganas de actuar. No había capuchas para cubrir el rostro del verdugo. Juan de la Plaza recurrió, finalmente, a sus dos allegados.

—¡Colgado!

Juan Reynal fue arrastrado con violencia por Juan de Medina y Jacomel Rico hacia el mástil del que suspendieron una soga abierta que esperaba su cuello. Mas no caminó el reo mansamente hacia su muerte, sino que se revolvió furioso, gritando a los suyos, contra el tribunal y contra el mismísimo gobernador. Hablaba con la sinceridad de quien nada tiene ya que perder, con todo el odio concentrado del que se sabe irremediabilmente abocado a la muerte y, por eso mismo, libre como nadie para decir lo que pasaba por su cabeza, la sinceridad del que ya no tiene ninguna responsabilidad.

—¡Malditos! ¡Malditos seáis todos! Muero por hacer lo que todos habéis estado haciendo, robando oro, que no es robo, sino justicia. Malditos cobardes vosotros —escupió con voz desgarrada, volviendo la cabeza hacia la fila de los suyos, que permanecían firmes y mudos, sin respirar, tratando de taponarse los oídos, evitando mirarlo—. ¿Hasta cuándo vais a seguir aguantando, putos cagones? Y vos, maldito gobernador del maldito genovés mal nacido —chillaba ya como una serpiente mientras trataban de ajustarle la soga al cuello—. Chupaculos, cobarde, hez. Os veré en el infierno. ¿Me oís? En el infierno. ¡Espantajo! ¡Gobernador de la nada!

Tembló de ira Diego de Arana mientras permanecía en pie, apoyadas sus gruesas manos sobre la mesa, y el sudor corría a chorros por su frente. ¿No había quien callara al insolente? Su último deseo de verlo en el infierno tuvo la virtud de helarlo por dentro. Sintió ganas entonces de ser él mismo quien tirara de la cuerda.

Lo izó en solitario Juan de Medina, como el estandarte, sin liberarlo de las cadenas, que

entrechocaron de forma tétrica entre sí, con metálica sinfonía, lo dejó a cuatro pies del suelo, tras atar la cuerda con fuerza al poste, y entonces se retiró a contemplando los últimos estertores de la víctima, su metódico pataleo.

—Que permanezca dos días suspendido como escarmiento —fue la última orden de un enojado Diego de Arana antes de abandonar la plaza.

—Deberíamos haberle cortado antes la lengua —señaló Pedro Gutiérrez—. Debemos tenerlo en cuenta para una próxima ocasión.

Volvió su rostro encolerizado el gobernador hacia el administrador.

—¿Próxima ocasión? Espero que no la haya, maese Gutiérrez.

Rompieron filas los castellanos y pasaron por delante del cadáver, que pendía recto, como un plomo, y proyectaba su tétrica sombra sobre el suelo. Eran sus gestos adustos, la expresión huraña, seria. Una mezcla de dolor e impotencia.

—Ajustaremos cuentas —dijo amenazador, sin abrir los labios, Andrés de Huelva a Juan de Medina, quien había izado en solitario, finalmente, el cuerpo de Juan Reynal.

—No es justo —dijo Juan de la Plaza alzando la voz, para ser oído por la tropa, cuando hubieron marchado Diego de Arana, Pedro Gutiérrez y Rodrigo de Escobedo de la plaza de armas—. Su delito no merecía tal castigo.

Marín salió del fuerte a respirar aire fresco. Caía la tarde y el sol brillaba con intensidad, ajeno a los dramas que se sucedían en la tierra, y la selva estaba hermosa, exultante, como si nada hubiera pasado. Se desnudó, en llegando a la orilla, tras cruzar el ondulado arenal que separaba el fuerte del mar, y chapoteó en sus aguas templadas antes de aventurarse a entrar en ellas y nadar. Bogó con violencia hacia el centro de la bahía, sin mirar hacia atrás. Empezaba a odiar, a despreciar, lo que dejaba en tierra firme, la silueta del fuerte sobre el que la muerte cada vez se cebaba con más frecuencia. Los hombres se mataban entre ellos, cumplían su letal cometido para el que fueron engendrados sin que extraños tuvieran algo que ver en esa brutalidad cainita. Se tendió a lo largo en el agua, flotó sin moverse, de espaldas, mirando sólo al cielo puro que sobre él hervía quemado por el sol, y regresó luego a la playa, braceando suavemente, hasta alcanzar la arena. Camani salió de la espesura con semblante demudado.

—No somos tan distintos nosotros de vosotros —acertó a decirle el taino mientras Marín se colocaba sus vestiduras sobre el cuerpo mojado—. Nosotros empalamos a los ladrones; vosotros, los colgáis hasta que mueren.

—Efectivamente, Camani, somos de la misma especie, de la misma piel, sangre, pelo y alma. Amamos y matamos de la misma forma que lo hacéis vosotros, por idénticos motivos. El mar nos separa, pero eso no impide que seamos alimañas feroces con los nuestros y que ese detalle sea el que nos distinga del resto de los seres vivos.

—Ahora sé que no sois dioses, pues se os puede matar. Morís igual que nosotros.

—Ni dioses, ni semidioses. Vulgares humanos, con muchos más defectos que virtudes, en una tierra en donde los lobos siempre vencerán a los corderos.

No comprendió Camani esta última afirmación, pero no preguntó nada.

El cadáver del infortunado Reynal se descompuso rápidamente por el calor reinante. A la mañana siguiente las larvas y los insectos habían realizado el más visible de sus trabajos, borrando los rasgos de su cara, y su estómago hinchado parecía a punto de estallar.

—Juan Sánchez pide audiencia, señor gobernador.

—Que pase.

Reinaba en la cámara de Diego de Arana un ambiente lóbrego. La ausencia de ventilación, por las ventanas cerradas, había enrarecido el aire hasta el punto de corromperlo. El gobernador permaneció sentado en el pequeño balcón heredado de la *Santa María* y no alzó los ojos ni movió los labios. Pero si algo le llamó la atención al galeno fue la presencia de la espada entre sus manos. La tenía en la funda, cierto, pero su mano se cerraba sobre la empuñadura, presta a

desnudarla, temeroso quizá de que alguien entrara en la cámara con aviesas intenciones o sus guardianes cambiaran de bando. Parecía ser consciente de que la última ejecución había enervado los ánimos.

—Vengo a hablaros como galeno de dos asuntos que creo importantes.

—Hablad.

—¿Puedo sentarme?

—Hacedlo.

—Uno es el reo. Apesta la fortaleza, señor gobernador, y creo que todos ya hemos sido lo suficientemente escarmentados como para que se lo descuelgue y se le dé cristiana sepultura.

—No me llega su hedor.

—Porque sin duda no habéis salido de vuestra cámara.

—Si es eso lo que os altera, adelante. Que se descuelgue al miserable y se lo lleven lejos de aquí.

—El otro asunto que me lleva a vos me produce más preocupación. Hay tres enfermos y ninguno de ellos de buen aspecto.

—¿Qué puedo hacer yo por ellos? Estáis aquí para remendar los cuerpos.

—Uno es Juan de Jerez.

—Ignoro quién es.

—Las niguas devoran sus pies. Uno se lo corté, y el otro parece seguir su mismo camino. Sin pies será hombre inútil o, lo que es lo mismo, hombre muerto.

—¿Qué enfermedad es esa que devora los pies de mis hombres?

—Esto de las niguas no es enfermedad —dijo el galeno—. Pero es un mal. La nigua es un animal, una cosa viva y pequeña, mucho menor que la menor pulga que se pueda ver. Y como la pulga, salta. Anda entre el polvo, se mete por el pie y por otras partes de la persona, se asienta en las cabezas de los dedos, sin que el paciente se percate hasta que está aposentada entre el cuero y la carne y comienza a comer. Al rascar, porque el picor es infinito, el animal se multiplica.

—¿Y bien? —bramó, mostrándose impaciente y víctima de un profundo malhumor—. No veo qué puedo hacer yo para remediarlo.

—Ciertamente, eso de las niguas es un mal que no tiene remedio. Pero los otros dos casos son producto de la carne. Uno, antes de que llegaran las tainas, fruto de gozos confusos y nefandos, justamente castigado, es mi parecer, por voluntad de Dios. El muchacho se consume sin remisión, se corrompe en vida y nadie diría de su juventud, viéndolo.

—¿Me estáis diciendo que voy a perder a dos hombres más?

—Mucho me temo que sí.

—¿Qué mediocre galeno sois que nada podéis hacer para evitarlo?

—Soy galeno, gobernador, pero no milagrero. Y hay otro caso.

—¿Otro moribundo? —rugió.

—Mal de amores, más con mujeres, si consideramos de esa especie a las tainas. Un mal extraño, gobernador, un mal infamante que intuyo del mucho uso que hacen de ellas, de los muchos flujos que guardan, de la terrible promiscuidad de los continuos ayuntamientos, de las nulas medidas de higiene en que éstos se producen, de miasmas que deben de llevar esas salvajes en sus nidos de placer, al que son inmunes sus varones, pero al que, al parecer, no lo son algunos de nuestros hombres.

—¿Y?

—Ataca el miembro. Lo reduce. Lo cubre de costras, de bubas, lo sangra, lo vuelve purulento y apestoso, lo afiebra hasta el punto de que el hombre no puede ni levantarse, le llena de pupas la boca y la lengua, de costras la cara, hasta hacer de ellos repugnantes monstruos. Es tan horrible lo que hace ese mal que hasta a mí me sorprende. Nadie que lo viera sería capaz luego

de sentir por fémina el más leve deseo. Estoy desconcertado, señor gobernador, y asustado.

—Sólo es un caso.

—¿Y si nos hallamos ante una epidemia? ¿Y si pasa de uno a otro? Puede diezmar a nuestros hombres tan repugnante enfermedad. Puede ser como la peste.

—¿Cuál es vuestro consejo?

—Imponer la castidad hasta que consiga dilucidar qué extraño mal es ése y si tiene solución.

—¿Y sois vos quien lo decís? ¿Quien más insistió en la presencia de esas mujerzuelas en el fuerte? Podéis retiraros. Que descuelguen al reo.

Fue descolgado y enterrado por el sarnoso Alonso Chocero, sepulturero en su pueblo para quien aquel repugnante trabajo resultaba habitual y no le revolvió las tripas. Volvía a la macabra rutina de envolver al muerto descompuesto en un sudario, arrastrarlo por el arenal, espantando las nubes de insectos que se abalanzaban sobre él. Cavó la fosa lo más profundo que pudo, cerca de la del joven Bermúdez, que lo precedió en su suerte, y cavara quien ahora iba a hacerle compañía, un montículo visible junto a la primera hilera de palmeras, señalado con una pequeña cruz. Aún tuvo ganas de echarle una última mirada a la cara descompuesta.

—¡Cabrón! —le dijo riendo, mientras se tocaba la infecta herida que le había causado el reo con el canto del río y le lanzaba un escupitajo tras comprobar, mirando a derecha e izquierda, que ningún tripulante de la *Niña* estaba por los alrededores.

Y lo arrojó dentro de la fosa, empujándolo con el pie, lo cubrió rápidamente con la arena, que a continuación prensó con los pies, y se fue luego al mar, al agua, buscando en el salado elemento la purificación contra la carne corrupta.

Los castellanos volvieron a la mina, vigilados por Juan de la Plaza y hombres armados. Recogían el oro con indolencia, o no lo recogían, puesto que no iba a ser para ellos, y cada vez las recolectas eran más pequeñas, mínimas, ante la ira de Diego de Arana, que veía cómo el cofre, instalado en su cámara, no acababa de llenarse.

—¿Se niegan a trabajar? —preguntó con ira al capitán.

—Lo hacen sin ningún estímulo, gobernador. Quizá deberíamos pensar en sustituirlos.

—¿Por quiénes? ¿Por monos?

—Por tainos. Serán más obedientes, nos causarán menos problemas.

—Capitán De la Plaza, no siempre vuestros razonamientos están tocados por la luz de la sabiduría. ¿Cómo conseguiremos que trabajen para nosotros? ¿Pueden treinta y siete hombres esclavizar a unos cuantos miles que debe de haber en la isla? Me aterra la proporción.

—Somos superiores, señor. Demostrémoslo. Si sembramos el terror entre sus filas, conseguiremos de ellos dóciles sirvientes.

—O miles de verdugos.

No volvió Marín a las minas, buscó una y mil excusas para escabullirse de hacer de vigilante de los suyos porque no quería que otro suceso como el que había llevado a Reynal hasta la horca se repitiera. Se entregó, mientras tanto, a una vida disoluta y buscó con ahínco el pecado, con furia, para condenarse en cuerpo y alma. Visitaba a las rameras tainas, hozaba en sus cuerpos dados por las caricias, vertía en sus vientres el semen que le quemaba por dentro, gozaba calmando su instinto animal sin importarle el rostro de quien lo recibía. La carne que se daba a la carne, una y otra vez, hasta la extenuación, no buscando el placer sino la expiación, porque el placer estaba precisamente en los brazos de la amante taina de Juan de la Plaza, en la muchacha que noche tras noche era amada por el extremeño en su presencia y cuyos gemidos le desgarraban el corazón. Y en aquellas mujeres anónimas vertía toda su furia, las ganas de golpear y herir que tenía.

Habían traído los tainos a los castellanos calabazas con un sucedáneo del vino, un licor espeso y altamente alcohólico a partir de jugos fermentados que, tras los primeros tragos, dejaba fuera de combate al bebedor. A ello se aficionó también el vasco, sumiendo su cerebro en las nubes

etílicas de aquella bebida mientras llenaba sus pulmones con el humo del tabaco. Todo por destruirse, por castigar su cuerpo, por matarse poco a poco.

El indio Camani miraba a su amigo con ojos de perro fiel y asistía horrorizado a su lento deterioro. Olía mal el vasco, ya ni siquiera se bañaba en el mar, ni lo hacía tras pasar por los vientres de las promiscuas tainas. Le envolvía un hedor insufrible que ni su propio perro *Pan* soportaba.

—Preocúpate por ti, amigo. Preocúpate por los tuyos, no vayan a perecer devorados por nosotros. Los caribes son corderos a nuestro lado.

—¿Por qué no eres feliz?

—No lo entiendes.

—Acaso por una mujer.

—Que no es mía —gimió.

—Pero puede serlo.

—Sólo compartida. Y odio compartirla con nadie.

Por más que hiciera, de su cabeza no podía desechar a la bella Canayma. ¿Qué extraña ponzoña le había dado a beber para que sucumbiera a su deseo incontrolado? ¿Era ella la culpable de su mal o bien era su imaginación, que la había recreado con un cúmulo de perfecciones que no merecía?

Entró aquella tarde en la cámara, tambaleante y sucio, con la mirada perdida, después de haber estado tomando cuerpos anónimos en disputa con la jauría de lobos sedientos de carne y oro de los suyos, de los que ya no se diferenciaba en nada, hasta en su brutalidad era como ellos, hasta en su apestosa vulgaridad de borrachos de taberna. Estaba sola en la cámara. La tomó por el brazo, la arrastró con rudeza hacia su lecho, la desnudó, la hizo suya sin mostrarle amor ni respeto, mecánicamente, como hacía con las demás, cerrando los ojos para no verla, la cabeza hundida entre sus pechos, pero se sintió sacudido por un escalofrío cuando ella le tocó la cara con sus pequeñas y delicadas manos. Aquella caricia lo estremeció. Levantó su rostro hasta hacer coincidir su mirada con la de la linda cojita. Estaba radiante la india, sonreían sus labios que no había conseguido besar porque las mujeres tainas no besaban a sus amantes, no daban a la boca otra utilidad que el comer o sonreír, y en aquella mirada tierna de sus ojos rasgados había suficiente amor para curarlo de todos los males.

—¿Me amas?

No estaba seguro Marín de Urtubia de que quien se agitaba sudorosa entre sus brazos tan íntimamente unida a él supiera el significado exacto de la palabra amor. ¿Cómo explicarle ese extraño sentimiento irracional que hace perder la cabeza de un hombre por una mujer y viceversa, esa fiebre incontrolada que escapa al raciocinio y parece ser cosa de embrujo o de magia? ¿Se enamoraban las tainas de sus hombres? ¿Los tenían en exclusiva y disputaban entre ellas cuando otra intentaba arrebatárselo? ¿Enloquecían ante el desdén y la indiferencia del ser amado? Pacientemente el vasco le había enseñado algunas palabras, mas ésta, sobre la que le interrogaba, era quizá la que entrañaba más dificultad, la que le resultaba menos transferible. El amor era una dulce enfermedad, una pasión descontrolada, cuando los sentimientos sobrevolaban los límites de la razón. Que palabra tan breve fuera tan compleja resultaba una paradoja.

La muchacha, hundiendo sus dedos por entre el tupido bosque rubio de su barba, fijando sus ojos rasgados y oscuros en los increíblemente azules de la deidad blanca, asintió con la cabeza.

—¿Y amas a Juan de la Plaza?

Aquel nuevo movimiento afirmativo de cabeza le desalentó. No sabía lo que era amor. No podía saberlo. Buscó sus labios, los acarició con los suyos, detuvo la cara que quería huir de su beso con sus manos, con firmeza, y se dispuso a saborearlos, cerrando los ojos. La sensualidad de aquel beso que daba y ella, mansamente, se dejaba dar, palió todo su dolor. Estuvo besándola



durante toda una eternidad mientras la abrazaba con fuerza e impedía su huida trenzando los brazos tras su espalda. Reía ella, ante cada uno de sus besos, quizá porque le cosquilleaba la barba del castellano y no comprendía la emoción que ponía en su acto. Besó éste luego su barbilla, su cuello y sus pechos mientras volvía de nuevo impetuoso, como un caballo desbocado, el deseo y lo volvía a saciar.

—Te quiero —le dijo—. Te amaré hasta la muerte, Canayma.

Y el que el hombre barbado pronunciara su nombre con aquel fervor desató la emoción de la taina en forma de lágrimas. ¡Qué hermosas perlas fueron, deslizándose por sus mejillas!

## Capítulo 13

Exhaló un quejido mientras con las uñas largas y renegridas —más de dos meses sin cortarlas, idéntico tiempo sin lavarlas— se rascaba el pie una y otra vez, hurgaba entre los dedos, las clavaba en sus propias carnes y reventaba las ampollas de pus.

—No puedo más, galeno —sollozó, mordiéndose los labios.

—Pues si no te estás quieto, esos piojos acabarán contigo.

Llevaba semanas Juan de Jerez arrastrándose por los suelos, con un muñón ensangrentado, en donde antaño hubo pie, y el otro invadido por las malditas niguas. Llevaba la barba empolvada y embarrada, las cejas hirsutas volaban sobre ojos desmedidamente abiertos en donde asomaba la locura del dolor constante que le producía esa implacable carcoma que de los pantanos había pasado a sus pies.

—¿Qué puedo hacer, galeno?

Lo miró con sus ojos extraviados Juan Sánchez, pinzándose con los dedos de su diestra la nariz, pues la fetidez de aquellos pies era inaguantable. La suciedad, la sangre, el pus y, sobre todo, la humedad del ambiente, no curaban aquellas heridas y las niguas se alimentaban de todo ese caldo repugnante de su propia corrupción. El galeno había perdido toda esperanza de salvarle el otro pie y aunque se imponía en su mente la idea de amputar, tampoco tenía claro que eso solucionara el problema. El muñón de la otra pierna no ofrecía mejor aspecto, la negrura de la piel del tobillo indicaba que algo no funcionaba correctamente, que la curación estaba lejos de llegar, si es que llegaba. Hizo la prueba y, subrepticamente, sin que su enfermo lo viera, hincó el punzón en aquella zona de la pierna que le daba mala espina. Sucedió lo que se temía. La sangre brotó de la profunda herida, aunque no era sangre roja, limpia, de hombre sano, sino negra, espesa, de enfermo, igual a la de tantos y tantos dolientes que habían pasado de sus manos a mejor vida, y aquel orificio no produjo la más mínima reacción en su víctima. Era carne muerta, que no dolía, carne de tumba pegada a la carne viva del resto de la pierna. La palabra gangrena cruzó su cabeza, mas no la nombró.

—Habrá que cortar más —dijo, sombrío.

—¿Qué más queréis cortarme? —gimió Juan de Jerez, lloriqueando desesperado mientras escondía ambas piernas—: ¡No quiero que me cortéis nada! ¡No quiero! ¡No!

—Hijo, si quieres seguir viviendo, aunque sea malviviendo, habrá que cortar. Ese pie infestado de niguas y media pierna.

Se repitió, una vez más, la escena tétrica del serrucho cortando a lo vivo la carne mientras media docena de hombretones sujetaban al paciente y un madero en la boca impedía que, por el dolor, se despedazara la lengua. Se tintó el galeno las manos y los brazos de sangre durante la carnicería, a medida que el serrucho entraba en el hueso, lo quebraba y seguía su marcha inexorable hasta desprender aquella carne podrida.

—¡Alonso Chocero! El pie y el trozo de pierna, entiérralo.

Marchó el sarnoso con aquellos restos repugnantes envueltos en un sayo, salió al exterior, mas no sepultó aquella carroña humana, sino que la lanzó lejos, a la espesura.

—Arañas, reptiles, pájaros, iguanas: comeos a ese piojo de Juan de Jerez —dijo riendo.

Estaba Juan Sánchez ante el gobernador, a petición propia, con camisa nueva, sin los lamparones de sangre que habían hecho inservible su otra camisa.

—El marino Juan de Jerez ha terminado, en el día de hoy, por quedar totalmente inválido por culpa de las niguas, mas temo por su vida tras serrarle los pies y media pierna. No hay modo de cauterizar heridas en esta selva. La maldita humedad lo corrompe todo, los miasmas que flotan por doquier emponzoñan cualquier rasguño hasta el punto de hacerlo letal. Le he cortado su otro pie, le he rebanado parte del muñón de la otra pierna, y dudo que podamos salvarlo.

—¿Me estáis diciendo que he de prepararme para la pérdida de otro hombre?

—Pues me temo que sí, gobernador.

Una expresión de honda preocupación alteró el rostro del antiguo contraamaestre de la *Santa María*. Parecía que un cúmulo de circunstancias diversas se habían aliado para diezmar a sus escasos hombres. La angustia por una guarnición que irremediablemente decrecía y cuyos miembros perdidos resultaban imposibles de reemplazar empezó a quitarle el sueño. Como Colón en su viaje de ida, Diego de Arana no dormía, no salía apenas de su cámara y tenía presta y próxima su espada y un arcabuz.

—Pero hay más cosas, señor gobernador.

—¿Qué más cosas? —casi gritó. ¿No tenía bastante aquel inoportuno galeno con traerle aquellas torvas nuevas? ¿Ésa era su repugnante profesión? ¿Dar cuenta de bajas y no sanar ningún cuerpo? ¿Dónde sacó su título semejante incompetente?

—No es Juan de Jerez el único caso. Dos hombres más se quejan de idénticos picores, lo que me hace temer que las niguas pasan de unos pies a otros o bien esos hombres anduvieron por zonas encharcadas infestadas de ellas. Y, en cuanto a los dos hombres infectados por las mujeres, debo decirles que su evolución es mala, que crecen sus fiebres y se les hinchan y encharcan sus viriles miembros como si algo monstruoso los devorara.

—Habría que quemar a esas putas —rugió a media voz.

—¿Decía, señor gobernador?

—Habría que quemar a las causantes de dicho mal. ¿Está seguro de que son sus insalubres sexos los que transmiten ese mal?

—Pondría en juego mi brazo.

—Hablaré con Juan de la Plaza. Deberemos tomar una medida drástica. ¿Pero cómo quitarles esos juguetes golosos a hombres que se han habituado tanto a ellos?

La primera defección, sin embargo, no fue ninguno de los aquejados por los miasmas venéreos transmitidos por las mujeres compartidas del fuerte ni el infeliz portador de las niguas. Tres días más tarde, el hedor que salía de una de las hamacas llamó la atención de Jacomel Rico. La sacudió y un ejército de enormes cucarachas saltó al suelo, sobre sus piernas y a sus brazos mientras el jugador de fortuna maldecía, gritaba como un poseso y se desembarazaba como podía de ellas. El cadáver era el del joven Juan Romero. Tenía su rostro una palidez cerúlea y de su boca abierta emergían el par de antenas inquietas de uno de esos repulsivos insectos, que daba cuenta de su paladar. Jacomel, la antorcha en la mano, la mirada horrorizada, estalló en un sordo grito mientras llamaba a sus compañeros. Aflojaron su abrazo a las caderas los que holgaban con las tainas, se lanzaron de sus hamacas los que sesteaban, acudieron todos a ver lo que tanto espanto le producía.

—¡Qué horror! ¡Dios mío!

—¿Cuánto tiempo lleva muerto?

—No mucho, nos habríamos dado cuenta de ello.

—Apesta —dijo Andrés de Huelva, reprimiendo la náusea.

—Habrá que llamar al galeno. Y tú, sepulturero, hazte con él y sácalo fuera.

Cuando llegó el galeno, Alonso Chocero ya se había cargado al muerto y lo había sacado al exterior. Estaba el joven y antaño atractivo mancebo en medio de la plaza de armas, casi desnudo, con los ojos abiertos y la mirada perdida y el cabello agrisado y sucio, triste espantajo de lo que en vida fue. Se acercaron, con prevención, Juan de la Plaza y Marín de Urtubia.

—¡Dios mío! —gimió el vasco, consternado—. ¿Y nadie le cierra los ojos?

Se arrodilló junto a su cabeza, con prevención, aguantando la respiración, mientras luchó un instante por bajar los párpados reacios a cubrir la mirada helada de la muerte.

—Demasiadas bajas en tan poco tiempo —gruñó Juan de la Plaza.

—Estas tierras están malditas.

—Deberíamos marchar.

—Sí. ¿Cómo? ¿A nado?

—No deberíamos haber desembarcado aquí.

—¿Por qué aceptamos tan mansamente quedar en tierra? Hemos sido unos estúpidos.

—No cabíamos en la *Niña*.

—Pero sí, si nos repartíamos entre la *Niña* y la *Pinta*.

—Alguien nos embruja.

—¡Basta, señores! —cortó el extremeño toda discusión, metiéndose en el centro de los que platicaban y protestaban—. Es tarde para lamentaciones que no llevan a ninguna parte. No hay maldición que valga en esta tierra, sino mala suerte. Y no quiero oír hablar de brujería, o quien hable dará con sus huesos en el calabozo.

El galeno acudió renqueando. Le dolía una pierna desde aquella mañana, pero él asociaba el mal a que la humedad le había entrado en el hueso. Se detuvo ante el cadáver y lo examinó, alzando los párpados que Marín había bajado, examinando la grisácea lengua, sus axilas y, sobre todo, las ingles. La enfermedad se había cebado en aquella parte del cuerpo y desde allí lo había ido invadiendo todo.

Juan de la Plaza, alterado, se acercó al galeno y en voz baja le hizo una pregunta que le bailaba por la cabeza:

—¿Estáis seguro de que no es peste?

Meneó la cabeza el galeno.

—No son las tuyas bubas de peste. Ni ha vomitado ni nadado en sus excrementos. La tripa no se le ha reventado. Esas costras en los labios, esas manchas en la cara, las mismas que cubren sus ingles, vienen de sus excesos y perversiones. El bujarrón lo infectó, sin duda.

—Pero nadie muere por asuntos de la cama —apuntó con rotundidad el capitán.

—No en nuestro mundo, pero sí aquí.

Pusieron el muerto en manos del sepulturero, que lo arrastró fuera de la fortaleza, hasta el cementerio junto a la playa, que ya comenzaba a estar demasiado poblado. Un nuevo montículo con una tosca cruz coronándolo se añadió a los que ya había.

Cuando Juan de la Plaza informó a Diego de Arana de esa nueva muerte, el gobernador se hallaba sumido en profunda crisis acompañado de su círculo de notables con el consenso de los cuales tomaba sus decisiones.

—¿Quién era? —inquirió con mirada perdida, tras escuchar las escabrosas circunstancias de su muerte.

—Un joven muchacho de apetitos desordenados infectado por el bujarrón que colgamos, señor gobernador.

—Mas también creo que el mal afecta a los que yacen con mujer. El galeno me ha dicho que dos hombres sufren un mal parecido. Si esto sigue, será una epidemia.

—Habría que poner coto a los excesos —soltó Pedro Gutiérrez con su voz cavernosa, desde la penumbra de la cámara, en la que el extremeño no lo había descubierto al entrar.

—¿Qué excesos?

—Parece probada una relación entre los excesos que los hombres cometen con las muchachas tainas y el mal que pudre sus vergüenzas. La solución es fácil y debería tomarla con la mayor brevedad, señor gobernador.

—¿Cuál?

—Echarlas del fuerte.

—O quemarlas —sugirió el notario de Segovia—. Eso haríamos si nos encontráramos en Castilla.

—No quiero enfrentamientos gratuitos con Cuacanagari.

—¿Quién no os dice, señor, que ese miasma repulsivo sea accidental? —apuntó Pedro Gutiérrez.

—¿Qué sugerís?

—Que esas indias hayan sido emponzoñadas a propósito para diezmar a nuestra gente sin riesgo para ellos. Que sus cuerpos no sean otra cosa que sus armas. Si hace años, en los asedios, catapultaban cadáveres apestados para infectar a toda la guarnición, ¿quién os dice que estos salvajes no intenten un subterfugio parecido?

—No creo a Cuacanagari tan sibilino. Pero qué duda cabe que habrá que tomar una medida, poner en cuarentena a las mujeres, echarlas del fuerte.

—¿Cómo podéis confiar en Cuacanagari? ¿No se ayunta con sus mujeres como las víboras? Ese reyezuelo *cacique*, como lo llaman ellos, es un dechado de depravación —insistió el toledano.

—¿Toma a sus mujeres como toman a los sodomitas? ¡Repugnante costumbre! —remachó el notario de Segovia.

—Lo es, ciertamente, pero lo hacen cuando desean placer sin engendrar.

—Una degeneración que acerca a estos salvajes a los impíos romanos, que convirtieron cada una de sus necesidades en inútiles placeres. ¿No vomitaban para poder comer de todo? Pues algo parecido hace ese degenerado rey de las bestias.

—Deberíamos cambiarlas por carne fresca —centró Juan de la Plaza, viendo que se desviaban del asunto principal.

—¿Qué garantías tenemos de que no habrá nuevas infecciones?

—Señores, no podemos privar a nuestra gente del único placer que disfrutan en este infierno. Sin oro, sin soldada, y ¿ahora sin putas? ¿Buscáis la rebelión?

—Lo meditaremos, capitán. Podéis retiraros.

Cuando Juan de la Plaza regresó a su cámara, tras una leve pitanza en el comedor comunal con sus hombres, encontró a su amante taina sola, tendida en la cama, aparentemente durmiendo.

—¿Ya comiste? —le preguntó mientras se desnudaba.

—Una torta de maíz y plátanos.

—¿Y eso es comida? ¿Dónde está Marín?

—Salió.

—¿Salió? No soporta que te cabalgue en su presencia. ¡Literato! —dijo con desprecio y luego, cruzando la habitación en dirección al lecho, completamente sin ropas—: Quítate el sayo.

La cubrió con su cuerpo y gozó de ella hasta bien entrada la noche. Luego salió al exterior, pues el calor lo ahogaba. Lo hizo colocándose desmañadamente el jubón.

—Hombre. ¡Bien venido seáis, fantasma! —saludó, irónico, a una sombra emboscada en las proximidades de la puerta.

No habló la sombra, ni huyó.

—Acabo de dejarla. Podéis yacer con ella. No os voy a importunar. —Había tomado del interior de su cámara hojas de tabaco, las había liado y acudió a prenderlas en la llama titilante que ardía junto al antiguo mástil de la *Santa María*.

—¿No sentís piedad por ella?

Se volvió y envolvió al vasco en la nube de humo de su tizón.

—¿Qué estáis diciendo? ¿Por su cojera?

—¿Qué es para vos? ¿Un animal o una mujer?

—Pues tengo dudas —dijo, riendo.

—No sentís ningún respeto por ella.

—Mi buen amigo. Cuando la abrazo, os juro que siento emoción y ternura, si eso os tranquiliza. El resto del día, la más completa indiferencia. Si un día encontrara a otra en su lugar, más dicha. La valoro por el placer que me da, quizá más succulento que el de otras mujeres, porque es tierna y muy bella su cara.

—Un trozo de carne es para vos.

—Y para vos, hipócrita.

## Capítulo 14

Había actitudes más hirientes que la posesión sórdida y brutal de su ser amado. El cuadro que encontró Marín de Urtubia al entrar en la cámara compartida fue para él infinitamente más desagradable que si Canayma se hallara desnuda entre los brazos de su rival. Ella estaba vestida, con su basto sayo monacal, bajo el que tenía que ser muy bella para, pese a él, parecerlo, y permanecía sentada sobre las rodillas del extremeño, que con sus grandes manos jugaba a peinar los sedosos cabellos de la indígena con una delicadeza que le era impropia. ¿Juan de la Plaza se humanizaba?

—Bien hallado, amigo Marín —le espetó con cierta sorna—. ¿Dónde os escondéis? Estoy hastiado de subir a los yacimientos de oro y contener a mis hombres cada vez que las pepitas brillan bajo el agua. Creo que delegaré en vos a partir de mañana.

—Superviso las defensas del fuerte. Mantengo el orden entre la tropa díscola. Organizo partidas de caza y recolecto frutas. Controló que a los tainos que llegan al fuerte no les suceda nada malo. ¿Queréis que haga algo más?

No los miró mientras se dirigía a su parte de la cámara, tomaba su pliego de papiro, la pluma de guacamayo, cuya punta había afilado con el cuchillo, y destapaba el tintero.

—¿Qué escribís?

—La crónica de los sucesos del Nuevo Mundo, capitán. Una misión por la que el Almirante aceptó dejarme en tierra. Doy fe de los sucesos que han tenido lugar desde que partieron las naves.

—No son fiables las historias, siempre callan aspectos incómodos.

—Ésta lo será.

—Veamos. ¿Contáis el ajusticiamiento de Bermúdez?

—Con pelos y señales, con toda su carga de inútil crueldad.

—¿El ahorcamiento de Reynal?

—Sí, y ése es un extenso capítulo en el que vos tuvisteis gran parte. Todavía sigo sin entender vuestro interés en que fuera muerto. No entiendo vuestro doble juego.

—No lo condené a muerte yo, sino el tirano.

—¿Qué tirano?

Dejó de acariciar los cabellos de la taina y la alejó de sí con una azotaina.

—Tráeme un cuenco de agua fresca, y otro para mi amigo.

Esperó a que saliera por la puerta para seguir hablando.

—Dejemos a un lado los subterfugios —dijo levantándose y acercándose a Marín—. Sabéis bien quién es el tirano.

—Si os referís a Diego de Arana, discrepo con vos. No es tirano quien, para cada decisión que toma, debe pedir consejo a los que lo rodean.

—Porque es un tirano cobarde, amigo. Pero tirano, al fin y al cabo. ¿Es justo que nuestros hombres y nosotros mismos no podamos guardarnos el oro que extraemos? ¿Es justo que lo guarde, el desconfiado, en un cofre con llave en su cámara para sí mismo? ¿Es justo que empiece a hablar de privar de los goces carnales a quienes se parten por él el espinazo de sol a sol en una montaña infecta? ¿Es justo penar de mal comer, de no beber, de enfermedades, para que alguien se lleve todo el honor sobre sus hombros? Eso deberíais escribir, literato, en vuestra crónica.

Levantó Marín sus ojos y buscó los del extremeño entre las hirsutas cejas.

—¿Qué estáis insinuando?

—¿Por qué tenemos que obedecer las órdenes de un pusilánime como Diego de Arana? ¿Qué recibimos a cambio? Un jefe impuesto por el gran ausente que hasta para orinar tiene que pedir consejo a los suyos. ¿Qué jefe es éste? Un jefe que nos roba nuestro oro y quiere quitarnos las mujeres. ¿Qué intereses defiende? ¿Con quién está? ¿Con un genovés que se

habrá ahogado o perdido en el tornaviaje y con unos reyes que no sabrán más de nosotros?

—¿Qué es lo que pretendéis?

—Imponer un jefe natural, alguien de peso que se haga respetar.

—Vos mismo, por ejemplo.

—Exacto, literato. Yo mismo, por ejemplo —confirmó con una sonrisa.

—Me estáis haciendo partícipe de una confidencia que no os he pedido.

—Me fío de vos, amigo.

—Pese a ser tan distinto.

—Por eso. Porque vos y yo somos las dos caras de una misma moneda. Yo, el carácter, la determinación, la energía que ha hecho progresar al género humano; vos, la sensibilidad, la inteligencia, el razonamiento, que ha atemperado la bestia que llevamos dentro.

—¿Me estáis metiendo en vuestra conspiración?

—¿Con quién vais a estar? ¿Conmigo o contra mí?

—No es tan fácil, ni simple. El mundo no es negro ni blanco. ¿Qué ocurrirá cuando regrese el Almirante?

Juan de la Plaza soltó una risotada.

—No creo que el Almirante regrese, o no lo hará hasta que pase mucho tiempo. Puede que haya naufragado, que no encuentre nuestras costas, que no consiga convencer a los reyes de la conveniencia de una nueva expedición. Quizá pasen meses, años, hasta que alguien venga en nuestra búsqueda, y mientras tanto hay que sobrevivir entre indios hostiles, que bajo las sonrisas agradables esconden sus traicioneros deseos.

—Los prejuzáis de forma errónea.

—¿Por qué no nos matan? Por miedo, amigo. No somos dioses, hemos dejado de serlo, pero les inspiramos terror por nuestro físico, por nuestras armas, y conviene recordárselo de vez en cuando.

—Lo que estáis tramando es traición, y ya sabéis cómo se paga.

—Sólo pagan los que pierden, poeta. Y os garantizo que no voy a perder. Tras la ejecución de Reynal, los hombres están muy soliviantados y sólo esperan que alguien encabece la rebelión contra el que los hunde en la miseria.

—¿Y cómo vais a gobernarnos?

—Van a cambiar las cosas en la Hispaniola. Oro para todos y que lo extraigan los indios. Voy a someterlos a la fuerza, voy a hacer que nos teman, que nos rindan vasallaje, que, en un momento determinado, sean nuestras tropas. Y para ello quiero contar con la ayuda de vuestro esclavo. Yo y vos reinando en esta isla, Marín. —A medida que exponía sin ambages sus planes su rostro se iluminaba—. Yo, el gobernador, y vos, el alférez.

Había regresado, silenciosa, la muchacha taina con los cuencos de agua fresca, que sirvió a sus señores y, tras hacerlo, se retiró a una esquina de la cámara con la discreción que la caracterizaba. Los miró a ambos y supo, por sus expresiones y movimientos de brazos, que lo que trataban tenía importancia, aunque el escaso conocimiento de la lengua de los castellanos no le permitiera comprender lo que tramaban. Ella sabía que pertenecía a ambos y el hecho de que aquellos dos hombretones altivos y gigantescos, de gran fortaleza, parecieran tan unidos le daba cierta seguridad.

Estuvo Marín dudando gran rato mientras posiciones encontradas batallaban en su mente. La confianza que en aquellos momentos le había depositado su amigo le pesaba como una enorme losa. No simpatizaba con Diego de Arana, sentimiento que compartía con casi todos los que habitaban tras la empalizada de la fortificación, pues su trayectoria era zigzagueante y le faltaba decisión para gobernar, pero un presentimiento le decía que Juan de la Plaza como gobernador podría ser peor. Si le había hecho esa peligrosa confidencia, eso significaba que su fe en él era absoluta. No habla un conspirador a ciegas con quien puede denunciarlo, y de él

sabía que no saldría palabra que desbaratase sus planes. Siempre creyó que en esa tierra hermosa y primitiva Juan de la Plaza acabaría imponiéndose. Oponerse en nada cambiaría la correlación de fuerzas a menos que cruzase por su mente asesinarlo. Descartada esa idea, la victoria estaba asegurada para su bando. No dudaba del predicamento del extremeño entre su gente, fruto de su valor, su arrogancia y violencia de que hacía gala. Más lo temían que lo respetaban. Si cogía ese barco que en aquella cámara, un día de abril, se ponía en marcha con medio velamen desplegado, podía atemperar el golpe, suavizar la brutalidad de los sublevados, impedir que corriera la sangre.

—¿Qué será de Diego de Arana, Rodrigo de Escobedo y Pedro Gutiérrez?

No contestó de inmediato el capitán conspirador.

—¿No queréis violencia, poeta? Os complaceré en eso. Haré un gran esfuerzo por olvidar los latigazos que me dio el pusilánime. El destierro o la prisión, si se resisten. Mis subditos, si se avienen a razones. ¿Cuento con vos?

—¿Y con quién contamos?

—Con todos, amigo. Esperan la orden para tomar el fuerte. Una docena de fieles, el resto de indiferentes. —Y tomando del brazo a la taina la echó en sus brazos—. Adelante, literato, amadla. Hacedle lo que os plazca. Marcho, para no cohibiros, o por si me queman los celos —y dijo esto último con una sonrisa.

Abrió la puerta de la cámara y marchó. Observó Marín a la bella taina mientras se desvestía, la tomó luego de las manos y la aproximó hasta tener su rostro al alcance del suyo. La fue besando suavemente por toda la cara hasta llegar a sus labios y sintió su placentero estremecimiento cuando saboreó su hermosa boca.

—¿Me quieres?

Movió la cabeza, entre besos y suspiros.

—Pero también amáis a Juan de la Plaza.

No hizo ningún gesto, ni movimiento, mientras se dejaba tomar por aquel hombre grande y rubio que le hacía tantas preguntas extrañas cuando lo que más deseaba era hacerse con su cuerpo.

A medida que iba creciendo el deseo de Marín de Urtubia por Canayma, decrecía el encaprichamiento de Juan de la Plaza por ella. Lo que el vasco consideraba una mujer, y una de las más bellas y dulces jamás vistas, no tenía, a ojos del extremeño, más consideración que el de una buena jaca en la que desahogar los deseos que enturbiaban su mente. Canayma era, para el excapitán de tercios, una puta exótica que aceptaba con mansedumbre sus requerimientos, a la que no exigía más que su solícita entrega en todo momento. Su facilidad hizo que, pasados los meses, el dulce, por tan comido, no resultara tan apetitoso, y si hacía ver que aún le apasionaban las sensuales formas de la taina era más por dar celos y encorajar a su amigo vasco que por otra cosa. Otros asuntos, otras pasiones, ocupaban su mente.

—Hoy tenéis una sorpresa —le dijo Juan de la Plaza a Marín mientras almorzaban unos huevos de tortuga fritos en pestilente aceite de manatí que había cocinado Juan Quadrado y trataban de mojar la yema con las tortas de maíz.

Lo interrogó con la mirada.

Cenaban con la tropa, en el comedor comunal, en donde dos largas mesas y cuatro bancos de caoba, el más fuerte de los árboles de la isla tallado con pericia por Domingo Vizcaíno, el tonelero devenido en carpintero, daban cabida a los comensales. Debían hacerse oír a gritos para poder conversar dado el bullicio de los marineros varados en tierra firme, que soñaban en voz alta con volver a cualquier precio a su tierra.

—¿Los veis? —y señaló a un grupo de vociferantes marineros de la *Santa María*, entre los que se encontraban los fieles Juan de Medina, Jacomel Rico, Alonso Chocero y Chachu—. Todos están con nosotros, harán pina tras mi espada.



—¿Tras vos o tras vuestras promesas?

—Que cumpliré. Tenéis cara de sueño, literato. Id a dormir. Os hará bien.

—¿Y vos?

—Echaré unas partidas a los dados con estos tahúres. Quiero gozar desplumándolos. Jugando se olvidarán de esa ciega obsesión que tienen por regresar a una patria miserable que nada ha de darles.

Era noche de luna llena y se veía perfectamente el camino que iba del refectorio a la cámara que juntos compartían el vasco y el extremeño. Reprendió Marín a unos marinos de la *Niña*, de los que ignoraba sus nombres, que encontró en su camino por pelearse a puñetazos, los separó y amenazó con azotarlos sino dirimían sus diferencias de forma más pacífica, y se dirigió luego a su cámara con el deseo sofocándole el entendimiento. El que Juan de la Plaza gastara su tiempo en partidas de fortuna era una forma de regalarle a su amante por unos momentos, los que durara la timba, y él era tan mezquino como para aceptar ese obsequio. Experimentó lo más parecido a un vahído ante la puerta cerrada, antes de abrirla, pese a saber que no iba a encontrar resistencia en el cuerpo que le esperaba, imaginando el goce que le daría.

Cuando entró en la estancia le sorprendió el resplandor que irradiaba del cuerpo de Canayma, que brillaba con luz propia. Se hacía ver el cuerpo de la bella taina aunque la oscuridad, apagada la lámpara y cerrada la ventana y la contraventana, era total. El efecto fue tan mágico que lo dejó momentáneamente sin habla mientras permanecía bajo el vano, quieto, no dando crédito a sus ojos y creyendo que aquel cuerpo menudo, desnudo, con el aspecto de una artística miniatura italiana de Luca della Robbia, el autor de la cantería de la catedral de Florencia, no era sino un ángel o quizá fuera que él se encontraba bajo los efectos de un grave delirio, pero no había probado alcohol aquella noche. Brillaba el cuerpo de la muchacha de una forma extraña, desde los tobillos a la cara, refulgían su vientre, sus pechos, sus brazos y piernas como si se tratara de una escultura de oro, pero el oro no brillaba sino cuando lo acariciaba la luz, y ahí no había más luz que la que el propio cuerpo irradiaba de una forma inexplicable. Al avanzar hacia ella y rozarla con las yemas de los dedos advirtió que un fino polvo la envolvía y la iluminaba de esa forma tan mágica; no era de oro, pero brillaba más que el buscado metal, tenía luz propia, centelleante, como el de las lejanas estrellas en una noche sin luna, cuyos brillos aparecen y desaparecen caprichosamente siguiendo un misterioso ritmo.

—¿Qué llevas encima?

—Polvo de cocuyo —le contestó—. ¿Te gusta?

Se había embellecido como una princesa para él. Se sentó en el borde de la cama y se deleitó contemplándola. Nunca su vista había disfrutado de semejante hermosura. Canayma era la escultura perfecta del deseo convertida por obra y gracia de esos insectos desmenuzados y convertidos en polvo, en obra de arte. Permaneció quieto, casi en trance místico, mientras paulatinamente la escultura dorada de carne en que se había convertido su amante fue perdiendo su luz hasta apagarse por completo. Entonces la sintió acercarse, y notó cómo sus pequeñas manos hábilmente lo desnudaban de sus ropas, desanudaban su jubón y acariciaban su torso, y luego su cuerpo buscaba acomodo sobre sus rodillas.

—¿Te entregas a mí por propia voluntad o por orden de tu amo? —quiso saber.

Mas no contestó ella. Permaneció muda mientras con destreza su cuerpo se balanceaba y aproximaba los senos a su boca, y los labios del vasco se cubrían, al besarlos, con el polvo de los insectos.

## Capítulo 15

Algo había cambiado en la actitud del galeno con respecto al intérprete taino, al que buscaba con cualquier excusa por el fuerte. Comenzaba a mirarlo con sus extraviados ojos, más que con admiración, con indisimulada envidia y lo presionaba para que le confiara secretos de esas selvas que le serían útiles para un ambicioso proyecto que había ido madurando durante las noches en que el dolor de su pierna derecha le impedía conciliar el sueño: una factoría que exportara al mundo los secretos medicinales de esas selvas.

—Por ejemplo.

Y se quedaba el taino traspuesto, sin saber qué decía aquel venerable hombre envejecido al que siempre había considerado pésimo chamán, más causante de males que curador de los mismos, apóstol del dolor y las sangrías, un auténtico ignorante.

—¿Cómo cicatrizáis vuestras heridas cuando os embisten los caribes? ¿Cómo detenéis el flujo de la sangre? ¿Con fuego?

Puso el taino cara de horrorizado en oyendo aquel remedio.

—Hay cierto árbol, llamado *guaconax*, que suda una sustancia que cierra las heridas.

—Muéstramelo.

Pensó Camani, mientras conducía de nuevo al galeno por la selva, que ya éste no disimulaba su ignorancia ante él y estaba ansioso de aprender los conocimientos que cualquier taino de esas islas perdidas sabía.

El árbol de *guaconax* era una especie que llamaba la atención porque no tenía copa, sino que sus ramas subían derechas hacia arriba. Lo estuvo observando de cerca el galeno y lo tocó, pues a simple vista le parecía árbol seco o muerto, pero el verdor de sus hojas lo contradijo.

—Buen fuego —dijo Camani—. Lo utilizamos para pescar por la noche, nos alumbra el mar y no se apaga por mucho viento que haga. Pero mal olor hace.

—¿Y cómo cierra las heridas?

Le hizo un gesto Camani para que cortara unas cuantas ramas, y a ello se aprestó el galeno con su cuchillo ante la atenta mirada del indio. Volvieron luego al fuerte y, en viéndolos juntos, bromearon quienes los vieron pues Camani, según como se viera, tenía una cierta hermosura que tanto podía ser de varón como de hembra, y al galeno nunca lo habían visto yacer con mujer alguna, como si estuviera libre de semejantes tentaciones o realmente es que los cuerpos con dos tetas y potentes nalgas no lo sedujeran. No advirtió Juan Sánchez los comentarios soeces que, entre risas, le dedicaron. Estaba obsesionado con el manojito de ramas que llevaba en la mano y ansiaba tanto conocer el misterio de aquel árbol como para hacer caso omiso de la burla de los ignorantes.

Había que hervir las ramas en agua. Lo hizo. Las tuvieron un buen rato en el puchero del rancho, hasta que comenzó a salir humo espeso y el agua comenzó a saltar y a burbujear furiosa, y así lo dejaron hasta que se redujo de forma tan considerable que quedó en la olla un licor como aceite, o más espeso, de color de arropo claro.

—¿Una sopa? —preguntó Juan Quadrado, el cocinero, a quien el olor que desprendía el jugo de los maderos no le desagradaba.

—¡Serás ignorante! —tronó el galeno, espantándolo de un manotazo—. Es bálsamo para las heridas.

Andaba ansioso Juan Sánchez por probar las propiedades en un paciente. Mas ¿en quién? No iba, por amor a la ciencia, a propinar una cuchillada a alguien, ni había tenido lugar en los últimos días pelea alguna que necesitara cura. Miró al indio, pero éste le devolvió la mirada y le parecía decir con ella que si osaba sangrarle como siempre hacía con los hombres barbados que se sentían enfermos, nunca más iba a revelarles ningún secreto de esas selvas. Recurrió entonces al de las niguas, y lo hizo venir arrastrándose a su presencia.

—Siéntate y muéstrame tus muñones —le dijo al perplejo marinero de la *Santa María*.

—¿Vais a serrarme? —preguntó Juan de Jerez, sin poder evitar que la piel de su cara se volviera lívida.

—La cabeza debería serraros, y no se perdería nada. Voy a curarte, ignorante, las infectas heridas que tienes y empeoras con las rascadas de tus uñas enlutadas.

Desnudó los pies y mostró su deplorable aspecto de llaga en carne viva segregando pus y sangre.

—¡Me quema! —chilló cuando el galeno le aplicó el ungüento con un paño.

Durante varios días se repitió esa operación y a la semana observó el galeno, con gran contento por su parte, que las pústulas, las heridas sin cerrar, el pus y la sangre sucia que manaba habían desaparecido o mostraban mejor aspecto.

Llovía, un día sí, y el otro también, y lo hacía con tal intensidad y ganas que la lluvia tenía a los castellanos sitiados en el fuerte Navidad y les impedía acudir a extraer oro del yacimiento de la montaña. Las jornadas, entonces, se hacían largas y monótonas, y los hombres mataban su tiempo jugando a los dados y blasfemando, tragando el humo de las hojas secas del tabaco, tratando de obtener, de frutos madurados y dulces, el alcohol con que anestesiar cuerpos y almas. Pero la mayor parte del tiempo lo empleaban en tareas conspiradoras. El descontento se acrecentaba contra Diego de Arana, personalización de todos sus males, ejemplo del mal gobierno, ladrón de su oro.

—¿A qué estamos esperando? —preguntaba el sarnoso Alonso Chocero mientras se rascaba las costras de la piel.

—Sí, ¿por qué no ahora? —insistía el enano Chachu, peludo pescador gallego.

—Paciencia, amigos, él sabe cuándo llegará el momento preciso —dijo Jacomel Rico.

—¿Cuánto oro debe de tener en su cámara? —se preguntaba el cántabro Bartolomé Biues, sin poder apagar el brillo de sus ojos.

—Calculad. Echad cuenta del que hemos sacado. Un cofre lleno o más.

—A partes iguales —insistió Juan de Medina.

—Eso nos ha prometido Juan de la Plaza —corroboró Chocero.

—¿Y si son sólo promesas? ¿Y si él es como el otro? —Chachu desconfiaba de la palabra del extremeño.

—Es hombre de palabra —zanjó Juan de Medina.

—Tú calla, maldito verdugo. No tienes derecho a vivir —la voz ronca del marinero de la *Niña* Andrés de Huelva, recién incorporado al bando de los conspiradores, puso una nota de discordia en la reunión.

—¿Y si olvidas tus rencillas? No colgó él a Reynal, sino el gobernador. Y estamos en el mismo bando —apuntó, conciliador, Bartolomé Biues.

—Pues me gustaría estar en el contrario, por cortar el gazzate a esta sanguijuela —insistió Andrés de Huelva, sin bajar su tono amenazador, cerrando con fuerza el puño e imaginando dentro de su cerco el cuello del odiado y despreciado verdugo de su amigo.

Un marino de la *Niña*, Juan Verde de Triana, aquejado de extraña fiebre, acudió al galeno. Juan Sánchez movió la cabeza y masculló desanimado al verlo:

—Otro más —mientras le ordenaba bajarse los calzones y mostrar sus vergüenzas.

El mal venéreo se extendía como una verdadera plaga. La mucha promiscuidad llevaba a aquellos hombres a las cercanías de la muerte. Lo sangró, sin convicción, clavándole la cánula en el brazo, disponiendo bajo la herida la palangana, y mientras la sangre llenaba el recipiente examinó el galeno las partes del enfermo con esa mirada extraviada que tanto desconcierto producía. Lo de siempre. El joven paciente presentaba unas extrañas manchas en los genitales e hinchazón en el pene, que era como un deforme tubérculo comido por pequeñas ampollas que destilaban toda clase de pestilentes humores. Las primeras lesiones eran casi siempre úlceras de localización genital, más tarde aparecían, extendidas por la piel, manchas de color cobrizo,

pústulas de aspectos muy variados, y luego un sinfín de dolores y fiebres, lesiones en la boca y se terminaba con un profundo desvarío mental. Aquéllos no eran sino avisos de que la promiscuidad era peligrosa, de que tanto puterío acabaría diezmando la fortaleza. Y la situación era más preocupante porque no había remedio al mal nuevo, que no parecía otra cosa que castigo divino. Había tratado el galeno, en sus estadías por Valladolid, a enfermos de burdeles aquejados de gonorreas y chancros, pero aquellos casos se alejaban de toda la casuística que dominaba. Dos hombres más, aparte de aquél, se debatían entre altas fiebres, y otro ya había sido enterrado.

—Retírate, hijo —le dijo, después de vendar con fuerza la herida por él perpetrada y vaciar la palangana en el suelo—. Y abstente de probar mujer. Te lo prohíbo. ¿Me escuchas?

Mas sabía que echaba la recomendación en saco roto, que saliendo de su cámara el dolorido miembro tiraría de su cuerpo y buscaría ansioso apagar el picor y el dolor que lo consumían en los sexos de aquellas muchachas envenenadas.

La sangre del mozo se la tragaba la tierra, también los insectos que pululaban, los grandes moscardones que abundaban en el recinto al acecho de tanto mamífero, las duras cucarachas de caparazones negros, criadas en los techos de palma, reproducidas hasta el infinito como una plaga bíblica entre el calor y la suciedad. Debía velar por la salud de aquellas gentes, se decía con desesperación el galeno, mas cómo hacerlo sin medios, en un territorio hostil, en aquella pocilga infecta, con gentes que se guiaban sólo por el instinto y habían achatado su cerebro. A veces pensaba el galeno que la única solución era tomar una tea e incendiar todo aquello, que el fuego purificara la podredumbre, empezar de nuevo, con nuevos hombres si fuera preciso, ya que la degeneración se había adueñado de los castellanos.

De nada le habían servido las advertencias y recomendaciones que le hizo a Diego de Arana, que le recordaba machaconamente cada vez que tenía ocasión de ello por si tomaba alguna medida.

El sexo es el culpable, gobernador. El sexo nos matará. Y no hablo como un puritano, ni como ayudante de inquisidor, sino como galeno.

En el vacío se habían quedado las amenazadoras palabras del gobernador, expresadas para su camarilla, de que quemaría a las putas, de que las echaría del fuerte. Ni siquiera renovarlas por nuevas monturas sanas, como dijera el capitán Juan de la Plaza. Le dominaba el miedo, miedo que paralizaba cada una de las decisiones que debía tomar como gobernador de la Hispaniola, miedo a desairar a los suyos y a los que los acechaban con sonrisas de buen salvaje al otro lado de la empalizada.

—¿De cuántos hombres hablamos? —preguntó al galeno, inquiriendo por el último parte de bajas de esa guerra que se libraba en los lechos del amor y contra guerreras amazonas cuyas armas eran sus emponzoñados encantos.

—Ahora mismo, de cuatro, señor gobernador.

Otro castellano había acudido al médico víctima de fiebres, picores y vómitos; el mismo cuadro, el mismo hedor a putrefacción en la ingle, las bubas en el bajo vientre y circundando la boca.

—¿Y de qué embarcación son?

—Todos de la *Niña*.

—¿No es extraño? ¿No es sintomático?

Recordaba Diego de Arana cómo Cristóbal Colón le había advertido de la enfermedad bubosa y repulsiva que se estaba comiendo al capitán Martín Alonso Pinzón, producto también de su conducta desordenada. Era aquello, sin duda, un castigo de Dios a los que no sabían dominar los torpes impulsos del cuerpo y él, al menos en ese aspecto, se sentía tranquilo: ni con el pensamiento había participado en las orgías a que se entregaban sus hombres. Se arrepentía de haber creado el primer prostíbulo en el Nuevo Mundo y temía, por ello, que Dios le pidiera cuentas cuando abandonara la vida. Pero ¿qué opción había tenido? ¿Rameras o violaciones?

Lo segundo era infinitamente más peligroso para la pacífica convivencia con los tainos de la Hispaniola.

Cundía la alarma ante la inoperancia, la invalidez de Diego de Arana, cada vez más encerrado en sí mismo, cada vez más enclaustrado en su cámara, con su arqueta al lado, que abría en cuanto se sentía seguro a solas, para deslumbrarse por el brillo del oro que la llenaba, en polvo, en pepitas, en algunos collares y pulseras que, con subterfugios y engaños, había conseguido arrebatarse a los indios.

Llamó a Juan de la Plaza y lo hizo partícipe del miedo del galeno. O las mujeres o ellos, parecía ser el ultimátum.

—Bien sabéis, señor gobernador, que no puede privar a nuestros hombres de ellas. Dadme licencia para negociar con Cuacanagari la devolución de sus apestosas súbditas y su canje por nuevas muchachas. Nunca me fié del taino, siempre creí que nos daba mercancía marcada.

Y aun así dudó Diego de Arana, pospuso su decisión.

—Y dentro de un mes nos encontraríamos con lo mismo. No es solución. Estas mujeres llevan en sí el mal.

Ordenó Diego de Arana al galeno un examen de todas las mujeres para descubrir quiénes de ellas propagaban esa enfermedad, si eran algunas o bien lo eran todas. Las ocho mujeres fueron atadas con maromas marítimas, haciendo caso omiso de sus protestas, con las piernas abiertas, en aspa, como bestezuelas en la plaza de armas, mientras Juan Sánchez investigaba qué clase de malos humores albergaban entre sus muslos y hundía sus afilados instrumentos, recubiertos de paños y algodones, allí donde los castellanos morían de placer. En todas ellas, las vulvas estaban irritadas, los labios ulcerados por el continuo trasiego, el semen fermentado en sus entrañas, que daba albergue a los más pútridos miasmas. Dio orden el galeno de encerrar a dos posibles transmisoras en las mazmorras, aquellas cuyos sexos ofrecían un aspecto visual más letal, y las arrastraron cargadas de cadenas, como animales, a la celda pequeña y sin ventilación que habían ocupado los dos reos condenados a muerte, culpables de haber sido violadas sin descanso por la turba de lobos hambrientos. Chillaban como brujas las tainas cuando fueron arrastradas por el suelo, furiosas por el trato recibido, mientras trataban de desgarrar a dentelladas las muñecas de los guardianes que las conducían, pataleando e insultando en su lengua. Su sufrimiento mansedumbre llegaba a su fin.

—Que nadie las toque, que nadie se acerque a ellas. Todas están mal, mas estas son las peores. En toda mi vida dedicada al estudio de las enfermedades había visto cosa igual.

Tras tanto libertinaje y carnalidad sin freno, la balanza volvía a su sitio. Mujer era igual a demonio, carne equivalía a pecado. El galeno miró una última vez a aquellas mujeres antes de que se cerrara pesadamente la puerta de la mazmorra, y las vio, con deleite extremo, coronando una gran pira de leño de olivo, ardiendo entre las llamas sus cuerpos lujuriosos hechos para el pecado y convertidos en humo para justicia divina.

El taino Camani había contemplado la escena y un estremecimiento de rabia hizo emerger las venas en su cuello cuando contempló el trato vejatorio que estaban dando a las suyas. Pues si bien aquella no era su isla, se sabía, pese a todo, próximo a los súbditos de Cuacanagari.

—¿Cuál ha sido su crimen? —preguntó a Marín.

—Nos están infectando con sus enfermedades.

—¿No serán los castellanos los que las infectan a ellas? ¿Son culpables ellas de que sean tomadas sin descanso, como animales?

El vasco envolvió al taino en una mirada de asombro. Camani no parecía el mismo desde que había sido capturado de nuevo, nada que ver con el solícito y fiel intérprete ávido de aprender de los castellanos, convertido en su esponja. Ahora, a la menor ocasión, se mostraba crítico con su proceder, no dudaba en calificar de injustas y desgraciadas las decisiones que así se lo parecieran.

A la tarde siguiente el gobernador, por fin, había tomado su decisión tras múltiples consultas con el administrador real Pedro Gutiérrez y el notario de Segovia, después de escuchar las últimas declaraciones del galeno.

—Que todas las mujeres salgan del fuerte Navidad no bien despunte el sol. A vos, Juan de la Plaza, hago responsable de que la orden se cumpla. Y no admito más dilaciones.

—¿No habrá más mujeres, gobernador?

—No las habrá, puesto que ellas son las causantes de este mal. Gobernar a veces implica tomar decisiones impopulares. Explicad a los hombres que echarlas es un mal necesario para evitar un mal mayor. Que reflexionen con la cabeza, capitán, y no con el bajo vientre.

Intentó Juan de la Plaza que su satisfacción por lo oído no trasluciera a su rostro. Éste era el momento esperado, después de tantas intrigas, y Diego de Arana se lo servía en bandeja. Privarlos de los goces era la chispa que haría saltar definitivamente a la tropa del fuerte Navidad tras la frustración de no repartir el oro y el malestar por la ejecución de Juan Reynal.

—E incluyo a vuestra manceba, aunque no esté enferma —le ordenó, mientras salía—. No sería correcto, y daría origen a disputas, que vos la conservarais mientras el resto se desprende de ellas.

Aquella noche, en el comedor comunal, alrededor de una mesa en la que una ave desplumada esperaba ser desmembrada y una jarra estaba llena del licor fermentado del fruto mamey, sucedáneo del vino, Juan de la Plaza se reunió con Marín de Urtubia, Jacomel Rico, Juan de Medina y otros castellanos para atar los cabos de la rebelión. La noticia de que debían despedirse de las muchachas tainas y de que se aproximaba una etapa de castidad forzada enervó los ánimos, desató una unánime repulsa. Sin oro ni mujeres, la situación era insostenible.

—Contamos con diez hombres decididos. Son más que suficientes para hacerse con la fortaleza —dijo Juan de la Plaza a los conspiradores, a media voz, mientras pasaba por su gajnate el licor de mamey—. El golpe será mañana, no bien salga el sol, antes del izado de estandartes. Yo personalmente me ocuparé de apresar al gobernador, al notario y al administrador. Marín capitaneará el control de la dependencia general, os haréis con los arcabuces.

—¿Y si hay resistencia?

—Ya sabéis cómo actuar.

—Me habéis prometido no usar la violencia.

—Y no se usará, vasco, si nadie se resiste. —Y dirigiéndose a todos los conjurados selló su pacto con estas palabras—: ¡Por Dios y por nosotros! ¡Ni reyes ni tiranos! ¡Viva el territorio libre de la Hispaniola! Grito que el resto de los presentes, por temor, no se atrevió a secundar.

Hubo alguien, dubitativo, que se atrevió a hacer una pregunta de Perogrullo: Bartolomé Biues.

—¿Nos separamos de la corona de Castilla? ¿No reconocemos ni a Isabel ni a Fernando?

—Aquí ya no reinan ellos, sino nosotros.

—Eso es la horca si nos cogen.

—Bartolomé —dijo Juan de la Plaza al poco convencido, apoyando su mano en su hombro, con aire paternal—. Nadie va a cruzar el mar Tenebroso para colocaros la soga en el cuello. Temed de mí, no de allá.

Toda la noche llovió. Lo hizo de una forma densa, pesada; enormes goterones que caían a plomo del cielo golpeaban los techos de hoja de palma, se filtraban a través de ellos e inundaban el suelo. Y ahí estaba Marín, a la luz de su lámpara, los ojos abiertos, el pergamino desenrollado entre sus dedos, mientras Juan de la Plaza y su amante, la mujer que compartían, dormían, tras la cortina, en el otro extremo de la cámara; en silencio una, como los ángeles o los inocentes libres de pecado, en su desnudez inconsciente de cuadro renacentista, con flores en los cabellos con las que se los había embellecido; ruidoso el otro, como correspondía a su recia estampa.

Se hallaba su mano detenida, desde hacía una eternidad, sobre el pergamino immaculado, la pluma suspendida con su carga de tinta que, en su estado de absorción, había goteado y dibujado redondas manchas negras. El cronista dudaba y se detenía ante lo que debía contar. No se dio cuenta de su ambigüedad moral, de su cobardía, del ofuscamiento que le producían los inevitables acontecimientos que iban a producirse, hasta que se puso a escribir la crónica diaria de los acontecimientos del Fuerte Navidad. A la hora de explicitar su traición, su mano se detuvo. ¿Había sido más fácil sumarse al barco capitaneado por Juan de la Plaza, sin darle más vueltas al asunto, que ahora narrarlo? ¿Qué iba a decir de los acontecimientos? ¿Iba a mentir por si aquellos pergaminos llegaban a manos de alguien y pudiera emitir un juicio desfavorable de su comportamiento? ¿Iba a soslayar su participación cobarde en ellos? ¿O iba a decir que se dejó convencer, que un grupo de sediciosos, a los que dio apoyo, se levantó contra la corona, contra el gobernador, y proclamó la anarquía en la isla de la Hispaniola? Comprendió lo difícil del papel del historiador, su responsabilidad. Podía mostrarse frío, ajeno a lo que narraba, hablar del profundo descontento, del nulo predicamento del inepto y titubeante Diego de Arana, que no había acertado en ninguna de sus decisiones, del odio que se habían granjeado aquellos nuevos hijosdalgos de la nada que trataban de convertirse en una nueva aristocracia del Nuevo Mundo con sus manos limpias de tierra y sangre. La historia era traición, era manipulación, la escribían los vencedores sobre los vencidos, y no dudaba en aquellos momentos del éxito del complot. Si todos morían, si nadie sobrevivía para contradecirle, si aquellos pergaminos llegaban, casualmente, a manos ajenas, muy posteriormente, nadie podría discutir la veracidad de lo que contara, ni descubrir su carácter apócrifo. Pero la conciencia le detenía la mano, como la detuvo cuando Cristóbal Colón dio su día de licencia y la fiera que todos llevaban dentro tiñó de violencia las selvas y aquel día, sencillamente, no existió, fue un hueco, un vacío en el diario de a bordo. ¿O se trató de una pesadilla?

El alba lo encontró despierto, cansado, con el cuerpo dolorido como si hubiera salido de un combate que había durado toda la noche. El combate de su conciencia, de quien tiene en su mano el poder de abortarlo todo, levantándose, cruzando la cámara y degollando al durmiente, o quien sencillamente se deja llevar por el fluir imparable de los acontecimientos.

—¿Despierto ya?

Juan de la Plaza se incorporaba desnudo de su lecho y se echaba a la cara el agua tibia de la jofaina para quitarse las legañas y orinaba sangre con un gemido mientras la amante taina se revolvió en la cama vacía, cerraba los puños, se abrazaba las rodillas.

Tomaron ambos sus corazas, las dispusieron sobre sus pechos, se ciñeron las espadas al costado, enfundadas en sus vainas, se calzaron las botas y se calaron los pesados capacetes sobre las testas. La mañana olía a frescor tras la lluvia caída, el cielo rosáceo del amanecer llevaba en sí mismo el perfume de la selva, de sus flores, sus plantas, su tierra mojada. Marín de Urtubia se dirigió al barracón de la tropa. Allí estaba ya esperando el núcleo de los amotinados, despiertos también, con las espadas en la mano.

—¡Que se levanten todos! —gritó el vasco con su vozarrón del norte.

Y a ello se aprestaron. Movieron las hamacas hasta hacer caer al suelo a los durmientes; a empellones, patadas, con gritos, amenazas, la decena de hombres decididos aventó hacia el exterior a los dormidos como a un gregario rebaño. Allí permanecieron, mientras la sorpresa trataba de vencer el sueño, y se preguntaban unos a otros el porqué del madrugón; mas no había respuesta, sólo amenaza en los filos de las espadas de los que los vigilaban, en la mirada de Juan de la Plaza, que les pasaba revista.

—¿Estáis conmigo? —les preguntó, poniéndose al frente.

—Estamos con vos, señor.

—No lo he oído.

—Estamos con vos, señor —esta vez más recio, más nutrido el coro, casi unánime, al que se

añadían, sin comprender, los que no estaban en la rebelión pero veían que era mejor estarlo.

—¿Qué sucede?

—¿A qué este revuelo?

—¿Contra quién vamos?

—Cambiamos de amo, amigos. Sustituimos a un fantoche por un hombre que tiene lo que hay que tener y nos dará lo que merecemos.

—Vamos. —Y Juan de la Plaza tomó del brazo a Marín, arrastrándolo.

—¿Adónde?

—A la cámara del gobernador.

—¿Mas no debía quedarme yo para controlar a la gente?

—Ya está controlada, ya está con nosotros. Ahora es a Diego de Arana a quien hay que ver.

Lo siguió por la plaza de armas, se puso luego a su lado. Andaban con decisión, pisando fuerte, sin miedo, con la determinación tomada y un súbito dolor comenzó a atenazar el pecho de Marín de Urtubia. El extremeño buscaba directamente su complicidad, por eso lo llevaba consigo, pero también, entonces, se dijo, él era garantía de que no se cometieran brutalidades innecesarias.

Llegaron a la cámara de Diego de Arana, gobernador de la Hispaniola. Se alzó aturdido del suelo, en donde dormitaba, su centinela Juan Vecano, el guardia personal de Diego de Arana, el monstruoso cíclope de la frente abombada y pelo de oso que cubría rostro y brazos, perro guardián que vigilaba noche y día la entrada, e hizo ademán de tomar su pica cuando vio a aquellos dos hombres cubiertos con capacetes que, espada en mano, se le iban encima.

—Paso al nuevo gobernador de la Hispaniola —le gritó Marín de Urtubia—. Daos por muerto si osáis resistir. —Y la punta de su espada le apuntó directamente el pecho antes de que su brazo se hiciera con la pica o estuviera en disposición de utilizarla.

Aquello era la historia, se dijo Marín de Urtubia, buscando la autorresignación, mientras Juan de la Plaza abría con violencia las dos hojas de la puerta de una fuerte patada.

—¿Qué ocurre? ¿Qué es esto?

El grito vino de dentro, de quien no dormía. Entró Marín, tras su amigo, y se encontró con Diego de Arana con expresión demudada bajo la luz titilante del candil que iluminaba la estancia, sin más vestido que su jubón, la barba y el escaso pelo enmarañado de alzarse del lecho, mientras trataba de distinguir quiénes se amagaban bajo los capacetes.

—¿Quién sois? —preguntó con aturdimiento, tratando de ver bajo el casco calado hasta las cejas.

—El nuevo gobernador, maldito espantajo. Daos preso.

—¡Traición! ¡Capitán...!

No lo dejó acabar la frase. Lo atravesó de parte a parte con la espada, se la hincó con tal violencia en el pecho que truncó sus costillas con estremecedor crujido, hasta tocar con la empuñadura el jubón que se teñía de sangre. Lo tuvo ensartado en su acero mientras cruzaba con él la estancia, abrazándolo, hasta la pared opuesta, mirando sus ojos desencajados, la boca abierta que se ahogaba entre vómitos de sangre, deleitándose en esos momentos el capitán Juan de la Plaza con el frío placer de su venganza que tenía lugar meses más tarde de su humillante azotamiento. Su agonía era un bálsamo por los treinta latigazos que había recibido; sus estertores, mientras se le escapaba la vida, el pago a la mucha humillación que tuvo de su mano. Sacó su acero de la enorme herida, empujando su cuerpo con el otro brazo y la pierna, y entonces lo dejó caer al suelo, muerto ya sin remisión, en donde permaneció estremeciéndose durante unos instantes de forma convulsa, alargando la mano, crispándola, mientras con voz agónica imploraba confesión.

—*Ego te absolvo*, Diego de Arana, primer gobernador de la Hispaniola. Que Dios tenga piedad de vuestra alma.



Recuperó el habla Marín de Urtubia, testigo mudo e inmóvil de la atrocidad que había tenido lugar ante sus ojos.

—Lo habéis asesinado sin piedad. Eso no fue lo pactado. —Pero no había ira en su voz, ni en su brazo violencia para castigar al homicida, sólo un lamento mientras notaba cómo la fuerza le abandonaba y su cerebro se sentía confuso.

—Ambos —le dijo, gritándole a la cara, Juan de la Plaza—, recordadlo, hemos sido ambos los que hemos hecho justicia. —Y saliendo, seguido del vasco, ordenó al perplejo centinela que sacara su cadáver a la plaza de armas, que lo llevara junto a la tropa que todavía permanecía formada junto al mástil de los estandartes.

El ansia de supervivencia operaba bruscos cambios en la forma de ser de las personas. Encontraron al notario Rodrigo de Escobedo y a Pedro Gutiérrez en la misma cámara, despiertos por los gritos que les llegaban y que nada bueno presagiaban. Entró Juan de la Plaza, sin contemplaciones, abriendo la puerta con la empuñadura de su espada tinta en sangre. Fue más rápido en reflejos Pedro Gutiérrez, se movió para salvar su pellejo en cuanto intuyó que Diego de Arana podía haber pasado a mejor vida.

—¡Viva el gobernador don Juan de la Plaza! —gritó y, casi al mismo tiempo, hundía la daga en el pecho del notario, entre las costillas, con certera puntería, dañándole el corazón, la sacaba y le segaba la garganta a continuación.

—¡Traidor! —farfullaba el segoviano derrumbándose en el suelo, dando con su cabeza en tierra.

El toledano Pedro Gutiérrez era de los suyos, pensó el capitán, ascendido a gobernador, asombrándose de su falta de escrúpulos; el toledano sería la legalidad que le hacía falta para aposentarlo firmemente en el nuevo cargo, una serpiente que no dudaba en asesinar con la misma sangre fría que él lo hacía. Nadie se lo habría dicho.

—¡Bravo! Celebro que se me seáis fiel. Vais a administrar de ahora en adelante el tesoro de la Hispaniola, don Pedro Gutiérrez.

—¿Y a esa rata toledana le habéis perdonado la vida? —le dijo Marín de Urtubia, una vez fuera de la cámara—. Alguien sin dignidad, que es capaz de matar a su padre por salvar su vida.

—No os entiendo. ¿No abogabais porque fuera clemente?

—Vuestro cinismo me espanta.

Los fieles amotinados habían prendido al galeno cuando éste intentaba escapar por la puerta del fuerte. Lo traían entre dos, con los brazos rodeando su cuello, a punto de truncarlo, y Juan Sánchez, mirando con un ojo a Juan de la Plaza y con el otro a Marín de Urtubia, imploró piedad al mismo tiempo que se deshacía en exabruptos hacia el incompetente Diego de Arana, cuyo cadáver ensangrentado, tendido en el suelo junto al de Rodrigo de Escobedo, comenzaba a ser pasto de las moscas.

—¡Soltadlo! —ordenó Juan de la Plaza, enérgico—. Si hay alguien del que no podamos prescindir es, precisamente, de maese Juan Sánchez.

—Gracias, señor gobernador —dijo, al verse libre, dirigiéndose a él, a punto de hacerle una genuflexión, como queriéndole besar las manos.

No hubo más resistencias. Todos acataron, sin reservas, la autoridad de Juan de la Plaza, y fue nombrado éste, a toque de tambor y mientras se izaban los estandartes reales, gobernador de la isla por Pedro Gutiérrez, pues no quedaba justo ni elegante que él mismo se nombrara para el cargo.

—En nombre de Isabel de Castilla y Fernando de Aragón, sus católicas majestades, os proclamo gobernador de la isla —gritó el administrador real, con voz crispada.

—Colgadlos cabeza abajo —ordenó Juan de la Plaza, señalando los acuchillados cadáveres—. De los pies.

Los cuerpos sin vida de ambos fueron arrastrados por la turba que los vapuleó y escupió, como

si los muertos pudieran sentir el escarnio, antes de rodear con la soga sus tobillos y alzarlos unos cuantos palmos. La sangre bajó hasta sus cabezas, apelmazó barbas y cabelleras, goteó en el suelo, congregó, en su charca, miríadas de insectos. Y luego la turba se entregó a todo tipo de desmanes, bebieron hasta emborracharse el licor alcohólico de frutos, fornicaron hasta la extenuación, sacando a las muchachas a la misma plaza de armas, liberaron a las apestadas tainas pues con las seis más sanas no daban abasto a su lujuria, olvidándose del peligro que ello entrañaba.

Camani contempló la escena impertérrito, alejado, en una esquina, estremecido de horror. Los cuerpos sin vida de los hidalgos castellanos se balanceaban a pocos pasos de donde la vida fluía confusa y procaz de sexos desbocados. Las paradojas. Los castellanos no eran mejores que los caribes, quizá peores que ellos. Los caribes mataban para devorar sus cuerpos, masticaban su cerebro para tener su inteligencia, les cortaban la virilidad para ser más fértiles, el corazón para heredar la valentía del difunto, pero los castellanos encontraban un placer extraño en matarse entre ellos sin obtener de la muerte ninguna utilidad para la vida. Y morían con la misma pasmosa facilidad que lo hacían ellos. No eran inmortales los semidioses, al menos entre ellos se mostraban vulnerables.

Juan de Medina intentó coger a Camani. Lo tomó del brazo mientras trataba de arrastrarlo y, ante su resistencia, lo amenazó con su daga.

—Vamos, bujarrón del demonio —le espetó, con aliento alcohólico, sobándolo—. Te vamos a dar lo que te mereces por donde te gusta.

Marín lo vio. ¿Por qué no se defendía el taino? ¿Por qué no hacía un mínimo gesto de desembarazarse de las manos del castellano?

—Suéltalo, maldito cobarde, si no quieres que te parta en dos —le dijo el vasco, y Medina aflojó el abrazo y lo dejó.

—Está bien, vasco. Sólo para vos —dijo, con burlona sonrisa.

En esos momentos Marín sintió asco de formar parte de esa horda y, volviéndose a Camani, le preguntó:

—¿Qué os parecemos? ¿Amáis a los castellanos?

—Tanto como a los caribes —fue su respuesta.

En la cámara del gobernador, mientras la taina limpiaba la sangre del suelo, Juan de la Plaza la tomó entre sus brazos y la despojó de su sayo.

—Estás más hermosa sin nada. Cierra los ojos —le dijo.

Y ella obedeció mientras el extremeño colocaba alrededor de su fino cuello un collar exquisitamente trabajado, colgaba de sus orejas hermosos aros refulgentes y pintaba, con los dedos untados en el oro en polvo del arcón celosamente guardado por su predecesor, su pecho y su vientre hasta hacer de ella una escultura dorada.

—Mi más valioso tesoro —bromeó, admirándola antes de hacerla suya sobre el suelo de la cámara recién ocupada, que todavía olía a la sangre derramada.

Los cadáveres de las víctimas del motín fueron descolgados cuando empezaban a heder y enterrados en el cementerio que crecía de forma alarmante a las afueras del fuerte y hablaba de su vulnerabilidad. Cinco tumbas en apenas cuarenta y cinco días, cinco lomas de arena por encima de las que deambulaban los cangrejos que se alimentaban de sus piltrafas excavando en aquellos montículos que convertían en cráteres.

Pasada la borrachera y la sinrazón de la dramática jornada, los castellanos comenzaban a tomar conciencia de lo que habían hecho y se preguntaban si el crimen iba a quedar impune y qué dirían al Almirante cuando regresara a por ellos. Algunos expresaban su miedo, otros empezaban a manifestar arrepentimiento, y las dudas crecían mientras se ahondaban sus diferencias entre ellos ante hechos violentos que habían destronado un orden e impuesto otro. La muerte por desmembramiento era el castigo que Castilla imponía a los traidores.

¿Desmembrarían a Juan de la Plaza o los desmembrarían a todos por cómplices?

—¿Acaso creéis que va a regresar el Almirante a por nosotros? ¡Ingenuos! —He tenido un sueño. He visto al Almirante y sus naves naufragando antes de llegar a Sevilla, tragado por una formidable tempestad.

—Y si viene, no tiene por qué saber nunca la verdad.

—A menos que alguno de vosotros se vaya de la lengua.

—No podemos permanecer aquí condenados y olvidados en el otro extremo del mundo.

—Pues me parece que os tendréis que ir acostumbrando a subsistir en esta soledad.

—Los perniles...

—Las hogazas.

—El olor de los sarmientos ardiendo.

—El placer de un pajar y una moza retozona.

Al día siguiente Juan de la Plaza convocó, a redoble de tambor, una asamblea en la plaza. Los castellanos, saliendo de todos los confines del fortín, convergieron en la plaza de armas. El viento hacía restallar los estandartes contra el mástil, el mismo viento, violento, amenazaba con desarbolar los techados de palma y lanzaba contra los rostros de los castellanos nubes de escarabajos gordos como proyectiles de lombardas que se les metían por todas las partes del cuerpo, ante los que cerraban con fuerza los labios. Flanqueaba al nuevo gobernador Marín de Urtubia, con gesto adusto.

Juan de la Plaza leyó el bando que el vasco le había redactado bajo sus órdenes. La voz le temblaba, mas no de nerviosismo, sino de la poca habilidad y escasa costumbre para la lectura del nuevo gobernador de la isla Hispaniola, un guerrero iletrado hábil en el manejo de la espada, más torpe con la pluma. Sajar gargantas se le hacía fácil, pero qué arduo leer correctamente aquellos garabatos salidos de la pluma entintada del literato. Mas debía leer, pese al esfuerzo, para ganarse el respeto de los suyos, de esas gentes sencillas que nunca habían visto la página de un libro ni sabían para qué servía, que al hacerlo, como había visto a Cristóbal Colón y al desgraciado Diego de Arana, le daba Poderío.

—Yo, Juan de la Plaza, gobernador de la isla por la gracia de Dios, nombro a Marín de Urtubia como jefe militar indiscutible. No reaccionó el vasco. Su rostro continuó con expresión hierática mientras en su interior le sonaba como retintín repugnante la frase manida de «por la gracia de Dios» con que el asesino del gobernador acompañaba su nombramiento. Repugnante cinismo. Dios no había tenido nada que ver en aquellas muertes y en aquel relevo del poder; los hombres y sus mezquinas pasiones no podían cobijarse de forma blasfema bajo su nombre.

—¿No os alegráis, vasco del demonio? Confío en vos la defensa de la fortaleza. Vos y yo gobernando a esta banda de haraganes. Vos y yo repartiéndonos el poder. ¿Qué más queréis?

—hablaba a media voz el autoproclamado gobernador de la Hispaniola, mirándolo a los ojos, ante la tropa formada, una treintena corta de hombres de aspecto patibulario, desaseados, descalzos, medio desnudos, enfermos, la imagen de cómo la llamada vieja civilización se corrompía en contacto con ese Nuevo Mundo.

Su propuesta fue aclamada con tibios vítores. No veían con buenos ojos los antiguos marinos de la *Niña* al literato; para ellos la rebelión era cosa de los tripulantes de la *Santa María*, los del norte, los que parecía que, con su carácter, llevaban la tristeza y las nieblas de su país en su cerebro. Tampoco algunos destacados miembros de la naufragada nao como Jacomel Rico y, sobre todo, Juan de Medina, al que el vasco había humillado en más de una ocasión por su actitud desafiadora, se alegraban de su nombramiento.

—Y ahora daré pública lectura a mis decretos.

El primer decreto del gobernador hacía referencia al reparto de oro de los yacimientos de la Hispaniola: a partir de ese momento no habría parte para la corona, ni para el Almirante; todo el oro que se encontrara sería repartido en partes iguales entre los habitantes del Fuerte

Navidad.

La aclamación fue general y sentida. Ahí sí hubo unanimidad. Se oyeron vítores a Juan de la Plaza, celebraron con alborozo el entierro de una injusticia sangrante.

—¡Larga vida al gobernador!

—Y ya no seremos nosotros los que vayamos a extraer el oro como esclavos, de eso se encargarán los tainos. Negociaré con todos los caciques de la isla para que así sea. Estas son nuestras tierras. Ejerceremos nuestro derecho de conquista y cada uno de vosotros, castellanos, recibiréis un pedazo de tierra fértil para vuestro cultivo, cada uno de vosotros será terrateniente con labriegos trabajando a vuestras órdenes. Haré de todos vosotros propietarios de esta isla.

Se preguntaba Marín si la sangre vertida no le habría nublado el entendimiento. ¿De qué hablaba el extremeño? ¿De dividir una isla infinita, de la que apenas conocían la brevedad del terreno que suponía una costa, entre poco más de treinta hombres? ¿Y los miles de indios que debían de habitarla? ¿Contaba con su vasallaje? Mas ¿con qué fuerza? Juan de la Plaza construía, como había hecho el Almirante, una quimera a base de sus propios sueños, tan irreales como los del genovés, aunque los suyos estuvieran envueltos en destrucción y muerte. Terminó su soflama Juan de la Plaza abriendo las puertas de la cámara en donde se guardaba el oro encontrado y repartiéndolo entre todos. Predicaba con el ejemplo, mas del arcón ya había sacado las piezas más valiosas y trabajadas, el oro más puro, dejando la morralla, el polvo, las pepitas pequeñas.

Dos hombres sacaron el cofre a la plaza de armas y la turba, delirante, se abalanzó sobre él. Parecían perros rabiosos y hambrientos mientras disputaban entre ellos por la posesión de pepitas y los saquitos de polvo de oro entre gritos. Se alzaron los puños para golpearse entre ellos, se agarraron de los cuellos, lucharon a cuchillo para dirimir el reparto. Hasta que el cofre quedó vacío, maltrecho, destrozado, golpeado una y otra vez contra el suelo por si escupía su última brizna de oro.

—Caribes —susurró Camani contemplando los desmanes de aquellos hombres, apartado de ellos—, lejano, aterrorizado por esa súbita borrachera, sopesando huir, no haciéndolo puesto que debía pasar ante ellos y la puerta del fuerte estaba cerrada.

—Venid conmigo, Marín. Quiero exponeros mis planes.

Se reunieron en la cámara del gobernador. Desde entonces ya no tendrían que compartir cuarto, ni, desde entonces, Marín tendría libre acceso a la muchacha taina que era exclusivamente de su jefe y amigo, a no ser que fuera a mendigarle que se la prestara, pero el vasco rehuía semejante humillación pese al dolor que le producía imaginar el cuerpo de su amante entre los brazos del rival.

—Iremos a parlamentar con Cuacanagari —le dijo mientras se desembarazaba del molesto capacete, dejaba la espada y se sacaba las botas para ponerse cómodo—. Vamos a convencerlos de que ellos extraigan el oro para nosotros.

—¿A cambio de qué?

—De nuestra protección, Marín. A cambio de que cuando los caribes ataquen a esas mujerzuelas, salgamos en su defensa. Será el tributo que deberán pagarnos.

—¿Por ocupar su tierra, por usar sus mujeres, por llevarnos su oro?

Clavó el extremeño su mirada acerada en su interlocutor, extrañado por sus palabras, sin entenderlas.

—No os comprendo —dijo, despacio—. ¿Con quién estáis? ¿Con ellos o con nos? No se puede estar en dos bandos, mi amigo, no se puede estar al mismo tiempo con los salvajes y con los civilizados.

—¿Civilizados? —repitió con deje incrédulo—. Gobernador, debemos, en todo momento, no mostrarnos prepotentes, no intentar humillarlos, no someterlos a la fuerza, ni herir su orgullo.

—Somos muy distintos, vasco, aunque hayamos salido del vientre de una mujer. Vos, amante del guante de terciopelo; yo, partidario de la mano de acero. La mano de acero es quien abate siempre las puertas.

—Puertas que luego, con el mismo impulso, se vuelven contra nos.

—En toda mi larga vida castrense, en todas las campañas contra infieles y sarracenos, no han sido los abrazos, las buenas palabras, los obsequios y las sonrisas los que los han doblegado, sino la punta de mi espada. La sangre hace entrar en razón, es el mejor argumento. El miedo es el patrimonio del fuerte, 1.º otro no es más que debilidad. Hagamos que los tainos sientan espanto por nosotros, más del que sienten por los caribes, y los tendremos completamente sojuzgados.

## Capítulo 16

Diluvio durante varios días. Una barrera de nubes parecía haberse estacionado sobre sus cabezas, dispuestas a ahogarlos a todos, como si el cielo fuera un fragoroso río que se despeñaba sin pausa sobre la tierra. El mal tiempo les impidió salir del Fuerte Navidad, los enclaustró en sus recintos, avivó su irascibilidad de animales enjaulados, compartiendo estrecho presidio, y demoró la visita que debían hacer a Cuacanagari para hacerle saber sus exigencias.

Mataban el tiempo los castellanos bebiendo los mejunjes alcohólicos de frutas maduras en cuya fabricación los habían aleccionado los tainos, jugándose a los dados las pepitas de oro que obraban en su poder, pero habían aparcado prudentemente el uso de sus rameras.

Ya eran tres los castellanos aquejados por la extraña enfermedad venérea que se cebaba en sus miembros y corrumpía luego lentamente sus cuerpos hasta acabar apareciendo los estigmas del mal en labios y narices, las mucosas blandas, en donde se hacía tan visible como repugnante la dolencia.

—¿Cómo siguen los enfermos? —preguntó Juan de la Plaza, que andaba preocupado y todas las mañanas, no bien se levantaba, examinaba sus partes y se miraba el rostro y la boca por si encontraba vestigios del manifiesto mal.

—Mejoran, gobernador —dijo el galeno, mintiendo a medias—. Camani me aconsejó una pócima elaborada con el agua resultante de hervir cortezas y ramas de un árbol mágico, y el remedio palia, aunque lentamente, el mal. Lo que me hace pensar los indios son buenos herbolarios, conocen los remedios de naturaleza.

—¡Brujos! —espetó Pedro Gutiérrez en tono amenazador, frunciendo sus espesas cejas—. Si estuviéramos en Castilla ya habrían sido quemados por ello.

—Lo que sería prudente, señor, sería aislar a los enfermos, no vayan a contagiar a los sanos. Sospecho que ese mal desconocido de las bubas, que es enfermedad pegajosísima que produce gran tormento, se puede coger de muchas maneras, aunque principalmente holgando con las indias. Si el sano usa las ropas del enfermo, si come o bebe en su compañía, o pone los labios en platos y tazas por el doliente usados, o duerme en su cama aspirando su aliento, manchándose con su sudor.

—¿No me habías dicho, galeno, que eran las sucias furcias las máximas propagadoras de este mal?

—Cierto. Son ellas las que reparten este mal a los hombres que con ellas yacen, y los hombres contagiados pueden, a su vez, pasarlo a mujeres sanas y éstas a hombres sanos. Es un asunto complejo, gobernador, que me tiene desbordado. Una grave epidemia, sin duda.

—Que no las toquen. Que las echen. Que las quemen, si quieren, que así seguro que no habrá tentaciones de usar de ellas. Ya ellos, aislarlos, como decís, bajo tierra si es preciso.

Fueron encerrados los tres dolientes en la mazmorra, sin grandes protestas por su parte, pues estaban tan débiles que sus piernas apenas lograban mantenerlos en equilibrio y sus brazos nada pudieron hacer por impedir el traslado. Cerrados en la angosta cámara, sin aire y sin luz, alejados del mundo, se convirtieron en los leprosos despreciados del fuerte Navidad a los que nadie quería ver, porque verlos les hacía temer que el mal se fuera con ellos, como si privándose de su molesta y desagradable visión fuera suficiente para exorcizar la dolencia. Les pasaban, una vez al día, la inmundicia, armados de palos sus carceleros para ahuyentarlos si con las manos trataban de asir sus ropas o les imploraban que se apiadasen de ellos y los dejaran salir. Un mal tan desconocido y virulento comenzó a sumir en un razonable pavor a todos los varones del fuerte Navidad que dirimían en discusiones lo que debían hacer para no cogerlo y se desapegaban de las mujeres.

—El galeno lo ha dicho bien claro, amigos. Esas putas son las causantes de esta peste —y señalaba Andrés de Huelva a las desnudas mujeres tainas que, desde que se había declarado la

cuarentena, ninguno se atrevía ya a usar, como si entre sus piernas anidara el más letal de los venenos.

—¿Y qué proponéis? ¿Desembarazarnos de ellas? Poned entonces vuestro culo, bujarrón, al servicio de la comunidad —saltó Gil Pérez, el calafate.

—El vuestro. Mujeres nuevas, más hermosas, sanas. Dejadme a mí, yo las escogeré tras catarlas a todas.

—Sí, miraremos sus encías, como a los caballos.

Mientras más interés demostraba el galeno, que andaba desbordado por el cariz de las enfermedades que los sacudían, por las propiedades curativas de las plantas de esa naturaleza salvaje y virgen que los rodeaba, por si pudiera servirle para paliar tantos males sin cura, más reacio se mostraba el taino Camani a revelar sus secretos y parecía ya arrepentido de haberle dado remedios contra las heridas.

Le había consultado el galeno a Camani, haciendo cura de humildad y sintiéndose, cómo no, profundamente humillado por tener que recurrir él, un estudioso de la Universidad de Salamanca, un discípulo del célebre cirujano Jacobo Birueles, sabio judío converso, a un ignorante salvaje, qué remedio natural había para combatir el mal de las bubas que bubosos volvía a los castellanos que insaciablemente yacían con las ramerás tainas, su principal preocupación.

Antes que nada quiso el interprete taino ver a los hombres enfermos. No se espantó al verlos y díjole al galeno que aquel mal era común entre los hombres y mujeres de estas islas y tenía fácil cura, afirmación que relajó por un instante la crispada expresión del galeno.

Le habló el taino de un árbol cuyos frutos podrían paliar tal dolencia: el *guayacán*. Y se fue a buscar los dichos frutos fuera de la fortaleza. Administró el galeno a los tres dolientes encerrados, siguiendo las instrucciones de Camani, el agua hervida con los frutos de dicho árbol, y si bien no curaron, algo mejor se sintieron en su estado de salud a medida que se alimentaban de esa pócima. Movido por la curiosidad, e intuyendo que ese mal de las bubas, que ya había aquejado gravemente al capitán Martín Alonso Pinzón por su conducta disoluta, iba a ser uno de los peores enemigos de los castellanos en su periplo por esas tierras, ordenó al indio que le mostrase el árbol mágico.

Salieron ambos del fuerte y se internaron en la selva. Caminaba delante el taino, e iba detrás, rezagado, sudoroso y boquiabierto por la falta de respiración, el galeno, arrastrando su pierna derecha que no curaba de su dolencia, y, de vez en cuando, se detenía para, con sus ojos disparejos, otear los extraños árboles, cada uno de una especie distinta, que conformaban la variada y anárquica selva. Alcanzó finalmente a Camani, detenido ante un singular árbol.

—Es éste —le señaló.

Nada hacía prever que aquel árbol tuviera medicina. Lo tocó con sus manos el galeno, deslizó sus dedos por la corteza, que estaba toda ella manchada de verde y marrón y le dio la impresión de que su madera sería fuerte y pesada; examinó luego sus hojas y advirtió la gran similitud que tenían con las del madroño, aunque las de éste eran más pequeñas y más verdes, y se sorprendió de sus amarillos frutos, que parecían dos altramuces, muy juntos unos a otros.

—Y de estas nueces sale el mágico elixir que alivia las bubas —dijo, mientras abría una con los dedos—. ¿Cómo un pueblo de salvajes e ignorantes puede saber tanto de botánica? —se preguntó, mientras regresaban al fuerte.

Tres días sometiéndose a la dieta de agua y fruta hervida operó un cambio satisfactorio en dos de los tres enfermos: las llagas no eran tan repulsivas, hacían traza de secarse, aunque el otro empeoró y parecía que bajaba rodando una montaña para encontrarse en el fondo de un valle con la parca. Tomaban también los afectados por el mal de las bubas ahumadas de tabaco, pues de esa forma se sentían más calmados de sus dolencias.

—Vos, Marín, podríais influir en ese salvaje para que me revelara todos sus conocimientos —le

imploró el galeno.

—No puedo obligarlo si él no quiere.

—Tengo la sensación de que estas gentes son avaras de lo que saben, y por ningún interés o bien que se les haga quieren manifestar cosas que puedan aprovechar a los cristianos. ¿A qué viene el que sean tan desagradecidos?

—Quizá a su hartazgo de estar siempre dando sin recibir nada a cambio.

—Marín, hijo, de veras que no os entiendo. Cuando hablo con vos tengo una sensación extraña. Si no fuera por esa barba rubia y por los ojos azules, diría que me encuentro ante un taino. No olvidéis nunca a qué mundo pertenecéis.

—¿A qué mundo? —preguntó.

En esos días en que la lluvia arreciaba con violencia, amenazando con anegar todo, y la tierra no conseguía chupar el agua caída e iba camino de convertirse en una laguna, Juan de la Plaza mataba el tiempo muerto en hacer el amor con su manceba a todas horas, sin interrupción, hasta que el cansancio le rendía el cuerpo. Encerrado con ella en la cámara, en la semipenumbra, bajo el enervante goteo de la lluvia incesante, el sensual cuerpo de la taina se había convertido de nuevo en un estimulante juguete que lo dejaba sin resuello. Se hallaba tan habituado a ella que su cuerpo, sin misterios, le parecía la prolongación del suyo.

—En la cama, sin levantarte, sin andar, eres hermosa, mi princesa —le decía mientras con el dedo reseguía el perfil desnudo de su cuerpo que aún temblaba por el ardor de la última embestida.

Juan de la Plaza se vistió y llamó al centinela que noche y día guardaba armado con pica la puerta de su cámara, el mismo que permitió su entrada cuando dio el golpe de timón en la nave varada que era el Fuerte Navidad, el peludo oso de Juan Vecano.

—Mandad llamar a Marín. Que venga de inmediato.

Su orden fue cumplida. El centinela avisó a Alonso de Palos, de la *Niña*, y éste se dirigió a la cámara que ocupaba el vasco. Abrió la puerta Camani, que, desde que el literato y el extremeño ocupaban cámaras separadas, se había ido a vivir con él en concepto de criado desatando toda clase de habladurías. ¿Qué hacía un esclavo compartiendo techo con su amo?

—El gobernador os llama.

Entró Marín de Urtubia en el aposento del gobernador tras llamar a la puerta. No había cambiado en exceso aquella cámara desde que pasara de manos de Diego de Arana al extremeño. Se mantenían los mismos muebles, se había acrecentado, eso sí, la presencia de armas de acero: colgaban de las paredes, como presuntos ornamentos, afiladas espadas, una de ellas precisamente la del finado, y estaba la cama revuelta con el cuerpo de la taina desnudo en ella. Mas había una nota de color en él, la que daban dos vistosos guacamayos posados en sendas perchas, ruidosos y parlanchines, que saludaron con gritos al recién llegado, erizando sus plumas multicolores.

Guardaba la cámara cerrada el olor de los intercambios sexuales, el perfume de los fluidos unidos al de las deyecciones de las bestias aladas. Corrían por las paredes y el techo lagartos verdes de largas colas que acechaban inmóviles que algún insecto se acercara para prenderlo con sus lenguas. No pudo evitar Marín que la mueca de disgusto de su alma le ensombreciera el rostro, que la respiración se le entrecortara mientras permanecía humillado e inerme en presencia de su jefe y rival.

—¿No la miráis? —estalló burlón Juan de la Plaza mientras los dedos de su mano derecha repiqueteaban contra la madera de la mesa en la que había dispuesto un burdo plano de las partes conocidas de la isla—. ¿Ya no os gusta? Miradla. Se vuelve más hermosa y salvaje a medida que se la ablanda con el amor. El mucho cabalgarla la hace más hermosa, acentúa sus formas, abulta sus pechos. ¿No opináis lo mismo? La tomé niña y la he hecho mujer. Vos también tenéis una pequeña responsabilidad en ello, lo reconozco.



Cruzó la estancia Juan de la Plaza y sacó del lecho a la muchacha para ponerla en brazos del vasco.

—¿Ya no la deseáis? ¿Con qué o con quién apagáis vuestra fogosidad? Tomadla. Os la cedo —le dijo riendo.

Marín permaneció inmóvil, violento consigo mismo, mientras la muchacha trenzaba sus brazos sobre su espalda y, alzándose sobre las puntas de sus pies, colocaba su rostro a la altura del suyo. Coincidieron sus ojos. No mentía el extremeño al afirmar que cada vez era más hermosa la taina. La indígena tenía la mirada turbia, la boca húmeda, la tez brillante por el sudor que el calor reinante en la cerrada cámara le provocaba. Ya no era una pasiva amante sino que se mostraba osada, tanto que había aprendido artes inusuales de los semidioses blancos. Juntó sus labios con los del vasco y así permaneció un buen rato, con la cara pegada a aquel rostro barbado, esperando su respuesta, que la abrazara con pasión, la arrastrara al lecho y la hiciera suya, pero no sucedió nada de eso y, al cabo de un rato, los brazos de Marín se deshicieron de ella, sin brusquedad pero con determinación, luchando su cerebro contra su corazón, domeñando su instinto.

—Estáis enamorado. ¡Qué fácil resulta heriros, literato! ¿Cuántas poesías habéis escrito? Conozco esa mirada, la vuestra, la de los celos.

—¿Para eso me habéis llamado? ¿Para reiros de mí?

La lluvia arreciaba fuera con fuerza. Se oía el persistente repiqueteo del agua, guiada por el viento, contra las paredes de la cámara, goteaba, filtrándose por el techo, discurriendo por los intersticios de las toscas paredes de tablones de madera, hasta el suelo, encharcándolo, aunando un aroma pesado de humedad a los muchos olores que allí reinaban. Andaban inquietos los moscones, revoloteando con pesadez y torpeza, por la estancia, correteaban por el suelo las sucias cucarachas, evitando los sordos goterones que caían del techo, rítmicos, enervantes.

—Tomad tabaco.

Le alargó el gobernador un tizón humeante de la seca hoja y la primera inhalación de su humo pareció relajar al vasco. Y aquel humo perfumado tapó como por ensalmo otros olores.

—¿Sabéis lo que me hace más fuerte que a vos?

No contestó el literato mientras tomaba asiento frente a él y la taina iba a resguardarse en el lecho.

—Mi desapego por las cosas, mi independencia. Vos, amigo, para vuestra desgracia, os mostráis apegado a este animalillo cojo, sufrís por su posesión, os destroza que alguien ajeno a vos le ponga la mano encima. Ella no es vuestra, sino que vos sois de ella, he aquí la gran diferencia. Yo únicamente amo mis brazos, piernas, mi torso, mi rostro, y los defiendo de cualquiera; vos, en cambio, dividiendo vuestro cuerpo en dos, mostráis vuestra debilidad. No soportáis esto. —Y llamándola, la hizo sentar sobre sus rodillas, la besó en la boca, le acarició el cuello rodeado por una hermosa gargantilla de oro que le había colocado, tomó ambos pechos, que aún brillaban con el oro en polvo que días atrás le había extendido por ellos, con sus manos—. Deseáis mi muerte, confesadlo, para que ella sea sólo vuestra. Por este trozo de carne sin alma, sin inteligencia, que se abre a los deseos, seríais capaz de partirme con la espada. ¿Y si la comparto con el resto de los castellanos del mismo modo como compartimos el oro?

—Os mataría.

Juan de la Plaza estalló en carcajadas mientras manoseaba a su amante.

Ni la más atroz tortura superaba en crueldad lo que tenía lugar ante sus ojos. El potro que sufriera en Sevilla le produciría risa en aquellos momentos. La ira frunció los labios del vasco, humedeció sus ojos, que llevó contra su voluntad la mano derecha a su espada. ¿Por qué, quién se decía su amigo, se mostraba tan sumamente cruel con él? ¿Era un modo de probar su fidelidad? ¿Si no lo mataba entonces, no iba a matarlo nunca? La tomaba ante sus ojos, una vez

más, sin necesidad de desnudarse, mas aquel abrazo y el gemido de la muchacha eran suficientemente explícitos para explicarle lo que sucedía. La taina se balanceaba suavemente sobre el cuerpo del extremeño mientras su boca permanecía apretada contra la suya. La odió en aquel momento Marín, levantándose, yéndose hacia la puerta, considerándola animal procaz, pero más se odió a sí mismo por el infinito ridículo que estaba haciendo.

Fuera llovía, mas no le importó. Fuera el agua cayó con toda su violencia sobre su cuerpo estremecido por la ira. Chapoteó con sus botas por el barro, recorriendo la distancia que lo separaba de su cámara mientras se decía que esa salvaje ignorante no era digna de su amor y lloraba de rabia, herido de muerte. Viajó su mente por el mar, entonces, sorteó a bordo de una nao tempestades y desembarcó en Sevilla. Estuvo buscando desesperado por sus calles empedradas y secas el palacete de su amada Leonor y, humillado, golpeó la pesada aldaba de bronce contra la puerta claveteada. Una criada le abrió; la criada a la que le entregaba los billetes conteniendo sus citas, en cuyas manos deslizaba los ínfimos pergaminos que contenían versos encendidos que brotaban directamente de su corazón y encontraban en la pluma de ganso su natural vehículo. «La señora no está —le decía—. La señora ha muerto. La señora matrimonió con un infame».

—¿Qué te ocurre?

Su rostro desencajado, entre la barba mojada por la lluvia, no precisaba de las palabras. Camani miraba a su amo con infinita pena por su estado.

—Te han envenenado el corazón —le dijo—. Pero yo no puedo sacarte esa flecha.

Y el perro *Pan* buscaba inútilmente una señal de cariño en la mirada perdida del vasco.

## Capítulo 17

Cuando los castellanos llegaron a la aldea de Cibao vieron, en la entrada, a un bizarro indio al que acababan de empalar, pues aún vivía. Atado por los brazos a una gruesa caña de gran resistencia, con cuerdas de bejuco, el infeliz se deslizaba, sin poderlo remediar, sobre el otro palo afilado que le causaba tormento y lo desgarraba por dentro causándole una gran sangría y un terrible sufrimiento que lo hacía gritar de forma espantosa ante la ignorancia de los que con él se cruzaban. Tenía ya ambos muslos untados en espesa sangre que se disputaban con voracidad columnas de gigantescas hormigas que trepaban por sus piernas y comenzaban a entrarle allá por donde su cuerpo se estaba rompiendo. Le preguntó Marín a Camani cuál era su crimen y contestó el taino que era ladrón. Pero lo que más fascinaba a los castellanos era cómo ese tormento que practicaban los feroces turcos era también común entre los tainos. La crueldad no tenía fronteras.

Andaba Cuacanagari adiestrándose en el uso de la espada que había recibido a cambio de desvelar los yacimientos de oro, ejercicios en los que consumía buena parte de su tiempo desde que la recibiera de manos del extremeño. Consideraba que había realizado un buen cambio mientras la enarbolaba, tal como había visto hacer a los castellanos, y descargaba violentos golpes contra todo lo que veía. Una arma mortífera a cambio de unos yacimientos exigüos era, sin duda, un buen negocio. Había decapitado con ella, desde entonces, incontables iguanas, pavos, mas se contenía en su deseo de probarla contra alguno de los suyos.

La comitiva de castellanos, encabezada por Juan de la Plaza y Marín de Urtubia, lo sorprendió partiendo ramas con infantil entusiasmo y ante la mirada inquieta de los suyos, que temían que un golpe descontrolado de su cacique terminara separando sus cabezas de sus troncos. Llegaban los extranjeros embarrados, las caras tiznadas de salpicaduras, tras hacer el camino que del fuerte iba a la aldea, anegado por tantos días de lluvias. Así que los vio, detuvo Cuacanagari su ejercicio de esgrima, sonrió y los invitó a entrar en su cabaña.

Estaban con él dos bellas mujeres, su esposa Samana y su hija Caney, estaba también su consejero Yabaque, un hombre de mediana edad que observaba con detenimiento cada ademán de los castellanos y miraba con insistencia sus expresiones, como si desconfiara de ellos, y Guatacán, el chamán de la tribu, taino pintarrajeado y escuálido cuyo cuerpo estaba cubierto de historiadados tatuajes rituales. Pero había también, para la extrañeza de los extranjeros, un joven taino de ademanes tan sensuales y decadentes que lo acercaban más al reino femenino que al masculino. Y no era el único. Habían visto bastantes de ellos los castellanos en la aldea, entre las mujeres. Les llamaron la atención aquellos varones que parecían no serlo, que, pese a su apariencia masculina, andaban, gesticulaban o miraban de forma tan descarada como lo hacían las mujeres y hasta llevaban por prenda las llamadas *naguas*, mantas de algodón con las que las mujeres de estas tierras se cubrían sus vergüenzas cuando llegaban a la edad de menstruar. Preguntado Camani por Marín por la naturaleza de aquellos extraños hombres, hizo el taino un gesto elocuente que no quería decir otra cosa que aquellos afeminados varones eran usados como mujeres por simple y torpe placer cuando deseaban yacer y no engendrar criaturas. Hasta en las más primitivas sociedades existían aquellos putos.

—Los bujarrones que estos degenerados utilizan para su placer —murmuró Juan de la Plaza—. Cuando no desean que de su gozo sean engendrados infantes, se ayuntan con semejantes hermafroditas. Repugnante costumbre.

Tomaron asiento en el suelo, sobre una alfombra de hojas de palma seca, a parlamentar mientras se pasaron el ritual tabaco de unos a otros y los castellanos no quitaban la vista de encima de las bellas tainas que en cueros estaban en la estancia del cacique. ¡Qué diferencia entre esos perfectos ejemplares de su raza y los que les envió al fuerte el marrullero reyezuelo! Tomó Cuacanagari una larga caña con un orificio en su centro, la cargó con el tabaco prensado,

la prendió fuego y aspiró el humo largamente antes de pasársela a Juan de la Plaza. Cuacanagari llevaba un vistoso adorno colgado del cuello, sobre sus pechos, pues su adiposidad lo hacía tener tetas como de mujer. Aguzó la vista Pedro Gutiérrez sobre el tal adorno y se quedó escandalizado por lo que vio que reproducía: un par de varones en pleno acto nefando, una escena tan burda y pecadora que le produjo hondo malestar al repostero real. Se volvió Juan de la Plaza hacia Camani, su imprescindible intérprete, y le pidió que tradujera fielmente todas sus palabras al cacique, mientras expulsaba el humo del tabaco por la boca y pasaba la caña humeante a Marín.

—A partir de ahora serán los tainos los que extraigan el oro bajo la dirección de los castellanos. Ellos subirán con nosotros a las minas. Los tainos serán los que excavarán bajo las arenas de los ríos, los que llenarán los sacos y los bajarán al Fuerte Navidad.

Cuacanagari, que escuchó atentamente la traducción del indígena de Guanahaní, no acababa de entender la obsesión por el oro que tenían los castellanos; para él era más valioso un guajolote, que se podía comer, un guacamayo que proporcionaba las plumas para adornar los cabellos, o las mismas espadas de los españoles. ¿Qué valor podía tener el simple oro que le daban los ríos al lado del acero que con su magia cortaba?

Preguntó, con astucia, qué recibirían a cambio de sacar el oro para los castellanos.

—Soy el nuevo gobernador, el cacique de toda la isla de la Hispaniola, y a cambio recibirás mi protección ante las incursiones de los caribes. Ya no tendréis que huir, porque nuestras espadas y nuestros arcabuces, los bastones que echan fuego, os protegerán de ellos. Vuestra seguridad, vuestra vida, a cambio de vuestro oro.

—¿Y el otro cacique castellano? ¿El amigo de Colón? ¿El que siempre le acompañaba? —preguntó Cuacanagari, pronunciando con envidiable fidelidad el nombre del genovés, para irritación del extremeño.

—Dile que... —se detuvo, dudando, Juan de la Plaza. No convenía que los tainos supieran que los castellanos morían, menos que habían muerto por obra y gracia de sus manos, tras luchas intestinas. Ordenó a Camani que mintiera y escuchó atentamente al intérprete por si traicionaba sus palabras—. Dile que Diego de Arana y algunos de sus hombres marcharon hacia otra parte de la isla Hispaniola para realizar nuevos asentamientos y, en su ausencia, yo soy el nuevo jefe del Fuerte Navidad.

Preguntó, también, qué nombre era ése de la Hispaniola, que constantemente oía, y cuando Camani le aclaró que así habían bautizado a su isla de Haití, el cacique mostró visible irritación, frunciendo el ceño.

Meditó Cuacanagari y, contra todo pronóstico, movió de derecha a izquierda la cabeza.

—¿Qué dice ese indio seboso?

—El cacique no lo encuentra justo y dice que sus indios no van a colaborar con los castellanos, que es suficientemente generoso dejando que se lleven el oro de sus tierras.

Se miraron entre sí los castellanos.

—No deberíais insistir —advirtió Marín a Juan de la Plaza.

—Si somos débiles con esta chusma, estamos perdidos. Hay que demostrarles a estos salvajes desnudos y emplumados de dónde venimos, cuál es nuestra fuerza, que nos teman por ello.

—Y, volviéndose a Camani—: Dile que no tiene otra opción, que no he venido para negociar, sino para dar órdenes como nuevo cacique de toda la isla, y si no obedece debe atenerse a las consecuencias. No estoy pidiendo, sino ordenando. ¿Puede comprender eso su cabeza?

—escupió, más que habló, con ostensible desprecio Juan de la Plaza.

Ni aun así el grueso Cuacanagari daba su brazo a torcer. Habló con su consejero Yabaque, con su chamán Guatacán y, tras breve discusión, hizo el mismo gesto negativo con la cabeza, desafiante, mirando directamente a los ojos cada vez más enfurecidos del jefe de los castellanos. Tomó Juan de la Plaza de uno de sus hombres un arcabuz e invitó a los notables

tainos a que lo siguieran fuera de la cabaña real. Así lo hicieron, movidos por la curiosidad que aquel extraño artefacto les producía, mirándolo con aprensión.

Había, aferrado sobre un palo, un hermoso guacamayo, sin duda el más grande y bello que se había visto por aquellas tierras, un animal de casi tres palmos de altura y erizada cresta roja que contrastaba con la elegancia del resto de su plumaje, azul turquesa o verde, según le diera la luz del sol. Era un verdadero rey de su especie. Miró el animal, con sus ojos redondos, ladeando la cabeza y abriendo el pico, del que surgieron extraños sonidos, una salutación en la lengua indígena, al iracundo gobernador que a unos pasos de él se detenía. No le dio opción el extremeño a levantar el vuelo. Fue tan espantoso que los tainos, que habían salido de sus cabañas, huyeron despavoridos en desbandada a refugiarse en la cercana selva, el chamán soltó un grito ahogado, Yabaque, el consejero, palideció hasta el punto de tambalearse y la expresión del más grande horror se adueñó de las facciones de Cuacanagari. Cuando el humo del disparo se hubo disipado, mas no el fuerte olor a pólvora, que continuó flotando, impregnándolo todo, los notables tainos contemplaron con desolación un amasijo de plumas y sangre que en el suelo había.

—Y dile, a este incrédulo salvaje, que puedo mandar el rayo contra toda su gente, matar a su esposa, a su hija y a él mismo, si no obedece.

Cuacanagari, temblando, aceptó todas sus condiciones.

Una nueva relación de poder se estableció entre tainos y castellanos desde aquel mismo momento, basada en la fuerza y en el sometimiento absoluto de los súbditos del cacique. Marín de Urtubia y hombres armados bajo sus órdenes reclutaban trabajadores entre los indios de Cuacanagari todas las mañanas y los llevaban hasta los yacimientos. Era una ceremonia humillante de la que, voluntariamente, se hurtaba el cacique, como si el no ver lo que los castellanos estaban haciendo con los suyos con su consentimiento lo eximiera de culpa. Llegaba Marín de Urtubia y a redoble de tambor convocaba a todos los varones, los hacía formar como una tropa y los inspeccionaba uno a uno, escogiendo a los más fuertes y jóvenes tras tentar sus músculos. Luego se los llevaba monte arriba, custodiados. Le repugnaba al de Leizarán aquella tarea de esclavizador, pero la cumplía con férrea disciplina.

El procedimiento para la extracción del metal, en el que eran muy duchos los tainos de la Hispaniola, era siempre el mismo: excavaban en las tierras cercanas con instrumentos de piedra, no más de dos palmos de profundidad, llenaban con las arenas las bateas y las daban a los lavadores, que eran los encargados de purgarlas en el cercano cauce del río, y allí lo lavaban una y otra vez con el agua, balanceándolas suavemente para que no escapara el posible metal precioso, entrando y sacando el agua por sus extremos, hasta que quedaba sólo el oro, por ser más pesado que la arena, inconfundible, resplandeciente, hermoso como un rayo de sol.

Eran grupos de cincuenta y los obligaban a trabajar, sin parar, desde que salía el sol hasta que se ponía. No debían descansar, no se les debía dar tregua para comer, los vigilaban los castellanos de forma implacable, y cuando alguno de ellos hacía ademán de sentarse, hacían uso del látigo para rápidamente enderezarlos.

Los tainos de Cuacanagari probaban sobre sus espaldas esa nueva arma de los hombres blancos que no conocían. No los mataban, pero sus caricias les desollaban la piel, les dejaban en carne viva la espalda y el escozor los acompañaba durante toda la jornada. No era arma letal el látigo, pero era humillante, más que los golpes con las empuñaduras de las espadas o con las manos cerradas, más que los puntapiés.

—Amigo Marín —le había aleccionado el gobernador—, quiero guante de hierro con ellos, quiero que trabajen hasta echar el estómago por la boca, que nos teman, que, en nuestras manos, se comporten como corderitos obedientes. ¿Lo habéis comprendido? No existe mayor poder que el que otorga el terror.

Era el taino un pueblo dominado por el terror de sus visitantes; primero los caribes, luego los

castellanos. Y aun repugnándole su cometido, Marín cumplía escrupulosamente las órdenes, se mostraba implacable, de acorde con su cargo de jefe militar de la fortaleza. ¿A qué se veía abocado un poeta por la fuerza de las circunstancias?

Cuando cada atardecer regresaban al Fuerte Navidad, con el cargamento de oro metido en sacos sobre las espaldas de los esclavos tainos, se efectuaba un reparto equitativo. Ahí sí era un jefe justo Juan de la Plaza. La mano de hierro con la que trataba a los indígenas se convertía en guante de terciopelo hacia los suyos. Le convenía tenerlos alegres y conformes, dispuestos a defenderlo y a dar la vida por él. Nadie había velado hasta entonces por sus intereses como lo hacía el extremeño, que lo compartía todo con sus hombres, menos a su amante, a la que mantenía encerrada en su cámara, a cal y canto, invisible a miradas extrañas, para que no encendiera el deseo de una tropa que comenzaba a estar hastiada de sus gastadas mujeres, que apenas las tocaban por el miedo que les inspiraban las enfermedades que pudieran transmitirles.

—Miradlas, amigos. ¿No son como las frutas de este paraíso? Que se pasan en lo que media un suspiro —decía Andrés de Huelva mirando a las mujeres.

—¿Qué hay de hermoso en ellas? —se preguntaba Gil Pérez.

—Sucias como las de cualquier lupanar de Sevilla —apuntaba Jacomel Rico.

—Y tan feas y desgraciadas —sentenciaba Chachu.

—Hasta viejas, pese a su edad —insistía el calafate Pérez, de la *Niña*, decepcionado como todos por una miel que se había convertido en amarga, se les había acabado atragantando.

—¿Por qué el gobernador no renueva esta ganadería?

—Quizá si las quemáramos nos darían nuevos juguetes —apuntó, brutalmente, Andrés de Huelva.

Cuando Marín de Urtubia acudió a la cámara de Juan de la Plaza, tras cuatro días de subir a lo alto de la montaña y no haberlo visto, lo encontró completamente borracho y desnudo. No se levantó de la cama al verlo entrar, en la que yacía con Canayma. Con voz torpe, lo saludó:

—Mi buen amigo. Sé de vuestros enormes progresos y lo bien que gobernáis en mi nombre a esa tribu de salvajes, lo que estáis civilizando en aras del trabajo a esos perezosos. Os felicito, de veras. Mas quisiera deciros algo.

—Hablad —Marín se mantenía en pie mientras el gobernador, tambaleándose, buscaba sus ropas y se vestía. Miraba el vasco al vacío, expresamente, pues no deseaba que su mirada se encontrara por casualidad con la de la taina. Su amor, tras el alejamiento físico, se había ido transformando en desprecio y odio.

—Bebí demasiado, por Dios. —Y, para paliar los efectos de la borrachera, hundió toda su cabeza en una jofaina en la que nadaban moscones moribundos que a ella habían caído—. Quería hablaros de Camani, de vuestro esclavo. Hasta ahora me había resultado útil, pero nunca me ha gustado, para qué vamos a engañarnos. Ese indio del demonio me mira siempre como si me estuviera juzgando. Me mira con malos ojos cuando me cruzo con él en la plaza, como si me reprobara lo que hago con los suyos, que ni siquiera son los suyos. Es de Guanahaní ese maldito salvaje ilustrado por vos, y esto es Haití.

—La Hispaniola —rectificó Marín.

—Exacto, la Hispaniola.

—No creo que os mire para ofenderos. Es la curiosidad la que guía su mirada.

—No lo defendáis. ¿Curiosidad? Ésa era la mirada que me dirigían las que yo hacía viudas guerreando en los tercios. Habláis de él como si hubierais olvidado que es un maldito indio, como si se tratara de un cristiano, y no es más que un salvaje que intenta imitarnos.

—Nos ha sido de gran utilidad.

—Nos ha sido, exacto. Pero ahora, puesto que es un taino, ¿por qué no trabaja como todos en la explotación? ¿Qué lo exime de sacar el oro como los demás?

—Él no es como los demás. Él está vinculado a nosotros. Es más inteligente que fuerte.

—Tonterías. ¿Fuerzas? Aquí, en esta isla, no hay nadie que lo sea. Él es un indio, Marín, como esta puta —y se volvió a la desnuda Canayma, que lo observaba sin entender el tono hiriente de sus palabras— es una sucia india que sirve para aplacarme. Nunca esta coja podría llegar a ser una gran señora en nuestra tierra, ni aunque la vistieras de seda. Puede ser aquí algo, porque no existe competencia, pero nada más. Imagínadla en Sevilla. ¿No os avergonzaríais de ella? Seríais el hazmerreír, literato.

—No sería justo darle un trato así —le dijo Marín, tan dolido por la ofensa a Camani como por el desprecio que demostraba sentir por la muchacha taina.

—Parecís no entenderme, mi buen amigo. Poeta, no es una recomendación, no es que esté discutiendo con vos, sino que es una orden que exige que se cumpla. Mañana quiero ver a vuestro criado en el yacimiento, con los demás, con los suyos, porque estoy harto de que nos espíe. Sabe demasiadas cosas de nosotros, sabe que matamos a Diego de Arana, sabe que somos mortales, que tenemos miedos, que sufrimos enfermedades, sabe dónde guardamos los arcabuces, no le aterroriza ni el ruido de los estampidos. Parece de los nuestros, y por eso lo detesto y hay que convertirlo de nuevo en uno de los suyos, aunque sea a latigazos. ¿Me oís? ¿Soy suficientemente claro?

Se retiró Marín y mandó llamar a Camani. Le explicó cuál era la situación y que se vería obligado a cumplir las órdenes que le había dado el gobernador, contra su voluntad.

—Soy un soldado. No sé si lo entiendes. No entro a discutir si una orden es justa o injusta, la cumplo y basta. Deberás ir con los otros al yacimiento, al menos durante unos días, hasta que Juan de la Plaza se olvide de ti.

Calló Camani, entristecido por lo que su amo le contaba. Pensó, con rabia contenida, que los castellanos eran como los caribes, tan peligrosos o incluso peores, ya que no tenían reparos en devorarse entre sí tras devorarlos a ellos. Miró a Marín y trató, esforzándose, de convertirlo en su enemigo, de verlo, látigo en mano, descargando golpes sobre su espalda, esgrimiendo el afilado acero con que le abría el pecho. Si llegaba ese momento, ¿sería capaz de alzar su mano contra él? Era un castellano, por mucho que se esforzara era un extraño, venido de no se sabía dónde, con una única ansia: el poder y el saqueo.

## Capítulo 18

Siempre se había preguntado si él, Marín de Urtubia, vasco, poeta y literato, conquistador de ese Nuevo Mundo por equivocación, como por equivocación pasó meses entre los barrotes de una prisión de Sevilla entre la hez de la sociedad antes de ir de una cárcel, el presidio, a otra, la carabela que lo llevó allí, sería capaz de matar a un ser inerme. Siempre se había contestado, ante esa pregunta, que él era de otra raza que Juan de la Plaza, que nunca llegaría al asesinato. No fue su autor, pero éste pasó por delante de sus ojos y él, como en otras ocasiones, nada hizo para evitarlo.

Tuvo su prueba de fuego. Corría el mes de abril, al menos eso era lo que decía el escurridizo Pedro Gutiérrez, el hábil repostero del reino que había salvado su vida a costa de ser feroz y traidor como una hiena, quien llevaba las cuentas del calendario, quien se asomaba de vez en cuando a la boca de la bahía con la vana esperanza de ver entrar un ejército de carabelas por ella y traicionar a su nuevo señor.

Atravesaban lo que parecía una transitoria estación seca, con poca lluvia y un calor insoportable. Como todos los días, habían partido al alba, dos horas más tarde llegaban a la aldea taina y Marín realizaba su leva cotidiana de los cincuenta hombres que precisaba para remover las piedras y las arenas del lecho del río. Estaban aquellos esclavos, desfallecidos, bajo un sol de fuego, trajinando con el agua hasta media pierna, en silencio, bajo la mirada atenta de sus guardianes castellanos.

Dos tainos, dos hermanos al parecer, poco más que adolescentes, agotados por el esfuerzo, decidieron sentarse en la orilla y Jacomel Rico se dirigió a ellos:

—¡Vagos redomados! ¡En pie! —Y la lengua del látigo les azotó con violencia la cara una y otra vez, secos restallidos que azularon sus mejillas, brazos y torsos, hicieron brotar cientos de pequeñas gotas de sangre de su piel ulcerada.

No se movieron bajo la lluvia de latigazos, se limitaron a cubrirse la cara alzando los brazos, ni gimieron, pero no volvieron al trabajo.

—¡Malditas bestias! Levantaos.

No lo hacían, y el resto de los tainos, que habían dejado sus aperos en el río, miraban con consternación y rabia aquel estallido de violencia.

—¿Qué demonios ocurre? —intervino Marín, yendo hacia ellos—. ¿Por qué no se reincorporan al trabajo?

Hablaron al ceñudo castellano de la barba rubia y los ojos azules en su idioma. Fueron comprendidos, en parte, pues Marín, de su trato con Camani, había aprendido algunas palabras.

—¿Volver a la aldea? No lo habéis entendido, ignorantes. Sois esclavos —les dijo el vasco—. Y los esclavos no tienen gobierno sobre su cuerpo. Cuacanagari, vuestro cacique, os ha entregado.

—Los haré volver al río aunque destroce el látigo —dijo Jacomel.

Ocurrió algo que dejó perplejos a los hombres blancos que custodiaban al grupo de trabajadores tainos. La punta del látigo, antes de estrellarse por enésima vez contra la castigada espalda, fue sujeta por la víctima que, levantándose, tiró con tanta fuerza de él que hizo caer a Jacomel Rico, más por la sorpresa de la reacción que por otra cosa. Y aquella arma humillante, cubierta de piel y sangre, fue arrojada lo más lejos posible y cayó por un cercano barranco.

Jacomel Rico se incorporó, tras la sorpresa, y reaccionó fuera de sí, con violencia. Desenvainando su cuchillo, se abalanzó sobre el que lo había humillado y lo hundió con todas sus fuerzas una y otra vez en su pecho hasta desplomarlo. A su hermano, de un rápido tajo, le sajó la garganta y el infeliz cayó de bruces contra el lecho del río y se ahogó en su propia sangre.

—Me desobedecieron —dijo, al tropezar con la mirada severa de Marín de Urtubia, que lo



había contemplado todo a corta distancia, sin intervenir.

—No os honra acuchillar a dos pobres indios inermes, Jacomel.

—Son nuestros. Nos pertenecen.

—¿Y matarías a un perro porque fuera vuestro, sin más? Sacadlos del río.

Jacomel los tomó por las axilas y los dejó en la orilla mientras el resto de los tainos, mansamente, volvían al trabajo bajo la atenta mirada de los castellanos. Observó Marín los cuerpos sin vida y sintió horror de sí mismo al no experimentar por aquellos infelices asesinados pena ni ira, y asco al no haberlo evitado. En aquellas tierras se mataba con una facilidad pasmosa sin rendir cuentas a nadie. El mundo se descomponía a su alrededor y él se limitaba a permanecer al margen, sin intervenir en los acontecimientos, sin enmendarlos. La misma parálisis le había sobrevenido cuando colgaron a Reynal y cuando Juan de la Plaza ensartó en su espada a Diego de Arana. Pensó si su actitud no respondía quizá a un profundo egoísmo y si su conciencia no se hallaba dormida después de tanta barbarie. Escudriñó a los silenciosos tainos, trató, sin éxito, de distinguir sus miradas bajo los largos cabellos que les cubrían la cara. Encorvados y menudos, no levantaban la vista del lecho del río, no demostraban la más mínima ira. ¿Cuántas humillaciones y vejaciones estaban dispuestos a soportar? Era imposible que continuaran adorándolos como dioses, el odio tenía, por fuerza, que arañar su corteza de miedo. Se paseó junto a ellos. No lo miraron. Y si lo hicieron, él tampoco sabía leer en sus rostros. Era ésta una raza impasible que difícilmente exteriorizaba los sentimientos y las pasiones como solían hacer ellos.

—¡Bestias infelices! —les gritó—. Trabajad, trabajad sin descanso, si no queréis morir.

Y restallaron con violencia los látigos de los castellanos sobre las espaldas mientras el agua se llevaba ladera abajo la sangre de los tainos asesinados.

Camani figuraba en aquella leva de trabajadores forzados. El de Guanahaní pasaba desapercibido entre los súbditos de Cuacanagari, uno más de la cincuentena. Su espalda tampoco había escapado de la furia del látigo. Alguien se había cebado especialmente en ella, rabioso de haberlo visto durante tanto tiempo pululando por el interior del fuerte Navidad con prerrogativas que no le correspondían y le había ajustado las cuentas. Llevaba dos señales sangrantes en la espalda, fruto de dos terribles trallazos de castellanos que, a falta de acémilas a las que azotar, lo hacían sobre ellos.

—¿Quién te ha azotado? —le preguntó Marín.

Fingió no oírlo. Tomó agua en su cuenco, la agitó con fuerza, la desaguó de nuevo en el río tras retener la tierra, simple arena, ni una brizna de oro. ¡Inútil trabajo!

—¡Mírame!

Y Camani dejó de trabajar para fijar sus ojos en él.

No había ni ira ni desprecio en su mirada serena, que habría sido lo fácil. Era la mirada que tanto irritaba a Juan de la Plaza, la del juez implacable, los ojos que, como en un espejo, le remitían su propia imagen de brutalidad con su silencio.

—¿También me matarás si abandono el yacimiento?

—No podemos tolerar la desobediencia —le dijo Marín, aunque sin convicción—. De la misma manera que vosotros os mostráis implacables con los ladrones, nosotros lo somos con los rebeldes.

—Ya no puedo considerarte mi amigo.

Y siguió trabajando.

Cuando se calmó su ánimo, Marín sintió vergüenza de sí mismo. Tembló, asqueado, y se mesó con desesperación sus barbas, tirando paulatinamente de ellas, hasta hacerse daño, tratando de arrancarse la piel. Fieras eran y como fiera se comportaba él, exactamente igual que los demás, de su misma calaña, tan despreciable como los que se ensañaban con el látigo y hundían cuchillos en cuerpos inermes.

Juan de la Plaza se presentó con hombres armados a media tarde, para supervisar los trabajos. Vio los cadáveres de los tainos y preguntó lo que había sucedido.

—Intentaron huir.

—¿Y los mataste? —Jacomel se encargó de ellos. Mató a dos indefensos tainos. Imagino que os da lo mismo.

—Os felicito por saber mantener la disciplina ante todo.

—No se felicita a los asesinos.

—Vos y vuestras absurdas ideas de considerar a todos los nacidos iguales. Estáis alterado. ¿La sangre fresca os excita?

—Me produce náuseas. Yo mismo me doy arcadas.

Los tainos, al atardecer, bajaron una carga más pesada que el propio oro: los cuerpos de los dos hermanos muertos. Cuando llegaron con ellos al poblado se produjeron escenas de desgarrado dolor. El padre y la madre de los muchachos salieron gritando de entre la multitud. Ella se destrozaba los pechos arañándose con las uñas largas de las manos y él se golpeaba la frente una y otra vez contra una roca hasta ensangrentarse toda la cara y perder la conciencia.

—Me quedo con ellos —dijo Camani.

—Tu lugar está en el fuerte —repuso Marín.

—Ahí sólo está el vuestro.

—¿Y si te obligo?

—Tendrás que matarme.

Aquella noche Marín de Urtubia se sintió particularmente solo mientras tenía la sensación de que algo se estaba rompiendo: el vínculo que lo unía a aquellas gentes. Su cámara, sin la presencia de Camani, parecía huérfana. Bebió alcohol, rancio licor contenido en vasija de barro, tragó las moscas que flotaban en su superficie, sin importarle, bebió tanto, de un solo trago, que se inundó la barba, que trastabilló cuando intentó alcanzar el camastro, cayó al suelo, dio de bruces contra él, se abrió la frente y escupió un chorro de sangre.

—¡Canayma! —gimió, acariciando el tosco suelo de palma trenzada, hundiendo la mano en su calzón, mientras se arrastraba hacia el catre.

A la misma hora en la que Marín de Urtubia se debatía en el jergón, sin poder encontrar la calma, en la aldea taina tenía lugar una extraña ceremonia tras la inhumación de los cadáveres de los dos hermanos, enterrados a los pies de dos hermosos árboles de brasil cuyas raíces se alimentarían de sus cuerpos y a través de los que iban a ser eternos, pasarían a formar parte de la selva mágica.

Se hallaban reunidos los varones de la tribu, dos centenares de jóvenes aguerridos, concentrados en su plaza central, junto a la cabaña de Cuacanagari, formando un corro, entrelazados todos por los brazos, y giraban una y otra vez, alrededor de la hoguera que crepitaba con fuerza, alimentada por ramas secas. Estaba en su centro, junto al fuego, el chamán Guatacán, pintarrajeado todo su cuerpo, la cabeza empenachada de plumas y con un recipiente de barro en la mano, que estuvo danzando también, aunque su ritmo era distinto, más lento y solemne, y en un momento determinado tomó de un trago el líquido de la vasija, sangre espesa de serpiente, de la sagrada *anaconda*, la que reinaba en los ríos, la que con sus anillos era capaz de estrangular hombres y bestias y engullirlos luego enteros. Bebió la bebida ritual de un trago y profirió gritos espantosos mientras se hincaba de rodillas y ponía sus manos sobre las llamas. No se quemaba. El fuego acariciaba su piel, pero no la prendía, ni el dolor le hacía retirarlas mientras el corro de tainos gemía de forma amenazadora, estrechando el cerco. El chamán retiró los brazos y los mostró. Ni la más leve quemadura, mientras un murmullo de asombro de los que se rendían ante su magia lo acompañó en su andar gesticulante, a saltos. Rugió, agitó los brazos, como zarpas de leopardo, caminó a cuatro patas y atravesó raudo la hoguera, por su centro. Luego alzó los brazos, delgados y largos como sarmientos, hacia el cielo

y vomitó, con los ojos en blanco, rechinando los dientes, en estado de trance, y habló con Guabancex, el dios supremo, el de las victorias.

—¡Que nuevas enfermedades sigan diezmando a los castellanos! ¡Que sufran en sus carnes el dolor que nos infligen! ¡Que se pudran sus cuerpos lentamente!

Y el coro respondió a una voz:

—¡Que así sea!

Y dentro de aquel coro de tainos enfurecidos por la muerte de dos de los suyos, que reclamaban venganza divina, estaba Camani. Gritó el indio de Guanahaní, alzando los brazos hacia el cielo, y pidió la muerte de los castellanos, de todos sin excepción.

Lenta, inexorable, la naturaleza se cobraba su tributo de vidas y lo hacía de forma injusta, cebándose en quien menos lo merecía. ¿O era la ira divina de Guabancex? Bartolomé Biues, marino de la embarrancada *Santa María*, natural de Santander, quien cazara de una pedrada una de esas bestias emplumadas que cayó como plomo en mitad de la cubierta cuando el olor de tierra llegaba antes a la imaginación que a la nariz de los navegantes, rebelde a su pesar, pacífico entre la turba de violentos, tuvo la desgracia de quedarse dormido bajo una especie de manzanillo de pequeños frutos verdes de rayas negras, sin percatarse de que sus rugosas hojas, casi negras, destilaban una cera blanca y pegajosa que le cubrió el pecho y le produjo un sinfín de ronchas, como quemaduras de aceite hirviendo, que muy pronto comenzaron a llagarse y a supurar haciéndolo delirar presa de altísimas fiebres. Descubierta por sus compañeros, que no se explicaban que descansar bajo un árbol de apariencia pacífica y hermosa pudiera ser tan letal, fue llevado en volandas al fuerte.

El galeno, desconcertado por las llagas que cubrían todo su cuerpo, no hizo otra cosa que sangrarlo, y su sangría empeoró más su estado. Aquel jugo que había caído sobre su cara y su cuerpo devoraba su piel y se comía su carne, perforándola, y el infeliz, con los ojos quemados, con los labios tumefactos, deliraba pidiendo a gritos que alguien se apiadara de él y lo degollara.

—Se muere sin remisión —dictaminó abatido el galeno, encogiéndose de hombros, dejándolo, mesándose con desesperación los desordenados cabellos y la blanquecina barba—. ¡Cómo una simple savia puede quemarlo de esta manera! —gritó, furioso por no encontrar explicaciones a casi nada de lo que sucedía—. ¡Dios mío, Dios mío! Si estuviera aquí ese maldito taino... —se lamentaba, buscándolo inútilmente.

—¡Matadme, os lo suplico! ¡No seáis cruel conmigo! ¡Me abraso! ¡Santo Dios! ¡Me abraso! —suplicó el doliente, ciego ya, tendido en el suelo.

—No me pidas eso, hijo. Yo no puedo privarte de lo que Dios te ha dado. No busques mi condenación. Fue Andrés de Huelva, con lágrimas en los ojos, quien se encargó de su cuerpo y evitó mayores sufrimientos. Le apretó el cuello con ambas manos, con todas sus fuerzas, hasta que oyó cómo se quebraban sus vértebras mientras el galeno miraba hacia otro lado, y se alejaba luego lívido del lugar.

—¡Que Dios me perdone!

Dos días más tarde fue Antón Calabrés quien fue a quejarse a Juan Sánchez de un fortísimo dolor en el oído que le hacía perder el equilibrio.

—Siento un gran ruido dentro, galeno, un zumbido que me impide dormir, que me enloquece —dijo abriendo mucho los ojos, aterrorizado—. Hay algo dentro.

—¡Malditos seáis! —gritó Juan Sánchez, desbordado por los acontecimientos—. ¡Os ponéis todos enfermos a la vez!

Observó el oído dañado, acercó el suyo, para ver si escuchaba algo, y retiró la cabeza preocupado mientras sus ojos extraviados se perdían, ambos, en el vacío de la cámara.

—¡Dios mío! —suspiró, estremecido de terror el galeno.

—¿Qué es? ¿Decidme? ¿Qué tengo dentro?

—¿Habéis dormido en el suelo?

—No, señor.

—¿Siempre en la hamaca?

Se detuvo a recordar, preguntándose qué importancia tendría ese nimio detalle.

—Hace un par de días holgué con una taina y luego me quedé dormido en el suelo.

—¡Infeliz! Mientras dormías, un repugnante insecto, puede que una de esas inmundas cucarachas, entró en tu oído y creo que ha parido.

—¡Qué decís! —gritó, con incredulidad, sacudiendo con violencia al galeno—. ¿Qué me estáis diciendo? —gimió, soltándolo, llevándose la mano al oído invadido y luego, con la mirada perdida, los pelos de la cabeza erizados, tomándolo de ambas manos—. ¡Sacádmelo, por Dios! ¡No me dejéis así!

—¿Y qué queréis? ¿Que os meta un cuchillo ahí? Probaremos con agua caliente. Quizá la matemos.

Probaron con agua caliente. Con un embudo, sujetándolo entre varios, le inyectaron aquel líquido para matar al maligno huésped. Gritó como un desesperado, pero el remedio no surtió más efecto que achicharrarlo por dentro y dejarlo sordo. Aquella noche el zumbido del insecto fue aún mayor, una vibración insoportable, una mordedura mortal, y Antón Calabrés corrió despavorido entre las hamacas, provocando el pánico y la ira de los durmientes. Salió a la plaza de armas, se revolcó en el barro presa del dolor y la angustia, y se echó las manos al cuello, para estrangularse.

—¡Un cuchillo, galeno! ¡Un cuchillo, por Dios!

—¿Estáis loco? ¿Queréis que os mate?

Utilizó Juan Sánchez un afilado punzón. Nuevamente lo amarraron con bejucos, para que no se moviera, y entre dos hombres inmovilizaron su cabeza mientras el galeno procedía a hundir el delgado hierro en el oído. Chilló de forma salvaje, pataleó, puso los ojos en blanco, tal fue su dolor que perdió el sentido y entonces el galeno pudo trabajar a sus anchas. Quien estuviera dentro de aquel oído debería de haber muerto, hasta juraría él y sus aterrados ayudantes que asistían a tan repugnante operación que oyeron el chasquido de la cucaracha rompiéndose en su interior y que, con la abundante sangre que salió del oído, iban trozos de su repugnante cuerpo, patas largas y velludas.

Ni por ésas curó el infeliz. Iba dándose cabezazos contra las paredes, se automutilaba con un cuchillo dedos y brazos para olvidar el tormento del aleteo, real o imaginario, que tenía en el cerebro.

—¡Me come los sesos! —gritaba, en medio de la noche, revolcándose en el suelo, hasta que sus compañeros, a patadas y a golpes, se deshacían de él y lo arrojaban al exterior.

Duró su extraña locura una semana, y al final de la misma murió. Lo encontraron en postura plácida, sonriendo, mientras cientos de pequeñas cucarachas salían de su oído putrefacto, corrían por sus mejillas.

—¡Dios mío! ¡Pobre Antón Calabrés!

—¡Maldita sea esta tierra! ¡Esto es el infierno!

—Cosa del demonio parece. Lo enterraron de prisa, tan pronto que Juan de la Plaza, encerrado en su cámara, borracho, drogado por el tabaco, no fue informado de ello. Ocultó el galeno esta última defección al gobernador por miedo a su ira, para no ser tachado de nuevo de incompetente, pero eso no impidió que el terror se adueñara de todos los durmientes del fuerte Navidad que, cuando se echaban en sus hamacas, las inspeccionaran antes buscando aquellos malditos animales y se taponaran los oídos con trozos de algodón, que, en cuanto las veían por las paredes las exterminaran y trataran luego de descubrir sus nidos. Tarea inútil si no quemaban todas aquellas maderas corruptas, el techado de hojas de palma en donde se emboscaban y desde el que caían. El fuerte estaba infestado por aquellos insectos, los había a

miles, se multiplicaban más que las ratas.

—Gil Pérez.

—¿Qué?

—Sois calafate.

—¿Y?

—Talandos unos cuantos árboles de caoba, ¿os veríais capaz de armar un barco?

—Estáis loco, Alonso de Palos.

—El tonelero se ve capaz de montarlo, sólo tendrías que calafatearlo.

—¿Para ir adónde?

—A Sevilla.

—No llegaríamos a ningún sitio. Nos perderíamos en el mar Tenebroso. Nos devorarían sus monstruos.

—¿Acaso no nos devoran aquí, lentamente? ¿Sabéis de qué tengo miedo? De que estemos sufriendo un castigo, de que Dios nos haya abandonado por asesinar al gobernador.

—No lo matamos. No fuimos nosotros. Ni lo sabíamos. Fueron los de la *Santa María*.

—Pero lo consentimos.

El gobernador se le presentó aquella noche a Marín de Urtubia acompañado por los dos indios acuchillados en el yacimiento aurífero. Abrieron los tres la puerta, en silencio, se plantaron ante su camastro, aguardaron sin decir nada, hasta que el vasco abrió los ojos por el hedor del cadáver. Le sobrecogió su visión mientras el pulso se le aceleraba y permanecía quieto, sin poder reaccionar, sin ni siquiera coger la daga que escondía bajo su colchón de hojas de palma: Diego de Arana tenía la piel grisácea, había perdido el poco pelo que le quedaba en la cabeza y la barba se le había tornado roja de sangre. Iba desnudo, pero la carne había caído y mostraba un costillar renegrido bajo el que se intuía un corazón de corcho, del mismo aspecto que tenían algunas reliquias de santos. Los indios, en cambio, iban vestidos, como castellanos, con elegantes botas, talabartes y sombreros con plumas bajo los que salían sus luengos cabellos. Nada le dijeron mientras Marín permanecía sentado en su lecho, aterrorizado e inmóvil. Tan silenciosos como habían llegado, marcharon, sin abrir la puerta, pasando a través de ella. Y el perro *Pan*, despierto, el pelo del lomo erizado, ladró por primera vez en su vida.

## Capítulo 19

Los efluvios del alcohol lo habían domeñado, finalmente, amansándolo. Aquel licor infernal, de frutas maduras, textura espesa y sabor dulzón, legado de los tainos que, como el tabaco, era asimilado con gran rapidez y entusiasmo por los semidioses blancos de luengas barbas, empezó a estallarle en la cabeza aquella tarde de domingo, el día del Señor, cuando fueron encadenando vaso tras vaso, regando gargantas que se secaban en el fragor de la conversación. Recuperaba antiguas borracheras en tabernas sevillanas, artificios de pronta como fugaz alegría, sustituyendo néctar de uva por licor de mamey, la fruta del amor, la que estallaba en la boca, llenándola de sabores, no bien se hincaba el diente en ella y apremiaba a que se la devorara. Era domingo, el segundo del mes de mayo, como Pedro de Gutiérrez, vigilante del calendario y administrador del tesoro de la isla, se había encargado de precisar tras dejar vagar la vista por la bahía, no viendo más resto de carabelas que el fantasmal esqueleto varado de la *Santa María*, que resistía heroicamente a los elementos. Domingo, la fiesta, el día de ocio, cuando tainos, ellos sin saber por qué, y castellanos estaban exentos de un trabajo en una mina agotada que cada vez se mostraba más remisa a darles el poco oro que albergaba, del que hacían fiesta de guardar, siguiendo la tradición, para no perder de vista de dónde venían. Un domingo hecho para pecar, sacrílego.

—Otra copa. Quiero que desaparezca esa mirada de cordero degollado que tenéis, vasco del demonio, y que tu lengua sea dicharachera —le dijo, pasándole el brazo por el hombro, acercando tanto su boca a su oreja que parecía que fuera a morderla. No la rechazó. Bebió por un extremo del cuenco mientras Juan de la Plaza lo hacía por el otro, y chupó luego la punta del canuto de tabaco que ardía entre sus dedos, hojas secas, prensadas y enrolladas sobre sí mismas, avivando el rubí incandescente de su extremo. Pasó el humo al pulmón, ya sin toser —la mucha práctica lo había hecho habilidoso fumador—, de éste al cerebro y de allí a cada uno de los rincones de su cuerpo. Flotó más intensamente a cada nueva bocanada y halló placer y tranquilidad en ello como antes no lo había experimentado. Fue perdiendo, paulatinamente, la conciencia de las cosas, y fue arrastrado a un mundo irreal mientras la cabeza le daba vueltas y sus pies dejaban el contacto con el suelo. La lámpara de aceite de coco —aquella fruta redonda, tan dura como las balas de un cañón, tenía un sinfín de utilidades, y una de ellas era ésta, la de proveer aceite, como otra era hacer de copa— iluminaba un extremo de la habitación y sumía en una especial semipenumbra al resto mientras las docenas de cocuyos que revoloteaban parecían estrellas fugaces. Aquella luz cálida, velada por la cortina de humo, confería una especial tonalidad a todo cuerpo y objeto que fuera acariciada por ella. Luces y sombras sobre el paisaje de una piel desnuda de la que no podía desviar la mirada y sobre la que la llama ejercía una caricia intermitente. Pensó en la pintura, en el arte de los maestros del pincel, en la magia de los artistas que con un par de trazos en un lienzo eran capaces de imprimir luz y oscuridad, mucho más importante, desde su punto de vista, que el color, la perspectiva, el tema. Los artistas también eran magos. Durante su vida conventual, que si no lo acercó a Dios, porque su vocación era débil, sí lo familiarizó con los latinajos de los sacerdotes y las lecturas de los palimpsestos, había llegado a ver muchos cuadros colgados de las paredes de los refectorios y las iglesias: bodegones de frutos maduros, vírgenes de un pecho desnudo, anunciaciones bajo alados ángeles, anacoretas hablando con calaveras, retratos frailunos, paisajes de ensueño que lo remitían al presente, pero ninguno podía acercarse a la belleza del cuadro que estaba viendo. Por eso las nalgas de ella, tomadas por rudas manos, tenían ese tono miel que las hacía exquisitamente tentadoras y hermosas, un cuadro en relieve enmarcado por la penumbra de la cámara, el centro que fijaba la pupila de su ojo. Si fuera pintor imprimiría sus trazos en el pergamino de las crónicas que escribía, pensaba, lamentándose de sus nulas aptitudes para el dibujo. ¿Qué podía ser más bello y perfecto que aquel culo magnífico que culminaba los gruesos muslos de Canayma, nalgas simétricas de

perfecta curvatura terráquea, esculturas del deseo, tentación de fecundidad en donde los dedos se hundían y podían moldearlas como quien da forma al barro? Al lado de ese paisaje de formas suaves, ¿qué valor tenían los guacamayos, las playas, las palmeras y las doradas arenas? —¿Qué os gusta de ella? Decid, que quiero comprenderos.

Tras un momento de silencio, pensando:

—Sus ojos.

—Mentís, bribón. No son sus ojos los que os derriten.

Los miraba como poeta, y como tal transmutaba la realidad, actividad en la que ya estaba avezado. Aquellos dos brazos, fuertes, nervudos, surcados por cicatrices, la tenían sujeta con firmeza por la cintura, y las manos, entrecruzadas, se deslizaban suavemente por la deliciosa culminación de su espalda, tomándola. La anestesia de tabaco y alcohol lo libró de todo dolor cuando el cuerpo redondeado y breve de la mujer comenzó a moverse en una danza sincopada por lamentos; la música del placer no le hirió esta vez el corazón, quizá por esa extraña e irreal atmósfera que ambos habían creado antes en la cámara del gobernador, bebiendo y hablando de lo que jamás se habrían imaginado que hablarían, recuperando por un instante la camaradería perdida: de su pasado, de sus padres, que los tuvieron, de sus ilusiones infantiles —pues Juan de la Plaza también tuvo una época en la que fue niño—, de una relación que mató completamente el corazón del extremeño y lo incapacitó para amar antes de abrazar su oficio de armas.

—Mi padre era un hidalgo. Sí, no os riáis. Aunque nunca me reconoció. Fui su único hijo. ¡Maldito egoísta! ¿Creéis que palió la pobreza de mi madre? En absoluto. ¿Que se encargó de mi educación? No. Yo era un niño pobre, que jugaba entre la mugre, mientras él hozaba con mi madre en el cuarto de al lado, satisfaciendo deseos a los que su seca e infértil esposa se negaba. No me avergüenzo de ella. Siempre adoré a mi madre, nunca me abandonó a pesar de que era una carga. A ella sola quizá la habría acogido, poniéndola de sirvienta a su disposición en alguna cámara de su caserón, pero a mí me detestaba, quizá porque veía en mi cara sus rasgos. Respeté a mi madre, pese a que su existencia fue desgraciada, no vivía como cristiana. Nada hice en vida que pudiera dolerle, esperé a que muriera, y lo hizo pobre y miserable, pero hermosa, enferma de una extraña dolencia que le hacía escupir sangre cada vez que tosía. Murió sin que quien era mi padre hiciera nada por aliviar su situación, abandonada por él en cuanto ya no le sirvió para sus fines. La enterré con mis manos, cuando tenía dieciocho, cavé su fosa, la amortajé, prensé la tierra sobre su cuerpo. ¿Y sabéis qué hice a continuación?

—¿Ajustar cuentas con vuestro padre?

El licor no tenía fin. Siempre había. El cuenco vacío del pequeño coco, el burdo recipiente de exterior peludo que el poeta transformaba en copa en ese festín de sentidos, siempre permanecía lleno, como el tizón de tabaco siempre ardía iluminando sus rostros, los tres rostros.

—Exacto. Lo esperé emboscado, enmascarado. Maté al guardián que lo acompañaba, en un instante, y me contenté con la cara de terror que puso mi progenitor, tuve suficiente con ello. ¡Cómo me rogaba por su vida, el miserable! Sin saber que el que lo apuntaba con la daga en el pecho era su hijo, el producto de uno de sus instantes de placer. Ese día murió él, sin saberlo, por su propia humillación. No, no lo maté. Luego me eché al mundo, a descubrir tierras, me hice espadachín, fui el más rápido truhán de taberna, un pendenciero de espada rápida en cuanto se ponía en juego mi honor. ¿A cuántos rivales despaché en duelo? Me faltan manos para contarlos. Las mujeres se volvían locas por pasar por mis brazos. Iba afeitado, me cuidaba, me vestía de forma elegante y con el dinero que conseguía en el juego, con los doblones, encandilaba a las mujeres con costosos regalos. ¡Qué débiles son ante ellos! ¡Lo que hace una gargantilla de oro en un cuello de cisne! Tendrías que verlas, cómo eran. Bellas, suaves, oliendo a fragancias celestiales, las pieles más pálidas que puedas imaginar, las formas más marmóreas,

puro delirio. Caían rendidas a mis pies, ni una sola se me resistía.

—Pero cambiasteis. Vuestros gustos se hicieron más vulgares, el carácter más brutal.

—Sí, amigo, y ahí seguro que vos, poeta, me comprenderéis y os alegraréis pensando que vos no sois el único estúpido en este mundo. Me enamoré de la mujer equivocada, de la mujer inalcanzable, de alta alcurnia, la hija de un noble emparentado lejanamente con la realeza, tan bella como pérfida, que me utilizó. Me daba sus favores con una generosidad a la que no estaba acostumbrado, llegó a enloquecerme con ellos; era la amante más apasionada, la más procaz mujer que he conocido salvando las presentes, mi amigo: untaba su cuerpo en aceites perfumados para darme más placer. Pero nada era gratis. Había que matar a alguien, a un noble al que odiaba, al que debía yo eliminar para ella librarse de un compromiso de boda que detestaba. ¿Él o yo? Y fue él, claro. Un callejón oscuro, un embozado, una puñalada certera en el corazón y luego la traición, la delación. Vinieron a prenderme los alguaciles, pero salté por el balcón de la posada y ya no paré de correr por media España hasta alistarme en los tercios, y allí, guerreando, amigo Marín, me hice un hombre, me libré de todo, me amé a mí mismo, que es lo que vos deberíais hacer, literato.

Mientras volvía a escuchar las confidencias de Juan de la Plaza, aquellas nalgas color miel se movían bajo manos que las acariciaban y alguien se lamentaba quedamente por ello y gracias a ello. Se oían los besos, los furiosos gemidos, hasta cómo los cuerpos entraban el uno en el otro y quedaban trabados por la fuerza del abrazo. Y luego, la tensión del silencio sólo rota por la respiración jadeante, por la reprimida risa convulsa, por el susurro furtivo.

Sudaba Marín, borracho de licor y humo, mareado por el calor, mientras se desplomaba con la última aspiración de humo de tabaco antes de quemarse los dedos, y apenas acertaba a desnudarse, a bajarse el calzón, sacarse las botas, abrirse el jubón para sentir, golpeando el pecho, su corazón, con ansiedad, alargándose el instante de espera hasta el infinito. Pensó, en el forzado interregno, en la Mascarpone, una bella italiana de encendidas mejillas, puede que la cortesana más hermosa, una modelo cuyas exquisitas formas marmóreas, un canon de clasicismo, habían enloquecido los pinceles de muchos pintores antes de que decidiera pasear su cuerpo por decenas de camas gloriosas a cambio de muchos doblones. La amó una docena de veces dejando sobre su mesa una pequeña fortuna, y en uno de aquellos lances, mientras él salía con paso titubeante, un barbilampiño Juan de la Plaza, antes de alistarse en los tercios, se disponía a entrar en la cámara para ocupar el lugar que él abandonaba al lado de la exuberante y ruidosa italiana. Paradojas del destino. La situación, en otro tiempo, en otra latitud, se reproducía, con otra amante, pero al revés.

—¿La Mascarpone? La conocí, claro, y nunca me cobró.

—Mentís como un bellaco. Nunca lo hizo gratis.

—¿Qué solía decir?

—*Oh, caro, più forte.*

—¿Dónde tenía el lunar?

—Aquí.

—No, aquí.

Y Canayma estallaba en una risa espasmódica mientras un dedo le presionaba en una nalga y el otro en la opuesta, una boca rozaba sus labios y otra su espalda y sentía a ambos hombres encelados, merodeándola, y se debatía dudando a cuál de ellos debía contentar antes.

La bujía languidecía y la oscuridad ganaba cada vez más espacio en la cámara. A oscuras, los tres lagartos del techo que alargaban la lengua para prender a las moscas y devoraban también a los cocuyos; a oscuras, los ruidosos mosquitos que asaeteaban pieles desprevenidas; a oscuras, las escolopendras, los ciempiés, progresando por las paredes de caña pulida del interior de la cámara, los sapos que miraban por debajo de la puerta, los caracoles que se deslizaban sobre su propia baba, el guacamayo callado, dormido sobre la percha, las inmóviles



iguanas de guardia en el zaguán. No estaba solo, sino acompañado, muy acompañado, y rió Marín de la extraña situación, de lo novedoso que le resultaba, como todo en ese Nuevo Mundo lleno de sorpresas, vacío de leyes, limbo de almas inocentes, infierno y paraíso según el día, los ojos de quien lo observasen. Contó, mentalmente, hasta mil, y, por fin, llegó su momento, tras tan larga y paciente espera, en que la amante fue de unos brazos a otros.

La recibió como un maná. Temblaba entre sus brazos su cuerpo y estaba tan húmeda que los pechos resbalaban entre sus manos, costaba hacerse con ellos, tocarlos, besarlos. La abrazó ciñéndole la estrecha cintura, pegó su vientre al suyo y suspiró mientras el placer lo dominaba, lo hacía su esclavo y ya no le daba respiro. Ella buscó su boca y abrió los labios del hombre blanco, como había aprendido, para que él introdujera su lengua. Tembló Canayma entre sus brazos, se estremeció, clavó sus pechos, inusualmente grandes y duros, en su torso mientras jadeaba en su garganta, lo llenaba de aire donde antes había estado el humo, sin dejar de bailar sobre su vientre.

La luz se mostraba remisa a marchar del todo y daba el tono miel a su rostro iluminado por rápidos fogonazos de la llama que se apagaba. Vio Marín sus ojos mientras la amaba, abiertos mientras se movía, tan fijos en él que lo atravesaban con su mirada, y cómo se entornaban en los momentos cumbre, cuando ciñéndola con fuerza con los brazos oía su corazón desbocándose junto al suyo. Luego su boca se licuaba, sus labios hervían y las venas de su cuello se hinchaban mientras dejaba escapar un quejido animal. Se agitaron sus cuerpos, abrazados, restallaron como azotados por un mismo latigazo, fundidos en el mismo sudor mientras caían pesadamente sobre la cama y las hojas secas de palma crujían. Se dijo Marín que tanto placer no podía ser verdad, que tanta felicidad no podía ser pecado, que ese regalo de Dios no podía ser la tentación del diablo, y si lo era, por Dios, si lo era, él iba a convertirse en adorador del Rey de las Tinieblas y en el mayor pecador del mundo.

—¿Habéis terminado, vasco del demonio?

Cuando niño, cuando era un rapazuelo que andaba tras las vacas de su padre a pedradas por las campas brumosas de su Vasconia natal, solía encerrarse en una cueva con otros pastores dos años mayores que él a esperar que pasara la lluvia, y ellos, sin duda azuzados por la fantasía, le hablaban de esos seres mágicos, de una belleza inigualable, con los que soñaban todos los hombres y se llamaban mujeres, que eran capaces de alterar el corazón de los varones, de obligarlos a hacer locuras, y por los que se llegaba a enfermar hasta morir. Aquellas descripciones tan vividas las llevó siempre en su cabeza y cuando tuvo que confrontarlas con la sórdida realidad de los prostíbulos, le decepcionó: ni había tanta magia en aquel encuentro, ni aquellos seres llenos de curvas poderosas y burdo vocabulario eran aquellas ninfas lacustres y sirenas marinas con las que había estado soñando cuando era niño. Pero por fin aquello, lo que tenía lugar en la cámara enclavada en el fin del mundo y en tantos encuentros anteriores con indígenas de aquellas islas, tras cruzar la barrera del mar Tenebroso que a tantas generaciones de marinos había aterrorizado, al margen de todo territorio civilizado y sin más leyes que las que dictaba la naturaleza, tenía algo que ver con su ensoñación infantil, gozaba de esa magia que posee lo irreal, lo soñado, alcanzaba esa perfección que sólo se da en la mente y que tan contadas veces trasciende al mundo real. Había amado a muchas mujeres, pero nunca hasta ese punto de entrega rayano a la muerte. Estaba dispuesto a morir de placer para que ella también muriera, y recibía de Canayma la misma sensación de entrega. ¿Eran un sueño aquellos párpados cerrados, aquella garganta tensa, aquellas manos que se hundían entre sus cabellos, el aliento de su boca, la densa humedad de sus formas fundiéndose con su cuerpo?

—Las mujeres son de miel —le habían dicho los pastores.

Y él entonces bebía y comía de esa miel que resbalaba entre las caricias de sus manos y no se resistía a sus besos. Durmió luego, soñó después, despertó más tarde, volvió a tomarla en medio del sueño, a oscuras, o soñó que la tomaba, pues era difícil deslindar lo real de lo onírico,

cuando la bujía había consumido todo su aceite, y con las manos recreó fielmente cada curva de su cuerpo, cada esquina, cada orificio, los relieves, montañas, hondonadas, valles y bosques húmedos de lluvia del más excitante de los paisajes mientras se llenaba la boca de sus sabores salados y aspiraba con entrecortadas bocanadas el perfume de una piel tibia adobada por tantos abrazos amorosos. Cuando despertó, Juan de la Plaza ya se hallaba vestido y abría la ventana de par en par para que entrara el aire en la cámara. La luz rompía bruscamente el encanto de la noche.

—¿No os duele la cabeza, amigo?

—Bebimos más de la cuenta.

—Y otras cosas hicimos más de la cuenta.

Se levantó Marín del lecho y resguardó su desnudez entrando en el calzón que estaba tirado en el suelo. Mientras se anudaba la camisa al torso se sintió indefenso y vergonzoso, molesto por esa luz del día que violaba la magia de la cámara. Canayma dormía desnuda, como un ángel, con una sonrisa en los labios, que cualquiera envidiaría.

—Esto nos llevará al infierno, vasco, si es que no nos lleva a la tumba.

Como todas las mañanas, desde que estaba varado en el paraíso, el extremeño liberaba orines y sangre de su miembro en la jofaina, con el mismo dolor, con la misma crispación, jadeando, mas no de placer, mientras lentamente, quemándole por dentro, se vaciaba con infinito esfuerzo.

—Ésta es mi penitencia por tanto pecado. ¡Santo Dios! ¡Y el puto galeno que no lo alivia! ¡Nada se habría perdido si lo hubiéramos degollado, por Dios!

—¿Es por ella?

—¿Os importaría? ¿Dejaríais de tocarla si al hacerlo os infectara?

—No, por Dios, no lo haría. Moriría dulcemente como un estúpido, abrazado a ella.

—¿Eso es amor? Valiente loco. Poeta teníais que ser.

—No me importaría ir al infierno habiendo gozado del paraíso.

—¿Sabéis lo que creo? Que el cielo se hizo para los pusilánimes, los mansos, los blandos y cobardes, los eunucos, los llorones y meapilas, para que encontraran en el más allá compensación a todo lo que no supieron hallar aquí, en la tierra, y el infierno es para los que supieron gozar sin límites de todos los placeres y pasiones. Podemos decirlo, no hay clérigos en la Hispaniola, no hay más leyes que obedecer que las que salgan de mi albedrío. ¿Qué ley nos inventamos hoy? ¿A quién castigamos? ¿A quién esclavizamos? ¿A quién colgamos? ¿No es esto tan excitante como aquello? —y señaló a la durmiente.

Iba a salir por la puerta, una vez se hubo ceñido la espada, cuando Juan de la Plaza lo detuvo.

—¿La amáis? Sed sincero. Imaginaos en Sevilla. ¿Llevaríais al altar a esta ignorante indígena y la haríais vuestra esposa? Es pequeña, no os llega a mitad del pecho siquiera, y tiene piernas cortas y recias y ridícula cojera.

—¿A qué viene esa extraña pregunta?

—¿No habéis notado algo en ella?

—¿De qué me estáis hablando?

—De sus tetas. ¿No os han llamado la atención sus pechos? ¿Se os ha escapado el detalle de su dureza, de su grosor, mi amigo? ¿O no estabais para reparar en ello?

—Sigo sin entenderos.

—Esa salvaje promiscua, poeta, espera un hijo. ¿Mío o vuestro? Dios lo sabe. Vuestro, definitivamente, puesto que yo no acepto ser padre de un salvaje.

Luego, en la soledad de su cámara, el de Leizarán, pasada la sorpresa, su agrado por la noticia, por una parte, su desagrado por la sospecha de que lo que fuera en aquel vientre tenía tantas posibilidades de ser suyo como de no serlo, pensó en su responsabilidad de ser padre en aquellas tierras perdidas de la mano de Dios y si sería capaz de educar cristianamente a aquel

fruto que crecía en el seno de Canayma. Aquello le dio más temor que un posible enfrentamiento con los flecheros caribes. ¿Quién lo aleccionaría sobre el oficio de padre?

## Capítulo 20

La tropa comenzaba a soliviantarse a medida que pasaban los días y la cosecha de oro era cada vez más exigua. El filón se agotaba por el ansia depredadora de los castellanos, que no parecían tener nunca suficiente, creyendo que aquel metal era inagotable, como el agua del propio río. El oro, maldito mineral, era también causa de numerosas rencillas que a su alrededor y por su causa se reproducían. Por oro se blasfemaba, se peleaba, se jugaba. Quien más tenía no se conformaba con lo suyo, sino que ansiaba el del vecino, los robos eran frecuentes aprovechando las horas de la noche, también las partidas de dados, en el transcurso de las cuales los perdedores contemplaban iracundos cómo las pepitas y el polvo de sus sacos pasaban a otras manos por el capricho de los números.

—¡Tramposo! —gritó Chachu, desesperado, viendo cómo la suerte se volvía reacia y su fortuna desaparecía.

—¡Maldita sea! ¡Vos, que sois mal perdedor! —gritó, también, aunque eufórico, el jugador Jacomel Rico, que ya acumulaba suficientes ganancias como para hacer envidiar al gobernador.

—Dadme lo mío —insistió Chachu, alzándose, rojo de ira, tembloroso, la mano en la empuñadura de la daga.

—¿Lo vuestro? Ya no es vuestro. Si no sabéis jugar, no poneos en ello.

La sangre corría, de vez en cuando, por la posesión de un preciado botín que tanto valor tenía en el lugar de donde procedían, como tan poco en donde estaban. ¿Qué podían comprar con oro en esas tierras en que todo era gratis? Nada. La situación adquirió tintes dramáticos cuando Juan de Medina, el odiado verdugo de Reynal, apareció una mañana tendido en un callejón que daba a la plaza de armas, junto a la empalizada, con la garganta seccionada. ¿Estaba el oro tras aquella muerte violenta? ¿O, sencillamente, uno de sus muchos enemigos había decidido poner fin a su vida?

Encontró su cadáver, empapado en sangre y en el agua de la lluvia que, como era habitual, había caído durante la noche anterior, Alonso de Palos, un marinero de la *Niña*. Dio la voz de alarma y soliviantó al gallinero de durmientes en el fétido barracón. Con legañas en los ojos y hosco aliento, salieron a la luz del día, a chapotear en el barrizal, los andaluces y norteños del fuerte Navidad mientras uno de los hermanos Mendes, Francisco, aporreaba la puerta de Marín de Urtubia.

Cuando llegó el de Leizarán al lugar de los hechos ya habían movido el cadáver y lo habían colocado cara al cielo. Juan de Medina tenía los ojos abiertos por la sorpresa y la barba enmarañada y sucia de cieno; se cerraba su mano, rígida, cuyos dedos no habían conseguido abrir, sobre el mango del cuchillo que no había tenido tiempo de usar, y la piel de su rostro tenía el tono ceniciento de quien perdió toda su sangre y con ella el color. Debía llevar muerto horas, cinco o seis, pues los insectos del trópico empezaban ya a hacer su trabajo de carroñeros en aquel cadáver fresco que los castellanos les, regalaban.

—¿Quién lo vio por última vez? —inquirió Marín, extendiendo su mirada de sospecha entre todos los que rodeaban el cadáver.

—Preguntad a Quizguera —respondió la voz tronante de Andrés de Huelva, precisamente el principal sospechoso de haberlo matado, quien más beligerante se había mostrado por el despreciado tripulante de la *Santa María* desde que se convirtió en verdugo de Reynal.

—¿Y quién es ésta?

Arrastraron afuera a una de las seis ramerás tainas, una muchacha que presentaba feas manchas alrededor del pubis, reputada entre la marinería porque nada objetaba cuando era tomada contra natura. Marín la observó, mientras los dos marinos que la acompañaban la mantenían cogida por los brazos, como si fuera la asesina y tratara de huir, y sintió un estremecimiento de repugnancia. ¿A qué extremos de sordidez habían llegado los castellanos, que habían hundido en el infierno de la prostitución a criaturas inocentes? Lamentó no poder

contar con la presencia de Camani, para interrogarla, y, con las escasas palabras que sabía del lenguaje taino, intentó averiguar lo que había sucedido.

El finado había gozado de favores prohibidos durante buena parte de la noche, antes de abandonarla. Borracho, se había retirado a un extremo del barracón a dormir. No vio más, pues otro castellano se apresuró a ocupar su puesto y hubo ella de contentarlo.

—¿Y nadie lo vio salir del barracón? —preguntó con incredulidad.

—Era muy bruto con la chica.

—Sí, la obligaba a hacer cosas que la decencia prohíbe.

Pese a no entender casi ni una sola palabra de castellano, la taina intuía que estaban descargando los castellanos las culpas sobre ella y la relacionaban con el hombre que yacía degollado en el barrizal, por lo que negó rotundamente con la cabeza mientras señalaba el cuerpo sin vida de quien había sido tantas veces su amante.

—¿Y si la matamos?

—No perderíamos nada. Es una hembra repugnante.

—Y seguramente asesina.

—¡A la horca con ella!

—Degolladla, que es más rápido.

Crecía una marea de brutalidad entre los castellanos, que se animaban con sus frases mientras la taina palidecía, aun sin comprender nada de aquellas palabras que sin embargo le sonaban amenazadoras. La miraban con ojos de fiera y ella se estremecía de terror mientras trataba, en vano, de librarse de los brazos que la tenían fuertemente amarrada. Había una ansia depredadora que se reflejaba en las caras de los castellanos, miradas de odio que refulgían en los cuchillos que algunos ya se apresuraban a empuñar.

—¡No la tocaréis! ¡Ni un cabello! ¿Habéis oído? —gritó Marín, espada en mano, ahuyentando a las hienas.

No estaba la muchacha entre los sospechosos sino, más bien, los que trataban de involucrarla. Ordenó Marín, con determinación, que fuera liberada, y la muchacha huyó despavorida al interior del recinto a reunirse con sus compañeras mientras el vasco pasaba revista, uno por uno, a los hombres que se apiñaban en la explanada, tratando de descubrir en alguno de ellos el temblor de la culpabilidad. ¿Quién era? ¿Podían ser muchos los que hubieran empuñado el arma homicida? Ordenó que le presentaran los filos de sus cuchillos, con la vana esperanza de hallar un rastro de sangre en ellos. Inútil medida. La sangre había sido lavada, las hojas de acero estaban flamantes.

—Si empezamos a matarnos entre nosotros, estamos perdidos —reflexionó en voz alta Marín de Urtubia y luego, gritando, requirió—: Quien haya sido que tenga la valentía de decirlo; que no se comporte como una rata; que no perjudique a los demás.

No tuvo éxito su demanda. Ordenó que cuatro hombres llevaran el cuerpo a la plaza de armas y que formaran en ella todos, bajo el sol de fuego que estaba en su hora máxima, golpeó con saña cuando alguno de ellos, a causa del calor, dio síntomas de desvanecerse y aflojó su marcialidad.

—¿Hasta cuándo vais a permanecer así? Mientras antes salga, mejor para todos.

Juan de la Plaza fue informado del incidente y se presentó al cabo de unas horas furioso. Masculló una serie de imprecaciones mientras miraba el cadáver de quien había sido compañero de correrías y una ligera emoción, sepultada por su rabia, afloraba a sus ojos, agitaba su mandíbula. Intentó el soborno, que tampoco surtió efecto.

—Una arroba de oro a quien diga su nombre. ¿Vais a ocultar a un miserable entre vuestras filas?

No tuvo éxito su llamada a la delación. El sol seguía su curso y quemaba implacable cuerpos y cabezas de quienes permanecían en pie en la plaza de armas, junto al mástil de los estandartes,

azotados ya por los efluvios malsanos que surgían del cadáver en descomposición de Juan de Medina.

—Una noche de amor con mi amante —fue la inusual proposición de Juan de la Plaza.

—¿No hablaréis en serio? —le dijo entre dientes Marín.

—¿Por qué no, si sirve para descubrir al culpable?

—Es un engaño, me imagino.

—No me conocéis, literato.

Pero ni la tentación de gozar con la bella muchacha hizo que quien tuviera información sobre lo acaecido rompiera el tácito pacto de silencio.

—Quizá lo hagan luego, sin delatarse ellos mismos, en privado —adujo Marín.

—Sí, quizá. Pero eso no nos devuelve a Medina.

—¿Lo apreciabais?

—Me había acostumbrado a él. Era un perro fiel. Desde la prisión de Sevilla hasta la prisión de la Hispaniola. Que rompan filas y vuelvan todos a sus puestos, que entierren el cadáver y estemos atentos, siempre en guardia, pues quien asesina a traición puede volver a hacerlo.

Marín de Urtubia hizo cumplir las órdenes del gobernador. La marinería volvió a su redil, como si nada hubiera pasado, mientras cuatro hombres arrastraban el cadáver hacia el exterior del fuerte y lo llevaban al cementerio. Nadie parecía lamentar su muerte ni sentirse alterado por el asesinato, salvo Jacomel Rico. El jugador tomó del brazo a Marín cuando se retiraba hacia su aposento.

—Sé quién fue.

—¿Lo sabéis o lo imagináis?

—Y lo mataré a la primera ocasión.

—Os abstendréis de hacerlo, amigo. No podemos permitirnos el lujo de perder más hombres, ni si son asesinos, ni si son delatores, ni traidores, ni mujerzuelas. Lo que más preocupa en estos momentos al gobernador es la forma en que algo, como una maldición, nos está diezmando por muy diversos flancos. Pronto, si no hay enmienda, seremos más los que estemos fuera —en referencia al cementerio exterior— que los que quedemos dentro. Meteos vuestra ira en los bolsillos.

La maldición acompañaba a los castellanos. Era como si la naturaleza les volviera la espalda, o puede que se defendiera con sus armas de los extraños en el paraíso, paraíso que cada vez tomaba más los visos del infierno.

Habían ido, en expedición de caza, un grupo de cuatro castellanos capitaneados por Marín. Después de andar toda la mañana, bajo un sol muy vivo que les ulceraba la piel y los hacía sudar de forma harto desagradable, arribaron finalmente a una hermosa laguna que les pareció una bendición de Dios, que se había apiadado de sus calores. Se desnudaron todos prestos y entraron en esa agua fresquísima, poco profunda y tan clara que podía verse el fondo sin gran dificultad. Nadaron y lucharon, en broma, como arrapiezos, mientras sus miembros se distendían, hasta que su actividad se truncó con el sonido de un grito de auxilio. En medio del lago, Chachu, el marinero gallego de la *Santa María* y mal jugador, pequeño pero fornido, luchaba con algo que no acababa de concretarse en medio de la laguna y, por lo que se intuía, estaba en muy mal trance. Acudieron a socorrerlo con presteza sus compañeros y cuando llegaron pudieron ver horrorizados el monstruo contra el que luchaba: una enorme serpiente lo tenía tomado por la cintura, la reina de los ofidios, la que los indios de estas tierras designaban con el resonante nombre de *anaconda*, y ya lo tenía enroscado por el cuello con la intención de estrangularlo.

Marín de Urtubia venció su miedo, que era mucho, pues esos reptiles diabólicos le causaban tanto pánico como asco, y se lanzó encima de él emprendiéndola a cuchilladas, mas con cuidado de no herir a su compañero. No era serpiente de las venenosas, pues no mordía, se

limitaba a apretar con sus anillos y lo hacía con tal fuerza que Chachu estaba rojo, se ahogaba, a punto de quebrarse su espalda por la presión de sus anillos. No lo soltó la bestia hasta que de un tajo el vasco cercenó su inmunda cabeza, y aun así tuvieron gran dificultad en liberarlo, que, descabezada la bestia, seguía apretando, reacia a soltar la presa. Cuando por fin Chachu se vio libre de la anaconda, lloró de alegría y se abrazó a sus compañeros temblando, maravillándose de estar vivo.

Llevaron a tierra seca aquel monstruo descabezado. Lo midió Marín y comprobó que tenía más de veinte pies de luengo y de grosor como un puño cerrado. Le habían asestado muchas cuchilladas, que por sus cortes se veía hasta su esqueleto, pero sólo descabezándola habían conseguido vencerla.

—Gallego, Dios debe de haberte salvado para otros menesteres.

Pero decididamente Dios parecía haberse olvidado de ellos, ofendido quizá por su brutalidad y sus vicios. Aquel cruel sino que se cebaba en los hombres barbados los persiguió, como si una fuerza maldita intentara borrar de la faz de la isla a los intrusos mancilladores de su belleza, o se cumpliera la llamada a la venganza divina que hizo Guatacán.

Fue en uno de los retornos de los yacimientos de oro del Cibao al fuerte Navidad cuando la naturaleza se cobró su nuevo tributo y ella sola enmendó el error de haber salvado a uno de ellos.

Marchaban en grupo los castellanos, bastante eufóricos por la calidad y la cantidad de oro que llevaban en sus costales los esclavos tainos, una cosecha espléndida, la mejor en varias jornadas al haber hallado, excavando, nuevo filón, pero no iba a salirles gratis. Ya vislumbraban el fuerte, ya olían el balsámico olor a salitre del mar y se aclaraba la selva, liberando más espacios al cielo del atardecer, cuando algo picó el cuello de Chachu. Quien iba a su lado, y nada pudo hacer, vio cómo una sierpe de un verdor similar a la esmeralda, que brillaba tanta como ella, se descolgaba del árbol en el que estaba prendida y como si fuera un látigo azotaba la garganta del infortunado marinero.

La serpiente huyó, como si volara, tras cometer su fechoría, y el pequeño y velloso gallego quedó tendido en el suelo, mientras todo él se paralizaba y sus compañeros angustiados lo rodeaban y trataban de reanimarlo.

—Cojámoslo y llevémoslo en andas al fuerte.

—No hay tiempo —dijo Gil Pérez, haciéndole un corte en el cuello, cerca de la cárdena picadura, y sorbiendo sangre y veneno.

Durante un breve tiempo intentaron salvarlo, pero pronto se dieron cuenta de que la muerte se había enseñoreado de ese cuerpo y no lo iba a dejar. Aún pudo hablar el moribundo, con la boca torcida y la lengua salida de entre los labios, amoratada, destilando espesa baba:

—No me enterréis aquí, por favor. Quiero tierra santa. No quiero morir en este sitio, que me da miedo. No me dejéis en esta selva, por piedad.

Lloraba y se estremecía entre los brazos de sus compañeros que, confusos, dirimían qué hacer mientras los esclavos tainos, con los costales de oro sobre sus espaldas, se mantenían al margen, sorprendidos de la fragilidad de quienes consideraban inmortales.

Se apagó tras un último estremecimiento y quedó con los ojos abiertos y en blanco, mirando el azul del cielo.

—¡Maldita selva! —lloró Gil Pérez, furioso, alzando su espada y emprendiéndola con matojos, árboles y flores que había a su alcance.

—¡Pobre Chachu! Quería regresar a abrazar a sus hijos. Nunca debió dejarlo el Almirante en esta tierra —se lamentó Sancho de Rama, el gigante extrañamente alopécico.

—Perdió su fortuna a los dados, y ahora pierde la vida.

—Al menos no disputaremos por su herencia.

Lo transportaron en volandas hacia el interior del fuerte, lo dejaron expuesto en la plaza de

armas ante el estupor de sus compañeros. Juan de la Plaza acudió, irritado. No había pena en su mirada acerada, sino profunda irritación. Un hombre menos, pensaba, contando mentalmente los que le quedaban. Si pudiera multiplicarlos, si pudiesen reproducirse aunque fuera en los vientres de esas tainas que eran sus mancebas y acelerar su crecimiento cuando a los nueve meses fueran alumbrados. Pero no había tiempo. Ellos morirían en aquella isla perdida, de enfermedades, por picaduras de serpientes, por ayuntarse con quien no debían, y quedaban cada vez menos, y mientras más reducidos, más expuestos a ser objeto de la ira de esos tainos que debían de odiarlos por dentro.

—¿Qué extraño animal le picó? ¿Qué muerte tuvo? —preguntó Juan Sánchez, fascinado por el rigor del cadáver, lo apretados que tenía los puños, la extraña baba verdosa que no había dejado de manar de su boca entreabierta.

—Como si le hubiera caído un rayo encima, galeno.

—Con la saliva de esa serpiente fabrican los caribes el veneno con que untan sus flechas —dijo Marín.

—¿Cómo lo sabéis si no viste la serpiente?

—Pero lo veo a él.

El vasco literato escribió en su crónica aquella tarde.

*La belleza de estas tierras es engañosa. Yo la comparo a la belleza de algunas mujeres cuya relación entraña algún peligro. Esto cuento para que queden claros los muchos peligros que acechan a los pobladores del Fuerte Navidad, lo traidora que es esta naturaleza, a la vez tan bella y cruel, hasta el punto de dispensarte la muerte al menor descuido. Chachu se hizo la promesa de que jamás pondría un pie en un lago, ni se bañaría en un río cuando fue salvado de la anaconda. No lo puso, pero otra sierpe maldita, pendiendo de un árbol, se dejó caer traicionera sobre su cuello cuando pasaba por debajo y le inoculó un veneno más mortífero que el que dicen usan los temidos caribes y murió el infeliz entre terribles convulsiones sin que nada pudiera hacer el galeno por evitarlo. Ya es mala suerte que en tan breve espacio de tiempo, una semana no más, dos sierpes peligrosísimas hayan atentado contra su vida y la última haya conseguido su objetivo, y no se entiende la voluntad divina de salvarlo de un ataque y condenarlo en otro. ¿Por qué liberarlo de la anaconda si estaba escrito que la ponzoña de una hermana del monstruo iba a acabar con su vida? Estas tierras, Señor, son tan bellas como letales. A veces pienso si su belleza seductora no es cosa del diablo, que para tentar al hombre adopta muchas veces la forma de una bella mujer y aquí la del más bello paisaje imaginado por mente humana. ¿Por qué entre estos árboles de singular apostura tienen que anidar las perversas sierpes? ¿Por qué en estas playas de aguas turquesas y playas de oro ha de reinar el insaciable tiburón? ¿Por qué lo feo siempre ha de anidar entre lo bello, el mal entre el bien?*

Se dormía poco. Se dormía mal. Ya nadie se fiaba ni de su vecino. La distancia que existía entre los de la *Santa María* y *laNiña* se agrandaba como un inmenso cisma. Los núcleos, lejos de fundirse, se distanciaban. Y aunque nadie, en privado, hubiera sentido realmente pena por el asesinato Juan de Medina, había entre los extripulantes de la nao un sentimiento de afrenta colectiva. El culpable de aquella puñalada estaba, sin duda, entre la marinería andaluza, en el círculo de aquel gigantón de Huelva de voz tronante que se había convertido en su campeón, un fanfarrón pendenciero que basaba todo su poderío en los potentes músculos de sus brazos. No dormía éste tampoco, como si conociera que todas las sospechas se cernían sobre él y podía ser objeto de venganza. Por no fiarse, a partir de aquel día utilizó la hamaca más lejana a la puerta, la que estaba en una esquina, sin otra detrás, sin más vecinas que las de tres fieles que siempre eran los mismos, y practicó una castidad desacostumbrada: no hay hombre más inerme que el que se desfoga sobre hembra y ofrece la espalda a su enemigo.

No se truncaron, sin embargo, los ritos diarios, el izado de los estandartes con toda la tropa formada mientras repiqueteaba el tambor, la partida con el sol bajo hacia la aldea, el reclutamiento de los tainos, su explotación bajo el sol inmisericorde para extraer miserables pepitas, la ración de latigazos que caían sobre sus espaldas simplemente para hacerles ver de



quién era el poder, quiénes los amos, quiénes las bestias.

Marín se limitaba a observar a aquel ejército de trabajadores desnudos con más pena y desazón que otra cosa. No eran eficientes, ni eran fuertes, ni parecían resistentes. Dios no había hecho especialmente musculosos a los habitantes de su paraíso. Parecían hechos especialmente para ser sojuzgados por pueblos más fuertes. Los invisibles caribes, los terribles caníbales habían sido los primeros; los castellanos, los segundos. Cuando el látigo de algún castellano caía caprichosamente sobre una espalda llagada por el sol, se preguntaba hasta cuándo podrían resistir tan inhumano trato. Se puso en su piel y en ese instante de traslación, imaginando que él era uno de esos desnudos desgraciados encorvados buscando las ya imposibles pepitas del agotado filón, la ira lo hizo estremecerse. ¿Cuánto tardarían los corderos en convertirse en lobos? ¿Cuánto tiempo en darse cuenta de que en su número estaba su verdadera fuerza?

—Quizá deberíamos dejar el yacimiento —le dijo al gobernador, en cuanto entró en el fuerte Navidad aquel atardecer—. Está yermo.

Juan de la Plaza dejó de remover la mano en el oro que colmaba su arcón privado. Le daba tanto placer aquello como acariciar la suave piel de su amante. El polvo de oro cubría sus yemas, se metía entre la roña de sus uñas, se incrustaba en su epidermis como harina. Y allí estaba ella, sentada en un rincón, cubierta con sayo pues, desde que su embarazo había alterado su cuerpo, hinchado sus pechos y vientre, el extremeño prefería no verla desnuda.

—Sí, Marín, y quizá deberíamos presionar a Cuacanagari para que nos indique el paradero de otros yacimientos. O hablar con otros caciques tainos, con Caonabó.

—¿De dónde sacáis que existen otros yacimientos?

—Mi iluso amigo, ¿pretendéis hacerme creer que ese pútrido riachuelo sobreexplotado del Cibao es la única mina de oro de la Hispaniola? Estos salvajes llevan años extrayendo el oro de estas tierras, cada maldito cacique tiene su yacimiento y sus tesoros escondidos. Quizá, colocando la espada contra el cuello de ese seboso taino consigamos que nos abra las puertas de sus tesoros o nos diga dónde lo guardan los demás reyezuelos.

—La cuerda, de tanto tirar, acaba rompiéndose.

—Y de no tensarla, te puede envolver y ahorcar. Y, en cuanto a ésta... —y señaló con el brazo la oscura figura de la muchacha taina con gesto de profunda desgana—, ¿qué pensáis hacer?

—No os entiendo.

—¿No me entendéis? ¿A quién le place llevarse al lecho a una mujer embarazada? No a mí, por Dios. Una semana llevo sin tocarla y creo que, a su lado, voy a convertirme en casto monje. Estoy por devolverla a los suyos. ¿O por qué no os la lleváis? Sólo para vos. Es mi regalo de bodas, caritativo literato, a vos, a quien seguramente no estorba su preñez.

—¿Habláis en serio?

—Completamente.

—¿Y el hijo que espera? ¿Y si es vuestro?

—O vuestro. O sale con los rasgos de ambos, puesto que los dos tuvimos que ver —dijo Juan de la Plaza, con una risotada—. Ese infante no debería nacer, amigo. Nunca me ha parecido de cuerdos la paternidad. ¿Os imagináis cuidando de un mocoso llorón en estas tierras perdidas de la mano de Dios? ¿Y qué sería? ¿Persona o animal? ¿Con vuestra cara o la de ella?

—¿Qué insinuáis?

—Hay mil y una maneras de que ella pierda lo que lleva en su vientre, ese pesado engorro que la afea y deforma su cuerpo. En cuanto se desembarace de la inoportuna carga, y seguro que en su tribu hay remedios medicinales, plantas que trague, que ayuden a ello, volverá a ser mujer apetitosa que sacie vuestros instintos.

—Por una vez no os voy a obedecer. La tendré a mi lado y la cuidaré hasta que dé a luz.

—¿No seréis tan loco, vasco del demonio?

—No puedo asesinar lo que Dios ha puesto en ese vientre.

—¿Dios? No seáis ridículo. No pensábamos precisamente en Dios cuando vos o yo lo engendrábamos.

—Pero os obedezco en la orden que me habéis dado de llevármela. —Y la llamó por su nombre mientras alargaba el brazo.

El breve trecho que separaba la cámara del gobernador de la suya, lo hizo Marín de Urtubia llevando de la mano a la coja Canayma sin hacer caso de los recelos que despertaba entre los que con ellos se cruzaban. Su estado de gravidez había acentuado su mal andar, lo que provocaba no pocas burlas de los castellanos que la vieron, que camuflaban el deseo que realmente tenían de ella con chirigotas. Se dio cuenta Marín de que aquella pequeña mano, apresada entre las suyas, húmeda, de delicados dedos sin uñas, pues las devoraba con hambre canina haciendo caso omiso de sus regañinas, temblaba tanto entre la suya como temblaba su cuerpo cuando la tomaba. Se sintió entonces fuerte, protector hacia ella, hasta orgulloso de lo que en su vientre llevaba, aun sin saber si era su responsable. Ignoró las miradas condescendientes, las risas reprimidas, las palabras obscenas e hirientes, recitadas a media voz, de los que con ellos se cruzaban. Y cuando cerró la puerta de su cámara tras ella y encendió la luz de su candil de aceite de coco, le pidió que se desnudara.

Se quitó el sayo con prontitud y quedó en medio de la habitación, a merced de sus miradas, confusa. No se avergonzaba de su cuerpo que exhibía con candidez. Los pechos le habían crecido, dejando de ser tetitas de adolescente, y la mancha de sus oscuras areolas se había extendido por ellos, y una curva de vida nacía debajo de su esternón y moría en la pequeña raja de su sexo subrayada por delgado adorno púbico. La miró Marín de Urtubia con una extraña sensación mientras se levantaba de la silla, adonde había ido para sacarse las botas. Se acercó a ella y colocó su mano sobre aquel vientre que comenzaba a abombarse y continuaba siendo hermoso en el curso de la mágica mutación de la vida. Lo tocó como niño sorprendido por extraño prodigio, por su dureza y tamaño, intentando escuchar el aleteo de nueva carne que allí anidaba, mientras sentía recorriendo la espalda un escalofrío de indefinible ternura que era novedoso para él. No hubo palabras entre ellos, sólo miradas. Límpidas miradas a los ojos mientras sus bocas, inconscientemente, se buscaban y encontraban y el vasco repetía, como una salmodia, el nombre de la nativa con mayor intensidad tras cada beso.

## Capítulo 21

Del océano también venían peligros a pesar de la engañosa calma de sus aguas, de la placidez de sus playas ribeteadas por el verde de los palmerales. Un hecho terrible alteró la vida de la colonia y los hizo mirar a todos el mar con absoluta prevención y temor. Marín, que solía bañarse en la bahía, despreocupadamente, dejó de hacerlo durante algún tiempo a partir de aquel suceso.

De vez en cuando, los infantes tainos bajaban desde su alejada aldea a la playa próxima al fuerte Navidad a darse un baño, aunque lo más normal, y menos peligroso, era que lo hicieran en las pequeñas lagunas que iba dejando a su paso el río Cibao.

Aquella mañana, como otros días, los estaba observando Marín cómo chapoteaban despreocupadamente no muy lejos de la playa, absortos en sus juegos. Eran hermosos los infantes indígenas, de largos cabellos, alegres, como lo eran los de los castellanos, aunque más pequeños, porque era aquélla una raza menuda si la comparaban con ellos, aunque, todo sea dicho, mejor proporcionada: los panzudos de mal comer y mal beber, que de vez en cuando se veían por las tabernas de Castilla, eran impensables en esas tierras perdidas de la mano de Dios. Andaba mirándolos el vasco, divertido por sus juegos, fascinado por su ruidosa alegría, cuando observó, no muy lejos de donde chapoteaban confiados los chiquillos, una extraña turbulencia y, casi al mismo tiempo, oyó un grito desgarrador. Se quedó paralizado mientras los niños, todos menos uno más rezagado, trataban de alcanzar la costa a nado en medio de gritos horribles. Vio Marín entonces una gran mancha de sangre, que truncaba la belleza apacible de las aguas de la bahía, y al único niño que quedaba en el mar luchar desesperadamente con un gran pez de color grisáceo que debía de tenerlo cogido por una pierna.

—¡Dios mío!

No lo pensó dos veces y entró en el agua, con el brazo armado con la espada y en la otra mano un cuchillo, nadó veloz hacia donde tenía lugar esa lucha desigual, gritando como un loco por ver de espantar a la fiera, diciéndole al infante, aunque no lo entendiera y estuviera en disposición de oírlo, que no cejara, que aguantara, que él y Dios iban a salvarlo.

No siempre el Creador intervenía en las cosas terrenas y a veces permitía que se cometieran iniquidades ante sus ojos. Aquel monstruo, un tiburón, según pudo comprobar por la terrible aleta dorsal que sobresalía del agua y la cortaba, arrastró a las profundidades de ese mar traicioneramente calmo al infeliz niño y lo único que quedó de él fue la gran mancha de su sangre y el más profundo de los silencios.

El monstruo huyó, tras haber saciado su apetito, y Marín regresó a la orilla, encogido por el espanto, y se fundió en el llanto con el de los infantes que habían sobrevivido al ataque del escualo, intentando consolarlos de la pérdida de su pequeño amigo.

Trató de exorcizar lo acaecido narrándolo en las crónicas que a diario escribía, pero cuando terminó supo que aquello no era suficiente y que sólo la sangre podría curar lo que vio. Todavía, cuando lo escribía, no pudo evitar que su mano temblara de horror.

*La Hispaniola, 24 de mayo de 1493*

*Me he extendido en las muchas especies de plantas y animales de sangre caliente, aunque no grandes, que pueblan estas tierras, mas no he hablado de los muchos peces que hay y de las formas que tienen los tainos de hacerse con ellos. No difieren mucho sus artes de pesquería de las nuestras, a decir verdad; usan también cañas, trenzan redes de algodón, construyen cestos de mimbre según sea para pescar en ríos, en bahías o en alta mar. ¿Y qué decir de las muchas variedades de pescados que existen en estos mares? Lizas, jureles, mojarras, guabinas, palometas, dihahacas, sábalos, róbalos, parguetes, corvinetas, cornudas, pulpos, tollos, cazones, sardinetas, agujas, lenguados, acedías, salmonados, toñinas, ostias, y, entre los mariscos, langostas, cangrejos, jaibas, camarones, rayas, que haylas muchas y debe uno andarse con mucho tiento cuando se baña, como con las medusas, que son muy grandes y ponzoñosas, peces voladores, por lo que, en cuanto al pescado,*

*estamos mejor alimentados que en cuanto a la carne, y se nos hace menos asco comerlos, puesto que son casi como los de nuestra tierra, no hay gran diferencia a uno y otro lado del mar Tenebroso. Hay, sin embargo, en estos mares peces peligrosos de los que es conveniente zafarse, pues pueden significar grave peligro. Abundan los tiburones, los hay de muchas clases, de muchos colores y tamaños, haylos que nadan en el mar, haylos que se meten en los golfos y acechan a quien se baña. Hace días tuve una experiencia con estas bestias diabólicas, que son al mar lo que las sierpes a tierra. Andaba paseando por la playa, cerca de la puesta de sol, en la ancha bahía en donde se ubica nuestro fuerte y donde embarrancó la Santa María, cuando oí jolgorio de niños que jugaban en el mar, truncado por el grito de uno de ellos. Un tiburón, a traición, entró en la ensenada y arrastró por los pies a un inocente infante sin que nada pudiera hacer por evitarlo. Si yo no pude, ¿por qué no lo hizo Dios?*

*Y es que en este paraíso salvaje reinan como en ninguna parte las leyes de la naturaleza y los humanos han de ir siempre con cuidado y prevenidos por los muchos peligros que han de sortear.*

A los peligros de la naturaleza hostil se sumaban los de las oscuras enfermedades que infestaban aquellos aires. No fue hasta la primera muerte por el llamado mal de mujeres que Juan de la Plaza fue consciente de los peligros que el galeno Juan Sánchez le predijo. El siguiente en morir por enfermedad venérea fue un muchacho sano del sur que ya llevaba algún tiempo postrado víctima de fiebres y tenía el rostro llagado y el sexo devorado por oscuros y terribles bubones. Lo sacaron del calabozo de prisa, en cuanto advirtieron, los que a diario les pasaban la comida por debajo de la puerta a los apestados, su inmovilidad y la baba espesa que expelía su boca; lo dejaron en medio de la plaza, con aprensión, sin atreverse a acercarse a él, por si el muerto los contagiaba, mientras iba Juan Sánchez, alterado, a comunicar la mala noticia a Juan de la Plaza.

—¿Muerto? —chilló—. ¿Pero cómo ha muerto? ¡Galeno incompetente! ¿Para qué os mantengo? ¿En qué maldita hora os salvé la vida?

—Señor gobernador —musitó Juan Sánchez, sin osar levantar la cabeza—, ya os dije hace unos días de los peligros que se derivaban de tener a las tainas enfermas. El veneno está entre sus piernas, gobernador, y emponzoñan a todo aquel que las toma.

Siguió al galeno hasta la plaza de armas. Ya se hallaba allí Marín, mas no osaba acercarse al cadáver dado su terrible aspecto. Rodeaban al muerto el resto de los castellanos y en sus semblantes se dibujaba con nitidez el horror que les producía aquella terrible enfermedad que podía afectarlos a todos.

—¿Queréis ver los estragos de este demoníaco mal?

Dudó Juan de la Plaza antes de asentir. Imaginó que lo que iba a ver no iba a ser agradable, pero no quería demostrar a sus hombres, diez pasos detrás de él, que algo lo atemorizaba.

—Proceded. ¿Es contagioso?

—No por la respiración o por contacto de piel, gobernador, sólo si hay sexo pasa de un cuerpo a otro, según he observado, aunque, a fuer de ser sincero, poco conocemos de esta extraña y maléfica enfermedad.

Bajó las calzas al infortunado hasta las rodillas y lo que vio difícilmente lo pudo aguantar Juan de la Plaza. Había contemplado, a lo largo de sus campañas guerreras en los tercios, espectáculos terribles que lo habían endurecido: varones descabezados y empalados, soldados castrados con tenazas, niños estrellados contra muros, cuerpos torturados en el potro, mujeres violadas por la espada a las que previamente se les habían cercenado los pechos, las pieles ulceradas de los abrasados por el aceite hirviente de los asediados, pero nada era comparable, en repugnancia, a lo que aquel galeno le mostraba en su clase de anatomía, a la miseria de la corrupción. Aquél era un cuerpo podrido en vida, cruzado por múltiples llagas de las que supuraba pus, una piel con todos los colores del arco iris que componían un lienzo macabro en el vientre, y decenas de bubones hinchados que, como monstruos informes, negras babosas, habían dado cuenta de su virilidad y reventaban solas dejando escapar su fétida carga de

líquidos. Si Dios castigaba de esa forma los placeres prohibidos y la promiscuidad, había que decir que el Señor era infinitamente cruel con los pecadores.

—¿Cuántos hay así? —preguntó, apartando la vista del espectáculo.

—Dos más, señor gobernador.

—¿Y morirán?

—Me temo que sí, el proceso es el mismo.

Se volvió a los suyos y tomó la decisión más polémica de su vida:

—¿Veis a este hombre? ¿Os dais cuenta de cómo ha quedado? La ponzoña, el veneno, ha devorado sus partes y de allí todo su cuerpo. Y el veneno lo han traído al fuerte Navidad las putas tainas que nos dio el infame Cuacanagari.

—¡A muerte con ellas! —gritó alguien.

—No podéis tocarlas, amigos. Ni, por supuesto, holgar con ellas. Esas sucias monas llevan la muerte en sus cuerpos, destilan veneno cuando usáis de ellas.

—¡Afuera con ellas! —repitió un coro cada vez más iracundo.

—¡Hay que echarlas!

—Veo que habéis entendido. Hay que echarlas. Pero no vamos a quedarnos sin mujeres, sino que vamos a reclamar a ese bastardo de la montaña nuevas mancebas, y éstas quesean jóvenes, hermosas y sanas. Y no las va a elegir él, sino que vamos a ser nosotros.

—¡Fuera estas putas sucias!

—¡Afuera con ellas! ¡Que no quede ni una!

Permaneció Marín impávido mientras la chusma, vociferante, todos a una, como si de un gran cuerpo se tratara y cada uno de ellos fuera la serpiente de una monstruosa cabeza de Medusa, entró en los barracones, aullando, y arrastró al exterior a las mujeres tainas. Quienes les habían proporcionado placer continuo y gratuito eran objeto ahora de su brutalidad desenfrenada. Las arrastraban por el suelo, tirando de los brazos, de las piernas, de los cabellos hasta arrancárselos, las aproximaban hasta el cadáver que había tendido en la plaza, las obligaban a oler los miasmas de su virilidad descompuesta, las golpeaban con saña con puños y patadas hasta echarlas por la puerta abierta del fuerte.

Y aquellas mujeres, horrorizadas, llorando, con los cuerpos cubiertos de hematomas y sangre en sus coronillas, de donde habían sido extirpadas cruelmente sus cabelleras, se arrastraron por la playa con dificultad hasta alcanzar los lindes de la selva.

—Deberíamos matarlas, puesto que esas furcias nos han matado con sus vaginas —dijo, sordamente, Jacomel Rico cerrando el puño.

—Denos la orden, gobernador, y las pasamos a cuchillo —señaló el gigantón de Huelva.

—A fin de cuentas, son nuestras. Podemos hacer con ellas lo que nos plazca.

—Claro —concedió, finalmente Juan de la Plaza, tras dudarlo—. Cuacanagari no va a querer esas piltrafas de vuelta. Son vuestras. —Se dio la vuelta, se lavó las manos, y volvió a su cámara. Salieron seis hombres en persecución de las desgraciadas tainas mientras el resto esperaba con un cierto sentimiento de culpa. Sabiendo las consecuencias que el placer les había traído, una rabia sorda poseía a los más iracundos mientras el resto se decía si de aquella enfermedad no eran también culpables ellos por sus excesos. Corrieron los perseguidores con rabia hacia la selva, con los cuchillos en la mano, hundiéndose en la arena bajo el peso de las botas, y desaparecieron bajo la espesa arboleda. Fue una espera angustiada a lo largo de la cual los que habían quedado en el fuerte intercambiaron miradas. Se oyeron gritos terribles, aullidos de fieras heridas que silenciaron de pronto la selva, la petrificaron. Luego volvieron los cazadores de su sacrificio, con los cuchillos tintos en sangre, los matarifes sin entrañas que disfrutaban del sumo placer de la muerte.

—Ya está.

Lo detuvo Marín antes de que entrara en su cámara. Reparó Juan de la Plaza en la mirada

horrorizada del vasco mientras su mano se aferraba a su muñeca con fuerza.

—No les he ordenado nada. No he dicho que las mataran, si ésta va a ser vuestra queja, literato. Les he confirmado que eran tuyas.

—Habéis dejado que las asesinen —dijo con voz estrangulada—. Es monstruoso, a mujeres indefensas. ¿En qué clase de bestias nos estamos convirtiendo?

—Siempre tenemos que diferir en algo, amigo Marín. Se asesinan entre iguales, nunca la muerte de un inferior puede ser asesinato. ¿Qué vida les esperaba a esas bestias enfermas y repulsivas? ¿No habría hecho lo mismo Cuacanagari al verlas entrar en la aldea?

—Pero ¿no os repugna vuestra conciencia?

—No más que si hubieran desollado a un perro. Y ahora, soltadme, si no queréis que os ampute la mano.

Volvió tambaleante Marín sobre sus pasos cuando tropezó con el gigante de la *Niña* que marchaba en compañía de dos de sus acólitos.

—¿Y vuestra coja? ¿Quién la exime? —dijo, deteniéndolo por el brazo y mirándolo con fiereza a los ojos.

Era bastante más corpulento, pero no le importó. Podía, a una orden, cortar su insolencia de golpe y encerrarlo una temporada en la mazmorra con una docena de latigazos a la espalda. Fue él mismo quien decidió castigarlo. La ira centuplicó su fuerza.

El golpe de su puño en su rostro cayó como un formidable mazazo, lo hizo retroceder unos pasos, tambalearse, cubrirse la cara con ambas manos para detener la hemorragia de su nariz rota, y finalmente se desplomó retorciéndose de dolor y exhalando alaridos.

Lo dejó en el suelo, con sus acólitos, mientras se encerraba en su cámara temblando de espanto. La voz suave de la taina lo reconfortó.

—¿Qué te sucede? ¿Qué pasaba? Oí gritos. La sentó sobre sus rodillas y apartó los cabellos de su hermoso rostro para contemplar aquellos ojos negros y rasgados en los que se perdía su mirada.

—No salgas de aquí. No lo hagas sin mí. ¿Me entiendes?

Tomó ella su tosca mano entre las tuyas pequeñas y con la lengua limpió la sangre de su nudillo lastimado.

## Capítulo 22

Cuacanagari escuchaba en silencio las palabras de Juan de la Plaza traducidas por Camani, el intérprete taino que había decidido, después de los últimos acontecimientos, permanecer entre los suyos en la aldea de Cibao. No pudo ocultar una expresión de furia contenida cuando el gobernador le exigió una nueva carnada femenina.

—¿Y las mujeres que os di?

—Dile a esa rata que las horribles, contrahechas, mujeres que nos dio, enfermaron e infectaron a mis hombres.

—No hay más. Las mujeres que quedan tienen todas marido, o son muy jóvenes.

—No nos importa que tengan marido. Son, los vuestros, maridos comprensivos. No nos importa que nos den niñas; ya las haremos crecer a base de caricias. Pero haz hincapié en esto que te voy a decir Camani, dilo en el lenguaje más llano posible, para que lo entienda. No estoy pidiéndole nada, no piden nada los castellanos, no esperan ninguna gracia de sus vasallos, sino que ordenan. Y si él se muestra reacio a obedecernos, si no es él quien escoge la leva, seremos nosotros.

La respuesta fue el silencio. A partir de aquel momento no consiguieron sacarle palabra, como si con esa actitud el cacique eludiera sus obligaciones.

—¡Como quieras! —gritó Juan de la Plaza, furioso.

Esta vez la comitiva de los castellanos había sido numerosa, para impresionar al poblado taino: una veintena de hombres, con sus abolladas corazas y los empolvados capacetes calados hasta las cejas, que ocultaban sus ojos y hacían aún más hoscos sus semblantes poblados de barbas desgreñadas, empuñando las espadas, con la media docena de arcabuces, más ruidosos que efectivos, y aquellas enormes picas acabadas en puntas de acero que tanto temor inspiraban.

—¡Jacomel! —gritó—. Confío en tu gusto. Las más jóvenes, las más hermosas, las más limpias.

Un oscuro presentimiento había sobrevolado la aldea taina no bien vieron entrar a los castellanos en ella con las primeras luces, cuando apareció aquella tropa mitad carne, mitad hierro, abriéndose paso por entre la espesa niebla. Guardaron los varones a sus hembras en sus chozas, y allí permanecían, ocultas a la codicia de los hombres barbados.

Jacomel, acompañado por tres forzudos marinos, fue violando uno por uno los habitáculos tainos, inspeccionando sus pertenencias carnales, eligiendo por su belleza, por su gracia, por su juventud o buen cuerpo a las que le placía, haciendo caso omiso de la protesta del esposo, del llanto del niño abrazado a sus piernas, de la madre implorando que se la llevaran a ella en vez de a la niña. A golpes calmaron las débiles protestas, a empellones las sacaron, atando las muñecas con cuerdas de bejucos y concentrándolas en la plaza de la aldea, enfrente de la residencia de Cuacanagari.

—Por tus labios, muchacha, que repartirán besos cariñosos.

—Por tus pechos, niña, que ya apuntan como tiernos brotes.

—Por tu cuerpo de zorra, taina del demonio.

Allí estaban, unas sobre otras, la breve cosecha, el más bello ramillete de mujeres de la selva, nada que ver con las que se habían desecho, y a su lado el cazador, mostrando orgulloso las presas a su amo.

—Reconozco vuestro buen criterio, amigo. No lo esperaba de vos. Sí de Marín, pero el vasco se nos tuerce —dijo Juan de la Plaza, con cierto pesar, mientras pasaba revista a aquella tropa desnuda.

De las cabañas, plañendo de tristeza, salían maridos, hermanas, madres, hijos. Poco a poco, una turba doliente estrechaba su cerco a los castellanos y a su botín.

—¿Cuántas son? —Doce, gobernador.

—Tocaréis casi a una para dos. No os podréis quejar, bandidos. ¿Me habéis escogido una hermosa doncella para mi solaz?

—No lo hice, señor, temí no adivinar vuestro gusto.

—Buen diplomático sois, Jacomel. Pero habéis hecho bien en ser tan prudente. Mi pareja la sé buscar yo. La tengo decidida.

Entró de nuevo Juan de la Plaza en la cabaña real. Cuacanagari, irritado, no alzó la vista para mirarlo, sencillamente lo ignoró.

—Dile al cacique que mis hombres ya tienen a sus mujeres, pero que falta la mía.

No dijo nada ante las palabras traducidas del intérprete taino.

—Dile que quiero ésa —y Juan de la Plaza señaló a la hermosa y joven taina que permanecía acucillada al fondo de la vivienda, hurtando su cuerpo a la luz.

—Pero... —balbuceó Camani—. Es Caney, la hija de Cuacanagari.

—Lo sé. Por eso. ¿Qué culpa tengo de que su hija sea la más hermosa de la aldea? Anda, traduce mis palabras, indio del demonio.

Lo hizo. Un estremecimiento de furia sacudió al obeso cacique taino. Entonces alzó los ojos: los tenía brillantes de lágrimas.

—No me conmueve su llanto. Es un honor para él que el gobernador de la Hispaniola se despose con una princesa indígena. No va a ser una amante más, se lo prometo, sino la esposa del gobernador.

Se puso en pie, cruzó la cabaña con paso seguro y tomó la mano de la muchacha. Tiró de ella sin resistencia. El miedo y la fascinación que sentía hacia el hombre blanco de grandes rasgos y rostro barbudo ahogó cualquier protesta. Y la sacó al exterior.

—Miradla bien —dijo a los suyos—. A quien ose ponerle la mano encima, lo cuelgo del mástil de la plaza de armas. Caney es como si fuera la esposa de vuestro jefe. Es un aviso. Y ahora, regresemos.

Descendió la comitiva con sus prisioneras. Durante algún tiempo, por la selva, los siguieron los desconsolados maridos, padres e hijos, lloriqueando, a los que ahuyentaban, cuando se aproximaban más de la cuenta, con las espadas. Llegaron al fuerte Navidad de noche y Marín contempló desalentado a los suyos entrando con su preciado botín por la puerta, con una euforia salvaje.

No se comió aquella noche, ni se durmió, ansiosos como estaban todos por probar sus nuevos juguetes de placer. Se aparearon sin cesar y ni por la mañana cesó su actividad amorosa. Les dio licencia Juan de la Plaza para que holgaran hasta reventar, rompió por un día la disciplina castrense que reinaba en el fuerte Navidad y los eximió de formar ante los estandartes, de ascender a la montaña para extraer el oro. Aquel día se ganó como amigo hasta a su más acérrimo enemigo. Daban gracias los castellanos al gobernador mientras devoraban los frutos tiernos de aquellas tierras, que en esos momentos fueron de nuevo para ellos el paraíso terrenal.

—Fuisteis necio por negaros a venir con nos —le dijo Juan de la Plaza a Marín, al encontrarlo—. Podíais haber cambiado a vuestra coja por la más bella princesa. ¿Habéis reparado en la mía?

—No es una mujer algo que se use y se tire, al menos para mí.

—Lo olvidaba. Marín *el Humanista* —dijo con sorna.

—¿Degollaréis a vuestra princesa en cuanto empiece a ajarse?

—Nunca degollé a mujer, vasco testarudo. ¿No me estaréis diciendo que os estáis enamorando de esa salvaje contrahecha y preñada que os regalé?

—Me gusta como es, Juan de la Plaza. Me gusta con sus pechos dilatados y su vientre hinchado. Me gusta aunque no pueda amarla tanto como desearía. No creo que podáis entenderlo nunca. Somos como de dos mundos antagónicos.

—¡Loco poeta! Loco y ciego.

—No más que vos, enloquecido e irresponsable gobernante.

—¿Qué queréis decir?



—El terror no hace subditos, sino enemigos. Hoy presumo que os habéis granjeado unos cuantos entre los tainos. Los habéis humillado tanto que no creo que lo olviden. Habéis humillado a su propio rey.

—¿Y quiénes son los tainos, vasco? —gritó, burlón, mientras le daba la espada y volvía a su cámara—. Pueblo de mujerzuelas cuya arma es su llanto. Lloraban, Marín, lloraban mientras nos llevábamos a sus joyas de carne en vez de pelear. Hay pueblos que vinieron a este mundo para ser esclavizados.

Cuando Juan de la Plaza volvió a su cámara, Caney lo esperaba, mas con cierta tensión en el cuerpo. Era delgada la muchacha, mas de buenas formas, que por ello no parecía hija de su seboso padre; había heredado, sin mácula, la belleza de su madre Samana. El extremeño la miró con deleite pero le intranquilizó la mirada algo perdida de sus ojos, la actitud de animal acosado que tenía la taina mientras él se desnudaba con la urgencia de tomarla.

No fue hasta que la cogió por los brazos y la aproximó a su cuerpo, para sentirla, cuando se dio cuenta de que la presa no iba a ser dócil. Como un animal furioso, sin previo aviso, la muchacha se revolvió e hincó con fuerza su blanca dentadura en su muñeca y tanto dolor le infligió que hubo de soltarla.

—Muerdes como un perro —murmuró, más excitado que desalentado, mientras taponaba con un dedo la profunda herida de la que brotaba sangre—. Vendes caro tu cuerpo, especie de gato salvaje —le fue diciendo, mientras la arrinconaba.

El siguiente intento de abrazo fue repelido por un terrible zarpazo. Tenía la princesa taina las uñas largas y afiladas y el surco que imprimió en el rostro del castellano a punto estuvo de hacerle saltar el ojo.

—¡Putas salvajes! —rugió, furioso.

Mientras más difícil se le presentaba la conquista de ese cuerpo, más excitado se sentía. Caney era una fiera que debía domar, y a ello se aplicó. Tomó un látigo y le hizo probar su fogonazo en las espaldas. Sorprendida, la taina gimió de dolor mientras se retiraba al fondo de la cámara, se cobijaba detrás de la mesa que Diego de Arana había heredado de Cristóbal Colón y Juan de la Plaza del gobernador cordobés muerto por su espada.

—¿Te ha gustado el latigazo, perra? —Y volvió a alzarlo y golpeó tres veces consecutivas su pecho, sus hombros, sus piernas, arrancándole gemidos de dolor a cada trallazo. Siguió azotándola, con furia, una y otra vez, hasta que vio brotar de los oscuros surcos que el látigo dejaba en su suave piel cobriza pequeñas gotas de sangre y la habitación olió a carne quemada; tiró entonces el látigo lejos de sí y la abrazó con fuerza, casi ahogándola, mientras besaba su cuerpo. La taina le mordió de nuevo, mas con menos fuerza, pues ya se hallaba más amansada, clavó las uñas de ambas manos en la espalda del castellano mientras éste, comprimiendo su cintura, la colocaba sobre la mesa de la cámara, luchando denodadamente por dominarla, empleando toda su fuerza en ello, salvo en aporrear su rostro, pues no quería deformar sus bellos rasgos truncando su grácil nariz, reventando sus hermosos labios, amaratando sus oblicuos ojos. Pataleó, mordió, gritó, la princesa, hija de Cuacanagari, tirando al suelo la lámpara que se rompió en mil pedazos, destrozando mapas, plumas de guacamayo, un catalejo, que nunca se había utilizado y rodó hasta el suelo, quebró con su espalda la concha de un incauto caracol que la humedeció de babas, hasta que Juan de la Plaza consiguió inmovilizarla e invadirla. Siguió mordiendo, denodadamente, la cara del hombre barbado que la envolvía en su aliento cálido, a medida que éste ya entraba victorioso en ella y luego, por ensalmo, trocó los aullidos de rabia por gemidos de placer, relajó su cuerpo y lo acopló con tanta furia al del violento varón que lo desconcertó. Fue yegua desbocada por el deseo entre sus brazos una y otra vez, como antes se había mostrado reacia a la posesión. Y aquella mesa con tanta historia tembló, hasta resquebrajarse, bajo la danza amorosa y salvaje de aquellos cuerpos que se ayuntaban frenéticamente instantes después de repelerse, tan brutos en lo uno como en lo

otro. Obtuvo con ella Juan de la Plaza uno de sus más insensatos placeres, superó entre aquellos brazos salvajes todas sus noches en mancebías. Y tan prendada quedó ella de la virilidad del extremeño que cuando él, exhausto, optó por retirarse, fue ella la que se mostró activa y lo atrajo de nuevo.

A Juan de la Plaza le pareció que estaba soñando.

En ese instante, un centenar de pasos más abajo, en la cámara de Marín de Urtubia, Canayma se sentaba sobre las piernas de su amante y le acariciaba el rostro con sus manos mientras le hacía una pregunta:

—Cambiaron los castellanos a todas sus mujeres. ¿Por qué no me has cambiado a mí?

—¿Y por qué iba a hacerlo si eres la más bonita de todas?

## Capítulo 23

Quiso el azar que Marín pudiera resarcirse o vengarse de la fechoría que vio hacer a un tiburón ante sus propios ojos.

A media mañana, de la playa, llegó Gil Pérez al fuerte gritando. Iba muy excitado el calafate mientras explicaba que una manada de tiburones había entrado en la bahía y se estaban zampando a sus anchas a un desdichado manatí.

—¿Cuántos son? —preguntó Marín.

—Al menos, cien.

—Ya serán menos.

Pidió el vasco voluntarios para una acción de pesca y, como no salieran, los escogió él al azar, entre los que vio haraganeando. Les dijo que cogieran sus picas y cuchillos, pues de eso se trataba, de plantar batalla a unas bestias que, una vez cazadas, les servirían de sabroso plato. Había, varadas en la arena, un par de canoa tainas que dejaban los pescadores del poblado de Cibao, sabedores de que nadie se las iba a robar. Montaron cuatro hombres en cada una de ellas y se hicieron a la mar. No vieron nada hasta que no se hubieron alejado dos centenares de pasos de la orilla. Más o menos por donde embarrancó por mala fortuna la nao *Santa María*, nadaba, en formación militar, la escuadra de escualos por una agua del color de la sangre en la que flotaban las piltrafas de lo que debía de haber sido un manatí: una cabeza a la que le habían arrancado el hocico, una pata seccionada por una dentellada, la serpiente de intestinos grisáceos. Ordenó bogar con firmeza Marín a los suyos mientras, en pie en su canoa, enarbolaba furioso su pica.

—¡Está loco! —murmuraban.

—¡Se va a caer!

—¡De un coletazo lo tirarán al agua y luego lo partirán por la mitad con la sierra de la boca!

Marín de Urtubia estaba ciego de sangre. A medida que avanzaban hacia aquel espacio de mar dominado por las bestias, la imagen del pobre infante arrastrado bajo el agua por uno de aquellos monstruos le venía a la mente y lo hacía cerrar con furia la mandíbula. Ya estaban muy cerca, a sólo unos pasos, y algunos de los tiburones se acercaban a las canoas movidos por la curiosidad, ante el espanto de los remeros, que alzaron las palas para que no las mordieran.

—¡Regresemos! —pidieron, espantados, cuando una de aquellas bestias abrió las fauces y clavó su potente dentadura en la madera de caoba de la embarcación.

No se arredró Marín. Haciendo fuerza con el brazo hundió la pica en el interior de aquella enorme boca que se había quedado trabada en la madera, sin hacer caso de los rugidos de la bestia, le entró la pica tan adentro del cuerpo, sin encontrar resistencia, que le salió por el otro extremo y la sangre salpicó a marinos, barca y mar mientras el gigantesco pez se debatía con los ojos muy abiertos, enloquecido de dolor, y estrellaba una y otra vez su potente cola contra la quilla de la canoa. Sucedió entonces algo que heló a los presentes. Al hedor de la sangre, la decena de tiburones que había a su alrededor se arremolinó y atacó sin piedad a su inmovilizado congénere. Cayeron las dentelladas a docenas, le arrancaron trozos de la cola, de la aleta dorsal, de las branquias, del vientre, en un infernal reparto de carnada mientras el animal aún estaba vivo, hasta que de él sólo dejaron la cabeza, y eso porque estaba firmemente amarrada a la borda de la canoa con sus dientes aserrados.

Repitió la secuencia Marín, con un escualo que pasó rozando por debajo de la quilla de la canoa. Lo esperó a que emergiera por el otro lado y cuando lo hizo le hundió la pica en el lomo. Nuevamente la sangre enloqueció al resto de la manada, que se echó sobre él y en poco tiempo lo devoró. Y así sucesivamente, hasta que sólo quedó un único ejemplar de aquella horrible carnicería que había teñido de espesa sangre la superficie de la bahía. A este último, ahíto de comida, lo izaron arponeando con la lanza y, a golpes de remo y tajos de espada, lo remataron. Regresaron con la presa a la playa, lo transportaron, ensartado en la pica, entre cuatro

hombres, arrastrándolo por la arena, hasta el Fuerte Navidad, y pusieron la gran bestia al cuidado del cocinero Juan Quadrado, que afiló sus cuchillos, lo hizo tajos y luego colgó cada uno de ellos de sendas cuerdas adobado con sal, a secar, porque luego, guisada o cocida cada una de esas partes, era de gran gusto al paladar.

Escribió ya de noche, en la crónica, mientras Canayma se sentaba sobre sus rodillas, buscaba ser arrullada, abría mucho los ojos y trataba de comprender el sentido de aquellos complicados dibujos negros que sobre el pergamino pergeñaba su amante, lo sucedido aquella mañana, la alegría que tuvo cuando vio la carnicería que había provocado en las inmundas bestias a las que calificó como caribes de los mares por su canibalismo atroz, volviéndolas unas contra otras.

—¿Cómo se llaman en tu idioma los tiburones, los peces que son al mar como los caribes a la selva?

No se lo dijo porque no lo entendió y creyó que le preguntaba por sus ancestrales verdugos. La sola palabra caribe producía espanto en aquellas gentes. Marín lo había observado siempre, y equivalía al pavor que sentían los suyos hacia los turcos. Los caribes, o indios flecheros, que en su lengua quería decir hombres bravos y osados, tiraban flechas con hierba tan venenosa que siempre resultaba mortal, y los hombres heridos por ellas morían rabiando y haciendo muchas muecas, mordiéndose sus propias manos y carnes, desquiciados por el dolor grandísimo que sentían. Canayma abrió mucho los ojos y se estremeció involuntariamente entre sus brazos mientras asentía con la cabeza y con gestos decía que los había visto una vez en la aldea, que entraron por sorpresa, se llevaron a muchos niños tras matar a los ancianos y a muchos hombres, se pintaron el cuerpo con la sangre de las víctimas mientras las devoraban crudas.

—Un día te traeré la cabeza de un caribe para que puedas escupir sobre ella —le prometió.

Pasó la febril ansia de apareamiento entre los hombres del Fuerte Navidad, como pasaba todo: se gastaban los juguetes, se quemaban las ilusiones. Apagada la chispa de la novedad que aquel grupo de jóvenes tainas suponía, se volvió a la rutina, aunque los ánimos estaban más calmados y las cabezas más asentadas sobre los hombros y aquellas mujeres tenían mucho que ver en ello. Algunos habían apartado algunas muchachas de los brazos de otros para reservarlas a los suyos. Era una forma de aparejarse, un modo de matrimoniar en aquellas tierras de vegetación tan exuberante como lo eran las pasiones que desataban bajo su influjo. Aunque aquellos repartos supusieron nuevas tensiones.

—Dejadla.

—Quiero estar con ella.

—Dejadla, ella no quiere estar con vos.

—La tratáis como si fuera vuestra.

—Lo es, de aquí en adelante, y si me la queréis arrebatat, luchad por ella, si tenéis valor, que os revolcaré en el cieno.

García Alonso, un marinero barbilampiño de la *Niña*, era, precisamente, uno de los que se quedó sin muchacha, por debilidad, en la disputa con machos avezados dispuestos a todo para tener en exclusiva los regalos del gobernador, y el gigante Andrés de Huelva otro, por bruto, porque se mostraba harto de tanta mujer. Por esa razón ninguna excusa adujeron cuando Marín les ordenó a ambos que salieran de caza para proveer de carne fresca a la guarnición, una actividad en la que todos los residentes del fuerte Navidad se turnaban, imprescindible para tratar de sustituir en los paladares de los castellanos la de las aborrecidas, por casi diarias, iguanas que campaban por el interior del fuerte a la espera de que alguien les echara la mano encima y las sacrificara. Partían casi siempre en grupos de tres, aunque esta vez fueron dos, y se ausentaban un par de días por los territorios del interior, perdiéndose por la reserva de caza de la que unos a otros se pasaban información y delimitaban por los alrededores la bahía de Ozama, una zona fértil en vertebrados de sangre caliente. Fue el primero día de caminatas, bordeando la costa, internándose brevemente por la selva próxima, orillando un pequeño río,

mas no obtuvieron caza: los monos volaban muy alto por las copas de los árboles, las garzas levantaban el vuelo en cuanto los veían.

—Puede que me deis mala suerte, García Alonso.

—Sois vos, con vuestra envergadura, que se os ve desde bien lejos.

—Vuestra fetidez, muchacho, espanta la caza.

La noche los sorprendió en la playa con un ligero condumio: cangrejos, que los había a cientos y eran fáciles de capturar, y babosos moluscos que sabían a mar; tanto esfuerzo para tan magra vianda.

Encendieron un pequeño fuego y asaron la carne de los cangrejos mientras se secaban en él las manos de la humedad reinante. Se hizo de noche cerrada y fue ésta sin luna ni estrellas, tapado el escenario celeste por las cortinas de las nubes.

—¿Vais a dormir?

—Pues claro, y bien a gusto —respondió el gigante echándose sobre la arena con el arcabuz entre las piernas y la espada al lado.

—Pues yo no puedo. Vigilaré.

—¿Vigilar? ¿Qué peligro hay? ¿Que se os acerque algún pendón demandando que le deis alegría?

—No estamos en el fuerte, estamos al raso.

—Vigilad, vigilad, mientras ronco. Mas no me despertéis.

Al poco roncaba el gigantón andaluz, y su compañero, con la espalda apoyada en una palmera, se tambaleaba entre la vigilia y el sueño, incapaz de mantener los ojos abiertos, pero abriéndolos con fuerza y restregándose los puños en cuanto advertía que los cerraba. Así permaneció, abriendo los ojos y cerrándolos intermitentemente durante toda la noche, lo que le impidió ver cómo una canoa, no muy lejos, en la entrada de la bahía, maniobraba sigilosamente y de ella bajaban media docena de seres.

Al alba despertaron ambos con un estremecimiento de frío y la humedad comiéndoles el cuerpo. Se había apagado la fogata y la ceniza humeaba, mas ya no calentaba. Saltaron, tras levantarse, para desentumecerse los miembros, y se internaron en silencio en la selva, pues sabían que aquella hora temprana era la más fructífera para conseguir alguna pieza de caza.

—En silencio, García Alonso, que oigo crujir vuestros putos huesos.

La niebla persistía, sin alzarse, y otorgaba un aspecto fantasmagórico a la selva, con las ramas de los árboles peludas de verdes parásitos que colgaban de ellas, y las raíces emergiendo traicioneras del húmedo suelo, como manos que intentaran hacerse con sus piernas. Mas, el silencio, por mucho que callaran y procuraran con sus pies no tronchar ramas secas ni pisar hojarasca, no se rompía: la vida era reacia a ponerse a tiro de su arcabuz y sus espadas.

Oyeron un ruido extraño que los dejó petrificados. Parecía el ulular de una ave nocturna, de un búho, mas no los habían visto nunca en la Hispaniola. Lo oyeron viniendo de la derecha de donde se encontraban, a cien pasos, de entre la altura de los árboles, y respondió a su señal a la izquierda otro extraño pájaro. Se movieron entonces más despacio, conteniendo la respiración, mientras el gigante andaluz cargaba sigiloso su arcabuz, cebaba la mecha y se disponía a prenderla.

—Id por allá, yo iré por aquí. Ese pájaro hará buen caldo.

Se separaron en la orilla de un río demasiado caudaloso para cruzarlo, de aguas negras que descendían sin embargo en silencio, un grueso trazo oscuro como la pizarra que separaba los lindes de dos selvas, libre de rocas su fondo, liso como el mar calmo, mas corriendo ladera abajo. García Alonso se metió por un laberinto de extraños árboles siguiendo un ruido extraño que oyó, anduvo agachado, esquivando las ramas que crecían a la altura de sus ojos, traicioneras. El ruido del búho se había eclipsado, y un fuerte y desagradable nuevo sonido, que marcaba un ritmo acelerado, resonaba en aquel vergel. Hasta que en una charca descubrió el

ser que causaba el estruendo: un enorme y repugnante sapo, de ojos saltones, tan grande como su mano, que se quedó mirándolo mientras dudaba si escupir a la cara al intruso o huir de un salto. Riendo para sus adentros, García Alonso volvió sobre sus pasos, llegó de nuevo al río y, al no ver por los alrededores a Andrés de Huelva, lo llamó. No hubo respuesta. Volvió a intentarlo, sin éxito.

—¿Dónde os metisteis? Con lo grande que sois tendríais que sobresalir de entre los árboles.

Reparó en una porción de hierba pisoteada, en unas ramas truncadas, en una vegetación de pequeños arbustos abiertos por entre los cuales debía de haber pasado algún animal de tamaño considerable. Siguió el rastro, como lo hacía cuando seguía al jabalí en la sierra de Cazorla, se abrió paso por entre aquella niebla espesa que se había abatido sobre la selva y no lo dejaba ver más allá de sus narices, hasta que literalmente tropezó con lo que había hecho tal destrozo.

Andrés de Huelva estaba tendido, cuan largo era, entre los matojos, abrazado a su arcabuz, pero no se movía. Se acercó, conteniendo la respiración, saltando sobre su cuerpo, para ver su rostro: no tenía. Alguien o algo lo había golpeado con tanta saña y tantas veces que la cabeza estaba abierta, los ojos hundidos y la masa de los sesos flotaba entre las desgarraduras de la carne que no lo era sino pulpa sangrante más parecida a las interioridades de una fruta por la que andaban toda clase de insectos, sobre la que revoloteaban moscas y avispas.

—¡Santo Dios!

Horrorizado, con el alma congelada, helado por el pavor, se dio la vuelta lentamente, agarrando con fuerza la espada. Una muchacha hermosa, de cuerpo elástico y felino, le sonreía entre la niebla, como una aparición, a tan corta distancia que podía tocarla. No la había visto llegar, parecía un fantasma, por su belleza irreal. Jadeó el castellano mientras la miraba, se alteró la sangre en sus venas, palpité el corazón con violencia mientras la sequedad hacía presa de la garganta y estrangulaba cualquier sonido que quisiera salir de ella. Era sin duda la india más voluptuosa que había visto en aquellas selvas, un delirio de curvas digno del más sensual serrallo, pero lo que le inquietaba era que bajo sus labios carnosos y oscuros se dibujara una doble fila de dientes afilados, como los de un felino. Tras la duda inicial, que lo mantuvo inmóvil por aterrorizado, la atacó con la espada, gritando, mas la india se desvaneció en la niebla antes de que consiguiera alcanzarla y saltaron por el aire trozos de ramas, hojas, flores.

Corrió entonces alocadamente, abriéndose paso a golpes de espada por la selva, con el alma en vilo, intentando, mientras saltaba, esquivar las traicioneras ramas de los árboles y evitar el cieno del suelo, que podía hundirse bajo sus plantas, orientó los pasos de su enloquecida carrera hacia la playa mientras sólo oía el bramido de su corazón estrellándose con furia contra sus costillas y la sangre aleteaba en sus sienes. Su ansia era dejar atrás aquel infierno verde y laberíntico y llegar a un mar que se le antojaba salvador.

No llegó. Lo olió, el perfume del salitre, lo oyó, el rumor de las olas besando la playa. Algo oscuro lo asaltó, con brusquedad, saliendo de la espesura, se prendió a su pierna, clavó en ella con fuerza sus dientes, desgarró su carne, desató su sangre. Aulló mientras trataba de desembarazarse de aquella bestia primitiva que no aflojaba las mandíbulas y que gruñía de una forma espantosa. Alzó la espada para descargar un golpe, pero el impacto de una maza contra su cráneo fue mucho más rápido que el gesto de su brazo para hincar el filo de su acero en la fiera que tenía prendida a la pierna. Se tambaleó, dio unos pasos, cayó al suelo y pudo ver, entonces, horrorizado, la jauría de hombres pequeños, bien formados y pintarrajeados de rojo que se le venía encima chillando de forma aguda y que comenzaron a despedazarlo a dentelladas sin esperar a que muriera tras arrancarle las ropas. Uno le arrancó de un bocado la tetilla y el músculo que lo circundaba, otro le mordía el brazo, un tercero hizo presa en su garganta, empezó a beber de la sangre que por ella se le escapaba mientras el infortunado agitaba, cada vez más lentamente, brazos y piernas en un tan inútil como desesperado intento

por ahuyentarlos. Entonces sí, el dolor lo hizo gritar, rompió el bozal de su garganta, aulló hasta reventar en su agonía terrible mientras lo despedazaban inexorablemente y su mente, para defenderse, le decía que se hallaba inmerso en la peor de las pesadillas de la que acabaría despertando.

Una salvaje de voluptuosas formas apartó a manotazos a sus compañeros y abrió con el filo dentado de su hacha de piedra el cuerpo palpitante del castellano, desde el cuello hasta el estómago. Miró luego los ojos de su víctima, fascinada por su mirada perdida, mientras acariciaba los labios abiertos, de los que ya no salía el aliento pero aún corría la sangre. Los besó, chupándolos, para a continuación morderlos con ferocidad y desgarrarlos con dos precisas dentelladas. El corazón de García Alonso aún bombeaba sangre, indómito, cuando la mano femenina lo arrancó de cuajo de entre el costillar, separándolo de venas y arterias que lo sujetaban, y lo llevó a su boca para devorarlo. Luego, en éxtasis, con el cuerpo cubierto no se sabía si con sangre o con *bija*, la pintura de guerra con que se untaban los guerreros caribes en sus razzias, la muchacha se tendió en el suelo, junto al cadáver despedazado del que apenas quedaba intacta la cabeza, abrió sus fuertes muslos y se dio a todos sus compañeros antes de proseguir su marcha por la selva.

## Capítulo 24

Los castellanos tuvieron la certeza de que algo malo les había ocurrido a Andrés de Huelva y al joven García Alonso cuando llegó la noche del tercer día y no se presentaron en el fuerte.

—Salgamos en su búsqueda.

—¿Y dónde buscamos?

—Habrán topado con alguna moza.

—Ellos no son de los que se pierden.

—Pues...

La confirmación a sus téticas sospechas vino de Cuacanagari que, por medio de sus emisarios, bajó al fuerte a dar el aviso de peligro.

La comitiva venía precedida por el propio Camani. Formaban parte de ella el edecán Habacoa y cuatro forzudos tainos. No venían a comerciar, desde luego, no tenían el aspecto pacífico de quien acude a cambiar comida y agua por baratijas, cuentas y espejos: se habían pintado el cuerpo y la cara con gruesos trazos negros, portaban sus rudimentarias lanzas de espina de pescado y mazas de piedra colgadas del costado.

—¿Qué sucede? —preguntó Marín a Camani, al verlo tan fúnebre.

—Caribes.

Había habido una incursión caribe en una playa no muy lejana del Fuerte Navidad. Habían sido vistos al menos un centenar de ellos, desembarcando de sus enormes piraguas, y ya habían asaltado dos pequeñas aldeas a las que habían diezmado. Los únicos supervivientes habían narrado con detalle las atroces ceremonias caníbales a que se entregaron los caribes con los muertos y con quienes cayeron vivos en sus manos, y el relato que hizo de ellas Camani erizó la piel de los castellanos.

—¿Y Andrés de Huelva y García Alonso?

—Deben de haber pasado a mejor vida —rugió Juan de la Plaza, visiblemente irritado—. ¡Valientes bestias! Al final se dejan ver, no son un mito, como pensaba el genovés del demonio.

—Ha llegado la hora de hacer frente a nuestros compromisos, señor gobernador —le espetó Marín, en tono ceremonioso.

—¿De qué compromisos habláis?

—Prometimos defender a Cuacanagari y a los suyos de las razzias caribes. Es de señores proteger a sus vasallos cuando las cosas vienen mal dadas.

—Sí, lo sé. Les di mi palabra, y eso es sagrado —explotó malhumorado Juan de la Plaza—. Pero no puedo dejar desarbolado el fuerte.

—Dejadme diez hombres y será suficiente.

—¿Con diez hombres vais a enfrentaros a todo un ejército de bestias sedientas de sangre? ¡Estáis loco, vasco! ¿Queréis morir?

—Demos a esos salvajes un escarmiento que no olviden y tardarán años en volver a esta isla. Demos a los tainos un ejemplo de nuestra fiereza en el combate y nos respetarán.

—¿Y vuestra amada?

—Deberé confiarla a vos si algo me sucede, aunque no creo que mi destino esté en acabar en el estómago de esos salvajes. ¿Tengo vuestra palabra?

La mirada de Marín de Urtubia era de tal intensidad que no admitía dudas ni medias tintas.

—Confiad en mí, capitán De Urtubia, y escoged vuestra tropa. Que Dios os acompañe.

—Os tomaba por descreído.

—Mejor estar a buenas con Dios y con el diablo, vasco. Ambos luchan en estas tierras.

Mas, ¿quién era diablo y quién dios?

Escogió Marín a sus hombres. Cinco salieron voluntarios, a los otros cinco tuvo que forzarlos. Habían oído el relato de Camani, intuían lo que les había sucedido a Andrés y a García Alonso, y el horror podía más que su arrojo. Acudió luego a la aldea de Cuacanagari y reclutó a medio



centenar de tainos entre los más fuertes y aguerridos. Se guió por las cicatrices: alguien que ya hubiera visto tan de cerca el horror ya no iba a espantarse.

—Yo iré.

Marín miró a Camani. Con el cuerpo y la cara pintados de negro era difícil saber que era él y no otro. Aun así le costaba imaginárselo blandiendo la maza, arrojando la lanza.

—Ni siquiera es tu tribu. ¿Por qué arriesgas tu vida?

—También la arriesgas tú por nosotros. Ellos mataron a mi hermano. Yo los he de matar a ellos —y lo dijo fríamente, sin mostrar ira.

Soplaron vientos de guerra. Aquella tropa desnuda, pintada y empenachada tomó sus arcos y flechas, sus lanzas, sus mazas, hasta el punto de que Marín, mirándolos, se sintió orgulloso de ellos: parecían un ejército.

—Diles que vamos a la victoria. Diles que los caribes nunca más volverán a poner el pie en la isla. Que se ahogarán en su propia sangre.

Y la tropa respondió con una especie de rugido sincopado, un silbido rítmico, mientras iniciaban lo que parecía un baile, girando sobre sí mismos, enarbolando sus armas. Luego, en lo que parecía una ceremonia guerrera, inhalaron por la nariz, a través de largas cañas, los efluvios de una hierba que les administró el chamán Guatacán y les dio una energía salvaje. Uno a uno, los guerreros tainos comulgaron con ese rito mágico que parecía infundirles fuerza y valor inigualables.

Se puso en marcha la tropa tras ser despedidos por el resto de los tainos y Cuacanagari. Los vio partir con inquietud el obeso cacique como quien ve marcharse su garantía de supervivencia. Iban, un centenar de pasos por delante, una docena de tainos, los más ágiles y escurridizos, verdaderos maestros en el arte de camuflarse en la naturaleza de aquella selva enmarañada —serían troncos de árboles, ramas y raíces si convenía serlo—, los seguía el grueso de los castellanos, precedidos por el estandarte, con armaduras, capacetes, picas, arcabuces y espadas, cerraba la comitiva el resto de los tainos. Se movieron en silencio, mas eran tantos que forzosamente la selva enmudecía a su paso y el rumor de su andar podía oírse a mucha distancia.

—Somos demasiados —se lamentó Marín—. Deberíamos dividirnos.

—Si nos dividimos caerán sobre nosotros y nos matarán —advirtió Jacomel Rico, que iba en la expedición como segundo en el mando.

—¿No tenéis fe en vuestras fuerzas? ¿No os sentís superiores a estos salvajes?

Ordenó finalmente Marín que la partida se dividiera en dos grupos. Comandó él uno de ellos integrado por cinco castellanos y una veintena de tainos, entre los que se encontraba Camani, le dio el mando del resto al exjugador y expresidiario.

—¿Puedo confiar en vos?

—Podéis confiar, vasco —dijo Jacomel.

—¿En que no huirás?

—¿Cuándo he huido? Puedo mantener diferencias con vos, pero nunca fui un cobarde y me muero por probar la espada en el cuerpo de esas bestias.

Se distanciaron ambos grupos hasta trescientos pasos. Caminaron en paralelo, pero no tan lejos como para que, en caso de peligro, no se oyeran. Un grito, «A mí, por Dios y por Castilla», dicho con fuerza, sería suficiente para que se reagruparan y golpearan como un solo mazo al enemigo.

Bordearon la costa, siguiendo a un guía taino que decía haberlos visto a una jornada de distancia, mas no lo hicieron por la playa, para no hacerse visibles, sino que se abrieron paso por la selva, cautelosos, sin decir palabra, cuidando de no pisar la hojarasca o tronchar las ramas secas, como un ejército de fantasmas.

Antes de que cayera la noche tropezaron con las primeras señales de que los caribes andaban

muy cerca. El viento les trajo una bocanada de mal olor y luego arribaron al escenario de la matanza. Había dejado la horda de caníbales la huella sangrienta de su paso en la aldea en donde Marín estuvo meses atrás y gozó de la hospitalidad de una pequeña comunidad de pescadores. El espectáculo era dantesco, y el escenario irreconocible. Las cabañas habían sido derruidas, de forma sistemática, con una furia vesánica, y en el suelo yacían los restos devorados a medias de sus habitantes, una mezcla de huesos, carne carbonizada, tendones y sangre que revolvió las tripas de los castellanos y extendió un murmullo de pavor entre los tainos.

La premonición que tuvo Marín en cuanto reconoció la aldea se cumplió. Anduvo buscándola por ese basurero humano y dio con un cuerpo femenino al que le faltaba casi todo: le habían cercenado los pechos, abierto las entrañas, arrancado los brazos; sólo el rostro, la pobre cabeza, había escapado a la voracidad de aquellas bestias y presidía aquel cuadro de horror clavada en un caña puntiaguda. A Marín de Urtubia le costó reconocer en aquella mueca desfigurada por el dolor el dulce rostro de Guanima, la niña que lo había estado observando con ojos tímidos tres meses atrás cuando estuvo explorando la zona con los suyos y le mostró la utilidad de los cocuyos. Tuvo que retirarse Marín a tomar aire y, mientras, se le empañaban los ojos, pero era más de ira que de propia tristeza, la cólera que nacía después del espanto.

—¿La conocíais? —le preguntó Jacomel Rico.

—Y también vos. ¿No os acordáis de ella? No entiendo esta barbarie. Ningún hombre civilizado puede entenderla. No son humanos, Dios mío. Son el mismísimo diablo.

—Son paganos, capitán, son blasfemos. No tienen alma. Se comportan como perros. A su lado, los tainos son ángeles del Señor.

—Sin cuartel —dijo entre dientes, con voz sorda, cerrando con furia la mandíbula—. Sin cuartel —fue repitiendo a los suyos, uno a uno, e indicó a Camani que trasladara las órdenes a sus tainos.

—No es necesario —repuso el intérprete con una sonrisa—. Ningún caribe se deja coger preso. Se echó la noche encima y acamparon al raso, alejándose de aquel infernal cementerio que hedía a putrefacción. Ordenó Marín que cuatro castellanos se fueran turnando en las guardias alrededor del improvisado campamento, en el que nadie encendió una fogata para no delatar su situación. Devoraron restos de galleta seca y frutos que habían ido cogiendo por el camino. Se echó el de Leizarán en el suelo, lejos de los suyos y de los tainos, pero no durmió. Contempló el hermoso cielo estrellado, la silueta de las palmeras mecidas por el viento, recordó el rostro de su amante cuando se despidió de ella aquella mañana estampando un beso en su mejilla y acariciando su vientre, y lo opuso a la barbarie vista y a las imaginadas cataduras de los caribes. Dios y el diablo se veían las caras a diario en esas selvas y el paraíso podía llegar a convertirse muy fácilmente en el infierno. Por primera vez desde que habían llegado a aquellas tierras, experimentó miedo, mas no tanto a la muerte como a sí mismo, no tanto por lo que podría suceder al día siguiente, sino porque llegara a convertirse en uno de ellos conviviendo entre la barbarie, practicada por unos y otros, una fuerza descomunal que terminaba seduciendo, una enfermedad pestilente que se contagiaba por la sangre, se encendía con ella, terminaba abrasando todo resquicio de razonamiento. Rezó. Convenía ponerse en paz con Dios. Mas ¿dónde estaba Dios cuando torturaban y descuartizaban a Guanima?

Al alba se pusieron en marcha ambos grupos. Aventaron a los caribes antes de verlos y oírlos. Los exploradores tainos que precedían a la tropa reptaron por la loma de una montaña y regresaron muy excitados con la nueva: habían visto señales de humo que indicaban la ubicación exacta de su campamento. Se aproximó entonces Marín de Urtubia y desde el fondo de la espesura los contempló.

Al fin tenía a su alcance a los monstruos, a los diablos que causaban tanto pavor y dolor en las islas, los cinocéfalos de las leyendas, aunque no tuvieran cabeza de perro. Los temibles y

sanguinarios indios estaban acampados en una playa, en donde se encontraban varadas sus grandes canoas, y habían hecho una docena de prisioneros que se iban a llevar a su isla.

—¿Por qué sólo veo mujeres? —preguntó Marín extrañado a Camani.

La respuesta del taino le heló la sangre:

—A los hombres y a los niños ya deben de haberlos matado y devorado. Se llevan a las mujeres para preñarlas y devorar a sus recién nacidos cuando den a luz. Es su forma de proveerse de carne.

Creció más su furia. Los observó minuciosamente mientras trazaba su plan militar. Aunque la proporción era de dos contra uno, aquello no le asustaba: estaba convencido de la superioridad de los castellanos en armamento y destreza, y confiaba en que los tainos se envalentonaran en cuanto vieran a los primeros caribes reventados por los disparos de los arcabuces. Llevaban los caribes plumas en la cabeza, se habían pintado el cuerpo y la cara de rojo con raíz de *bija* —una treta para no delatarse cuando fueran heridos— y chillaban constantemente, dando saltos, escenificando una danza ritual no muy diferente de la que habían efectuado los tainos al comienzo de la expedición, en su poblado.

Los rodearían. Un grupo bajaría por la colina en donde se encontraban, otro grupo les saldría desde detrás, de entre los árboles de la tupida selva, para empujarlos hacia el mar, y el tercero se situaría en un monte de enfrente y bajaría a la playa para cerrar la tenaza.

La mano de Camani hizo presa en su muñeca. No entendió el gesto y lo miró, interrogándolo. El taino, retirándose lentamente, señaló los árboles cercanos mientras lo instaba al silencio. Y Marín descubrió al fin el motivo de su alarma: un caribe solitario, armado con macana y lanza, merodeaba por la colina. Un centinela, a buen seguro, situado allí para prevenir sorpresas. Se agachó Marín, hasta hacer desaparecer su cuerpo entre la alta hierba que cubría el paraje y contuvo el aliento. El caribe andaba despacio, mirando a su alrededor, deteniéndose de vez en cuando a inspeccionar los árboles, alzar la vista hasta las copas para atisbar entre sus altas ramas o mirar atentamente el suelo. Hubo un momento en que se habría dicho que estaba olfateando el ambiente, como un lebre, que parecía que los había olido. Si no se desviaba en el último momento, el solitario caníbal pasaría muy cerca de donde se hallaban emboscados Marín y Camani.

Estaba tan cerca que podía verlo con todo detalle. Era joven, fuerte, bien proporcionado, no mal parecido, aunque costaba adivinar sus rasgos bajo aquella capa de pintura roja que lo cubría de pies a cabeza como un barniz. No tenía cabeza de perro, ni de hiena, ni de otra bestia, pero no por ello su aspecto resultaba menos terrible. Rezó Marín para que el sol, que se hallaba oculto entre nubarrones, no saliera y le delatara haciendo refulgir su coraza entre la maleza. El caribe se detuvo nuevamente cuando estaba a muy pocos pasos de ellos. Canturreaba algo extraño, tarareaba una primitiva canción mientras inspeccionaba los tupidos alrededores. Algo lo inquietó. Hizo el gesto de asir con fuerza la macana mientras giraba sobre sus pies y se acuclillaba, expectante.

Marín creyó llegado el momento. Lo calculó. No debía permitir que un grito alertara al resto de los salvajes. Se levantó, dio una formidable zancada y cayó sobre él con todo su peso. Mientras con un brazo detenía el golpe mortal de la macana, con el otro abrazó con fuerza el cuello del caído. El salvaje rugió sordamente mientras trataba desesperadamente de librarse de la mortal presa, y clavó con furia los dientes en la muñeca. Marín hizo un gesto de dolor, mas no aflojó aquella tenaza bajo la que ya comenzaba a sentir cómo se resquebrajaban los huesos de su enemigo. La asfixia aflojó las mandíbulas del caribe y entonces el brazo del de Leizarán se cerró definitivamente sobre su cuello, lo apretó con todas sus fuerzas hasta que oyó cómo saltaban hechas añicos las vértebras. Cuando lo soltó, la cabeza sin vida le bailaba sobre el cuerpo.

—No son tan feroces como parecen —dijo Marín a Camani, que había observado la pelea con la fascinación de un alumno hacia su mentor—. Nosotros podemos ser mucho peores.

Se reunieron con los suyos. Convenía darse prisa antes de que los caribes echaran en falta al centinela desnucado. Marín explicó a Jacomel Rico su plan y ordenó a Camani que capitaneara el grupo de tainos que debía esconderse en la playa.

—Cuando alcances la loma de enfrente —le dijo Marín al jugador—, avísame con una señal de espejo. Yo iniciaré el descenso gritando y vos haréis lo mismo. Los tainos impedirán que se refugien en la selva.

—Tienen otra vía de escape.

—¿Cuál?

—Por mar. Las canoas.

—No tendrán tiempo de llegar. Y recordad, sin cuartel. Ni un prisionero.

Marcharon la veintena de tainos capitaneados por Camani y la media docena de castellanos tras Jacomel. Marín y los suyos se apostaron sobre la loma de la montaña, se tendieron buscando cobijo en la hierba y contaron el tiempo con ansiedad. Se hallaban todos impacientes por dar su merecido a aquellos salvajes y podía más la ira que el miedo que les inspiraban. Aguardaron. Desde la privilegiada atalaya en donde se encontraban veían la playa, los ives y venires de los caribes. Una de las prisioneras fue separada y llevada junto a la canoa por tres de sus captores. La arrastraban brutalmente por la arena, la golpeaban en la cara y en el cuerpo, mas no pretendían matarla: cuando la tuvieron rendida se aprestaron a violarla. Aquellos bestias, pensó Marín recordando las palabras de Camani, estaban engendrando la carne con la que se alimentarían dentro de nueve meses.

Jacomel tardaba en alcanzar su posición. Marín aguzaba la vista, clavándola en la loma de enfrente, por si lo avistaba. ¡Cómo eran tan lentos! Una nube cubrió el sol y Marín la maldijo por inoportuna. Estuvo contando el tiempo que tardó la nube en liberar de nuevo al astro rey. Salió el sol de nuevo y Marín clavó los ojos en la lejana espesura que cubría el monte que cerraba la playa por el otro extremo. Por fin vio el destello.

—¡En pie! —gritó.

Tomaron las picas, desenfundaron las espadas, se calaron los pesados capacetes sobre la cabeza, cebaron los arcabuces, descendieron haciendo todo el ruido posible por la ladera de la montaña, hacia la playa.

—Quiero una mortandad espantosa —les decía Marín a sus hombres mientras trotaban ladera abajo.

Los caribes los habían visto. Se miraron con extrañeza entre ellos, se reagruparon obedeciendo las órdenes de uno de ellos, seguramente su jefe, y corrieron a su encuentro profiriendo aullidos horribles y enarbolando por encima de sus cabezas las pesadas macanas, palos cortos y recios que sujetaban duras piedras, mortales armas que aplastaban cabezas. Eran la misma imagen del diablo, rojos como él por el untamiento de *bija*, la planta rojiza que parecía sangre. Ya pisaban la arena los castellanos. Marín mandó detenerse, dio orden a los tres arcabuceros de que dieran un paso al frente, hincaran rodilla en tierra y apuntaran cuidadosamente a la turba que se les venía encima.

—¿Y nuestros tainos? —preguntaban con inquietud.

—¿Y Jacomel y los suyos? ¿Por qué no sale?

Mantuvo Marín su sangre fría. Las primeras filas de caribes ya estaban muy cerca, tensaron sus arcos y lanzaron sus ponzoñosas flechas adobadas en mixturas de manzanillo. Nada hicieron a los castellanos, protegidos por sus corazas, en donde rebotaron, pero provocaron la muerte instantánea de dos tainos que los acompañaban. Les llovieron las primeras lanzas, que se clavaron a solo unos pasos de ellos, en la arena.

—Sal, Jacomel; sal, Jacomel, sal, por Dios. ¡Como me hayáis traicionado!

Los vio por fin. Venían corriendo por el otro extremo de la playa, también salía en aquel momento Camani, al frente de sus tainos, de la selva.

—¡Fuego! —tronó el de Leizarán.

Los arcabuces vomitaron una descarga mortífera. El ruido fue atronador, la playa se cubrió de humo espeso y flotó el hedor de la pólvora entre gritos de terror y dolor. Un caribe había sido alcanzado en la cabeza, otro en mitad del pecho, el tercero buscaba asombrado su pierna. Pero ni así parecieron asustarse. Aullaron con más fuerza y cayeron sobre los castellanos para entablar lucha cuerpo a cuerpo.

—¡Por Dios y por Castilla! —gritó Marín, alzando su espada.

Los acometieron con fiereza mientras una nueva descarga, de los arcabuceros de Jacomel, a quienes no habían visto, diezmó por la espalda a la horda caribe.

Dejó de pensar Marín, arrinconó su cerebro e hizo servir únicamente el músculo y el instinto. El primer enemigo se le venía encima como un torbellino de furia, aullando y echando espumarajos por la boca mientras trataba de alcanzar su cráneo con la pesada macana: lo descabezó de cuajo de un certero tajo y el chorro de sangre que manó de su cuello literalmente lo bañó. Un segundo le dio de lleno en el pecho con su arma de piedra, pero la coraza paró el golpe y en respuesta lo atravesó con su espada, y con el cuchillo que portaba en la otra mano le sajó la garganta mientras caía al suelo. Con la espada y el cuchillo se abrió paso en aquella barrera de cuerpos desnudos a los que iba abatiendo con su furia. Lo hirieron, pero no lo sintió, le mordieron como perros salvajes, pero eso no lo arredró. Su espada cortaba manos, brazos, piernas y cuellos, infería enormes heridas en costados, dejaba al descubierto costillares y entrañas, mientras mugía como un animal enfurecido y su fuerza se multiplicaba. Hubo un momento en que cuatro caribes consiguieron aislarlo del grupo de castellanos y arremetieron con rabia contra él utilizando toda clase de armas. La punta de una lanza le rozó el cuello y una macana pasó rozándole la sien, desguarnecida desde que había perdido el capacete en uno de sus embates, y a punto estuvo de arrancarle la oreja de cuajo. Sintió su propia sangre en la cara, corriendo por su pecho, por el interior de su coraza, empapando la camisa, mas eso sólo sirvió para soliviantarlo más, hacerlo más feroz, para multiplicar su poder letal. Mientras a un caribe lo ensartaba en su espada, hundiéndosela entre las costillas, allí donde latía su corazón, removía su cuchillo en el estómago de otro y con las botas, a patadas, se deshacía de los otros dos, rompiendo sus mandíbulas y sus narices.

—La victoria es nuestra —oyó.

Se volvió jadeando, bañado en sudor y en sangre propia y ajena. A su lado se encontraba Jacomel Rico, exhausto, moviendo en molinete su espada para ahuyentar a un par de caribes que no se daban por vencidos. Dio cuenta de ellos Marín con certeros golpes descargados con tal furia que los cortaron por la mitad, de arriba abajo la cabeza, el cuello, parte del tórax, con tal furia que melló el filo de su espada. Y entonces se detuvo, ahogándose de cansancio, sin fuerzas ya para alzar una espada que rezumaba sangre, trozos de piel y cabellos azabaches. Había llegado peleando hasta la misma orilla del agua sin darse cuenta de ello. Flotaban, entre las canoas, cadáveres destrozados que se desangraban alertando a los tiburones que rondaban por aquellas costas y que no tardarían en darse un festín con sus despojos. Miró hacia atrás, hacia la playa, y contempló atónito el resultado atroz de la batalla. Los cuerpos yacían diseminados sin orden ni concierto sobre la arena, algunos amontonados; había cabezas separadas de sus cuerpos, brazos, de sus torsos, piernas, de sus caderas, y los pocos heridos que se lamentaban eran sistemáticamente exterminados a golpes de maza por los tainos. Había que ver con qué saña los habitantes de la Hispaniola ajustaban cuentas con sus enemigos jurados, con qué crueldad destrozaban sus cráneos una y otra vez, hasta que la pulpa de sus cerebros reventados emergía por entre los huesos quebrados de las cabezas, siguiendo a rajatabla las órdenes de que no hubiera cuartel. Entonces, a medida que su respiración se acompasaba, Marín empezó a sentirse mal, a punto de vomitar, y el hedor de la sangre, fuerte, profundo, que lo acompañaba, acicateó sus náuseas.

—Marín, mirad lo que hemos encontrado.

La llevaban amarrada, atados los brazos a la espalda con bejucos, y aun así se revolvió y mordía como una fiera, ajena a los muchos golpes que caían sobre ella: una mujer caribe cuya belleza era precisamente una trampa, la mismísima tentación del diablo. Una hermosa mujer cuyas espectaculares formas se intuían bajo el rojo de las pinturas que la cubrían de pies a cabeza y que se quedó mirando al hombre rubio, desafiándolo con la mirada inyectada de sangre mientras jadeaba y era obligaba a permanecer de rodillas. Le dio miedo a Marín su belleza, le conturbó que la brutalidad poseyera ese cuerpo perfecto y esos rasgos fuertes y hermosos que trató de imaginarse limpios de la pintura y la sangre. La caribe había peleado con denuedo, había matado con sus garras y su macana al menos a tres tainos, pero había acabado siendo acorralada por tres castellanos que la desarmaron, le propinaron un tajo en el costado y consiguieron dominarla.

Uno de los castellanos desenvainó el cuchillo y lo acercó a su cuello, para degollarla.

—Primero holgamos con ella —gritó Jacomel, deteniendo su mano—. Luego la matamos. Parece un regalo para los vencedores ese cuerpo tan perfecto hecho para el placer. —Y se afaná en sobar sus pechos ante la total indiferencia de la prisionera.

—Ni la vais a violar, ni la vais a matar —dijo Marín con determinación, que había tenido una idea brillante.

—¿Vais a dejar vivir a semejante fiera caníbal?

—Haré algo mejor, amigos. Haré que vocee por todas las islas nuestra capacidad de muerte, que tiemblen todos. Por eso vivirá.

Ordenó que fueran decapitados los cadáveres del centenar de caribes, que llenaran una de las canoas con tan macabro y sangriento cargamento, desataran luego a la caribe, la metieran en la embarcación y le dieran remos.

—Cuenta a los tuyos de lo que son capaces los castellanos —gritó Marín mientras la bella salvaje se alejaba a golpe de remo.

La canoa, la muchacha y su tétrica carga desaparecieron mar adentro mientras los castellanos se mostraban disconformes con la iniciativa de su capitán.

—Debimos holgar con ella cuando la capturamos.

—¡Que desperdicio de hembra!

—Claro que nadie podría estar tranquilo encima de ella, temiendo siempre que te mordiera.

Contaron a sus muertos. Ninguno entre los castellanos, sólo cortes y rasguños; una docena entre las filas de los tainos, que fueron recogidos en improvisadas parihuelas para ser llevados a su poblado. Arrastraron por las piernas los descabezados cadáveres de sus enemigos y los hundieron en el mar. Una bandada de tiburones, alertados por la sangre, entró en la ensenada. Al poco rato, el mar hervía y el aire se contagiaba del hedor de las vísceras.

Ya de regreso, Marín alcanzó a Camani. El intérprete taino había sido herido por una azagaya en el costado, mas no exteriorizaba su dolor por lo que dejaría en su cuerpo la segunda cicatriz en enfrentamientos con los caribes. Reparó entonces el vasco en el sangriento despojo que llevaba en la mano.

—¿Qué es eso? Lo llevó entonces a su boca Camani, lo desgarró a bocados y lo devoró.

—Mi hermano está vengado —dijo, limpiándose la sangre de la boca—. Y ahora seré tan valiente y feroz como ellos.

—Tú también, Camani —dijo Marín, lentamente, mirándolo horrorizado—. Eres un caníbal. Tú también. Dios mío.

No todas las cabezas cortadas se fueron con la caribe superviviente e indultada a su isla en la barca de Caronte que cruzaba mares calmos de muerte. Los tainos se llevaron como trofeo de guerra una veintena de ellas. Mirándolas exorcizaban el mucho miedo que durante años les habían infligido los caníbales, a los que consideraban poco menos que invencibles por su

ferocidad. Pondrían las cabezas a la entrada del poblado, en su plaza central, flanqueando la puerta de la estancia del cacique Cuacanagari en lugar de los vistosos guacamayos, servirían de mofa para las mujeres y los aterrorizados niños, que seguirían con sus dedos el rastro de sus bocas feroces, sería la muestra de que al menos una vez, ayudados por los semidioses barbados, habían cambiado las tornas y no eran sus cabezas las que adornaban los poblados caribes ni sus cuerpos descuartizados y asados los que les servían de alimento. Aquellos rostros feroces, untados de rojo y de largos cabellos, irían perdiendo poco a poco la carne bajo el sol que los secaba y acabarían convirtiéndose en grotescas máscaras apergaminadas pegadas a las cajas de sus cráneos.

Ni siquiera los castellanos se sustrajeron a la fascinación salvaje que les provocaba su victoria sin paliativos. Como si se tratara de un estandarte, Marín clavó sobre el extremo de una pica la cabeza de uno de sus enemigos, a quien creyó su jefe, y lo mandó personalmente a los infiernos tras cercenarle los brazos y hundirle su espada en el pecho. Al llegar al Fuerte Navidad, plantaron tan macabro adorno en la misma entrada de la fortaleza, un reclamo para las moscas. Era, sin duda, un buen trofeo de caza. La muerte había sorprendido al reyezuelo caribe en mitad de un espasmo de dolor y por ello sus ojos estaban bien abiertos, sus labios separados para mostrar las dos hileras de dientes puntiagudos que aquellos salvajes se limaban desde la tierna infancia para desgarrar. Una cabeza singularmente viva separada de su cuerpo. El mito de los cinocéfalos se venía abajo ante aquella concreción: no tenían cara de perro, pero la fiereza era la misma.

En cuanto los vieron asomar por un extremo de la selva salieron todos del fuerte a recibirlos, como a un ejército victorioso, a aquella docena de castellanos seguidos por la tropa taina. Atronó el ambiente el repiqueteo solemne del tambor mientras un coro de aclamaciones los recibían al entrar en el fuerte. Aquélla era la primera batalla que se había librado en el Nuevo Mundo y el resultado no podía ser más alentador.

—Os felicito por vuestro valor —le dijo Juan de la Plaza a Marín, abrazándolo, tras escuchar el relato pormenorizado de la lucha de su boca y ante los vítores de la guarnición de marinos convertidos definitivamente en soldados tras aquel bautismo de fuego—. Y tengo sana envidia de vos por no haber estado en el combate. Os estáis forjando a sangre y fuego. ¡Galeno! —ordenó, volviéndose hacia Juan Sánchez—. ¡Curad a los heridos! Ya vos os espero en mi mesa, a comer alguna cosa, a deleitaros con una ahumada de tabaco.

—Antes vais a permitirme que me bañe, que me desprenda del hedor dulzón de la sangre.

Fue a bañarse Marín al mar cercano. Perdió por la arena su coraza, su jubón y calzas, lanzó lejos su tiznado capacete que rodó por una duna, clavó su espada al cobijo de una palmera y corrió desnudo hacia la orilla. Ansiaba purificar su cuerpo y sacar de él todo vestigio de la sangre, propia y ajena, que se le había metido hasta entre las uñas de las manos, apelmazaba su largo pelo y barba, como barro, formaba dura costra en el brazo, en donde una azagaya le había levantado una porción de piel y la carne, desollada, aún sangraba. La sangre seca formaba una dura costra en su rostro, se había convertido en una máscara. El mar calmo lo abrazó, lo besó, lo meció. El paraíso volvió a renacer ante sus ojos después de su periplo por el infierno, tras purificarse en las aguas color turquesa. Dios reinaba sobre el demonio después de vencerlo en una batalla con sus mismas armas. Bogó en silencio, desnudo, por la bahía, pez solitario, hasta que se sintió limpio, en paz consigo mismo, distendidos sus agarrotados miembros, y entonces regresó. Juan de la Plaza, el administrador real Pedro Gutiérrez y el galeno lo estaban esperando en la estancia del gobernador ante un suculento manjar que habían mandado cocinar a Juan Quadrado con la orden de que se esmerase: guajolote asado con yuca hervida, puñados de maní, semilla muy nutritiva que recordaba la almendra, y *yayamas*, frutos cuya corteza exterior era parecida a las piñas de los pinos castellanos, de pulpa dorada, acuosa, extraordinariamente dulce, que saciaban la sed, colmaban el apetito y eran deliciosas, por su

gusto, al paladar. Estaba la mesa ornada con tan exquisitos manjares y el ambiente cargado por el humo del tabaco de los tizones encendidos que se pasaban unos a otros. Marín los miró a todos mientras se sentaba: reproducían el mismo esquema que había presidido la gobernación del finado Diego de Arana, el selecto grupo de elegidos que se distanciaba del resto de la vulgar tropa, los aprendices esforzados de gentilhombres. Siempre clases, afán por diferenciarse unos de otros y conquistar parcelas de poder. Aunque había una novedad en aquel cuadro detenido que se animó al verlo entrar: Caney, la bella hija de Cuacanagari. La habían cubierto con un blusón y se sentaba en un extremo de la mesa, algo aparte, bajo la mirada de censura de Juan de la Plaza que le recriminaba cada uno de los intentos de hacerse con un bocado de guajolote antes de que empezaran todos y le golpeaba la mano.

—Debemos felicitarnos todos por el éxito de esta batalla —dijo Juan de la Plaza—. El capitán Marín de Urtubia ha diezmado a los caribes que han osado desembarcar en nuestra isla y, por lo que me ha explicado, dudo que vuelvan durante algún tiempo.

—Y también ha sido interesante para los tainos, según nos ha explicado el señor gobernador —señaló Juan Sánchez, despedazando con un cuchillo la succulenta ave—. Combatieron sin miedo, por lo que he oído contar.

—No los sobrevaloremos. Si no llegamos a estar nosotros a su lado, habrían salido corriendo —espetó Pedro Gutiérrez mientras se afilaba con la mano su puntiaguda barba—. ¿No es así, Marín?

—Les dimos confianza en sí mismos.

—Lo que podría ser un inconveniente —apuntó un hambriento Gutiérrez, que se abocaba sobre un muslo churruscado del ave.

—Explicaos —le instó Juan de la Plaza, ceñudo.

—Que se envalentonen. Nos conviene un pueblo amedrentado, es más fácil de dominar. Si han vencido a sus mortales e invencibles enemigos...

—Seguid.

—Quién dice que, en un futuro, no se alcen contra nosotros.

—Eso es absurdo.

Qué vacua le pareció aquella compañía. Qué falsas las lisonjas. Allí estaba ese despreciable de Pedro Gutiérrez, un traidor que no había dudado en degollar al notario de Segovia para salvar su pellejo, un individuo siniestro que odiaba aquellas islas y todo lo que representaban y lo único que deseaba era ver entrar la armada de Colón por la bahía para traicionar de nuevo, o el galeno, que arrojaba el ascua al mejor postor, sin importarle la cara de su amo, o él mismo, que siempre andaba dudando, se mostraba ambivalente, se debatía entre la seducción de una amistad que pesaba sobre sus espaldas y los pálpitos de su corazón. Comían bajo techado, en un remedo de vivienda alzada malamente aprovechando los tablones y las cuadernas de la *Santa María*, que hacía aguas por todas partes, una madera que se pudría día a día como metáfora de su mundo, en la que los escarabajos y los gusanos escarbaban sin tregua sus túneles, y lo hacían para decirse civilizados, pero no lo eran. No menos salvajes que los tainos que habían marchado con Camani a la cabeza a su poblado enarbolando en sus manos las cabezas aún sangrantes de sus rivales; no menos salvajes que aquellos que habían desafiado su poder sobre la vida y la muerte en una playa cercana y habían sido devoradores devorados. Ni la violencia ni la brutalidad eran patrimonio de nadie, aunque adoptaba, según las latitudes, formas más sofisticadas. Pensó en levantarse e irse con el guajolote medio comido, con aquellos huesecillos medio quebrados entre sus dientes, para reunirse con lo que verdaderamente ansiaba, y eludir la mirada provocadora de la bella hija de Cuacanagari, que parecía prendada de su barba rubia y sus ojos azules y le coartaba con sus miradas descaradas.

—Excusadme. Estoy cansado.

Unos brazos se trenzaron a su cuello cuando abrió la puerta de su cámara, y unos labios



buscaron restañar los múltiples rasguños de su cuerpo mientras se desnudaba en la más completa oscuridad entre los susurros ininteligibles de un lenguaje opaco y dulce. Canayma expresó la alegría por verlo sano y salvo con entrecortados sollozos. En aquellos momentos experimentó el vasco el placer del guerrero que regresa a casa, después de una feroz batalla, a degustar las mieles del hogar. Ulises volviendo con Penélope después de combatir gigantes, cerrar los oídos a las sirenas y salir triunfante de tempestades. Agradable sorpresa tuvo al encontrar a su amante Canayma con fragantes flores, de pétalos tan blancos que resultaban luminosos en contraste con el color de sus cabellos, que ciertamente la adornaban y la hacían más bella aún, y al rodearla con el brazo, reparó en el extraño y pegajoso unguento que cubría su cuerpo, un barniz que resaltaba aún más sus generosas formas y las hacían más apetitosas al tacto.

—¿Qué es esto? —le preguntó intrigado, deslizando las manos por su piel.

—Para que te resulte más placentero tomarme.

—Pero no voy a hacerlo, mi querida Canayma. Sólo quiero dormir, eso sí, entre tus brazos.

Junto a su cuerpo, la boca sobre su vientre que colmaba de besos, borró de sus ojos las dantescas imágenes de violencia y sangre de las que había sido protagonista, sintió bajo su oído el palpito de la vida después de tanta muerte. Y la besó y tocó como si fuese su carne, con dulzura, sin deseo. Suya, totalmente suya, su piel, su aliento, su mirada, el fruto de su vientre. Tenía los ojos húmedos y el vasco tomó su lágrima antes de que rodara por su mejilla y luego cerró el párpado con un beso.

—Temí verte muerto —le susurró ella.

—¿Ignoras que somos dioses? No sufras nunca por mí —le dijo, con ternura—. Yo no moriré. Ni tú tampoco.

—Estás herido —reparó, pasando la mano por el desgarró que tenía en la sien, del que aún manaba sangre.

—No es nada. Un rasguño. Curará solo.

—Yo te lo curaré.

—¿Con qué vas a hacerlo?

Guardaba en un pequeño cofre hierbas diversas a las que Marín no solía prestar mucha atención. Sacó un puñado de ellas y las estuvo majando un buen rato entre las manos, hasta que exprimió toda su savia y se untó las palmas de un líquido lechoso, y entonces aplicó aquel bálsamo sobre la sien del vasco, cuidadosamente, lo extendió con movimientos rotatorios, para que aquella secreción vegetal penetrara en la herida abierta.

—¿Qué demonios me estás haciendo?

—Curándote.

—¿Cómo se llama esta planta?

—*Perebenuc*.

Recordó entonces el castellano que Camani le había hablado de ella, incluso le había mostrado la mata, un día que iban de caza.

Curó y cerró rápido la herida. No supo Marín si fue por las cualidades curativas del unguento o bien porque se sugestionó él mismo y obró el milagro, lo cierto es que a los tres días su sien estaba limpia y cuando la costra cayó ni rastro había de aquel terrible golpe de macana que un caníbal le asestó mientras él le rompía el corazón con su espada.

Durmió el vasco, vencido por el cansancio, acariciado por las pequeñas manos de su amante, que jugueteaban en la selva hirsuta que desde los pectorales se extendía hasta su vientre; seguía fascinada Canayma, con su dedo índice, el relieve de sus cicatrices, el libro escrito en la piel del soldado. Despertó Marín a medianoche, sudoroso, y se encontró con la mirada fija de la indígena, ojos que brillaban con luz propia en la oscuridad de la cámara.

—¿No duermes? ¿No estás cansada?

—Me gusta mirarte. ¡Eres tan distinto de nosotros!

—Mi pequeña cojita —murmuró, con ternura, mientras tomaba su pie deforme, lo llevaba a sus labios y besaba uno a uno todos sus dedos.

## Capítulo 25

La victoria sobre los caribes propició una especie de luna de miel entre los castellanos y los tainos. Se olvidaron viejas rencillas y afrentas en aras de la valiosa colaboración que había conseguido expulsar de la isla al enemigo común. Volvieron los indios de la Hispaniola a trabajar en los yacimientos de oro de sol a sol, sin rechistar. Pero la capacidad de afrenta del gobernador no tenía límites y buscó nuevas formas de humillar a los tainos, convencido de que la forma de tenerlos sojuzgados era socavar su dignidad.

—Decidle al rey seboso que quiero verlo urgentemente —dijo Juan de la Plaza a Marín, en presencia de su hija Caney—. Que baje al fuerte para hablar de algunas cuestiones.

—¿No es humillarlo?

—No pretenderéis, literato, que sea yo el que mueva el pie y vaya a la aldea de los salvajes. Debe acostumbrarse ese cacique a saber quién es el que manda en la isla.

La aldea taina de Cibao se encontraba en ebullición cuando fue a visitarla Marín. Camani, valorado por su inteligencia, su sentido práctico y su habilidad como guerrero y estratega militar, había experimentado un considerable ascenso social en la corte del cacique. Ya no era el edecán Habacoa quien se sentaba a la diestra de Cuacanagari, sino el exintérprete de Guanahaní. Llevaba los cabellos negros empenachados de plumas, aros de oro en los tobillos y un vistoso collar del mismo metal en el pecho, lo que daba una idea de su importancia, y se mostró altivo cuando vio a Marín de Urtubia entrar en los aposentos del cacique.

—Dile a Cuacanagari que el gobernador quiere verlo mañana por la mañana. Que lo espera en el Fuerte Navidad.

—Es un rey —espetó Camani con altivez, negándose a traducir las instrucciones del vasco.

—Un rey que nada puede ante el poder de los castellanos, que nos debe la vida. Recuérdale que vosotros solos nada podríais haber hecho ante los caribes. Díselo. Juan de la Plaza, el gobernador, quiere hablar con él.

A regañadientes tradujo Camani sus palabras. El cacique se mostró perplejo y enojado. Habló de forma rápida.

—¿Qué dice? —inquirió Marín.

—¿Cuántas humillaciones deberá seguir soportando?

—¿Lo dice él?

—Lo digo yo.

—Has cambiado mucho en los últimos tiempos, Camani. Nos hemos ido alejando progresivamente en todo este tiempo. Es como si ya no apreciaras la amistad que sentía por ti. Pero no te rebeles contra mí —le dijo Marín, amenazadoramente, mientras se levantaba del suelo y se despedía—. Apreciaba a aquel taino que se interesaba por nuestras cosas, por nuestro lenguaje, que todo lo preguntaba en su afán de conocer y parecía querer ser como nosotros. Confieso que me equivoqué.

—Quería ser como los castellanos hasta que os conocí realmente —replicó Camani, haciendo alarde de su insolencia.

Cuacanagari bajó a la mañana siguiente al fuerte Navidad con una comitiva de guerreros. Iba envuelto en un manto de algodón, que cubría su cuerpo adiposo, y un penacho de plumas adornaba su cráneo, pero de lo que más orgulloso se sentía era de la espada que le había dado Juan de la Plaza, como intercambio de anteriores prestaciones, y llevaba prendida a la cadera.

—Vienen con armas, capitán —gritó el centinela al verlos cruzar la playa en dirección al fuerte—. ¿Qué hago?

—Que pase el cacique. El resto que espere fuera —ordenó Marín.

Aceptó de mal grado Cuacanagari la imposición de los castellanos. Esperó su tropa al pie de la empalizada mientras él y Camani entraban y permanecían en la plaza de armas. No había estado el cacique de Cibao en el recinto de los castellanos desde que prestara a sus hombres

para su edificación y se admiró de las construcciones de madera, las ventanas que se abrían en ellas y, sobre todo, del mástil del que pendían los estandartes reales oreados por el viento que reconoció como el de la naufragada *Santa María*. Y allí permaneció más tiempo del debido, bajo un sol de justicia, mientras Juan de la Plaza, para humillarlo, se retrasaba en recibirlo.

—Que pasen —condescendió finalmente.

Cuando Cuacanagari entró en la cámara del gobernador, su hija Caney se postró a sus pies y lloró. Durante unos instantes la mano gordezuela del cacique taino se perdió entre los cabellos de la muchacha en un intento de consolarla. Esa muestra de cariño soliviantó el ánimo del extremeño, que vio algo más que mero amor paterno filial en aquella reacción, y su sospecha lo enfureció. Ordenó finalmente, con gestos destemplados, que la muchacha se retirara al fondo de la cámara mientras tomaba asiento y Cuacanagari y Camani permanecían en pie, ante él.

—Espero que sepas valorar la protección que los castellanos te han prestado. Nos debéis la vida. Si no llega a ser por nuestro valor, esa horda de caribes habría caído sobre tu poblado y lo habría arrasado todo. ¡Tradúcelo! —gritó irritado a Camani.

Lo hizo el taino.

—Necesitamos, por ello, más compensaciones. Oro. Más oro. El yacimiento del río Cibao está agotado, tus hombres ya no extraen de él ni una miserable pepita. ¿Dónde hay más oro? ¿En qué tierras? ¿En las tuyas o en las de Caonabó? ¡Me da igual de quién sean!

El cacique negó con la cabeza.

—Necesitamos más hombres para trabajar en los yacimientos. Pregúntale dónde hay más oro —insistió el extremeño.

—Espadas —pidió a cambio Cuacanagari, señalándose la que pendía de su cadera.

—No habrá más espadas, sólo cuchillos. Seis cuchillos por más oro y por más hombres. ¿Lo entiende?

Cuacanagari meneó la cabeza mientras exigía ver una de esas espadas cortas de las que le hablaba el extremeño.

—Como ésta —y Juan de la Plaza puso en su mano su daga.

La tocó y la acarició, como pieza valiosa, sin cortarse. Murmuró unas palabras que parecieron de asentimiento.

—¿Y bien?

—Hay acuerdo. Prestará más hombres, te diré dónde hay más oro. Pero quiere los cuchillos ahora.

—¡Por quién nos ha tomado! No habrá cuchillos hasta que no tenga el oro entre mis dedos. Díselo. Y devuélveme mi daga —y, sin esperar, se la arrebató de sus manos.

El calor cayó como una maldición sobre los habitantes del Fuerte Navidad, que se convirtieron en meros resistentes a un clima asesino que iba diezmando sus fuerzas. Llegaba el verano a aquellas tierras y no había quien pudiera resistir las altas temperaturas. Cerradas las ventanas, se asfixiaban; abiertas, entraba en la estancia el fuego exterior y multitud de insectos, el molesto complemento del ardor climático. Calor y humedad, una constante de aquella isla que se volvía contra los violadores de su belleza y los sumía en mares de sudor, como si siempre anduvieran saliendo del agua y nunca se secaran.

El calor corrompía todo lo que tocaba, el calor fundía los alimentos, agusanaba las frutas nada más cogerlas de los árboles, provocaba que la carne cazada hediera a las pocas horas, que el pescado expeliera el más repugnante de sus perfumes y líquidos, que las leves heridas, los rasguños, no cicatrizaran jamás.

Ese calor iba minando sus cuerpos paulatinamente, devoraba sus musculaturas, que habían caído en una profunda ociosidad. Ya hasta costaba un gran esfuerzo alzarse de la hamaca para salir al exterior, abrir la boca para ingerir algún alimento, contemplar a los tainos extrayendo el oro para ellos. Aplastados por ese calor, los castellanos empezaban a comprender la debilidad

de aquella raza que se había criado en ese clima que no estimulaba a la acción.

—Como en Sevilla durante el agosto —decían los de la *Niña*, más acostumbrados a esas calores.

—¡Dios! ¡Nos ahogamos! —agonizaban los del norte.

—¡Lo qué daría yo por el viento del Cantábrico!

Andaban los hombres por el fuerte tal como Dios los trajo al mundo, tan desnudos como los tainos, ya sin taparrabos, pues la ropa, sucia, endurecida por el propio sudor que la empapaba y, al secarse, la acartonaba, les ulceraba la piel por el roce si se la ponían. Les salían en la piel repugnantes eccemas, manchas blancuzcas que se extendían por todo su cuerpo y acababan dándoles apariencia de muertos. Nuevos enfermos que añadir a los dos bubónicos que se extinguían lentamente en su celda sin nadie que los cuidara.

Ante tal cúmulo de males, el galeno andaba como alma en pena, presa de la desorientación, por el fuerte; hirviendo frutos, trozos de madera, aplicando pomadas equivocadas que empeoraban las lesiones en vez de curarlas.

El calor hacía andar desnudo por la estancia al señor gobernador de la Hispaniola. Este hecho y la disponibilidad de su amante tenían como consecuencia que permaneciera más tiempo echado en la cama, con su cuerpo enroscado entre sus brazos, que de pie, atendiendo a sus funciones de gobernante. Ya no salía de la habitación y era su guardián, el velludo Juan Vecano, el encargado de llevarles la comida que Juan Quadrado cocinaba para ambos, guisos que repugnaban a la caprichosa Caney y que escupía por el suelo tras probarlos.

—¡Maldita zorra! ¿Tu padre no te enseñó modales?

No se cansaba nunca Juan de la Plaza de tomar a la siempre lasciva Caney, su taina, cuando le venía en gana, y ella siempre se mostraba solícita a todos sus requerimientos y encontraba gran placer en brazos del extremeño. Se amaban de forma desordenada en el suelo, mientras sobre el agua estancada y sucia de la palangana aleteaban las mariposas de la muerte que terminaban cayendo a ella y ahogándose, quizá buscando mirarse en su superficie; se lamían las carnes, tras el brutal ayuntamiento, mientras peludas escolopendras, anchas como tres dedos, largas como manos, trepaban con sus miles de patas por la madera podrida de la cámara, madera que todas las noches se lamentaba crujiendo bajo las mandíbulas insaciables de unas hormigas blancas de grandes cabezas cuya misión era excavar túneles y más túneles hasta que la pared se desmoronaba. Y por las nalgas recias de la muchacha trepaba una tropa de hormigas, alertada por su miel, a las que Juan de la Plaza aplastaba a cachetazos, provocando en ella una risa salvaje.

—Hasta las hormigas parecen dispuestas a hacer el amor contigo, india del demonio.

La tomaba de muchas maneras, pero mucho le satisfacía al extremeño hacerlo contra natura, bestialmente, tras inmovilizar entre sus piernas su cintura sudorosa, y gozaba especialmente de su sufrimiento, de ver su espalda tensa, sus glúteos abiertos, los hombros temblorosos acariciados por la hermosa melena negra mientras consumaba su violación, pues sabía lo que le desagradaba a ella recibirlo de ese modo.

—Gusanos, escarabajos, ciempiés, arañas —enumeraba el gobernador, panza arriba, mirando a su alrededor, haciendo inventario de los insectos que pululaban por su cámara, andaban, volaban o se ahogaban—. ¿Cómo podéis vivir rodeados de tantas bestias? Porque lo sois, sin duda. La mayor bestia de estas tierras.

Caney tomaba entre sus dedos alguna de esas repugnantes y blandas larvas blancas y la masticaba con fruición ante la ira del gobernador.

—¡Sucia taina! —le gritaba mientras la abofeteaba y la obligaba a escupir el manjar que ya nadaba en su boca.

Tras uno de los brutales ayuntamientos, quedó como muerto, por el esfuerzo, el pecho contra su espalda, su vientre pegado a las nalgas, sus labios hozando en su nuca, entre el perfume de

sus largos y negros cabellos de seda negra y la laguna de sudor de su cuello. Forzó su cara para hociquearla, pero sin éxito: más reacia al beso que a que la tomara por detrás.

—Caney —se sorprendió él mismo pronunciando el nombre de la salvaje, él, que solía no hacerlo, por no reconocerles su dignidad humana.

Sobre la mesa, mustio, arrugado, bañado en sudores, un mamey, el rey de los frutos, símbolo de la belleza femenina, de su sexo, y a su alrededor decenas de moscones, disputándose su almíbar. Lo tomó el extremeño, tras separarse de la taina, pero lo dejó caer al suelo, asqueado, cuando comprobó su podredumbre.

—Tú serás mi mamey —le dijo, lamiendo el sudor que empañaba sus nalgas, besando toda la espalda, mientras le entraba hambre de ella, cruzaba por su mente la idea de devorarla como hacían los caribes con sus víctimas y probaba de hincar los dientes en su glúteo derecho. Rió, se estremeció, se dio la vuelta la indígena y supo él lo que quería al ver su mirada turbia y el pecho tembloroso bajo el collar de oro que la embellecía.

Y luego, para enfriarse, pues su cerebro le decía a su cuerpo que tanta satisfacción carnal no podía ser buena, remojó lo que le daba tormento en el agua tibia de la palangana. La mariposa ahogada de la muerte y alas con calaveras besó su glande. La apartó de un manotazo mientras orinaba en aquella agua detenida, con dolor, tierra, sangre, por fin orines y Caney, de pie, observaba el extraño fenómeno y se asombraba.

—Los riñón es. No lo entiendes. Tampoco te lo voy a explicar. Y vístete, no quiero que alguien entre y vea desnuda a la esposa del gobernador. —Y se rió de lo que él mismo decía.

Recorrió luego la estancia. Abrió la puerta y salió afuera, a respirar el aire de la noche, pero éste también se había detenido, pesado y abrumado por el calor, mientras una nube de moscones revoloteaba en el zaguán, buscando la rendija para colarse dentro de la cámara.

—Mataré a tu padre como no ceda ante mí —le dijo a la hija de Cuacanagari, cuando volvió a la estancia—. Y te degollaré, puta del demonio, cuando ya no me satisfagas —terminó, tomando su cuello con la mano, cerrándola como una tenaza sobre su garganta, contemplando cómo su rostro palidecía a la débil luz del candil de aceite de manatí.

No fue necesario. Cuacanagari cedió a todas las exigencias del autoproclamado gobernador. Informó a los castellanos de un yacimiento virgen en otro de los montes de su territorio, junio al río Cotuy, y éstos se afanaron en llevar al doble de tainos para que trabajaran sin descanso con el fin de extraer el máximo posible de oro en el menos tiempo imaginable. Pero, a cambio, el cacique de Cibao no recibió los prometidos cuchillos. Los castellanos ya no eran gente de palabra.

Aquella obsesión de los semidioses barbados tenía siempre a los tainos estupefactos y a esa locura no acababan de acostumbrarse. ¿Por qué se obsesionaban los castellanos en acumular oro en sus arcones si ni siquiera adornaban con collares sus cuellos, ni con esclavas sus tobillos, ni perforaban sus orejas con pendientes?

La abundancia de oro en la nueva mina, lejos de calmarlos, excitó más a los castellanos. Exigían a sus forzados trabajadores que fueran más rápidos, les negaban el descanso y emplearon de nuevo contra ellos el humillante látigo mientras se llenaban lentamente los arcones.

—¡Malditos haraganes! Trabajáis como mujerzuelas.

—En pie, monos del diablo.

Un hecho envenenó el ambiente. Uno de los tainos, un muchacho joven, sucumbió ante la brutalidad del trato recibido. Agotado, cruzó los brazos y desató la ira de su guardián. Una nube de latigazos cayó sobre sus espaldas y, al no levantarse, aumentaron. Cuando, exhausto, el verdugo se detuvo, el muchacho había muerto.

—Al barranco con él.

Y eso hicieron. Lo despeñaron por el barranco cercano ante la alegría de los buitres que extendieron sus alas y fueron a su encuentro.

Tan inhumano trato provocó que algunos tainos prefirieran, antes de subir a la mina para ser explotados sin piedad por los españoles, darse muerte ellos mismos. Los suicidios comenzaron como método de protesta. Un día se lanzó uno de ellos al vacío y los castellanos creyeron que se trataba de un infortunado accidente. Cuando al día siguiente fueron dos los que se despeñaron al mismo tiempo, fueron conscientes de la protesta. Desde entonces fue una constante.

—La extrema crueldad que se emplea en las minas contra los tainos provoca su suicidio en masa —dijo Marín de Urtubia al gobernador, en el transcurso de una de sus muchas protestas, cuando ya era media docena el número de trabajadores autoinmolados.

—No me importa que todos los días mueran cuatro o cinco de esos monos, literato. Se reproducen como chinches. Deberían morir más para igualarnos en número.

—Estamos cerrando la soga sobre su cuello. Un día explotarán. No es de cuerdos subvalorarlos en el grado que lo hacéis vos. Ya no controláis la situación encerrado en esta cámara. ¿Conocéis el trato brutal que están infligiendo vuestros hombres a los indios? No, puesto que os habéis aislado del mundo.

—Me hacéis gracia defendiendo siempre a esos seres sin alma. ¿Para qué los puso Dios en nuestro camino? Para satisfacernos. En eso consiste este paraíso, Marín, en que alargamos la mano y todo, absolutamente todo, es nuestro: hombres, mujeres, oro, selvas, mares. ¿No soñabais, cuando ibais por los caminos con aquellos enormes castillos, con ser su señor? Pues eso sois, mi buen amigo, dueño de tierras y de los cuerpos y almas que las habitan. Y voy a hacer más. Voy a distribuir la tierra y esos tainos entre mis hombres, voy a ser generoso con nuestros castellanos puesto que ellos siempre se mostraron fieles conmigo.

—No son campesinos precisamente lo que tenemos en el fuerte.

—¿Sois inocente o lerdo? No voy a darles tierras para que se encorven sobre ellas. Las tierras van con sus indios, Marín. Las más fértiles tierras labradas por ejércitos de tainos. Tanta verdura y fruta que podrá alimentar a los batallones que aquí se establecerán.

—¿Nunca os hartáis de explotarlos?

—¿Os hartáis vos de vuestra linda cojita? ¿Qué néctar os ha dado que os tiene comido el cerebro pese a su defecto y a su evidente gordura?

Otro incidente enturbió aún más las relaciones entre los castellanos y los tainos. Una chiquilla apareció muerta en uno de los caminos que llevaban a la aldea. Había sido violada tantas veces y con tal brutalidad que la habían desgarrado. Cuando la muchacha fue llevada al poblado, la ira se encendió. Lloró el coro de plañideras y rugieron los hombres clamando justicia. El consejo de notables instó a Cuacanagari a actuar.

—Iré al fuerte a hablar —dijo el cacique, que veía con inquietud cómo su plácida existencia se venía abajo y la tensión hacia los castellanos crecía ya imparable, era casi imposible de sofocar. Cuando Cuacanagari fue al fuerte Navidad a protestar por la execrable violación y muerte de la niña, no se le creyó. La respuesta de Juan de la Plaza fue hiriente:

—Ellos mismos deben de haberla violado y dado muerte. No digo que no violen los castellanos, el clima y la desnudez de las salvajes inducen a ello, pero no matan lo violado. Alguno de los vuestros será quien haya cometido ese atropello. Uno de vuestros bujarrones. ¿Qué se puede decir de un pueblo que aprueba lo sodomítico?

Cuando el cacique regresó a su aldea con las manos vacías, emergió la furia, pero, sobre todo, contra el propio Cuacanagari que, decían, había perdido la poca dignidad que le quedaba al pueblo taino.

Hubo consejo dos días más tarde de los jefes de tribu en el más absoluto secreto. Acudió a él el poderoso Caonabó, Guancerix y todos los caciques de Haití en representación de los tres mil indígenas que la poblaban. Hablaron de que los castellanos querían hacerse con la isla, de cómo importunaban a todas sus mujeres, de cómo esclavizaban a sus hombres y cómo les robaban

todo el oro de sus tierras traicionando la hospitalidad que les habían dado.

—Cuando acaben con vuestros súbditos en Cibao —dijo Caonabó—, vendrán a mi aldea. El hombre blanco no se sacia nunca.

Este cacique era uno de los más poderosos y controvertidos de la isla, y reinaba sobre más de un millar de súbditos al otro lado de las montañas que delimitaban el reino de Cibao. Era tan conocido por el oro, del que alardeaba, como por ser el marido de la bella y promiscua Anacona, toda una leyenda en la isla por su desmesurado apetito sexual, de la que se decía que todos los hombres de Haití habían pasado por su hamaca al menos una vez y estaba ansiosa por conocer a los castellanos.

—Pero son semidioses, son poderosísimos —dijo Cuacanagari, siempre bailando en el terreno de la ambigüedad, queriendo no comprometerse en ninguno de los bandos que ya estaban delimitados—. Los castellanos son inmortales.

—Mueren —rectificó una voz que salió del fondo de la cabaña real. Se volvieron todos los caciques. Quien hablaba era Camani. Siguió su discurso el indio de Guanahaní.

—Tienen miedo, se matan entre ellos. Yo he sido testigo de ello. Y eso quiere decir que mueren. Sus cuerpos se descomponen, como los nuestros. Hay cinco tumbas con castellanos enterrados en la playa.

—Se matan entre ellos —afirmó Cuacanagari, remiso a involucrarse en lo que se cernía—. Pero nosotros no podemos matarlos. Son dioses —puntualizó.

—Si hemos derrotado a los caribes, ¿no podremos hacer lo mismo con ellos?

—Son más poderosos que los caribes.

—Hagamos una prueba —sugirió Camani—. Yo mataré a un castellano. Si lo consigo, querrá decir que son mortales ante nosotros.

Discutieron sobre la prueba que les proponía Camani. Era arriesgado. Si el asesinato era descubierto, la ira de los hombres barbados podía caer sobre el poblado y asolarlo.

—Sea.

Merodeó aquel día y los siguientes Camani por los alrededores del Fuerte Navidad, esperando su presa pacientemente. Permaneció emboscado entre los árboles, uno más entre ellos, formando parte de la fronda, mientras vigilaba las salidas y entradas de la fortificación: nadie lo hacía solo, salvo Marín. Lo espío mientras se bañaba en el mar. Dejaba la espada clavada en la arena; sólo tenía que hacerse con ella, esperar que saliera del agua y matarlo. Le cruzó insistentemente por la cabeza hacerlo, pues era la presa más fácil, nunca desconfiaría de él, pero no lo hizo y se odió a sí mismo por su debilidad. Los dioses, para él, habían dejado de serlo, eran tan malvados, mezquinos y violentos como el resto de los humanos, pero Marín no parecía culpable de pertenecer a ese género de depredadores que había llegado a la isla en los grandes barcos alados. Buscó otra víctima.

Al cuarto día se le presentó la ocasión que andaba buscando. Uno de los marineros de la *Niña*, Francisco Mendes, salía al exterior en compañía de una de las mancebas tainas. No tardó Camani en adivinar sus intenciones: pretendía hacerle el amor fuera de la empalizada, harto de no tener cierta intimidad con ella en sus encuentros dentro del barracón. Los siguió sin ser visto. No era difícil eludir al torpe castellano, más complicado era que ella no lo advirtiera. La pareja buscó un sitio tranquilo y al final pareció dar con él. Se tumbó la muchacha en el suelo y lo hizo encima de ella el ansioso barbado. Tendría una muerte dulce, pensó Camani mientras se acercaba por la espalda.

El primer golpe en el cráneo lo aturdió, lo detuvo en su actividad; el segundo, reventándole la nuca, lo descabalgó de su montura. No chistó, ni tampoco lo hizo su amante mientras se quitaba aquel peso muerto de encima y se restañaba la sangre que le había caído en la cara.

—Me ayudarás a llevarlo a la aldea —le ordenó el taino de Guanahaní.

Y la muchacha asintió.



Cuacanagari salió de su cabaña real, atraído por el gran clamor que le llegaba del exterior. Sus súbditos querían tocar, para cerciorarse de su muerte, el cuerpo sin vida del castellano que permanecía sujeto con bejucos a una gruesa caña. Metían los dedos en el cráneo abierto, chupaban su sangre, reían enloquecidos, lo golpeaban con saña asombrados de que no devolviera las afrentas, le hablaban al oído esperando una respuesta.

—Los castellanos mueren —dijo Camani, solemnemente, señalando el cadáver atado a una gran caña.

Allí estaba la evidencia de que los semidioses habían dejado de serlo. Morían con la misma facilidad que todos los seres vivos de la selva, tenían los huesos frágiles y la sangre espesa.

—Dentro de cuatro lunas te abriré, por la noche, la puerta del fuerte —le dijo Camani a Cuacanagari.

Se encaró Cuacanagari con de tribu de aquella parte de Haití y daba orden de que comenzaran los ceremoniales guerreros.

Se congregaron todos alrededor del *cemí*, y con rezos le pidieron la fuerza necesaria para derrotar al enemigo blanco.

Los tainos empezaron a danzar y a cantar, cogidos por los brazos, en corro, moviendo arriba y abajo las cabezas, y a recordar las historias de sus antepasados en los areitos. Se movían al ritmo del tambor, hecho de un madero redondo, hueco y cóncavo, tan grueso como un hombre. Y mientras se movían, cantando a coro, el *buhití* Guatacán, agorero y adivino, en el centro del corro, relataba las historias pasadas de la tribu, la forma en que murieron los caciques anteriores, cuántos y cuáles fueron. Y en tanto que duraban esos cantares y los bailes, andaban otros indios e indias, los que no iban a combatir, dando de beber a los que danzaban brebajes alcohólicos.

—¡Que la ira de nuestros *cemís*, de nuestros antepasados, de nuestros muertos y humillados, caiga sobre los falsos dioses!

En el fuerte echaron en falta al joven Mendes, pero no se alertaron por ello, pues también faltaba la taina que frecuentaba, y la disciplina en el Navidad, desde que el gobernador, emborrachado por Caney, apenas salía de su cámara, era casi inexistente. Y los súbditos de Cuacanagari se apresuraron a dar sepultura al cadáver en un lugar en donde no fuera encontrado.

Volvió Camani al servicio de los castellanos. Se despojó de sus adornos tribales y se incorporó sorprendentemente al grupo de castellanos que, tras la jornada de trabajo, regresaban al fuerte.

—¿Vuelves con nosotros? —le preguntó el de Leizarán, incrédulo, viendo cómo se añadía al grupo de indígenas—. No te entiendo. Parecías muy enojado.

—Voy a ser más útil entre vosotros —dijo, sin inmutarse, pues decía verdad.

—Bien. En cualquier caso, bien venido seas. —Y lo abrazó como a un hermano—. Olvidemos las pasadas disputas. Prometo que se te tratará correctamente, que nadie te azotará.

No se alegró el autoproclamado gobernador de la Hispaniola cuando lo vio por la fortaleza. Juan de la Plaza desconfiaba de Camani y su recelo se acentuaba ante aquel brusco retorno, después de meses de rehuirlos y su perfecta integración entre las huestes de Cuacanagari.

—No me gusta que tu esclavo esté de nuevo entre nosotros. Lo he sorprendido hablando con las rameritas tainas y ha callado cuando me ha visto —dijo Juan de la Plaza, haciendo partícipe de su desconfianza a Marín de Urtubia—. Tengo la sospecha, literato, de que es un espía.

—Camani siempre nos demostró una absoluta fidelidad.

—Hasta que huyó. ¿Por qué desapareció?

—Le decepcionamos.

—¿Le decepcionamos? —repitió con sorna—. ¿Y ahora nos admira?

—Respondo por él.

—Así lo espero. No me gustaría que vierais cómo lo cuelgo del extremo de una soga.

Los tainos trabajaban de forma incansable, sin rechistar, sin deserciones, sin suicidios. Parecían haber asumido cuál era su papel en aquel paraíso desde que los castellanos arribaron. Las nuevas minas estaban más lejos, el camino para llegar a ellas era mucho más penoso, pero no importaba, callaban presintiendo que la hora de su definitiva liberación estaba pronta a llegar. Confió Marín a Camani los temores que Juan de la Plaza albergaba hacia él.

—Desconfía de ti. Teme vuestra traición —le dijo en cierta ocasión.

—¿A quién traicionaría? ¿A los tuyos o a los míos? ¿Quién ha traicionado todos los compromisos?

—¿Os hemos decepcionado?

—Cuando llegasteis aquí, a nuestras tierras, a bordo de vuestros barcos, os recibimos como a dioses, creímos ver en vuestras figuras y vuestras barbas lo que la tradición de los areitos nos había revelado. Pero pronto pasasteis de ser dioses a simples aves de rapiña. Nosotros nos conformamos con lo nuestro, con lo que tenemos, con lo que nos ofrece generosamente la selva y tratamos de vivir en armonía en ella. Muy al contrario, los castellanos no se conforman con lo suyo, sino que roban lo ajeno, y no se conforman con robar, sino que además acumulan lo robado. ¿Para qué?, me pregunto. ¿Para qué tantas mujeres? ¿Para qué tanto oro? Disteis palabra de muchas cosas, y tantas veces como la disteis, la incumplisteis. Matasteis, violasteis, robasteis.

Escuchó el vasco, abrumado, la lista de agravios. ¿Qué decir en su defensa sino lo que la historia, a lo largo de los años, ya había dicho? Que el pez chico desaparece engullido por el grande, que es el lobo más feroz el que prevalece, que nunca hubo un trato entre iguales y que quien tenía más fuerza e inteligencia, siguiendo las mismas leyes implacables de la naturaleza, sojuzgaba al débil.

—Te entiendo y me gustaría pedirte perdón, pero no puedo. ¿Perdón por ser más fuerte que vosotros? Nada podemos hacer para remediarlo. Yo no comparto, en muchos aspectos, la actuación de mis compatriotas, me avergüenzo de su lubricidad, de la bravuconería de que hacen gala.

—Y, ¿en caso de lucha? ¿Al lado de quién estaríais?

Le sorprendió la pregunta, mas no dudó en contestarla.

—De los castellanos. A mi pesar, son mi gente.

—Pero tu mujer es taina, el hijo que esperas es taino.

—Espero que no llegue nunca ese momento. Lo espero por tu bien. ¿No estarás tramando algo?

—¿Aun sabiendo que ibas a morir te pondrías del lado de los tuyos?

La frase llenó de inquietud a Marín. Calló. Camani le estaba diciendo algo, le advertía.

—Ven a mi cámara. ¿Dónde vas a dormir si no?

—Dormiré como siempre —dijo, declinando la invitación—. Con el cielo y las estrellas como techo.

Regresó a su cámara preocupado. Nada dijo a su amante cuando, escrutándole el rostro, apreció que algo sucedía.

—No es nada —y acarició su vientre hinchado por la vida que se desarrollaba en él.

Camani había estado diciéndole algo, le advertía con claridad del peligro que corría por ser castellano. El corazón de Marín se partió en dos. ¿Era su deber informar a Juan de la Plaza del peligro que corrían? Si le revelaba al gobernador lo que le había dicho Camani, eso supondría entregarlo a la muerte segura. Quizá por eso habló el astuto indio, para poner a prueba una vez más su rectitud, su sentido de la amistad. Dejaba en su tejado la posibilidad de impedir una masacre y el precio que debía pagar por ello era su propia cabeza. Jugaba el taino con limpieza en aquel momento y él debía jugar su última carta. ¿Del lado de quién estaba? ¿De los suyos, pese a que no eran otra cosa que piratas, ladrones, asesinos o violadores? ¿De aquellos indios

salvajes e ignorantes que aguantaban tropelía sobre tropelía?

Su amante dormía apaciblemente a su lado. La estuvo observando en su larga noche de insomnio a la luz de la lámpara de aceite de coco que, al iluminarla, doraba su piel lustrosa. En ella, en su vientre, nadaba su vínculo con el Nuevo Mundo, lo que le impedía tomar una determinación y lo ahogaba en un mar de dudas. Su corazón, como siempre, era la fuente de sus problemas.

## Capítulo 26

Llovía a cántaros. Pasaban los días y el ejército de nubes amenazadoras que se había situado en aquel extremo de la isla no dejaba de precipitar su carga de agua. Aquello no era lluvia, sino una catarata. El agua caía con violencia y el viento acompañaba con un terrible ulular la furia de la naturaleza. La cortina de agua era tan espesa que los sitiados castellanos del Fuerte Navidad, que hacía casi una semana que no salían, a duras penas podían atisbar el contorno verde de la selva feraz y el perfil azul de las aguas que los delimitaban. Nadie había ido al yacimiento de oro y el hastío del encierro empezaba a soliviantar los ánimos. Comer y holgar como único entretenimiento hasta que el aguacero amainara, pero no lo hacía. Hasta los muchachos del norte, los que se hallaban habituados al tiempo lluvioso natural en sus tierras, ansiaban que aquellas nubes de pesadilla, más azabaches que negras, terminaran por desplomar la carga de agua que las preñaba y cogieran nuevo rumbo. Pero seguía lloviendo, sin cesar, y el agua, venciendo la resistencia de los débiles tejados de hoja de palma seca, caía sobre las hamacas, inundaba los suelos, lo convertía todo en un infecto barrizal en el que se ahogan centenares de cucarachas. No hay mal que por bien no venga, se decían los castellanos viendo cómo el barro del suelo se tragaba a los gordos y molestos insectos que habían sido su pesadilla.

En ese tiempo de lluvias murió uno de los enfermos aquejado por las violentas fiebres venéreas. Y casi al instante de su muerte, comenzó a pudrirse. ¿Cómo enterrarlo?

—Deberíamos quemarlo —sugirió el galeno, alarmado por los miasmas que desprendía el cadáver, expuesto a la lluvia en la plaza de armas.

—No es cristiano hacerlo —protestó Pedro Gutiérrez, convertido en adalid del cristianismo.

—Menos cristiano será que muramos todos a causa de su infección.

Inclinó la balanza Juan de la Plaza por la solución práctica.

—Que lo quemem.

Mas, ¿cómo quemarlo? Costó mucho encontrar combustible seco, pero cuando lo encontraron —maderos podridos, hojas de palma, tablones de la antigua *Santa María* desechados para alzar los muros del Fuerte Navidad—, lo envolvieron con todo ello y le prendieron fuego. Ardió el cadáver de aquel nuevo infortunado, víctima de los muchos placeres que había experimentado su cuerpo, en lo alto de su pira funeraria, y el olor de su carne corrupta asada se expandió por toda la fortaleza, hiriente.

—Como los autos de fe de la Inquisición —comentó el galeno en medio de una comida repugnante que se servía en los aposentos del gobernador, un plato agusanado de carne de iguana.

—¿Qué es esta maldita lluvia? ¿Por qué no cesa? —gruñó el autoproclamado gobernador, apartando de la vista el horrible condumio que sin embargo devoraba con apetito la hija de Cuacanagari.

—Me pregunto —dijo el galeno, sin duda alterado por las jornadas de encierro, con la mente espesa, la lengua temblando dentro de su paladar, tartajeante— qué diremos cuando vuelva el Almirante.

—¿Y por qué ha de volver?

—Si no vuelve a por nosotros, estamos perdidos —dijo lúgubrementemente Pedro Gutiérrez, de entre las tinieblas de la cámara.

—Le diremos la verdad a ese fantasma de genovés. Murió Diego de Arana, de pestilencia.

—¿Y si halla su tumba?

—Confío en vuestro silencio. Aquí todos somos cómplices de lo que pasó.

—Verá, señor gobernador, si viene Colón en nuestra búsqueda será malo.

—¿Quién os dice que llegó a buen puerto? ¿Quién os dice que sus majestades católicas estarán dispuestas a sufragar otra expedición a ese loco ignorante?

—Ignorante —remachó Pedro Gutiérrez con voz irritada mientras trataba de reorientar los

pelos de la barba que se le clavaban en el cuello y le provocaban un sarpullido infecto—. Pues equivocó el rumbo. Aquí no hay otra cosa que salvajes, caníbales, pero ni vestigios de las riquezas de Cipango ni del reino del Gran Kan.

—Aquí sólo hay barro, niguas, piojos, putas y salvajes —dijo con pesadumbre Juan de la Plaza, inventariando su reino.

—Pero si no viene en nuestra búsqueda —siguió con el tema el galeno—, aún será peor. ¿Cuánto tiempo vamos a ser capaces de resistir? En estos siete meses de permanencia, que me parecen siete años, ¿a cuántos hombres hemos perdido por una u otra causa? Echad cuentas, gobernador, y veréis que nuestra población se ha visto diezmada de una forma alarmante. Apenas sobrepasamos la treintena, y de los que quedan hay enfermos que correrán idéntica suerte del que ha ardidido hoy en la pira, y un infeliz inválido que se arrastra sin pies, aquejado por las niguas.

—Más las deserciones. ¿No regresó Mendes?

—No regresó. Podemos darlo por perdido.

—Y si regresa lo colgaré como escarmiento, a él y a su puta.

—No creo que debemos despreciar a nadie.

—Cierto, tenéis razón. No podemos permitirnos ese lujo.

—Y vos, Marín. ¿Qué decís? Andáis últimamente muy callado. La próxima paternidad os ha vuelto serio.

Se volvieron todos a contemplar el rostro inexpresivo del vasco. Estaba pálido, ante el trozo de repugnante iguana que esperaba en su plato que el hambre venciera todos los ascos y los ojos se cerraran a los gusanos que hervían en su interior.

—¿Será humano o bestia lo que alumbre vuestra taina? —le preguntó, hiriente, Pedro Gutiérrez con una sonrisa que en su faz adusta no era sino horrible mueca de desprecio.

—Deberíamos bautizar lo que sea.

—¿Sin clérigo? ¿Quién lo hará?

—Vos, repostero real, sois el más indicado.

—No, mejor un hombre de ciencia para traer al mundo a esa criatura y certificar que es humana.

Marín no respondió a las afrentas. No hizo caso de las hirientes palabras, ni de sus burlas. ¿Qué sabían, infelices, de su destino? Se levantó y marchó, dejando la carne repulsiva en su plato.

—Me retiro. Estoy cansado.

—Id con Dios, capitán.

—Con vuestra putita preñada —rió Juan de la Plaza, a media voz—. ¿Cómo os las apañáis para holgar con ella?

Los españoles jugaban a los dados sus pepitas. Jacomel, fiel a su pasado, se había convertido en organizador de las partidas, y en un lugar del barracón seco tenían lugar las apuestas y el lanzamiento de los rudimentarios cubos de madera con los números grabados a cuchillo en sus lados. Se jugaban las bolsitas de oro en polvo, las pepitas, sus mujeres, y mientras unos se hundían en la ruina y quedábanse solteros, otros nadaban en oro y montaban sus propios harenes que, a su vez, prestaban a los que no tenían a cambio de oro. El oro pasaba de unas manos a otras en medio de trifulcas mientras fuera la lluvia caía sin pausa y los truenos retumbaban con fuerza, estremeciendo las paredes.

—¿Qué hace ese indio del demonio aquí? Fuera, bestia, vuelve al barro si no quieres que te enulemos todos, bujarrón de la mierda.

Camani, aprovechando la anarquía reinante, había entrado en el barracón y hablaba con las mujeres tainas. Se levantó presto cuando fue descubierto, pero aun así no pudo evitar que antes de salir al exterior un par de golpes le alcanzaran la cara y una lluvia de patadas acertara en su trasero.

—Vete a dar tu culo al capitán —rieron.

Pasó revista el galeno a sus enfermos. Poco podía hacer salvo sangrarlos para bajar las fiebres de aquellos condenados que se consumían lentamente en su podredumbre. Apestaba el ambiente el hedor de la carne que se les corrompía, sangraban sus encías, se ulceraban sus bocas, estaban pálidos y demacrados, balanceándose sobre sus hamacas húmedas de sus repulsivos humores, y ni se movían cuando la cánula del galeno hendía sus muñecas y su sangre podrida caía sobre el lodazal del suelo. Los ojos de loco, hundidos en sus cuencas, lo interrogaban preguntando durante cuánto tiempo tendrían que sufrir aquel infecto tormento.

—El Señor os castiga por vuestro apetito desmedido —les iba recriminando, mientras pasaba de un enfermo a otro—. Tan insano es copular con estas rameras del diablo como hacerlo con las bestias. Y aquí tenéis el resultado.

—Galeno, galeno. Miradme el pie.

—¿Qué pie, hijo? ¿De qué pie me hablas si te amputé ambos?

—Pues lo siento, lo siento que me pica. Las malditas niguas trepan por mis dedos.

—Deliras, amigo. No hay dedos, no hay pies. Hace meses que el pie que te quedaba lo arrojamos a los peces del mar. Deliras por lo que has bebido, borracho. Te apesta el aliento a ese mejunje de frutas podridas que te has metido en el estómago.

—¿Y el mío?

Había un segundo afectado por las niguas. Mostró su extremidad hinchada y renegrida. Tenía los dedos abultados como morcillas y cubiertos por ampollas blancas de pus. Una a una, Juan Sánchez, tomando el pie con sus manos, las fue reventando aunque sabía que aquello era inútil y que a la semana le crecerían con más intensidad y los picores serían inaguantables.

—Deberías meter los pies en agua hirviendo, hijo. Sólo se me ocurre eso —dijo, tras reventarle la última ampolla y limpiarse las manos del pus espeso y maloliente.

Cuando Marín volvió a su cámara no encontró a su amante sola. Allí estaba Camani, con la cara sangrando y cardenales en el cuerpo.

—¿Quién te ha lastimado? —le preguntó, furioso, cogiéndolo por el brazo y acercándolo a la lámpara que ardía sobre su modesta mesa.

—Ya no importa —respondió.

—¿Cómo que no importa? Le desollaré la espalda a latigazos a quien te haya pegado.

—Debéis marchar los dos —dijo.

—¿Qué quieres decirme?

—Salid del fuerte —le imploró.

—¿Qué demonios andas tramando? —le gritó furioso mientras lo zarandeaba con violencia.

—Trato de que salves la vida.

—Te puedo colgar por esto. ¿Lo sabes? Puedo llevarte ante el gobernador y él darte una muerte lenta, descuartizarte. ¿Lo sabes? ¿Por qué te arriesgas avisándome?

—Porque no quiero que mueras.

—¡Maldito salvaje! —gritó, recorriendo la habitación con violencia mientras su amante le observaba sin decir nada—. ¿Me estás probando? ¿No es cierto? Y sabes que me debo a los míos.

Meneó la cabeza Camani.

—Los míos —repitió Marín, angustiado—. Los míos —y miró a la taina y su vientre preñado—. ¿Cuándo será?

—La próxima luna.

El cielo se mantuvo cubierto al día siguiente, mas no llovió. Aprovechó la circunstancia Marín para salir con su amante.

—Nos vamos a bañar al mar —le dijo, como excusa, al centinela que les abrió la puerta.

—¿Con este cielo, capitán? Andad con cuidado si viene nueva tormenta.

Anduvieron por la playa, se internaron por la selva, subieron hasta la colina desde cuya cima se divisaba el fuerte y allí permanecieron, en medio de una humedad que les calaba el cuerpo, atisbando las fogatas que encendían los castellanos, sus movimientos.

Permaneció absorto el de Leizarán mientras reflexionaba sobre su conducta. Luchaban en su interior sus dos impulsos, el que le dictaba su sentido común, de permanecer en lo alto de la montaña, y el de su conciencia para la que su comportamiento era el de un traidor merecedor de la horca. Por eso, una y otra vez rechazó las caricias y los besos de su amante compañera, por eso hasta la miró con cierto rencor al considerarla culpable de la repugnante decisión que tomaba. Vio a sus compañeros de todos aquellos meses, a los que había acompañado en la incierta travesía y compartido siempre su suerte. Vio al implacable Juan de la Plaza, brutal y, al mismo tiempo, leal, que siempre lo consideró su amigo a pesar de sus muchas diferencias, a Jacomel Rico, que le dio sobradas pruebas de valor y lealtad, y se dijo que ninguno de ellos, siendo carne de presidio como era él, serían capaces de obrar como lo estaba haciendo él en aquellos momentos. Iban a morir todos, iban a pelear como hombres defendiendo su vida y en representación de su civilización en esa tierra hostil que antes de ser dominada y masacrada se tomaba cumplida venganza hacia quien la ultrajaba. Fue el día más largo de su vida, una jornada agónica en la que creyó morir golpeado una y otra vez por sus dudas. Allí abajo, a vista de pájaro, estaba su tribu, con todos sus defectos, con todas sus felonías, un grupo de ambiciosos, ladrones, asesinos, violadores con los que había compartido todas las vicisitudes del viaje mágico, su tribu a fin de cuentas, y él era el bastardo traidor que los había abandonado sin avisarlos siquiera de lo que se cernía sobre ellos. ¿A quién se debía? Sintió asco de sí mismo, de su proceder egoísta y cobarde, y al atardecer, cuando ya se ponía el sol, se levantó del suelo y decidió bajar a galope la ladera para avisar a los suyos, aunque ello supusiera condenar a muerte a Camani.

—Me voy —le dijo a una Canayma angustiada que se aferraba a sus piernas y sollozaba—. Cuida de la criatura, cuida de él o ella y ámalo como me amaste a mí. Voy con los míos, con los que siempre debí estar.

Pero ya fue tarde. El estampido de los arcabuces lo avisó de que la lucha había empezado y un griterío ensordecedor lo obligó a fijar la vista en los contornos difusos de la selva: cientos, quizá miles de guerreros empenachados y aullando, salían de la espesura y caían en tropel sobre la empalizada podrida del Fuerte Navidad.

Se derrumbó en el suelo y lloró.

## Capítulo 27

Morirían por su propio placer, según había aleccionado el intérprete de Guanahaní a las indígenas de Cibao, que serían la primera vanguardia del ataque. Sabían las amantes tainas el mucho gozo que los castellanos experimentaban cuando, en vez de sus sexos, les ofrecían sus bocas para copular. Aquella noche a ello se emplearon las siete muchachas, para el brutal deleite de los varones. Tendidos en las hamacas, o en las partes secas del suelo del redil, inermes y desnudos, los castellanos saboreaban las mieles de esa caricia bucal conteniendo la respiración. Movíanse las cabezas de negros y lacios cabellos entre sus piernas, aplacando el ardor de sus miembros, y los castellanos se sentían transportados al paraíso. ¡Qué rápido y brusco fue su tránsito al infierno! Las mandíbulas se cerraron con violencia, los dientes se hundieron en los duros miembros y los arrancaron de cuajo truncando su jadeo en sordo alarido. Pudo más el insoportable dolor que la sorpresa, el horror de verse privados de su virilidad que su instinto de conservación. La sangre empapaba sus vientres convulsos y el más espantoso de los dolores seguía al más excitante de los placeres. Casi no consiguieron gritar mientras se revolvían agonizantes buscando, entre borbotones de sangre, lo que habían perdido, incrédulos ante lo que sucedía, casi no opusieron resistencia cuando sus propios cuchillos y espadas, en manos de aquellas sacerdotisas del amor convertidas en sus implacables verdugos, sajaron sus cuellos, se hundieron entre sus costillas, cuando las bocas de sus amantes, llenas ahora de su sangre, sellaron sus bocas para siempre, silenciándolos al mismo tiempo que removían los cuchillos en sus entrañas. Ese fue el momento del aturdimiento, del caos, de la confusión. Mientras el resto de los castellanos se despertaban por aquel coro de gritos de espanto, encendían las lámparas y trataban de averiguar lo que estaba pasando, Camani, el frío planificador de la revuelta, alcanzaba al centinela con su macana de certero golpe, lo descalabraba y abría de par en par la puerta del Fuerte Navidad.

Llegaba el momento de la revancha, al fin. La cumplida venganza a tanta injusticia, muerte, violación y robo. Centenares, miles de indios tainos de las tribus de Cuacanagari, Caonabó y Guancerix entraron en tropel por la puerta abierta del fuerte aullando de rabia, agitando macanas y lanzas, arrojando teas encendidas sobre la madera putrefacta de las empalizadas, que comenzó a arder.

—¡Nos atacan!

—¡Traición!

—¡Haced sonar el tambor!

Salieron algunos castellanos a la plaza de armas mientras el resto se dedicaba a descabezar con sus espadas a las tainas. Jacomel Rico pudo utilizar una vez el arcabuz, mandando a uno de sus vociferantes atacantes al infierno con el torso ardiendo, pero no pudo evitar que lo rodearan, ajenos al espanto que antes les causaba la mítica caña que escupía fuego, y a golpes de macana le hundieran la cabeza. Adiós oro y adiós placeres, adiós veladas de juego y mullidos vientres, se dijo mientras la sangre le nublabla la vista y, ya en el suelo, era pisoteado una y otra vez por docenas de pies descalzos hasta que le quebraron todas las costillas.

—¡Reagrupémonos! —chilló Gil Pérez, oponiendo su larga pica a los indios que se le venían encima, deslumbrado por el fuego que rápidamente devoraba el fuerte, ahogado en su humo, que lo convertía en tea gigantesca y alumbraba la selva y la playa estupefactas por el prodigio.

—¡Resistamos, cristianos! —lloriqueó Juan Quadrado, sajando cuellos con su cuchillo de cocina con la misma habilidad que abría las piezas de caza, antes de caer aflechado por media docena de dardos que lo convertían en un ridículo puerco espín.

Gil Pérez, Alonso Chocero, el sarnoso, Alonso Clavijo, Domingo Vizcaíno, el tonelero, Alonso de Palos, Pedro Tegero y Sancho de Rama, el terrible alopécico resistían las avalanchas de tainos oponiendo picas en donde uno tras otro se ensartaban, y el peso de los muertos terminaba quebrándolas, dejándolos inermes, sin más armas que sus cuchillos y espadas.



—¡Nunca veré Sevilla! —exclamó Pedro Tegero, como un lamento.

Al ver la avalancha de indios, su gran número, se supieron perdidos. Lucharon con denuedo, espalda contra espalda, la docena escasa de supervivientes, pero sin los arcabuces, a los que no habían podido llegar por lo sorpresivo del ataque, poco pudieron hacer más que morir matando. Mataban. Hundían una y otra vez las espadas en los oscuros cuerpos pintarrajeados que se les venían encima, sajaban sus gargantas con los cuchillos, ensartaban en sus largas picas uno, dos, tres, hasta cuatro cuerpos en ellas, hasta que, borrachos de sangre, exhaustas sus fuerzas, no podían evitar que el certero golpe de una macana los alcanzara y tras él una docena, una centena de golpes, que reducían su cabeza a pulpa. Así fueron muriendo uno a uno todos los defensores del Fuerte Navidad, así vieron cómo caían sus compañeros los últimos supervivientes antes de caer finalmente ellos, ante una turba furiosa decidida a vencerlos, sabedora de que ya no eran dioses, de que eran tan mortales y humanos como ellos, a los que, una vez muertos, descuartizaron, se untaron con su sangre los cuerpos, mordieron sus labios, arrancaron sus ojos y lenguas.

Quedaban dos: Gil Pérez y Alonso Clavijo. El primero partió su espada contra el cráneo de un taino, se quebró el acero con el golpe, se redujo su arma a cuchillo y, aun así, con la quebrada arma, cercenó dos gargantas mientras su compañero hundía su daga en el pecho de un indio y la perdía en el siguiente golpe al no poder desclavarla de lo encajada que estaba entre las costillas.

Un hachazo hundió la frente de Alonso Clavijo, dos tainos se abrazaron a su cuerpo y lo derribaron, para degollarlo con los cuchillos y espadas que habían tomado a los castellanos. Probaron el filo que tanto los fascinaba en la garganta inmóvil del caído, comprobaron con qué facilidad la carne de los hombres barbudos se abría bajo la caricia del metal y con qué fuerza la sangre brotaba del cuello herido y el aire escapaba por el abismo de la tráquea.

—¡Por Castilla! ¡Por los reyes! —gritó Gil Pérez, echándose encima de los tainos que lo rodeaban, con el espantajo de su espada rota, repartiendo golpes de puño, tajos y patadas antes de caer alcanzado por el golpe de veinte macanas que retumbaron como cañonazos en su cráneo antes del más absoluto silencio.

Pedro Gutiérrez fue ensartado en una de las picas castellanas, sin llegar a defenderse. Sacado de su escondite, en donde sus pupilas dilatadas lo mantenían inmóvil asistiendo a la carnicería, rezando por no ser descubierto, lo tomaron de los pies, lo arrastraron a la plaza, lo ensartaron en una de las pocas picas que no estaban rotas, lo clavaron en la tierra hasta el punto de que el extremo de la lanza se hundió varios palmos en ella y luego, al moribundo, le tiraron encima las teas encendidas hasta hacer de él una pira humana. Así se consumió el prócer toledano, como una tétrica luz, removiendo brazos y piernas, sin conseguir extraerse la pica, sin tiempo siquiera para ponerse a bien con Dios, maldiciendo la hora en que se embarcó hacia aquellas tierras y la voluntad del Almirante de dejarlo allí.

Hubo quien en su muerte encontró su bálsamo. Los encarcelados bubónicos agonizaron casi sin enterarse, con alivio; Juan de Jerez casi se alegró de no sufrir ya más los terribles ardores que le subían por los muñones, bendijo al taino que con certero golpe en la nuca lo borró de este mundo. Juan Sánchez, el galeno, anduvo vagando por el paisaje de pesadilla del fuerte Navidad sin ser visto, se cruzó con indios que lo ignoraron, se detuvo horrorizado ante los cuerpos mutilados y carbonizados de quienes eran pacientes, compañeros, hasta tal punto que entre las nubes de humo, los relámpagos del fuego, se llegó a preguntar si esa impunidad con que se movía por aquel paisaje dantesco de la desolación no significaba otra cosa que ya había muerto. Se palpó el cuello: sangraba; se buscó la diestra: no existía. Reparó entonces en la punta de una daga que le salía por el pecho, a la altura del esternón, y torció el brazo para extraerla por la espalda: lo habían apuñalado. Cayó al suelo, de bruces, y la daga, del golpe, salió un poco más por la espalda, permitiéndole entonces tirar de ella, sacarla. Respiró con

alivio, sedado, mientras el aire invadía su cuerpo y perdía con lentitud las nociones de este mundo.

Cuando los tainos llegaron, vencidas todas las resistencias, a la residencia del gobernador, se encontraron a Juan de la Plaza altivo. No sabía lo que era miedo el extremeño y esperaba la muerte de pie, sin temblar, tal como la había estado dispensando en sus muchos años de correrías militares. A sus pies, degollada, la hermosa Caney, la hija de Cuacanagari, desnuda, con los pechos bañados en la sangre que manaba de la fuente de su cuello; en sus manos, apuntando, un arcabuz que descargó con furia contra la primera fila de atacantes que derribó la puerta de la cámara a golpes. Cayeron cinco, cadáveres humeantes y rotos, sembrados de fuego y plomo, por el efecto de abanico del arcabuz, pero se le echaron encima una veintena de guerreros con lanzas, macanas, con brazos, piernas y dientes, dispuestos a acabar con él. Luchó el extremeño a muerte con dos espadas, tras partir el inútil arcabuz en la cabeza de uno, causó con sus tajos enorme mortandad, cortó cabezas con silbidos de serpiente, brazos y piernas, destrozó corazones, abrió entrañas, rompió el acero quebrando huesos, dispuesto a vender cara su vida, amontonando cadáveres ante la puerta de su cámara, hasta que el golpe certero de una macana le dio de pleno en la sien y se tambaleó. Aún pudo ver, antes de desplomarse sobre aquel mullido lecho de cuerpos ensangrentados, el rostro de su verdugo.

—¡Camani! —rugió, con el resto de furia que le quedaba—. Siempre te detesté, mono del demonio. ¡Cabrón de vasco que confió en ti, puto traidor!

Aún pudo ver cómo el indio le abría la mano, que yano podía cerrar con fuerza sobre la empuñadura de la espada, se la tomaba sin resistencia, la alzaba y veía en su filo, reflejado, su propio cuello.

Salió Camani con su sangriento trofeo en las manos. Lo llevaba prendido de los largos cabellos y lo mostró, en la plaza de armas, a la luz de las múltiples fogatas en que se había convertido el Fuerte Navidad, a los tainos. Rugieron de furia cuando les arrojó la cabeza de Juan de la Plaza, el autoproclamado gobernador de la Hispaniola, y jugaron con ella, lanzándosela de unos a otros como hacían sus niños jugando con las pelotas de *batey*, hasta que hartos del juego emplearon toda su rabia en machacarla con las macanas hasta convertirla en un sangriento despojo, en nada, un manojo de cabellos y barbas.

Ya por entonces el Fuerte Navidad, la primera ciudad fortificada del Nuevo Mundo, ardía por sus cuatro costados convertida en pira de sus defensores y en el mástil de la nao *Santa María* ardían al unísono los pendones castellanos convertidos en lenguas de fuego. La I de Isabel, la F de Fernando.

## Capítulo 28

El olor a muerte estuvo flotando durante todo el día, lo expandió el viento que se había llevado el ejército de nubes a otra parte, un perfume acre de carne quemada y madera que persistía sobre los aromas de la selva y el mar. El fuerte humeaba, diez columnas negras que ascendían verticales hacia el cielo, aunque el fuego ya se hubiera apagado, y los asaltantes, tras arrasarlo, habían vuelto a sus aldeas con sus muertos a cuestas, extraordinariamente calmados, con la resaca tras la borrachera de violencia. Allí, en la hermosa playa, junto al mar que de nuevo resplandecía en su azul turquesa y la selva en su verdor lujuriente, el esqueleto carbonizado del fuerte Navidad se lamentaba de su desgracia mientras las últimas cenizas se desmoronaban solas, carbón que se fundía con el de la treintena de castellanos masacrados que serían pasto de las alimañas e iban a dar pábulo a la primera leyenda del Nuevo Mundo, el primer misterio de las costas vírgenes del otro extremo del mar Tenebroso. Desde lo alto de la loma en la que habían permanecido todo el tiempo, Marín y Canayma habían asistido aterrorizados a la masacre que había tenido lugar un centenar de metros más abajo, espectadores atónitos de la devastación. Durante una hora el griterío ensordecedor y el estampido solitario de un arcabuz les había dado la imagen de lo que la oscuridad les negaba, mas su imaginación nunca podría alcanzar la cotas de terror de la realidad. Luego fuego y silencio, llamaradas que llegaban al cielo y hacían crujir los tablones de la naufragada *Santa María* que eran reducidos a la nada, e imaginar entre las ruinas los cadáveres de los resistentes, sus últimos momentos, su muerte digna empuñando las armas. Había durado poco tiempo la segunda batalla de la Hispaniola, había sido muy rápida la derrota, se dijo un alicaído Marín, comprobando lo extraordinariamente vulnerables que habían sido siempre los castellanos y maravillándose de que hubieran resistido tantos meses en medio de aquella naturaleza hostil. En su número estaba su debilidad, se dijo una vez más comprobando la contundencia de su sentencia. Allí abajo, entre los escombros y la ceniza, ardía el mito de la inmortalidad de los semidioses, los barbados recibidos con euforia, amor y veneración que llegaron del cielo y despachados luego al infierno.

Permaneció Marín toda la mañana con la vista clavada en la ruina del fuerte Navidad mientras se retorció las manos y lloraba apesadumbrado. Pensó, mientras rezaba, en todos sus compañeros, especialmente en Juan de la Plaza, cuya lealtad había traicionado en el último momento. No podría haber alterado el resultado de la confrontación, se dijo, haciéndoles saber lo que se avecinaba, pero su delito, su vergüenza, era haberse hurtado al común destino de los suyos. Se sentía culpable de permanecer vivo. Imaginó luchando al extremeño con denuedo, hasta el último aliento, y maldiciéndolo antes de expirar, preguntándose dónde demonios estaba su amigo el vasco, por qué no veía su espada. El vasco era el más infame traidor.

Al mediodía, harto de mirar la ruina, se alzó, cogió su espada, la colgó del cinto, lo mismo hizo con su cuchillo, y comenzó a descender por el otro lado de la colina en dirección a la selva. ¿Qué rumbo seguir? ¿Dónde esconderse? ¿Cómo sobrevivir a la hostilidad de cientos, miles de tainos, que lo descuartizarían en cuanto lo vieran? Vagó sin rumbo, escondido entre árboles, se separó del mar, creyéndose más seguro mientras más hacia el interior de la isla fuera. De tarde en tarde se detenía y esperaba a que su amante lo alcanzara. Cojeaba Canayma y se movía con torpeza transportando en su vientre el fruto de la vida, quizá su esperanza de perpetuación.

—Deberías volver con los tuyos —le dijo el proscrito del Nuevo Mundo a su mujer—. Vete a tu aldea y ten allí el niño. Te cuidarán mejor los tuyos de lo que yo pueda hacerlo.

Meneó la cabeza la taina con energía.

—Yo sólo soy un extranjero —dijo con amargura—. Un accidente en tu vida. Alguien que nunca debería haber desembarcado aquí. Nada bueno te espera a mi lado.

Se señaló el vientre Canayma y le tocó los labios con su dedo, imponiéndole silencio.

—Te pertenezco.

Y no era una frase manida, sino la pura realidad. Canayma se sentía en todo suya.

—Eres la mujer más testaruda que recuerdo —le dijo Marín, sonriendo por primera vez desde muchos días mientras atraía su cabeza hacia sí y besaba sus párpados—. Está bien. Vendrás conmigo. A fin de cuentas, eres mi legítima mujer y espero que Dios se apiade de nosotros, puesto que nos ha salvado la vida por algún misterio inextricable, y nos ayude a partir de ahora. Lo vamos a necesitar.

Continuaron andando hasta que se hizo de noche y, aunque se habían alejado mucho del lugar, aún les llegaban, a intermitencias, efluvios del Fuerte Navidad, su apestoso hedor de muerte. Se preguntó Marín, en aquella primera noche al raso, mientras la taina dormía hecha un ovillo entre sus brazos, si algún día su alma se vería libre de la pesadilla o llevaría la culpa eternamente como castigo.

No durmió en toda la noche. No lo hizo, mas no por miedo a los tainos sino a los espíritus atormentados de los castellanos, que deberían de estar buscándolo para ajustar sus cuentas con él por entre los árboles de la selva. Vio sus fantasmas grises deslizándose silenciosos, sentándose a su lado, mudos, interrogándolo con mirada acusadora. Jacomel Rico, a fin de cuentas valiente y leal, el galeno Juan Sánchez, desbordado por la magnitud de enfermedades tropicales que se escapaban a su entendimiento, Juan de Jerez y sus atormentados pies, Sancho de Rama, Juan Quadrado y sus inmundos guisos, que ya nunca más probaría, Domingo Vizcaíno, que soñaba armar una nave que calafateara Gil Pérez para hacerse a la mar, y tantos otros con los que había compartido durante todos aquellos meses alegrías y sinsabores, odiados en algún momento como ahora amados extrañamente porque sabía que no iba a verlos más, y para los muertos todo son virtudes. La muerte le hacía olvidar las diferencias que tuvo con muchos de ellos, sus desvaríos, las crueldades de que hicieron gala, sus torpes conductas. Mas ¿quién era él para juzgarlos?

¡Cómo habría deseado cruzar su acero con un iracundo Juan de la Plaza y sentir el calor de su abrazo! Si pudiera dar marcha atrás en la vida, se decía, si pudiera enmendar lo que lo había llevado hasta aquel lugar y a aquella situación, no hubiera matado a su rival en duelo, ni pasado por los calabozos de Sevilla, ni embarcado en aquellas naves de la incertidumbre ni quedado con los irreductibles en un fuerte Navidad que en sí era un suicidio anunciado. Limitarse a conquistar el corazón de su amada con encendidos poemas, ir de taberna en taberna recitándolos, escribir las cartas que le dictaran los iletrados en los soportales de las plazas castellanas, holgar con guapas mozas y confesarse de sus pecados a píos monjes, comer en cálidos figones recias sopas castellanas de pan y ajo. ¡Qué lejos e imposible le parecía todo aquello!

Se estremeció porque nunca en su vida se había sentido tan libre, y esa libertad absoluta, el no tener que dar cuentas a nadie más que a sí mismo de sus actos, lo sumió en el máximo de los terrores. Era, sin duda, el ser más libre del orbe, y también, sin duda, el más desvalido, el más solitario, sin más compañía que una debilitada india y el dudoso fruto que llevaba en su vientre. Si miedo había sentido cuando el Almirante enfiló con la *Niña* rumbo a Castilla, la sensación que lo dominaba en aquellos momentos era la del más puro terror, tan grande que era mejor no pensar en ello, echarlo de su cabeza.

La naturaleza cabalgaba desbocada por aquellas latitudes multiplicando el tiempo por dos; la taina ya no era una hembra voluptuosa, sino una mujer recia cuyo cuerpo se transformaba para servir a lo que germinaba en su vientre, menos amante y más madre una vez su cáliz había servido a su fin. Miró su daga y sopesó cortar la garganta de Canayma, cortar luego la suya, sellar así su infame cobardía, un pensamiento rápido que cruzó su mente mientras acariciaba con la mirada el cuerpo ahora rollizo de la muchacha que dormía apaciblemente a sus pies y ningún deseo le despertaba. Rechazó el pensamiento mientras, en cuclillas, asistía al maravilloso espectáculo de un nuevo día en aquellas selvas que iban a ser su hogar y los rayos

primerizos del sol, Yucahuguamá, iluminaban las bellas facciones de la muchacha. Hizo sombra con su dedo en su piel mientras acariciaba sus párpados, seguía la breve línea de la nariz y separaba sus labios, que se curvaban en sonrisa.

*Sant Cugat del Valles, abril de 2002.*



JOSÉ LUIS MUÑOZ nació en Salamanca en 1951 pero ha vivido siempre en Cataluña. Su carrera literaria se inició en 1985 y, desde entonces, ha publicado veinticinco libros, tres de relatos y el resto novelas, buen número de ellas de género negro.

Sus libros publicados son *El cadáver bajo el jardín* (1987), *Barcelona negra* (1987), *Los ojos ajenos* (1988), *El Barroco* (1988), *Serás gaviota* (1989), *La casa del sueño* (1989), *La lanzadora de cuchillos* (1989), *Pubis de vello rojo* (1990), *Mala hierba* (1992), *El final feliz* (1993), *La malformación de R. Melic* (1994), *La precipitación* (1999), *Una historia china* (2000), *Lifting* (2001), *Guanahaní* (2001), *El fuerte Navidad* (2002), *Caribe* (2002), *El sabor de su piel* (2004), *Lluvia de níquel* (2004), *Los ritos ajenos* (2005), *Último caso del inspector Rodríguez Pachón* (2005), *Viajeros de sí mismos* (2006), *La caraqueña del Maní* (2007), *El mal absoluto* (2008), *El corazón de Yacaré* (2009) y *La mujer ígnea y otros relatos oscuros*.

Está en posesión de algunos de los premios más prestigiosos del panorama literario español como son el Tigre Juan, Azorín, Café Gijón, La Sonrisa Vertical y Camilo José Cela, entre otros, y ha publicado numerosos artículos de opinión y reportajes en los diarios *El Sol*, *El Observador*, *El Independiente*, *El Periódico* y en las revistas *Interviú*, *Playboy*, *Penthouse*, *GQ*, *Cinemanía*, *DT*, *Viajes National Geographic*, *Nómadas* y *Traveler*. Tiene un blog en la red que se llama *La soledad del corredor de fondo*.